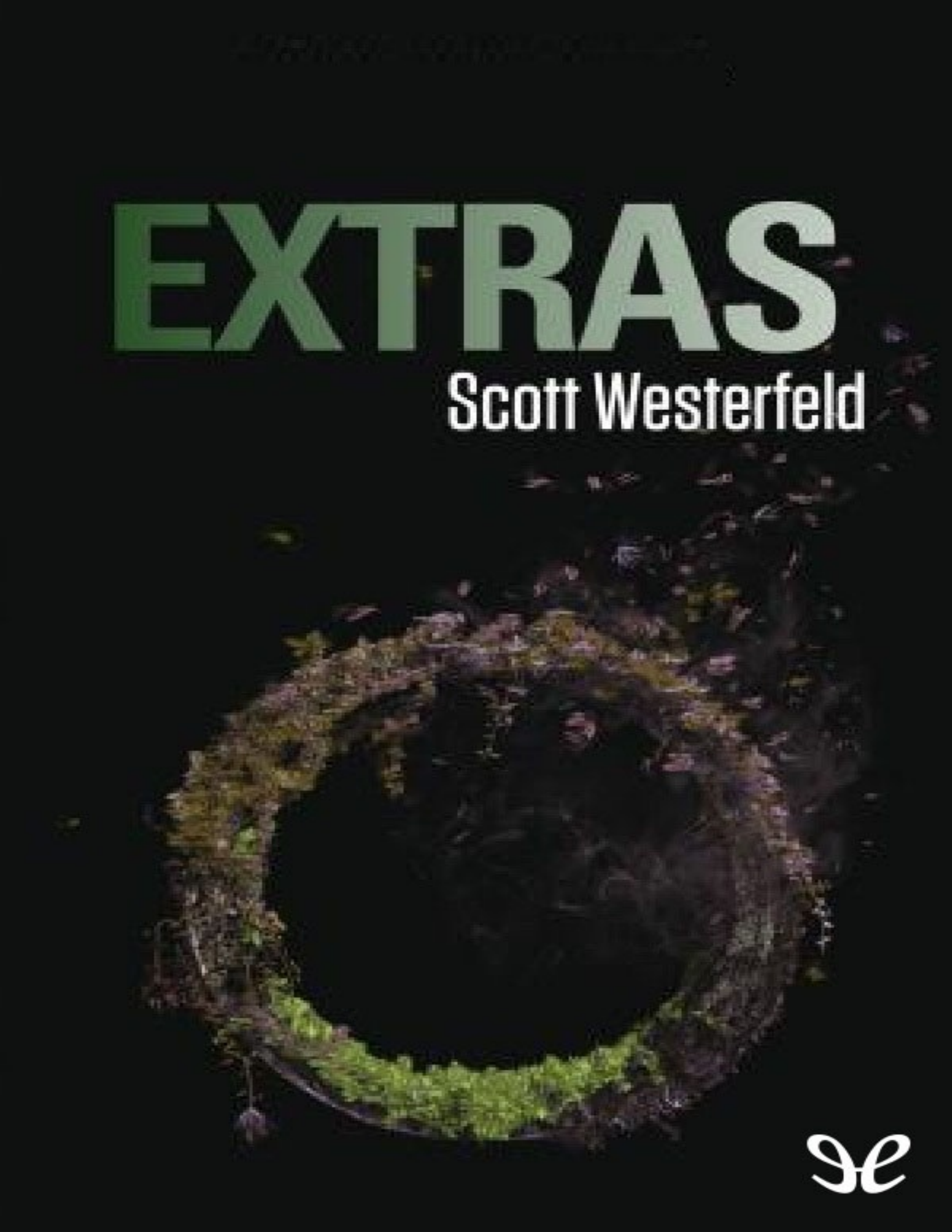
EXTRAS

Scott Westerfeld



Han pasado unos años desde que la rebelde Tally Youngblood derribara el régimen de los perfectos. Sin sus estrictas reglas y roles, la sociedad está sumida en un renacimiento completo… en el que la popularidad manda. Ahora el objetivo de las camarillas es despertar entusiasmo para conseguir votos: los «Tech-heads» alardean de sus últimos artilugios, los «kickers» difunden modas y cotilleos, y los «surge-monkeys» son adictos a la cirugía plástica extrema. Y todo queda registrado por millones de cámaras: el mundo es como un gigantesco Factor-X.

Aya Fuse tiene quince años y se encuentra en la posición 451.369 del ranking de popularidad, lo que la convierte en una auténtica don nadie. Una «extra». Pero a Aya esto ya le viene bien: es una kicker y aspira a conseguir una buena historia para convertirse en celebridad, y ser invisible le ayuda a enterarse de todo sin que nadie se dé cuenta.

Entonces, casualmente, conoce a las «Sly Girls», una pandilla de chicas que hacen locuras aunque lo mantienen en estricto secreto. Aya quiere –necesita– contar su historia, para que todo el mundo sepa lo geniales que son. Pero ello la propulsaría fuera de la tierra de los extras hacia el mundo de la fama, la popularidad… y el peligro extremo. Un mundo para el que no está preparada.



Scott Westerfeld

Extras

Saga: Los Feos - 4

ePub r1.1
Andaluso 30.05.14

Título original: *Extras*
Scott Westerfeld, 2011

Editor digital: Andaluso
Corrección de erratas: betatron
ePub base r1.1



A todos los que me escribieron para revelarme
la definición secreta de la palabra «trilogía».

PRIMERA PARTE

MIRA ESTO

Todos vosotros decís que nos necesitáis. Tal vez sea así, pero no para ayudaros. Tenéis ayuda de sobra con los millones de mentes chispeantes que están a punto de desatarse, con el inminente despertar de todas las ciudades. Juntos os bastáis y os sobráis para cambiar el mundo sin nuestra ayuda. De ahora en adelante, David y yo estaremos aquí para interponernos en vuestro camino. Y es que la libertad implica destrucción.

TALLY YOUNGBLOOD

1. Fuga

—Moggle —susurró Aya—. ¿Estás despierta?

Algo se movió en la oscuridad. La pila de uniformes crujió como si debajo tuviera un animalillo desperezándose. Un bulto asomó por entre los pliegues de suave algodón y seda de araña y flotó hasta la cama de Aya. Unos objetivos diminutos le escrutaron la cara, curiosos y vigilantes, reflejando la luz estelar que se colaba por la ventana abierta.

Aya sonrió.

—¿Lista para ir a trabajar?

Moggle respondió encendiendo sus luces nocturnas.

—¡Ay! —Aya cerró los ojos de golpe—. ¡No hagas eso! ¡Es cegador!

Permaneció tendida otro instante, esperando a que los puntos desaparecieran de sus ojos. La aerocámara se le arrimó al hombro, arrepentida.

—No pasa nada, Moggle-chan —susurró—. Ojalá yo tuviera también visión infrarroja.

Mucha gente de su edad tenía visión infrarroja, pero los padres de Aya no veían la cirugía con buenos ojos. Les gustaba fingir que el mundo seguía anclado en los tiempos de la perfección, cuando la gente tenía que esperar a cumplir los dieciséis para cambiar. Los ancianos podían ser unos ignorantes de la moda.

De modo que Aya tenía que cargar con su enorme nariz —decididamente fea— y su visión normal. Cuando se fue de casa para vivir en una residencia de estudiantes, sus padres le dieron permiso para implantarse una pantalla ocular y una antena de piel, mas solo para poder comunicarse con ella cuando

les viniera en gana. Aun así, era mejor que nada. Dobló un dedo y la interfaz de la ciudad cobró vida, desplegándose ante sus ojos.

—Oh, oh —dijo a Moggle—. Es casi medianoche.

No recordaba haberse dormido, pero seguro que la fiesta de los tecnocerebros ya había empezado. A esas alturas debía de estar hasta los topes, con suficientes monos quirúrgicos y cabezas manga para que alguien reparara en una extra imperfecta.

Además, Aya Fuse dominaba el arte de ser invisible. Su rango facial daba fe de ello. Se mantenía inamovible en el margen de su visión: 451. 396.

Soltó un leve suspiro. En una ciudad de un millón de habitantes, no se podía ser más extra. Hacía casi dos años que tenía su propia fuente, había lanzado un reportaje genial hacía una semana y seguía siendo una completa desconocida.

Pero esa noche las cosas iban a cambiar.

—Vamos, Moggle —susurró, poniéndose en pie.

Una túnica gris descansaba en el suelo hecha un ovillo. Aya se la echó sobre el uniforme de la residencia y se la ató a la cintura antes de encaramarse al alféizar de la ventana. Colocándose de cara al cielo, sacó primero una pierna y luego la otra, muy despacio, notando el aire frío de la noche.

Mientras se ponía las pulseras protectoras contempló los cincuenta metros que la separaban del suelo.

—Esto sí es mareante.

Al menos no había monitores merodeando por abajo. Eso era lo mejor de tener una habitación en la planta trece, que nadie esperaba que escaparas por la ventana.

La luz de los focos del solar en construcción ubicado en el otro extremo de la ciudad se reflejaba en la densa capa de nubes bajas que cubría el cielo. El frío sabía a agujas de pino y a lluvia, y Aya se preguntó si acabaría congelándose bajo su disfraz. Pero no podía ponerse la chaqueta de la residencia y esperar que la gente no reparara en ella.

—Espero que te hayas cargado bien, Moggle. Ha llegado la hora de la caída.

La aerocámara pasó rozándole el hombro y se acurrucó contra su pecho. Del tamaño de medio balón de fútbol, estaba revestida de un plástico duro y era cálida al tacto. Cuando Aya se abrazó a ella, notó el temblor de sus pulseras atrapadas en las corrientes magnéticas de los elevadores de la aerocámara.

Cerró los ojos.

—¿Lista?

Moggle vibró en sus brazos.

Agarrándose a ella con todas sus fuerzas, Aya se arrojó al vacío.

Escaparse era mucho más fácil hoy día.

Ren Machino —el mejor amigo de su hermano mayor— había modificado a Moggle cuando Aya cumplió quince años. Ella solo le había pedido que la hiciera lo bastante veloz para poder seguir a su aerotabla, pero Ren, como buen tecnocerebro, se tomaba muy en serio sus modificaciones. La nueva Moggle era resistente al agua y a los golpes y poseía potencia suficiente para aerotransportar a un pasajero del tamaño de Aya.

Más o menos, en cualquier caso. Abrazada a su aerocámara, Aya se sentía tan veloz como una flor de cerezo cayendo al suelo en círculos. Pero era mucho más fácil que robar un arnés de salto. Y exceptuando el inquietante momento del salto, resultaba hasta divertido.

Observó el paso raudo de las ventanas, las lóbregas habitaciones atestadas del habitual género del estado. En Akira Hall no vivía nadie famoso, solo un montón de extras ignorados que vestían diseños genéricos. Algunos alimentaegos se dedicaban a hablar a sus cámaras en la intimidad. Aquí, el rango facial medio era de seiscientos mil, desesperante y patético.

El anonimato en todo su horror.

En los tiempos de la perfección, que Aya recordaba vagamente, solo tenías que pedir ropa increíble o una aerotabla nueva y esta salía por un agujero de la pared como por encanto. Pero hoy día el agujero no te daba nada decente a menos que fueras famoso o tuvieras méritos que gastar. Y obtener méritos significaba tomar clases o realizar tareas; lo que el Comité

del Buen Ciudadano dispusiera, básicamente.

Los elevadores de Moggle conectaron con la rejilla metálica enterrada en el suelo y Aya dobló las rodillas y rodó por la hierba mojada. Esta cedió como una esponja empapada, mullida pero gélida.

Soltó a Moggle y permaneció tendida en el suelo a la espera de que su corazón se tranquilizara.

—¿Estás bien?

Moggle encendió sus luces nocturnas.

—Oye... sigue siendo cegador.

Ren también había modificado el cerebro de la aerocámara. La Inteligencia Artificial seguía siendo ilegal, pero la nueva Moggle era mucho más que un simple sistema de circuitos y elevadores. Gracias a los ajustes de Ren, había aprendido los ángulos preferidos de Aya, cuándo rodar panorámicas o utilizar el zoom e incluso cómo rastrear sus ojos en busca de pistas.

Pero, por la razón que fuera, no acababa de dominar el tema de la visión nocturna.

Con los ojos cerrados, Aya aguzó el oído mientras veía desaparecer los puntos de su visión. Ni pasos, ni el zumbido de monitores. Solo el retumbo sordo de la música procedente de la residencia.

Se levantó y se sacudió la ropa. No porque alguien fuera a fijarse en sus pegotes de hierba húmeda; los bombarderos de reputaciones se vestían para pasar desapercibidos. La túnica era holgada y con capucha, el disfraz idóneo para colarse en una fiesta.

Giró una pulsera protectora y una aerotabla emergió de su escondrijo entre los arbustos. Se montó en ella y se volvió hacia las luces fulgurantes de la ciudad de Nueva Belleza.

Qué curioso que la gente siguiera llamándola así cuando la mayoría de sus residentes ya no eran bellos, por lo menos no en el sentido antiguo. Nueva Belleza estaba llena de pieles pixeladas y monos quirúrgicos y de muchas otras modas y tendencias novedosas y extrañas. Podías elegir entre un millón de modelos de belleza o rareza o incluso conservar tu rostro de nacimiento toda la vida. Hoy día se consideraba «bella» cualquier cosa que te

hiciera destacar.

Pero un aspecto de la ciudad de Nueva Belleza permanecía inalterable: no debías entrar en ella si no habías cumplido los dieciséis. Por la noche, cuando empezaba lo bueno.

Y aún menos si eras una extra, una perdedora, una desconocida.

Cuando contempló la ciudad, Aya se sintió engullida por su propia invisibilidad. Cada una de esas luces centellantes representaba a una del millón de personas que jamás habían oído hablar de Aya Fuse. Y que probablemente nunca lo harían.

Suspiró e impulsó su aerotabla hacia delante.

Las fuentes del gobierno siempre estaban diciendo que la era de la perfección había terminado para siempre, que la humanidad se había liberado definitivamente de siglos de cabezas de burbuja. Aseguraban que las divisiones entre imperfectos, perfectos y oxidados habían desaparecido. En los últimos tres años, el desarrollo de multitud de nuevas tecnologías había puesto el futuro nuevamente en movimiento.

No obstante, en opinión de Aya, la lluvia mental no lo había cambiado todo...

Tener quince años seguía siendo un coñazo.

2. Tecnocerebros

—¿Lo estás filmando? —susurró Aya.

Moggle ya estaba rodando y los fuegos artificiales de seguridad se reflejaban en sus objetivos. Sobre la mansión flotaban globos aerostáticos y los juerguistas se lanzaban desde las azoteas con sus arneses de salto, dando gritos. Parecía una fiesta de las de antes: desmadrada y rebosante de luz.

O por lo menos así era cómo el hermano mayor de Aya describía siempre la era de la perfección. En aquellos tiempos todos los jóvenes se sometían a una gran operación quirúrgica al cumplir los dieciséis. La intervención los convertía en personas guapas pero, en secreto, les cambiaba la personalidad, dejándoles descerebrados y fáciles de controlar.

Hiro no había sido un cabeza de burbuja durante mucho tiempo; había cumplido los dieciséis apenas unos meses antes de que la lluvia mental llegara y curara a los perfectos. Le gustaba decir que fueron unos meses atroces, como si ser superficial y vanidoso no fuera en absoluto con él. Pero reconocía que las fiestas habían sido alucinantes.

Aya no esperaba verlo allí esa noche; era demasiado famoso. Consultó su pantalla ocular: el rango facial medio en la mansión era de veinte mil. Comparados con su hermano mayor, los invitados a esa fiesta eran unos completos extras.

Comparados con una fea con el rango facial en medio millón, eran auténticas estrellas.

—Ten mucho cuidado, Moggle —susurró—. Aquí no somos bienvenidas.

Se subió la capucha y salió de la oscuridad.

Dentro, el aire estaba lleno de aerocámaras. Había desde cámaras del

tamaño de Moggle hasta enjambres de objetivos paparazzi no más grandes que el corcho de una botella de champán.

En las fiestas de tecnocerebros siempre había mucho para ver, gente pirada y juguetitos de última generación. Puede que la gente no fuera tan guapa como en los tiempos de los perfectos, pero las fiestas eran mucho más interesantes: monos quirúrgicos con dedos de serpiente y pelo de medusa; ropas de materia inteligente que ondeaban como banderas; fuegos artificiales de seguridad que se deslizaban por el suelo sorteando pies y humeando incienso.

Los tecnocerebros vivían por y para las nuevas tecnologías; les encantaba alardear de sus últimas creaciones, y a los lanzadores les encantaba ponerlos en sus fuentes. El interminable ciclo de invención y publicidad elevaba el rango facial de ambos, de modo que todos contentos.

En cualquier caso, todos los que estaban invitados.

Una aerocámara se estaba acercando a Aya lo bastante baja para poder escrutarle el rostro. Aya bajó la cabeza y se abrió paso hasta un grupo de bombarderos. Como una pandilla de monjes budistas preoxidados, los bombarderos siempre llevaban puesta la capucha en público. Ya estaban bombardeando, gritando el nombre de un miembro de la camarilla elegido al azar para conseguir que la inter— faz de la ciudad le elevara el rango facial.

Aya saludó al grupo con un gesto de cabeza y, manteniendo oculto su rostro de fea, se sumó a las voces.

El bombardeo tenía como objetivo analizar minuciosamente los algoritmos de reputación de la ciudad. ¿Cuántas veces era preciso mencionar tu nombre para que entrara en los mil primeros? ¿Cuán rápida era la caída si todo el mundo dejaba de hablar de ti? La camarilla de bombarderos era un gran experimento controlado, de ahí que todos vistieran el mismo atuendo.

Pero Aya sospechaba que a la mayoría de los bombarderos le traía sin cuidado las matemáticas. En realidad eran unos farsantes, extras patéticos que aspiraban a ser famosos a fuerza de hablar de ellos. De ese modo habían fabricado celebridades en los tiempos de los oxidados, promocionando a unos cuantos cabezas de burbuja en un puñado de fuentes e ignorando al resto.

¿Qué sentido tenía la economía de la reputación si te decían de quién

debías hablar?

Pero Aya siguió vociferando como una buena bombardera mientras permanecía atenta a su pantalla ocular y observaba la fiesta a través de los objetivos de Moggle. La aerocámara sobrevolaba la multitud deteniéndose en cada rostro.

La camarilla secreta que Aya había descubierto tenía que estar allí. Solo unas tecnocerebros podrían lograr una hazaña como esa...

Las había visto tres noches antes sobre uno de esos nuevos trenes ultrarrápidos que cruzaban la zona industrial a velocidades demenciales, tan demenciales que las imágenes filmadas por Moggle habían quedado demasiado borrosas para poder utilizarlas.

Aya tenía que volver a dar con ellas. La persona que sacara a la luz la delirante proeza de viajar encima de un tren ultrarrápido se haría famosa al instante.

Pero Moggle ya estaba distraída observando a una pandilla de neogourmets que flotaba bajo una especie de nube rosa. Se la estaban bebiendo con pajitas de un metro de longitud, como astronautas tratando de recuperar el té derramado de una taza.

Los neogourmets ya no eran novedad; Hiro había lanzado un reportaje sobre ellos el mes anterior. Comían hongos ya extinguidos que brotaban de esporas prehistóricas, hacían helado con nitrógeno líquido e inyectaban sabores en materias extrañas. Ese alimento rosa que parecía un aerogel tenía la densidad de una burbuja de jabón.

Una gota pequeña se separó de la nube y pasó flotando junto a Aya, que al percibir el olor a arroz y salmón hizo una mueca de asco. Comer sustancias extrañas era, sin lugar a dudas, una excelente manera de elevar el rango facial, pero ella prefería que su sushi pesara más que el aire.

Así y todo, le gustaba estar rodeada de tecnocerebros, aunque tuviera que esconder la cara. Una gran parte de la ciudad permanecía anclada en el pasado, tratando de redescubrir el haiku, la religión y la ceremonia del té, todas las cosas que se habían perdido durante la era de la perfección, cuando todo el mundo tenía el cerebro lesionado. Pero los tecnocerebros estaban construyendo el futuro, recuperando el tiempo perdido tras tres siglos de

estancamiento.

Aya se encontraba en el lugar idóneo para encontrar historias.

Algo en su pantalla ocular le hizo dar un respingo.

—¡Detente, Moggle! —bisbiseó—. Panorámica a la izquierda.

Allí, detrás de los neogourmets, viéndoles perseguir gotas descarriadas con cara divertida, había una cara conocida.

—¡Es una de ellas! ¡Plano corto!

La chica, una perfecta de belleza clásica con ojos levemente manga, aparentaba unos dieciocho. Llevaba un equipo de aeropelota y estaba flotando elegantemente a diez centímetros del suelo. Y tenía que ser famosa. Estaba rodeada por una burbuja de reputación, un séquito de amigos y admiradores, que mantenía a los extras a raya.

—Acércate para que pueda oírles —susurró Aya.

Moggle avanzó lentamente hasta la burbuja y sus micrófonos no tardaron en recoger el nombre de la chica. La pantalla ocular de Aya se inundó de datos.

Eden Maru era jugadora de aeropelota, banda izquierda, de los Swallows, campeones de la ciudad el último año. También era célebre por las modificaciones de sus elevadores.

Según todas las fuentes, Edén acababa de dejar a su novio por «diferencias de ambición», eufemismo que en realidad quería decir: «Ella se ha vuelto demasiado famosa para él». El rango facial de Edén había alcanzado el puesto diez mil después del campeonato, mientras que su novio, como quisiera que se llamara, se mantenía en el puesto doscientos cincuenta mil. Todo el mundo sabía que ella necesitaba salir con alguien cuyo rango facial se acercara más al suyo.

Pero ninguno de esos rumores mencionaba a la camarilla de Edén que viajaba sobre trenes ultrarrápidos. Debía de estar manteniendo la proeza en secreto, aguardando el momento para sacarla a la luz.

Si Aya lograra lanzar la historia antes que Edén, se haría famosa de la noche a la mañana.

—Síguela —dijo a Moggle antes de unirse de nuevo a las voces.

Media hora más tarde, Edén Maru se dirigió a la salida.

Aya se alegró de poder abandonar el grupo de bombarderos; había gritado el nombre de «Yoshio Nara» un millón de veces. Esperaba que Yoshio disfrutara del absurdo incremento de su rango facial, porque no quería volver a oír ese nombre en su vida.

A través de Moggle vio que Edén Maru estaba cruzando la puerta sola, sin séquito. Seguro que iba a encontrarse con su camarilla secreta.

—No te separes de ella, Moggle —le susurró Aya con la voz ronca. Tanto grito le había dejado la garganta seca. Una bandeja con bebidas pasó flotando por su lado—. Enseguida te alcanzo.

Cazó una copa al vuelo y se la bebió de un trago. El alcohol le produjo un escalofrío, lo último que necesitaba en esos momentos. Agarró otra copa con mucho hielo y se dirigió a la salida.

Una pandilla de pieles pixeladas cuyos cuerpos cambiaban de color como camaleones beodos se interpuso en su camino. Al escurrirse entre ellos reconoció un par de caras de las fuentes de los monos quirúrgicos. Un leve estremecimiento de reputación le recorrió el cuerpo.

Cuando llegó a la escalinata derramó el líquido entre los dedos y conservó los cubitos de hielo. Se los metió en la boca y procedió a triturarlos con los dientes. Después del ambiente sofocante de la fiesta el hielo le supo a gloria.

—Interesante cirugía —dijo alguien.

Aya se detuvo en seco... la capucha se le había caído, dejando al descubierto su cara de fea.

—Eh, gracias —farfulló, y se tragó los fríos fragmentos de hielo. La brisa le golpeó el rostro sudoroso y Aya pensó en lo poco atractivo que debía de ser su aspecto.

El chico sonrió.

—¿De dónde sacaste la idea de esa nariz?

Súbitamente muda, Aya solo alcanzó a encogerse de hombros. En su pantalla ocular podía ver a Edén Maru sobrevolando ya la ciudad, pero era incapaz de apartar los ojos del chico. Era un cabeza manga: de ojos grandes y brillantes, su delicado rostro poseía una belleza que no parecía humana. Unos dedos largos y finos acariciaban su perfecta mejilla mientras la miraba

fijamente.

He ahí lo más extraño: él la estaba mirando a ella.

Porque él era guapísimo, mientras que ella era fea.

—Déjame adivinar —dijo—. De un cuadro de los tiempos de los preoxidados.

—Eh... no exactamente. —Aya se tocó la nariz en tanto deglutía los últimos pedacitos de hielo—. Fue más bien... una creación espontánea.

—Claro. Es extraordinaria. —El chico se inclinó—. Frizz Mizuno.

Mientras Aya le devolvía el saludo la pantalla ocular le mostró su rango facial: 4.612. Un estremecimiento de reputación le recorrió el cuerpo al comprender que estaba hablando con alguien importante, conectado, valioso.

Estaba esperando que Aya le dijera su nombre. En cuanto lo hiciera, descubriría su rango facial y su maravillosa mirada buscaría un objetivo más interesante. Aunque a él le gustara su feo rostro, ya fuera como consecuencia de la lluvia mental, ser una extra era sencillamente patético.

Además, su nariz era demasiado grande.

Giró una pulsera protectora para convocar a su aerotabla.

—Me llamo Aya, pero ahora... debo irme.

Frizz Murino se inclinó.

—Claro. Tienes gente que ver, reputaciones que bombardear.

Aya se miró la túnica y rio.

—¿Lo dices por esto? En realidad estoy de... incógnito.

—¿De incógnito? —La sonrisa de Frizz Mizuno era deslumbrante—. Qué chica tan misteriosa.

La tabla se detuvo al pie de la escalinata. Aya empezó a bajar los escalones sin demasiada convicción. Moggle ya se encontraba a medio kilómetro de allí, siguiendo a Edén Maru en la oscuridad a toda velocidad, pero una parte de ella estaba pidiendo a gritos quedarse.

Porque Frizz seguía mirándola.

—No era mi intención parecer misteriosa —dijo—. Simplemente ha surgido así.

Frizz rio.

—Me gustaría conocer tu apellido, Aya, pero sospecho que no vas a

decírmelo.

—Lo siento —dijo ella con voz chillona, subiéndose a la tabla—, pero ahora debo ir tras alguien. Se me está... escapando.

Frizz hizo otra inclinación de cabeza y su sonrisa se amplió.

—Suerte con la persecución.

Impulsándose hacia delante, Aya se adentró en la noche con la risa de Frizz resonándole en los oídos.

3. Bajo tierra

Eden Maru sabía volar. Los equipos elevadores eran los mismos para todos los jugadores de aeropelota, pero pocos se atrevían a utilizarlos. Cada pieza tenía su propio elevador: las espinilleras, las coderas y a veces incluso las botas. Bastaba un giro de dedos erróneo para que cada imán tirara en una dirección diferente, lo que constituía una excelente manera de dislocarse un hombro o estamparse de cabeza contra un muro. A diferencia de las caídas de aerotabla, las pulseras protectoras no te salvaban de tu propia torpeza.

Pero nada de eso parecía preocupar a Edén Maru. Desde su pantalla ocular, Aya podía verla zigzaguear por el nuevo solar en construcción empleando los edificios inacabados y las alcantarillas abiertas como su carrera de obstáculos privada.

Hasta Moggle, con sus numerosos elevadores y una anchura de apenas veinte centímetros, tenía problemas para seguirla.

Se esforzó por concentrarse en su propio vuelo, pero todavía se sentía medio hipnotizada por Frizz, deslumbrada por su atención. Aya había hablado con multitud de perfectos desde que la lluvia mental derribara las barreras entre edades. Ya no sucedía como en los viejos tiempos, cuando los amigos dejaban de hablarte después de operarse. Pero ningún perfecto la había mirado antes de ese modo.

¿Se estaba engañando? Puede que la intensa mirada de Frizz tuviera ese efecto en todo el mundo. Poseía unos ojos enormes, como los viejos dibujos de los oxidados con los que se identificaban los cabezas manga.

Estaba impaciente por buscarlo en la interfaz de la ciudad. Nunca lo había visto en las fuentes, pero con un rango facial por debajo de cinco mil Frizz

seguro que era conocido por algo más que por su deslumbrante belleza.

Pero en esos momentos Aya tenía una historia que perseguir, una reputación que crearse. Si quería que Frizz volviera a mirarla de ese modo, tenía que dejar de ser tan anónima.

La pantalla ocular parpadeó. La señal de Moggle estaba decayendo, quedando fuera del alcance de la red de la ciudad mientras seguía a Edén bajo tierra.

La señal tembló y finalmente se apagó...

Aya frenó bruscamente, presa de un escalofrío. Perder a Moggle siempre la inquietaba; era como mirar al suelo en un día de sol y no verte la sombra.

Examinó la última imagen enviada por la aerocámara: el interior de una alcantarilla, granulado y distorsionado por los infrarrojos. Hecha un ovillo, Edén Maru estaba descendiendo por el túnel como una bola de cañón, alcanzando tales profundidades que el transmisor de Moggle ya no podía llegar a la superficie.

La única manera de poder encontrar de nuevo a Edén era siguiéndola.

Aya se impulsó hacia delante con la aerotabla y el nuevo solar en construcción se alzó a su alrededor, docenas de gigantescos boquetes y esqueletos de hierro.

Después de la lluvia mental nadie quería vivir ya en los obsoletos edificios de los tiempos de la perfección. Por lo menos, nadie famoso. Así pues, la ciudad estaba expandiéndose a pasos agigantados y saqueando el metal de las cercanas ruinas de los oxidados. Hasta corría el rumor de que la ciudad planeaba abrir el suelo para buscar hierro, tal como habían hecho los oxidados tres siglos atrás, dañando la tierra en el proceso.

Las estructuras de acero de los edificios inacabados hacían vibrar la aerotabla cuando pasaba zumbando por su lado. Las aerotablas necesitaban metal debajo para poder volar, pero el exceso de campos magnéticos las hacía temblar. Aya aminoró la velocidad y buscó a Moggle con la mirada.

Nada. La aerocámara seguía bajo tierra.

De repente divisó una enorme excavación, los cimientos de un futuro rascacielos. Sobre la tierra fresca, charcos de la lluvia vespertina reflejaban el cielo estrellado como fragmentos de un espejo roto.

En un recodo de la excavación, Aya vislumbró la boca de un túnel, una entrada al sistema de alcantarillado que transcurría por debajo de la ciudad.

Un mes atrás Aya había lanzado un reportaje sobre una camarilla de grafiteros imperfectos que se dedicaba a dejar obras de arte para futuras generaciones. Pintaban las paredes internas de los túneles y conductos inacabados, permitiendo de ese modo que su trabajo quedara precintado como cápsulas del tiempo. Sus pinturas no serían vistas hasta mucho después de que la ciudad desapareciera y alguna civilización futura descubriera sus ruinas. Era una reflexión sobre cómo la interminable era de la perfección había resultado ser más frágil de lo que parecía.

El reportaje no había elevado el rango facial de Aya —así era siempre con las historias sobre imperfectos—, pero ella y Moggle se habían tirado una semana jugando al escondite por el solar en construcción. No le daba miedo descender al subsuelo.

Fue bajando lentamente, eludiendo robots elevadores y aeropuntales ociosos, en dirección a la boca del túnel. Flexionó las rodillas, recogió los brazos y se sumergió en una oscuridad absoluta...

La pantalla ocular parpadeó una vez; su aerocámara tenía que estar cerca.

El olor a tierra y a agua de lluvia estancada era intenso, y solo se oía el goteo de los desagües. Cuando las luces del solar quedaron reducidas a un tenue resplandor naranja, Aya redujo la velocidad de la tabla y procedió a avanzar muy lentamente, deslizando una mano por la pared del túnel para orientarse.

La señal de Moggle volvió a encenderse... y esta vez se mantuvo.

Edén Maru se hallaba en un lugar espacioso y negro como boca de lobo a través de los infrarrojos, que se extendía hasta donde a Moggle le alcanzaba la vista. Estaba de pie, flexionando los brazos.

¿Qué había allí?

Otras formas humanas titilaban en la granulada oscuridad. Flotaban sobre la negra llanura con las siluetas romboidales de las aerotablas brillando bajo sus pies.

Aya sonrió. Había dado con las chifladas que montaban sobre trenes ultrarrápidos.

—Acércate y escucha —susurró a Moggle.

Mientras la aerocámara obedecía, Aya recordó un lugar que los grafiteros imperfectos se jactaban de haber descubierto: una gigantesca reserva donde la ciudad almacenaba el agua de la estación lluviosa, un lago subterráneo en la más absoluta oscuridad.

Por los micrófonos de Moggle le llegó el eco de unas palabras.

—Gracias por haber acudido tan deprisa.

—Siempre dije que tu cara célebre te crearía problemas, Edén.

—Bien, esto nos llevará mucho tiempo. La tengo justo detrás.

Aya se quedó inmóvil. ¿A quién tenía Edén detrás? Miró por encima de su hombro...

Solo vio el titilante goteo de agua que descendía por el túnel.

Su pantalla ocular se apagó de nuevo. Blasfemando, dobló en vano el dedo anular.

—¿Moggle? —susurró.

Su pantalla ocular no respondió. Trató de acceder al diagnóstico de la aerocámara, a su alimentador de audio, a los controles remotos. Nada funcionaba.

Pero tenía a Moggle muy cerca, a veinte metros escasos. ¿Por qué no podía conectar con ella?

Avanzó lentamente con la tabla, aguzando el oído, escudriñando la oscuridad. La pared abandonó su mano y los ecos de un gigantesco espacio abierto la envolvieron. El goteo de agua de lluvia retumbaba en una docena de alcantarillas, y la presencia húmeda de la reserva le erizó la piel.

Necesitaba ver...

Entonces se acordó del tablero de mandos de su aerotabla. En medio de esa absoluta oscuridad, unos puntitos luminosos, por minúsculos que fueran, podrían resultar muy útiles.

Se arrodilló y encendió el tablero. Su tenue luz azul alumbró viejas paredes de ladrillo cubiertas en algunas zonas con azulejos modernos y materia inteligente. Un gran techo de piedra se arqueaba en lo alto como la bóveda de una catedral subterránea.

Pero ni rastro de Moggle.

Aya avanzó lentamente en la oscuridad, aguzando el oído y dejando que las suaves corrientes de aire dirigieran su tabla. Unos metros por debajo de ella se extendía un lago de aguas negras.

En ese momento oyó algo muy cerca, una levísima inspiración, y se dio la vuelta...

Una cara imperfecta la estaba mirando en la débil luz azulada. La muchacha estaba sobre una aerotabla con Moggle en los brazos. Esbozó una sonrisa fría.

—Sabíamos que vendrías a buscarla.

—¡Oye! —exclamó Aya—. ¿Qué les has hecho a mis...?

Un pie salió de la oscuridad e hizo tambalear la aerotabla de Aya.

—¡Eh! —gritó Aya.

Unas manos fuertes le propinaron un empujón y Aya dio dos torpes pasos hacia atrás. La aerotabla reculó también, tratando de permanecer bajo sus pies. Aya puso los brazos en cruz y se bamboleó como una pequeña con patines de cuchilla.

—¡Ya está bien! ¿Qué demonios...?

Los empellones y codazos le llegaban ahora de todas partes. Aya giraba violentamente, ciega e indefensa. En un momento dado su tabla salió disparada de una patada y Aya empezó a dar volteretas en el aire.

El agua le golpeó la cara con un tortazo frío y doloroso.

4. Audición

La oscuridad burbujeó a su alrededor, y el rugido del agua le inundó los oídos como un trueno interminable. La impresión del impacto la había desorientado por completo. Solo sentía el frío helador. Sus brazos y piernas se agitaban mientas el agua le llenaba la boca y la nariz, oprimiéndole el pecho...

Finalmente su cabeza atravesó la superficie. Mientras ella jadeaba y escupía, sus manos arañaban el agua en la oscuridad, buscando algo sólido a lo que agarrarse.

—¡Eh! ¿A qué viene todo esto?

Su grito retumbó en el vasto espacio, pero no obtuvo respuesta.

Chapoteó unos instantes, resoplando y aguzando el oído.

—¿Hola...?

Una mano la agarró de la muñeca y tiró hacia arriba. Aya quedó suspendida en el aire, temblando y chorreando agua.

—¿Qué... qué está pasando aquí?

—No nos gustan las lanzadoras —respondió una voz.

El comentario no le sorprendió. Aya ya había dado por sentado que las chicas querrían lanzar su propio reportaje sobre sus proezas en los trenes ultrarrápidos para llevarse ellas toda la fama.

Puede que hubiera llegado el momento de tergiversar la verdad.

—¡No soy una lanzadora!

Alguien soltó un bufido y una voz más próxima a ella dijo:

—Me has seguido desde la fiesta o, para ser exactos, tu aerocámara me ha seguido. Estabas buscando una historia.

—Una historia no, te estaba buscando a ti —repuso Aya mientras, presa

de otro escalofrío, luchaba por evitar que los dientes le castañetearan. Tenía que convencerlas para que no volvieran a arrojarla al lago—. Os vi la otra noche.

—¿Nos viste dónde? —dijo la voz más cercana estrujándole la muñeca.

Tenía que ser Edén; nadie podría sostenerla de ese modo en el aire sin la ayuda de un equipo de aeropelota.

—Sobre un tren ultrarrápido. Intenté averiguar quiénes erais, pero las fuentes no hablan de vosotras.

—Nos gusta así —dijo la primera voz.

—¡Vale, ya lo he pillado! —exclamó Aya—. ¿Piensas tenerme aquí colgada mucho tiempo?

—¿Prefieres que te suelte? —preguntó Edén.

—No, pero es que... me estás triturando la muñeca.

—Pues llama a tu tabla.

—Oh... vale.

El pánico le había hecho olvidarse por completo de su aerotabla. Aya alargó la mano que tenía libre y giró la pulsera protectora de la otra. Unos segundos después la aerotabla le rozó los pies y el puño férreo de Edén la soltó.

Durante unos instantes se tambaleó sobre la tabla, frotándose la muñeca.

—Gracias, supongo.

—¿Nos estás diciendo que no eres una lanzadora? —habló de nuevo la primera voz, tal vez la mujer imperfecta que había visto de refilón. Retumbó en la oscuridad grave y gruñona, como si su dueña se hubiera operado expresamente la garganta para inspirar miedo.

—Bueno, he colgado algunas cosas en mi fuente. Las mismas que el resto de la gente.

—¿Fotos de tu gato? —dijo alguien con una risita.

—¿Siempre vas a las fiestas disfrazada de bombardera? —preguntó Edén —. ¿Y acompañada de una aerocámara?

Aya se abrazó el torso. La túnica empapada se le adhería a la piel y los dientes iban a empezar a castañetearle en cualquier momento.

—Quería unirme a tu camarilla, por eso tenía que seguirte. Moggle es

muy buena en eso.

—¿Moggle? —preguntó la voz amenazadora.

—Eh... mi aerocámara.

—¿Tu aerocámara tiene nombre?

Un estallido de risas retumbó a su alrededor. Aya comprendió que había más chicas de las que había imaginado ocultas en la oscuridad. Puede que una docena.

—Espera un momento —dijo la voz de Edén—¿Cuántos años tienes?

—Hum... ¿quince?

La luz cegadora de una linterna horadó la oscuridad.

—¡Ay! —Aya cerró los ojos.

La persona que sostenía la linterna dijo:

—Ya decía yo que esa nariz parecía grande incluso con infrarrojos.

Cuando los ojos de Aya se hubieron acostumbrado a la luz de la linterna, empezaron a distinguir algunas caras. Parecían Anodinas, la camarilla de las chicas que no querían ser guapas ni exóticas sino simplemente normales, como si tal concepto todavía existiera. Exceptuando la silueta musculosa y acolchada de Edén Maru, las figuras que la rodeaban parecían idénticas: cuerpos genéricos diseñados para pasar desapercibidos en medio de una multitud. Tuvo la impresión de que eran todo chicas, como la noche que las vio subidas a un tren ultrarrápido.

—Así que de noche te gusta salir a hurtadillas —dijo Edén.

—Ajá. Lo prefiero a morirme de asco en mi habitación de la residencia.

—¿Te aburres con facilidad? —preguntó la otra chica con su voz gruñona, arrastrando las palabras—. Entonces deberías surfear alguna vez.

—¿Surfear? —Aya tragó saliva—. ¿Insinúas que puedo montar con vosotras?

Se oyeron algunas protestas.

—Solo tiene quince años —repuso la chica que sostenía la linterna.

—¿Acaso sigues en la época de la perfección? —dijo la chica de la voz gruñona—. ¿A quién le importa la edad que tenga? Logró colarse en Nueva Belleza y ha venido sola hasta aquí. Probablemente tenga más agallas que muchas de vosotras.

—¿Qué hay de la aerocámara? —intervino Edén—. Si lanza un reportaje tendremos a los guardas encima.

—Si quisiera, podría avisarlos directamente. —La chica de la voz amenazadora avanzó con su tabla hasta tener su nariz a solo unos centímetros de la de Aya—. Así que o la dejamos aquí abajo para siempre o la aceptamos en el grupo.

Aya contempló las aguas negras del lago y tragó saliva.

—Eh... ¿puedo opinar?

—Aquí la única que opina soy yo —espetó la chica. Luego sonrió—. No puedes opinar, pero puedes elegir. —¿Eh?

La chica sostuvo a Moggle a un brazo de distancia. Aya reparó en el cepo que llevaba adherido a la piel. Estaría bloqueada, clínicamente muerta, hasta que alguien lo retirara.

—Puedes elegir entre coger tu aerocámara y largarte o permitir que la tire al agua y venir a surfear con nosotras.

Aya parpadeó y oyó las gotas de agua helada que todavía le caían de la túnica. Ren aseguraba que había hecho a Moggle resistente al agua, pero ¿sabría regresar sola a este punto exacto del lago?

—¿Qué importancia tiene para ti salir de tu muermo de habitación?

Aya tragó saliva.

—Mucha.

—En ese caso, no es una elección difícil.

—Es que... esa cámara me costó muchos méritos.

—No es más que un juguete. Como ocurre con los rangos faciales y los méritos, no tiene ningún valor si no quieres dárselo.

¿El rango facial no tenía ningún valor? A esa chica le faltaba un tornillo. Pero tenía razón en una cosa: nada le importaba tanto como salir del tedioso y patético Akira Hall.

Ren podría ayudarla a encontrar de nuevo ese lugar...

Aya cerró los ojos.

—Vale. Quiero ir con vosotras. Suéltala.

La cámara cayó al lago con un sonoro plaf.

—Buena elección. No es ese juguete lo que necesitas.

Aya abrió los ojos, luchando por contener las lágrimas.

—Me llamo Jai —dijo la chica con una inclinación.

—Aya Fuse. —Devolvió el saludo y sus ojos aterrizaron en las ondas del agua. Ni rastro de Moggle.

—Volveremos a vernos pronto —dijo Jai.

—¿Pronto? Acabas de decir...

—Creo que como quinceañera ya te has divertido bastante por esta noche.

—¡Lo has prometido!

—Y tú has dicho que no eres una lanzadora. Quiero ver hasta qué punto has tergiversado la verdad.

Aya abrió la boca para protestar, pero las palabras murieron en sus labios. No tenía sentido discutir en ese momento. Ya había perdido a Moggle.

—Pero ni siquiera sé quiénes sois.

Jai sonrió.

—Somos las Chicas Astutas, y estaremos en contacto. En marcha todas, ¡tenemos un tren que coger!

Las chicas activaron sus aerotablas, girando alrededor de Aya, e inundaron la cueva con el eco de sus gritos y silbidos. Sus linternas titilaron, y Aya oyó cómo se alejaban a toda velocidad al tiempo que sus gritos eran engullidos por las bocas de las alcantarillas.

Se quedó sola en la oscuridad, conteniendo las lágrimas.

Había renunciado a Moggle por nada. Cuando las Chicas Astutas consultaran su fuente, averiguarían lo de sus reportajes. Y si descubrían que su hermano era uno de los lanzadores más famosos de la ciudad, ya nunca volverían a confiar en ella.

—Condenado Hiro —murmuró. Si no fuera por señor Cara Célebre, ser una extra no le habría resultado tan difícil. No tendría tanto que demostrar.

Y no habría cambiado a Moggle... por nada.

Apretó los puños y dejó caer su tabla hasta que los elevadores rozaron el agua con un chapoteo. Arrodillándose, alargó una mano en la oscuridad y posó la palma suavemente sobre la superficie. Todavía podía notar el movimiento de las ondas en el lugar donde Moggle se había hundido.

—Lo siento —susurró—. Pero volveré muy pronto.

5. Hermano mayor

Las vastas mansiones pasaban zumbando junto a Aya iluminadas con antorchas. A la luz del alba numerosas hogueras ardían en un derroche de emisiones de carbono. Arriba se divisaban piscinas, burbujas de agua flotantes moldeadas por líneas de fuerza invisibles. Cuando volaba por debajo de ellas, Aya podía ver las siluetas humanas repantigadas en los flotadores, contemplando el amanecer.

La mansión de Hiro, un edificio alto y estrecho de flamante acero y cristal, se hallaba a trescientos metros del suelo. Para que las espléndidas vistas no se hicieran aburridas, el edificio giraba a la velocidad de la manecilla de las horas. Estaba sostenido por aeropuntales y únicamente el hueco del ascensor tocaba el suelo, como una enorme bailarina de cristal girando sobre la punta de un pie.

En ese barrio todos los edificios se movían. Flotaban, se transformaban y hacían otras cosas alucinantes, y sus residentes estaban aburridos de todo eso.

Hiro vivía en la parte famosa de la ciudad.

Mientras se acercaba con su aerotabla a los escalones de la mansión, Aya recordó cómo había sido su hermano durante sus meses de perfecto: guapo, alegre, respetuoso. No se perdía una fiesta, pero siempre iba a casa en vacaciones, y siempre cargado con regalos para Aya y los ancianos.

La lluvia mental había cambiado todo eso, exceptuando su cara de perfecto.

Después de curarse, Hiro se pasó un año saltando de camarilla en camarilla: Cirugía Extrema, el equipo de aeropelota de la ciudad, incluso una temporada en la naturaleza como aprendiz de guardabosques. Desorientado,

no sabiendo muy bien qué hacer con su libertad, siempre acababa marchándose.

Durante aquel primer año ilógico muchas personas se sintieron desconcertadas. Las hubo que incluso decidieron invertir la lluvia mental, no solamente algunos ancianos sino también perfectos. El propio Hiro llegó a mencionar su deseo de volver a ser un cabeza de burbuja.

Entonces, dos años atrás, saltó la noticia de que la economía pasaba por un mal momento. En los tiempos de los perfectos, los cabezas de burbuja podían pedir todo lo que quisieran: los juguetes y las ropas de fiesta brotaban del agujero de la pared sin que nadie les hiciera preguntas. Pero los seres humanos creativos y mentalmente libres resultaron ser más voraces que los cabezas de burbuja. Demasiados recursos se estaban yendo en aficiones aleatorias, edificios nuevos y proyectos de envergadura como los trenes ultrarrápidos. Y ya nadie se ofrecía para hacer los trabajos duros.

Algunas personas deseaban volver al «dinero» de los tiempos de los oxidados, con alquileres, impuestos y hambre si no te llegaba para comprar comida. El Ayuntamiento no enloqueció hasta ese punto y votó por la economía de la reputación. A partir de entonces, los méritos y los rangos faciales decidirían quienes disfrutaban de las mejores mansiones, las emisiones de carbono más altas, las paredes más grandes. Los méritos serían para los médicos, los maestros, los guardas y así hasta llegar a los pequeños que hacían sus deberes y tareas, esto es, para todas las personas que contribuyeran al buen funcionamiento de la ciudad según los criterios del Comité del Buen Ciudadano. Los rangos faciales se destinarían a las demás esferas de la cultura, es decir, desde artistas y científicos hasta estrellas del deporte. Podías utilizar ilimitadamente los recursos siempre y cuando tuvieras cautivada a la ciudad.

Y para que los rangos faciales fueran un asunto justo, cada ciudadano recibía, cuando dejaba de ser pequeño, su propia fuente: un millón de historias desperdigadas para tratar de entender la lluvia mental.

La palabra «lanzador» no se había inventado aún, pero Hiro la había captado instintivamente: cómo hacer grande una camarilla de la noche a la mañana, cómo convencer a todo el mundo de que solicitara un juguetito

nuevo y, sobre todo, cómo hacerse él famoso en el proceso.

Aya se detuvo delante de la puerta del ascensor y suspiró quedamente. Hiro había sido muy listo desde que le repararon el cerebro...

Lástima que toda esa fama lo hubiera convertido en un esnob egocéntrico.

—¿Qué quieres, Aya-chan?

—Necesito hablar contigo.

—Demasiado temprano para eso.

Aya resopló. Como no tenía a Moggle para subirla a su habitación, se había visto obligada a esperar a que amaneciera para poder entrar en la residencia. ¿Y Hiro pensaba que él estaba cansado?

Seguro que ella había tenido una noche mucho más dura que él. No podía borrar de su mente la imagen de Moggle en el fondo del lago subterráneo, fría e inerte.

—Vamos, Hiro. Acabo de gastarme un montón de méritos para cambiar mis clases de la mañana y poder venir a verte.

Un gruñido.

—Vuelve dentro de una hora.

Aya fulminó la puerta del ascensor con la mirada. Ni siquiera podía subir y aporrearle la ventana; las mansiones del barrio famoso no te dejaban volar cerca de ellas.

—¿Puedes decirme al menos dónde está Ren? Tiene el localizador desconectado.

—¿Ren? —La puerta soltó una risita—. Ren está en mi sofá.

Aya suspiró aliviada. Hiro era un millón de veces más tratable cuando estaba con su mejor amigo.

—¿Puedo entonces hablar con él... por favor?

La puerta guardó un silencio tan largo que Aya temió que Hiro se hubiera vuelto a la cama. Finalmente oyó la voz de Ren.

—Hola, Aya-chan. ¡Sube!

La puerta del ascensor se abrió y Aya entró.

Las habitaciones de Hiro estaban adornadas con un millón de grullas.

Era una vieja costumbre de los tiempos de los preoxidados, de las pocas que habían sobrevivido a la era de la perfección. Cuando una chica cumplía trece años fabricaba con sus manos una guirnalda de un millón de pájaros de papel. Se pasaba semanas doblando pequeños recuadros en forma de alas, picos y colas que luego unía con aguja e hilo tradicionales.

Después de la lluvia mental algunas chicas iniciaron una nueva moda: enviar sus guirnaldas a chicos guapos y famosos con un rango facial alto. En otras palabras, chicos como Hiro.

Nada más verlas, Aya experimentó un estremecimiento en los dedos al recordar sus propias grullas. Las guirnaldas de pájaros de papel cubrían toda la casa con excepción de la sagrada butaca desde donde Hiro observaba las fuentes.

Estaba hundido en ella, vestido con una sudadera de aeropelota, frotándose los ojos. De los grifos del agujero de la pared brotaba un té verde que llenaba el aire de aroma a cafeína y hierba recién cortada.

—¿Te importa traerlo? —preguntó Hiro.

—Buenos días a ti también.

Aya hizo una reverencia sarcàstica y fue a buscar el té. Dos tazas, por supuesto, para él y para Ren, no para ella. Ella no soportaba el té verde, pero aun así...

—Buenos días, Aya-chan —dijo Ren medio grogui desde el sofá. Se incorporó y una bandada de grullas aplastadas cayó por su espalda. Había botellas vacías por todas partes, y un robot recogiendo restos de comida y champán derramado.

Aya le tendió el té.

—¿Estabais celebrando algo o simplemente rememorando los días de cabeza de burbuja?

—¿No te has enterado? —rio Ren—. Ya puedes felicitar a Hiro-sensei.

—¿Hiro-sensei?

—Exacto. —Ren asintió—. Tu hermano ha atravesado por fin la barrera de los mil primeros.

—¿Los mil primeros? —Aya parpadeó—. ¿Estás de broma?

—En este momento estoy en el puesto ochocientos noventa y seis —dijo

Hiro mirando la pantalla mural. Aya vio el número 896 escrito con cifras de un metro de alto—. Pero mi hermana me sigue ignorando. ¿Dónde está mi té?

—No he podido... —El agotamiento le produjo un breve mareo. Era la primera mañana en mucho tiempo que no consultaba el rango facial de Hiro. ¿Y había entrado en los mil primeros? Si lograba mantenerse ahí le invitarían a la Fiesta de las Mil Caras de Nana Love del mes siguiente.

Como la mayoría de los chicos, Hiro estaba loco por Nana Love.

—Lo siento... tuve una noche muy movida. ¡Pero es fantástico!

Hiro alargó un dedo perezoso hacia la taza.

Aya se la acercó con una profunda reverencia.

—Felicidades, Hiro.

—Hiro-sensei —le recordó.

Aya puso los ojos en blanco.

—No estoy obligada a llamar sensei a mi propio hermano por muy célebre que sea su cara. ¿De qué va la historia?

—Dudo mucho que te interese.

—¡Vamos, Hiro! He visto todos tus reportajes... salvo el de anoche.

—Va sobre una pandilla de ancianos. —Ren se tumbó de nuevo en el sofá —. Son como monos quirúrgicos, con la diferencia de que ellos pasan de la belleza y de las modificaciones corporales raras.

Solo les interesa prolongar la vida: reparación del hígado cada seis meses y un nuevo corazón clonado una vez al año.

—¿Prolongar la vida? Pero los reportajes sobre ancianos nunca tienen demasiado éxito.

—Este tiene una trama conspiradora —dijo Ren—. Este grupo de ancianos asegura que los médicos, en realidad, saben cómo eternizar la vida de las personas. Dicen que las personas mueren de viejas únicamente para que se pueda mantener un índice demográfico estable. Es como el caso de las operaciones de los cabezas de burbuja en los tiempos de los perfectos. ¡Los médicos están ocultando la verdad!

—Qué fuerte —murmuró Aya mientras un escalofrío le bajaba por la espalda. Después de que el gobierno se hubiera pasado siglos descerebrando a la gente, resultaba fácil creer en conspiraciones.

¿Vivir eternamente? Eso interesaría incluso a los pequeños.

—Te has dejado lo mejor, Ren —dijo Hiro—. Esos ancianos tienen intención de demandar a la ciudad... por no hacerlos inmortales. Como si fuera un derecho humano. Quieren que se lleve a cabo una investigación. Mira.

Hiro agitó una mano. Su rango facial desapareció de la pantalla mural y fue sustituido por una red de líneas meme, un diagrama gigantesco que mostraba que el reportaje había viajado por la interfaz de la ciudad toda la noche. Vastas espirales de debates, desacuerdos y ataques directos partían de la fuente de Hiro y más de un cuarto de millón de personas se había sumado a la conversación.

¿Era la inmortalidad una falacia? ¿Podía un cerebro funcionar eternamente? Y si nadie moría, ¿dónde demonios iban a meter a la gente? ¿Acabaría la expansión comiéndose el planeta?

Esta última pregunta le produjo otro mareo. Aya recordó el día que en el colegio les enseñaron imágenes de satélite de la era de los oxidados, cuando no existía el control demográfico. Las ciudades se veían enormes desde el espacio, miles de millones de extras abarrotaban el planeta, la mayoría viviendo en el completo anonimato.

—¡Mira eso! —aulló Hiro—. Están empezando a hartarse de la historia. Mi rango acaba de bajar a novecientos. ¡Qué superficial puede ser la gente!

—Puede que la inmortalidad esté envejeciendo —dijo Ren, dirigiendo una sonrisa a Aya.

—Ja, ja —respondió Hiro—. Me pregunto quién me está robando el protagonismo.

Agitó de nuevo la mano y en la pantalla mural se abrió una docena de paneles. En ellos aparecieron los rostros de los doce tecnolanzadores más importantes de la ciudad. Aya se percató de que Hiro había saltado al cuarto puesto.

Inclinado hacia delante en su butaca, Hiro estaba devorando las fuentes para averiguar adónde habían ido a parar sus índices.

Aya suspiró. Típico de su hermano, olvidarse de que ella había subido para hablar con él. Pero guardó silencio y se acurrucó en el sofá, junto a Ren,

procurando no aplastar demasiados pajarillos de papel. Quizá fuera preferible dejar que Hiro reparara su fuente antes de confesar que tenía la aerocámara en el fondo de un lago.

Además, no le importaba pasar un rato con las fuentes de fondo. Las familiares voces la calmaban, envolviéndola como una conversación con viejos amigos.

Las caras de la gente eran muy diferentes desde la lluvia mental; las nuevas tendencias, camarillas e inventos tan impredecibles...

Eso hacía que la ciudad resultara a veces incoherente. La gente famosa constituía un remedio contra esa incoherencia, como preoxidados reuniéndose cada noche alrededor de sus fogatas para escuchar a los mayores. Los humanos necesitaban caras célebres a su alrededor para experimentar sensación de bienestar y familiaridad, aunque solo fuera una egocéntrica como Nana Love hablando de lo que había desayunado.

En el ángulo superior derecho Gamma Matsui lanzaba una nueva religión tecnológica. Una camarilla de historiadores había aplicado un software corriente a los grandes libros espirituales del mundo y lo había programado para que desembuchara decretos divinos.

Por la razón que fuera, el software les había dicho que no debían comer cerdo.

—¿A quién se le ocurriría comer cerdo? —preguntó Aya.

—¿Los cerdos no están extinguidos? —terció Ren con una risita—. Necesitan seriamente actualizar esa norma.

—Los dioses están caducos —dijo Hiro, y Aya sonrió.

Resucitar viejas religiones tuvo su gracia justo después de la lluvia mental, cuando todo el mundo estaba tratando de comprender qué significaban todas esas nuevas libertades. Pero hoy día se habían desenterrado muchas otras cosas: las reuniones familiares, la delincuencia, el manga y el festival de los cerezos en flor. Exceptuando algunos cultos a Youngblood, la mayoría de la gente ya no tenía tiempo para superhéroes divinos.

—¿En qué andará metido el Sin Nombre? —dijo Hiro, trasladando el sonido a otra fuente.

El Sin Nombre era como Ren y Hiro llamaban a Toshi Banana, la cara célebre más descerebrada de la ciudad. Más que un tecnolanzador era un provocador. Siempre estaba atacando a alguna nueva camarilla o tendencia, fomentando el odio a todo lo desconocido. Opinaba que la lluvia mental había sido un desastre únicamente porque las nuevas aficiones y obsesiones de la gente podían resultar a veces inquietantes y decididamente raras.

Ren y Hiro nunca pronunciaban su verdadero nombre y le cambiaban el mote cada dos o tres semanas, antes de que la interfaz de la ciudad pudiera adivinar a quién se referían; hasta mofarse de la gente mejoraba las estadísticas faciales. En la economía de la reputación, la única manera de herir realmente a alguien era ignorarle por completo. Y resultaba muy difícil ignorar a alguien que te hacía hervir la sangre. Casi todos los habitantes de la ciudad odiaban o amaban al Sin Nombre, circunstancia que mantenía su rango facial en torno al puesto número cien.

Esa mañana estaba atacando la nueva tendencia de los dueños de mascotas y sus repugnantes experimentos. La fuente mostraba a un perro teñido de rosa y con los mechones de pelo en forma de corazón. Aya lo encontró bastante gracioso.

—¡Es solo un caniche, cabeza de burbuja tendenciosa! —gritó Ren, arrojando un cojín a la pantalla mural.

Aya rio. Hacer a los perros elaborados peinados no era muy oxidado que dijéramos, no como confeccionar abrigos de pelo o comer cerdo.

—Ese tío es un desperdicio de gravedad —dijo Ren—. ¡Bórralo!

—Sustituir por el siguiente más famoso —ordenó Hiro a la habitación, y la cara irritada del Sin Nombre desapareció al instante.

Aya recorrió las pantallas con la mirada. Nada de lo que mostraban parecía remotamente comparable a surfear sobre un tren ultrarrápido. Seguro que las Chicas Astutas aportaban más fama que los caniches, el consumo de cerdo o los rumores sobre la inmortalidad. Aya solo tenía que asegurarse de ser la primera lanzadora que las colgaba en su fuente.

Entonces, en el ángulo izquierdo de la pantalla mural, vio a la persona que había sustituido al Sin Nombre y puso ojos como platos.

—Eh —murmuró—, ¿quién es ese tío?

Pero ella ya conocía el nombre del guapísimo muchacho de ojos manga...
Era Frizz Mizuno.

6. Fri

—¿Ese cabeza de burbuja es el decimotercer tecnolanzador más popular ahora? —gruñó Hiro—, Qué rapidez.

—Sube el volumen —dijo Aya.

—¡Ni hablar! —espetó Hiro—. Me produce arcadas.

Agitó una mano y la cara de Frizz fue reemplazada por otra fuente.

—¡Hiro!

Ren se arrimó a Aya en el sofá.

—Es el fundador de una nueva camarilla llamada Sinceridad Radical. Hiro está enfadado porque Frizz decidió lanzar él mismo el reportaje de la camarilla en lugar de dejarse ayudar por alguno de nosotros.

Aya frunció el entrecejo.

—¿Sinceridad qué?

—Radical. —Ren se señaló la sien y sus pantallas oculares (como buen tecnocerebro, tenía una en cada ojo) giraron—. Frizz diseñó una nueva cirugía cerebral, como en los tiempos de los perfectos, que en lugar de convertirte en un cabeza de burbuja te cambia la mente para que no puedas mentir.

—Se supone que es el nuevo y valiente horizonte de la interacción humana —farfulló Hiro desde su butaca—, pero lo único que hacen es parlotear sobre sus sentimientos.

—Un amigo mío lo probó durante una semana y casi se muere del aburrimiento —explicó Ren—. Por lo visto, si nunca mientes siempre tienes a alguien cabreado contigo.

Hiro y Ren soltaron una carcajada y siguieron analizando las demás

fuentes, observando cómo subían y bajaban los rangos de los lanzadores. La religión del software era un fiasco; el prestigio de Gamma-sensei había caído en picado a lo largo de la mañana. Pero el caniche estaba funcionando, como solía ocurrir con los animales de aspecto extraño, y había enviado al Sin Nombre al puesto sesenta y tres, a solo un punto del alcalde.

Aya contemplaba en silencio el ángulo de la pantalla que Frizz había ocupado tan brevemente. Estaba tratando de recordar todo lo que le había dicho, como que le gustaba su nariz de creación espontánea, que la encontraba misteriosa, que quería conocer su nombre completo.

Y había sido sincero en todo.

Claro que cuando descubriera que su buen gusto por las narices de creación espontánea no era tal —que había nacido con ella porque era una imperfecta y una extra que se colaba en las fiestas—, ¿qué diría entonces? No podría mostrarse cortés. La cirugía de la sinceridad le obligaría a expresar su decepción por sus diferencias de ambición...

A menos que para entonces ya no fuera una extra.

—Oye, Ren —preguntó en voz baja—, ¿alguna vez has obtenido secuencias de extranjís?

—¿Como hacen los detractores de las modas? No. Va contra los principios del lanzador.

—No me refiero a tomas de gente famosa. Me refiero a trabajar de incógnito para conseguir un reportaje.

—No estoy seguro —respondió Ren, incómodo. El era un tecno—lanzador, su fuente tenía más diseños de hardware y modificaciones de interfaz que reportajes de personas—. El Ayuntamiento no acaba de decidirse. No quieren que la gente posea información, como pasaba con los oxidados, pero a nadie le gustan esas fuentes que solo muestran a gente engañando a sus parejas o detractores de las modas burlándose de la ropa y la cirugía.

—Todo el mundo odia esas fuentes, salvo las tropecientas mil personas que las miran.

—Hum. Probablemente deberías preguntárselo a Hiro. Él está más al tanto de esas cosas.

Aya miró a su hermano, el cual, sumido en un profundo trance, estaba absorbiendo las doce pantallas simultáneamente, sin duda tramando su seguimiento de la historia de la inmortalidad. No era buen momento para hablarle de su nuevo reportaje, sobre todo porque tendría que mencionar el extravío de cierta aerocámara.

—Quizá lo haga más tarde —dijo—. ¿En qué trabajas?

—En nada especial —contestó Ren—. Una camarilla de científicos semiperfectos me ha pedido un lanzamiento. Tienen méritos pero no fama. Están intentando recrear todas las especies que eliminaron los oxidados a partir de viejos restos de ADN y genes basura.

—¿En serio? Parece una gran historia.

—Hasta que me contaron que empezarían con gusanos, babosas e insectos. «¿Gusanos?», les dije. «¡Avisadme cuando lleguéis a los tigres!». —Ren soltó una risotada—. Por cierto, vi tu reportaje sobre el grafiti subterráneo. Buen trabajo.

—¿En serio? —Aya notó que se ponía colorada—, ¿Te parecieron interesantes esos tíos?

—Lo serán —murmuró Hiro desde su butaca— dentro de mil años, cuando desentierren su obra.

Ren sonrió mientras susurraba:

—¿Lo ves? Hiro también mira tu fuente.

—Favor que no devuelve —replicó Hiro sin apartar los ojos de la pantalla mural.

—¿Cuál será tu siguiente reportaje, Aya-chan? —preguntó Ren.

—Es secreto, por el momento.

—¿Secreto? —dijo Hiro—. Uuuuuuh, qué misteriosa.

Aya suspiró. Había ido hasta allí para pedirle ayuda a Hiro, pero era evidente que su hermano no tenía muchas ganas de hacer tal cosa. Se pondría insufrible ahora que había conseguido un puesto entre los mil primeros.

Además, puede que tampoco fuera necesario. Ni siquiera estaba segura de que las Chicas Astutas fueran a cumplir la promesa de ponerse en contacto con ella, ni de cómo localizarlas en el caso de que no lo hicieran.

—No te preocupes, Aya-chan —dijo Ren—, no se lo contaremos a nadie.

—Hummm... de acuerdo. ¿Habéis oído hablar de las Chicas Astutas?

Ren miró a Hiro, que giró lentamente la butaca hacia su hermana. En sus semblantes había aparecido una expresión extraña.

—He oído hablar de ellas —respondió Hiro—, pero no son reales.

Aya rio.

—Entonces, ¿qué son? ¿Robots?

—No, se trata de un simple rumor. Las Chicas Astutas no existen.

—¿Qué sabes sobre ellas? —preguntó Aya.

—Nada. ¡No hay nada que saber porque no son reales!

—Venga ya, Hiro. Los unicornios no son reales y sé cosas sobre ellos. Como... como que tienen un cuerno en la frente. ¡Y vuelan!

Hiro soltó un gruñido.

—El que vuela es Pegaso. Los unicornios solo tienen un cuerno, lo que los convierte en seres mucho más reales que las Chicas Astutas, de las que no puedo decirte absolutamente nada. En realidad es solo una expresión que utilizan los lanzadores. Por ejemplo, cuando hace un año corrió el rumor de que una gente se tiraba de los puentes utilizando paracaídas de fabricación casera y nadie logró averiguar quiénes eran, todo el mundo se limitó a decir «Son las Chicas Astutas». Porque astuta puede significar «taimada» o «maliciosa».

Aya puso los ojos en blanco.

—Mi vocabulario es mucho mejor que el tuyo, Hiro-sensei. Aun así, ¿y si existieran realmente?

—No serían un secreto, ¿no te parece? Hay camarillas que empiezan bajo tierra, y muchas hacen proezas a escondidas, pero nadie puede permanecer en el anonimato eternamente. —Hiro barrió su apartamento con la mirada, la enorme pantalla mural, las guirnaldas de grullas, el gran ventanal cuyas vistas cambiaban lentamente—. Gracias a la economía de la reputación prefieren ser famosos. ¿Sabías que, desde la lluvia mental, hasta el último rebelde ha terminado confesando?

Aya asintió. Todo el mundo sabía eso, y que todos habían conseguido estar entre los mil primeros durante, por lo menos, unos días.

—Pero ¿y si...?

—No son reales, Aya.

—¿Y si te traigo tomas de la Chicas Astutas? ¿Qué me dirías entonces?

Hiro se volvió de nuevo hacia la pantalla mural.

—Lo mismo que si le encasquetaras un cuerno de plástico a un caballo y lanzaras un reportaje sobre unicornios: no me hagas perder el tiempo.

Aya apretó los puños y contuvo las lágrimas. Las dudas que había tenido acerca de grabar de extranjís a las Chicas Astutas se disiparon de golpe. Haría que Hiro tuviera que comerse sus palabras.

Miró a Ren.

—¿Puedes conseguirme una buena cámara? Ha de ser lo bastante pequeña para poder llevarla oculta. —Señaló un botón de su uniforme de la residencia—. De este tamaño.

—Claro —dijo Ren. A renglón seguido, frunció el entrecejo—. ¿Dónde está tu aerocámara? Nunca vas a ningún lado sin Moggle.

—Oh… verás… en realidad, te buscaba por eso.

Ren sonrió.

—¿Qué? ¿Has roto otro objetivo? Tienes que abandonar esa manía tuya de saltar por la ventana.

—Me temo que es algo más serio —contestó quedamente Aya pese a saber que Hiro tenía la oreja puesta. ¿Por qué era siempre invisible para él hasta que cometía un error?—. El caso es que... he perdido a Moggle.

Ren la miró atónito.

—¿Cómo?

—¿Que la has perdido? —Hiro se volvió con su rostro perfecto enfurecido—. ¿Cómo has podido perder una aerocámara? ¡Las aerocámaras regresan solas a casa cuando te las olvidas!

—No me la olvidé —replicó Aya—. Yo nunca…

—¿Tienes idea del tiempo que invirtió Ren en hacerle todas esas modificaciones?

—La tengo localizada, más o menos —dijo Aya mientras sentía que se le formaba un nudo en la garganta—. Solo necesito que alguien me ayude a encontrarla y… subirla a la superficie.

—¿La superficie de qué? —gritó Hiro.

—De un lago que hay bajo tierra y… —El nudo le impidió seguir hablando y cerró los ojos. Si Hiro seguía gritándole de ese modo, rompería a llorar.

Notó la mano de Ren en el hombro.

—Tranquila, Aya-chan.

—Lo siento —consiguió farfullar.

—Parece un reportaje que podría lanzarte a la fama. —Ren espiró lentamente—. Creo que mañana tengo un rato libre. ¿Quieres que te ayude a sacar a Moggle de ese... lago subterráneo?

Aya asintió con los ojos todavía cerrados.

—Gracias, Ren-chan.

—Volverá a perderla —dijo Hiro.

—¡No la perderé! —gritó Aya—, ¡Y voy a demostrarte lo equivocado que estás con respecto a las Chicas Astutas!

Pero Hiro no contestó... simplemente meneó la cabeza.

Aya se marchó a la residencia todavía esforzándose por no llorar.

Estaba agotada, Ren la odiaba y su estúpido hermano era cada día más famoso y cruel. Si Ren no conseguía rescatar a Moggle, sería incapaz de reunir los méritos suficientes para una aerocámara nueva.

Lo único que deseaba hacer era dormir hasta la mañana siguiente, que era cuando Ren le había prometido reunirse con ella en el nuevo solar en construcción. Pero tenía un montón de clases por la tarde: las que había reprogramado de la mañana además de la temida clase de inglés avanzado. No podía saltárselas. Hacer las tareas escolares era la manera más rápida de acumular méritos para los imperfectos; todos los trabajos buenos se destinaban a los perfectos y los ancianos.

Una vez en Akira Hall, bajó al sótano y encontró una pantalla mural libre.

—Aya Fuse —dijo.

La pantalla cobró vida y le mostró una lista de mensajes y tareas, además de su deprimente rango facial de 451.441.

Estaba deseando buscar a Frizz Mizuno y Sinceridad Radical, pero antes

tenía que quitarse de en medio los deberes. Estaba repasando la lista de nuevos mensajes cuando sus ojos se detuvieron en uno de ellos.

Era una animación anónima, como los corazones palpitantes con que los pequeños decoraban sus mensajes, con la diferencia de que no eran corazones, ni puntos de exclamación, ni iconos sonrientes.

Eran ojos —ojos apagados, feos, sin operar— y no paraban de hacerle guiños.

Aya abrió el mensaje…

Vimos tu reportaje sobre el grafiti. No está mal para una lanzadora. Reúnete con nosotras a medianoche en Feópolis, donde parte la línea de alta velocidad.

No traigas cámara o no te dejaremos jugar.

Tus nuevas amigas

7. Chicas ocultas

—¿No puedo utilizar mi aerotabla? Jai resopló.

—¿Ese juguetito? Demasiado lento. El tren estará yendo a ciento cincuenta cuando saltes.

—Oh. —Aya contempló la curva, larga y titilante, de la línea de alta velocidad. Atravesaba los bajos edificios industriales formando un arco blanco entre tenues focos anaranjados. Las Chicas Astutas la habían llevado hasta el límite de la ciudad, donde la zona verde se fundía con las fábricas y las nuevas ampliaciones—. Creía que os subíais al tren cuando estaba parado.

—Eso es justamente lo que esperan los guardas. —Jai columpiaba los pies con desenfado, como si debajo no hubiera una caída de cien metros—. Tienen monitores en todos los depósitos ferroviarios.

—¿Ciento cincuenta no es un poco rápido?

La mayoría de las aerotablas dejaban de ser seguras cuando superaban los sesenta kilómetros por hora.

—Eso no es nada para un ultrarrápido —dijo Edén Maru—. Nos subiremos a él cuando desacelere en la curva. —Señaló el horizonte—.

Los trenes alcanzan los trescientos por hora una vez que toman la recta al dejar atrás la ciudad.

—¿Trescientos? ¿Y nosotras seguiremos subidas en él?

—Esperemos que sí. —Jai sonrió—. Teniendo en cuenta la otra opción.

Aya se miró las pulseras magnéticas que llevaba atadas a las muñecas. Eran como las pulseras protectoras que la gente utilizaba para las caídas de aerotabla pero mucho más grandes. Así y todo, ¿eran lo bastante resistentes para soportar un viento en contra de trescientos kilómetros hora?

Se rodeó el torso con los brazos, procurando no mirar el espeluznante abismo. Ella, Edén y Jai estaban en lo alto de una torre de transmisión que permitía ver la oscuridad que se extendía más allá de la ciudad.

Salvo en fuentes, Aya no había visto nunca la naturaleza. En cierto modo, la idea de penetrar en ese negro territorio le asustaba más que saltar sobre un tren ultrarrápido en marcha.

El hecho de no tener consigo a Moggle aumentaba su inquietud. Saber que nada de aquello estaba siendo grabado le producía una sensación extraña. Como un sueño, al día siguiente no quedaría ni rastro de lo que sucediera esa noche. Aya se sentía separada del mundo, irreal.

—El próximo tren pasará dentro de tres minutos —dijo Jai—. ¿Qué es lo más importante que debes recordar una vez que estés sur— I cando?

Un hilo de sudor frío caía por la espalda de Aya.

—Las señales de decapitación.

—¿En qué consisten?

—Cuando alguien delante de mí enciende una luz amarilla, significa agacharse. Roja significa que se acerca un túnel y hay que tumbarse.

—No te entusiasmes demasiado —dijo Jai con una risita— si no quieres perder la cabeza.

Aya se preguntó si las Chicas Astutas habían considerado la posibilidad de hacer el trayecto tumbadas. De ese modo la decapitación dejaría de ser un problema. O si eran conscientes de que no surfear en absoluto sobre trenes ultrarrápidos haría que perder la cabeza permaneciera en el ámbito de lo inimaginable, donde debía estar.

—Creo que ya lo tienes —añadió Jai.

Edén soltó un bufido.

—Sí, es prácticamente una experta.

—Relájate, reina de cara —dijo Jai—. No todas somos estrellas de la aeropelota.

—Ni todas somos quinceañeras. O lanzadoras.

—Si ni siquiera tiene ya una cámara.

Mientras las oía discutir, Aya se preguntó cuál era el rango facial de Jai. Había muchas personas que eran famosas pese a evitar las fuentes. De hecho,

la persona más famosa de la ciudad —del mundo entero— no tenía una fuente propia, pero la gente hablaba de ella cada vez que mencionaban la lluvia mental.

—No tenéis que preocuparos por mí —intervino Aya—. Que sea una imperfecta no significa que sea estúpida.

—Claro que no —dijo Jai—. De hecho, encuentro tu imperfección encantadora.

—Últimamente me lo dicen mucho —repuso Aya, pensando en Frizz Mizuno.

—¡Un minuto! —exclamó Edén, y saltó de la torre. El equipo de aeropelota frenó la caída y Edén hizo una pirueta en el aire para ponerse de cara a ellas—. Ten cuidado, Aya.

—Lo tendrá. —Jai se tiró y aterrizó sobre su tabla—. ¡La primera vez siempre lo tienen!

Rio y ella y Edén se volvieron y descendieron a las vías.

Aya se montó con timidez en la tabla ultrarrápida que le habían prestado. Esta cedió ligeramente bajo su peso, como un trampolín, pero podía sentir la potencia congregándose bajo sus pies.

El tren estaba saliendo de los depósitos cargado de mercancías con destino a otras ciudades. Aya todavía no podía oírlo, pero sabía que sus trescientas toneladas de metal sacudirían la tierra como un lanzamiento suborbital cuando pasaran a toda velocidad.

Siguiendo a Jai y Edén, cruzó el cinturón industrial hasta el escondrijo donde las esperaban las demás: la azotea de un edificio bajo ubicado cerca de las vías. Unos pocos camiones sin conductor recorrían las calles, atendiendo las fábricas y los solares en construcción. No se veía a nadie.

Cuando Aya tocó el suelo, la gravilla crujió bajo su aerotabla. Se deslizó hasta un lugar discreto situado detrás de una torre de ventilación que escupía gases de las profundidades subterráneas de la fábrica. Se respiraba cierto olor a azufre y cola caliente.

Mientras escuchaba agazapada el zumbido del tren, se descubrió pensando de nuevo en Frizz Mizuno. Aparecía en sus pensamientos cada cinco minutos. ¿Cómo era posible que una conversación casual la hubiese

alterado de ese modo?

Los profesores siempre desaconsejaban las relaciones estrechas con perfectos. Desde la lluvia mental ya no eran tan inocentes como parecían. Podían atontarte el cerebro solo con mirarte con esos enormes y hermosos ojos.

Aunque Frizz, desde luego, no era así. Después de sus clases, Aya había consultado la interfaz de la ciudad y constatado que Ren estaba en lo cierto sobre la camarilla de Sinceridad Radical: sus miembros no podían mentir, ni siquiera insinuar algo falso. Tenían la parte que tergiversaba la verdad desactivada, igual que los cabezas de burbuja tenían desactivada la voluntad, la creatividad y la desesperación.

Pero el hecho de que hubiera sido sincero lo hacía aún más perturbador. Así como el hecho de que su rango facial aumentara cada hora. Apenas llevaba unos meses siendo perfecto y ya iba camino de traspasar la barrera de los mil primeros.

—¿Nerviosa? —dijo una voz en la oscuridad.

Pertenecía a una de las Chicas Astutas que estaban acuclilladas junto a otro respiradero. Parecía más joven que Jai y Edén, con la misma cirugía anodina y los artículos defectuosos del agujero de la pared que llevaban todas.

—No, estoy bien.

—Pues surfear es más divertido si estás asustada.

Aya rio. Con su pelo castaño mate, la chica casi parecía una imperfecta. Tenía los ojos tan apagados que Aya se preguntó si se los había operado así a propósito.

—Entonces tengo la diversión asegurada.

—Bien. —La chica sonrió—. ¡Para eso estamos aquí!

Ella, desde luego, parecía estar disfrutando de lo lindo. Cuando el rumor del tren aumentó, su sonrisa brilló como la de una perfecta en la oscuridad. Aya se preguntó por qué la motivaba tanto arriesgar la vida de ese modo. Después de todo, ¿cuántas personas sabían que era una Chica Astuta?

—Oye, ¿tú no eres de mi residencia? —preguntó Aya—. ¿Cómo te llamas?

La chica rio.

—¿Para que luego consultes mi rango facial?

—Oh. —Aya desvió la mirada—. ¿Tan obvio es?

—La fama siempre es obvia. —Miró hacia el escondrijo de Jai—. Sé que de vez en cuando lanzas historias. Vamos a tener que quitarte ese hábito.

—Perdona la pregunta.

—No te preocupes. Si te hace sentir mejor, mi nombre de pila es Miki y mi rango facial está en torno al novecientos noventa y siete mil.

—Bromeas... ¿verdad?

—Astuta, ¿eh? —dijo Miki con una sonrisita.

Aya sacudió la cabeza mientras trataba de pensar por encima del creciente fragor del tren. No tenía sentido. Cualquier persona que hiciera proezas como esta debería encontrarse ya por debajo de los cien mil, con reportaje o sin él. La interfaz de la ciudad captaba cualquier mención de tu nombre, sobre todo en cotilleos y rumores.

¡Y novecientos noventa y siete mil era casi un millón! No se podía ser más extra, como los pequeños recién nacidos y los ancianos que nunca tomaron las píldoras de la lluvia mental. Era prácticamente como no existir.

Al verle la cara de estupefacción, Miki soltó una carcajada.

—Jai es aún más astuta. Por eso es la jefa.

—¿Te refieres a todavía menos famosa?

Miki le guiñó un ojo.

—Roza el millón.

—¡Preparaos! —dijo Edén Maru, su voz apenas audible por encima del rugido del tren.

—¡A surfear! —gritó Miki arrodillándose.

Aya se agarró a la proa de su aerotabla y trató de concentrarse. Esta historia se le antojaba aún más extraña que surfear sobre un tren ultrarrápido. Por la razón que fuera, las Chicas Astutas habían dado la vuelta a la economía de la reputación.

Querían desaparecer. Pero ¿por qué?

Sus pulseras protectoras se fijaron con fuerza a la tabla. Ahora temblaba hasta la azotea de la fábrica, y la gravilla del suelo danzaba como piedras de

granizo aterrizando en la hierba.

Por fin podría lanzar un reportaje como el de Hiro: entrevistas largas y mareantes, una docena de capas de fondo con el pasado de las chicas, secuencias alucinantes de sus viajes en tren y sus reuniones subterráneas. Si pudiera filmarlas sin que ellas se dieran cuenta... y con su aerocámara en el fondo de un lago.

Miró a Jai por encima de su hombro y una sonrisa fría le curvó los labios. Finalmente sabía cómo vengarse por el hundimiento de Moggle. Lanzaría esta historia a lo grande y cubriría a las Chicas Astutas de una fama que no habrían imaginado ni en sus peores pesadillas.

Se aseguraría de que todo el mundo conociera sus nombres.

—¡Te noto un poco rara! —gritó Miki por encima del estruendo—. ¿No me digas que te está entrando el canguelo?

Aya rio.

—¡Qué va! ¡Solo me estoy mentalizando!

El fragor fue en aumento y estalló finalmente cuando el tren, una mancha borrosa de luces y truenos, pasó zumbando frente a ellas. La azotea se cubrió de remolinos de polvo.

El tren entró en la curva y Aya oyó un zumbido que fue creciendo lentamente, como una orquesta de copas de vino siendo afinadas. Trescientas toneladas de metal y materia inteligente en levitación procedieron a adoptar una forma nueva y reducir ligeramente la velocidad.

—¡Ahora! —aulló Edén.

Y las chicas se elevaron en el aire.

8. Surfeando

La tabla salió disparada hacia delante arrastrando a Aya de las muñecas.

Derrapaba y se retorcía como un mal trompo, cuando las pulseras protectoras casi podían llegar a dislocar los hombros del pasajero. Pero los trompos nunca duraban tanto. La aerotabla de Aya continuaba acelerando, siguiendo la suave curva de la línea de alta velocidad.

Se pegó a la tabla todo lo que pudo, con los pies colgando por detrás y la chaqueta de la residencia restallando como una bandera en un vendaval.

Con los párpados entornados contra el viento, apenas podía ver nada. A unos metros de ella, Miki era una mancha lacrimosa. Por fortuna, la tabla estaba programada para volar autónomamente hasta alcanzar la velocidad del tren.

Cuando esa noche se fugó de la residencia para ir en busca de Edén y sus amigas, en ningún momento se le pasó por la cabeza que ella misma acabaría subida al techo de un tren. Se había imaginado volando a una distancia prudente, con Moggle algo más cerca grabando imágenes para su fuente.

Pero allí estaba, haciendo el viaje más delirante de su vida, ¡y nadie lo filmaba!

El suelo pasaba bajo sus pies a una velocidad de vértigo, pero a su lado el tren daba la impresión de estar desacelerando. La aerotabla realmente le estaba dando alcance.

Pronto tendría que subirse al tren.

Por un momento pensó en la posibilidad de dar media vuelta y desaparecer en la noche. Todavía podría lanzar la historia de una camarilla secreta dada a hacer proezas descabelladas y evitar la fama.

Claro que para demostrar su historia solo dispondría de un par de pulseras protectoras, una tabla de alta velocidad y una aerocámara chorreando agua. Aparte de Edén Maru, no conocía el nombre completo de ninguna de las chicas. Nadie la creería, y Hiro todavía menos.

Para conseguir las secuencias que necesitaba tenía que convencer a las Chicas Astutas de que Aya Fuse era una de ellas. Y para eso tenía que surfear sobre ese tren. Cuando su aerotabla igualó la velocidad del tren ultrarrápido, este pareció detenerse.

El piloto automático de la tabla parpadeó una vez: su trabajo había terminado.

Ahora Aya tenía el control.

Jai la había prevenido sobre esta parte. Un cambio de peso brusco podría hacer que la tabla se estrellara contra el tren o se alejara girando hasta estamparse contra un edificio.

Delante de ella, Miki estaba balanceándose para poner a prueba su dominio.

Aya contuvo el aliento... y levantó los dedos de la mano derecha. El viento se los dobló dolorosamente hacia atrás y la tabla vibró, alejándose del tren.

Cerró los dedos en un puño y los estabilizadores se activaron y equilibraron la tabla. Parecía que la mano fuera a estallarle.

Eso sí era ir realmente deprisa... Era una pena que Moggle no pudiera verla.

Miki se hallaba a solo un metro del tren. La chica que tenía delante ya estaba alargando una mano hacia el techo. Aya tenía que subirse antes de que la línea de alta velocidad se enderezara.

—Allá voy —dijo entre dientes.

Dobló el pulgar izquierdo sin apenas levantarlo y, respondiendo con más suavidad esta vez, la tabla viró hacia el extenso techo del ultrarrápido. Aya se fue acercando en cautas etapas, como si estuviera dirigiendo una cometa con tirones de hilo diminutos.

Cuando se hallaba a dos metros del tren la tabla empezó de nuevo a temblar y rebotar. Jai también la había prevenido sobre la onda expansiva,

una turbulencia invisible provocada por el paso del tren.

Tensando hasta el último músculo, combatió la conmoción con pequeños gestos y sacudidas. Los cambios de presión le reventaban los oídos y sus ojos lanzaban lágrimas al aire.

De repente salió de la turbulencia y, salvando el último trecho, golpeó suavemente el costado metálico del tren. Aya sintió las vibraciones del ultrarrápido en la tabla cuando sus imanes afianzaron la conexión.

Allí el viento era mudo. Aya se encontraba sumida en una delgada burbuja de quietud, muy parecida al ojo de un huracán, que envolvía el tren.

Desmagnetizó la pulsera izquierda y, muy despacio, deslizó la mano por la tabla hasta tocar el techo del tren.

La mano se fijó con fuerza al metal.

Pero le inquietaba la idea de desmagnetizar la otra pulsera. La aerotabla tenía el tamaño de Aya, mientras que el tren ultrarrápido poseía unas dimensiones y una potencia inhumanas. Parecía una rata subiéndose a un dinosaurio en estampida.

Cerrando los ojos, liberó la mano derecha, se impulsó hasta el techo y clavó la muñeca.

¡Lo había conseguido! El tren retumbaba ahora bajo su cuerpo como un volcán inquieto y el sigiloso viento seguía tirándole del pelo y las ropas, pero estaba encima.

El fragor aumentó. Las juntas de materia inteligente estaban enderezando el tren. Lo había logrado por los pelos.

Frente a ella, el techo del tren formaba ahora una línea recta con nueve Chicas Astutas repartidas por su superficie. Miró atrás, con el viento llenándole la boca de mechones, y divisó a las otras tres. Todas lo habían conseguido.

El viento aumentó cuando el tren ganó velocidad, y la mayoría de las chicas ya estaban surfeando con los brazos en cruz para poder atraparlo. Como si volaran, había dicho Edén.

Aya soltó un suspiro. ¡Como si viajar sobre un tren ultrarrápido no fuera lo bastante peligroso sin necesidad de levantarse!

Pero si quería que las chicas la aceptaran, tenía que mostrarse tan

temeraria como ellas. Y surfear tumbada no era surfear.

Desabrochó las correas de su pulsera derecha, tiró de ella y, haciéndose un ovillo, se la llevó al pie. Tras forcejear con la pulsera unos instantes, finalmente logró fijarla al tobillo.

La magnetizó y notó la suela de su zapato firmemente adherida al metal del techo.

Levantó la otra muñeca con cuidado y... el viento no la arrastró.

Ahora venía la peor parte.

Como un pequeño subido por primera vez a bordo de una aerotabla, Aya se incorporó lentamente con las piernas separadas y los brazos en cruz. Miki se hallaba de costado al viento, como si fuera un esgrimista ofreciendo el menor blanco posible. Aya la imitó mientras se aupaba.

Cuanto más subía más feroz era el viento. Caóticos torbellinos invisibles la zarandeaban, haciéndole nudos en el pelo.

Pero finalmente estuvo completamente derecha, forzando hasta el último músculo.

El mundo a su alrededor era una mancha borrosa.

El tren había alcanzado el límite externo de la nueva ampliación, el lugar donde la ciudad crecía cada día un poco más. Las hileras de focos pasaban zumbando como brillantes cometas anaranjados, y también excavadoras del tamaño de mansiones. La naturaleza se extendía más adelante, su masa negra era el único punto estático en la vorágine de luces, ruido y viento.

El último resplandor de las obras pasó y el tren se sumergió en un mar de oscuridad. En cuanto la red urbana quedó atrás, la antena de piel de Aya perdió la conexión con la interfaz de la ciudad. El mundo se vació de golpe: ni fuentes, ni rangos faciales, ni fama.

Como si el viento hubiera arrasado con todo.

Pero Aya no lo echaba de menos. Estaba riendo. Se sentía grande e imparable, como un pequeño galopando sobre un caballo a una velocidad vertiginosa.

La formidable potencia del tren fluía por sus manos. Las puso planas y sintió que la corriente de aire la elevaba y tiraba de las correas de su tobillo. Parecía un pájaro intentando alzar el vuelo. El mínimo gesto le modificaba

bruscamente la postura del cuerpo, como si el viento fuera una prolongación de su voluntad.

Delante de ella, la oscura silueta de Miki se estaba agachando. Tenía algo en la mano...

Una luz amarilla.

—¡Mierda! —Aya bajó los brazos y dobló las rodillas.

En cuanto se acurrucó contra el techo del tren, algo gigantesco e invisible cercenó el aire sobre su cabeza, silbando como la hoja de una espada. Su onda expansiva le recorrió el cuerpo como un martillazo.

Y de pronto ya no estaba. Aya ni siquiera había visto qué era.

Tragó saliva mientras escrutaba la oscuridad frente a ella. Una ristra de luces amarillas se extendía hasta la cabeza del tren. Se fueron apagando una a una. El peligro había pasado.

¿Cómo era posible que no las hubiera visto?

Temblando, se incorporó lentamente. Su embriagadora sensación de poder había desaparecido de golpe. La oscuridad se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

De repente Aya Fuse se sintió muy pequeña.

9. Túnel

Aya había aprendido cuatro cosas acerca de la naturaleza. Que era informe. El bosque que pasaba a toda pastilla por los costados del tren formaba una masa impenetrable, un vacío turbulento y veloz.

Que era interminable. O quizá el tiempo se hubiera detenido. Aya ignoraba si llevaba minutos u horas surfeando.

Que tenía un cielo inmenso, lo cual podía parecer absurdo, pues en principio el cielo tenía el mismo tamaño en todas partes. Aquí, no obstante, la oscuridad se extendía sin el corsé de los edificios urbanos, sin el reflejo de las luces artificiales, vasta y estrellada.

Por último, que era fría. Aunque esa sensación probablemente se debiera al viento de trescientos kilómetros por hora que le azotaba la cara.

La siguiente vez se llevaría dos chaquetas.

Transcurrido un rato, Aya advirtió que la silueta de Miki se encogía. Miró con nerviosismo a las demás chicas, pero ninguna había encendido las luces de decapitación.

Tuvo la sensación de que Miki jugaba con la pulsera de su tobillo. De pronto estaba resbalando hacia atrás por el techo del tren, sobre el trasero, transportada por el fuerte viento.

—¡Miki! —gritó, arrodillándose y tendiéndole una mano.

Cuando la tuvo a un metro, Miki clavó una pulsera protectora en el techo y empezó a dar vueltas hasta detenerse. Estaba riendo y el viento le alborotaba los cabellos.

—¡Hola, Aya-chan! —gritó—. ¿Cómo te va?

Aya retiró la mano.

—¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento. —Miki se encogió de hombros—. El viento siempre te arrastra siguiendo la línea del tren. ¿Te estás divirtiendo?

Aya respiró hondo.

—Claro, pero hace un frío que pela.

—Lo sé. —Miki se levantó la camisa genérica para mostrar unas sedas de guardabosques—. Pero esto funciona.

Aya se frotó las manos, lamentando que Jai no la hubiera prevenido contra el frío.

—He venido porque estamos cerca de las montañas —aulló Miki mientras se incorporaba sobre una rodilla—, que es donde el tren vuelve a reducir la velocidad.

—¿Y donde nosotras nos bajamos?

—Sí, pero primero viene el túnel.

—Entiendo. —Aya se estremeció—. La luz roja. Casi se me pasa por alto la luz amarilla.

—No te preocupes. Las montañas no aparecen de golpe. —Miki le rodeó los hombros con el brazo—. Y dentro del túnel el viento no es tan fuerte.

Aya sintió otro escalofrío y se acurrucó contra Miki.

—Estoy impaciente.

La cadena montañosa se elevaba lentamente en el horizonte, negra contra el cielo estrellado.

A medida que se acercaban, Aya se fue dando cuenta de su inmensidad. La montaña que tenía justo enfrente parecía más ancha que el estadio de fútbol de la ciudad y mucho más alta que la torre central. Lentamente se iba comiendo el cielo, como un muro negro precipitándose hacia ellas.

Estaba empezando a habituarse a las sorprendentes dimensiones de cuanto la rodeaba. Se preguntaba cómo la gente había podido atravesar la naturaleza en la era de los preoxidados, cuando no había trenes ultrarrápidos,

ni aerotablas, ni siquiera automóviles. Su escala bastaba para volver loca a una persona.

Con razón los oxidados habían intentado asfaltarla.

—Ya viene —dijo Miki alzando un dedo.

En la cabeza del tren parpadeaba una luz roja. Detrás apareció otra, seguida de otras siete, como una cadena de bengalas.

Miki se sacó una linterna del bolsillo y la encendió. La cambió a rojo y la movió de un lado a otro en dirección a la cola del tren.

Aya ya estaba desabrochándose la pulsera que le sujetaba el tobillo. Quería las dos muñecas magnetizadas antes de alcanzar el túnel.

—¿Estás bien? —le preguntó Miki—. Tienes mala cara.

—Estoy bien.

Aya tiritó. De repente volvía a sentirse pequeña, como cuando el tren se había zambullido en la naturaleza.

—Es normal que todavía tengas tus dudas —dijo Miki—. Yo no solo surfeo porque me divierta, ¿sabes? También me transforma, y lleva su tiempo darse cuenta de eso.

Aya meneó la cabeza. No había sido su intención parecer poco entusiasta. Las Chicas Astutas tenían que creer que era una de ellas, que se había sumado a su locura con suficiente ilusión como para renunciar para siempre a los reportajes.

Pero Miki tenía razón. Algo había cambiado dentro de ella, algo que todavía no era capaz de comprender. Ese viaje le había hecho pasar tan rápidamente del pánico a la euforia, y de ahí, con igual rapidez, a la insignificancia... Dirigió la mirada al oscuro paisaje, tratando de comprender sus emociones. Lo que ahora sentía no tenía nada que ver con el pánico al anonimato que la consumía cuando observaba las luces de la ciudad, la terrible certeza de que nunca sería famosa, de que toda esa gente jamás se interesaría por ella.

En cierto modo, le alegraba saber que el mundo era mucho más grande que ella. Se sentía abrumada, pero también serena.

—Te entiendo... Estar aquí fuera te transforma la mente.

—Exacto. —Miki sonrió—. Ahora, agacha la cabeza.

—Ah, sí, el túnel.

Se tumbaron y clavaron las pulseras protectoras. La montaña se fue acercando hasta cernirse sobre ellas como una ola gigantesca brotando de un océano negro.

Aya vio cómo las luces rojas desaparecían una a una, engullidas por las fauces del túnel, junto con la mitad delantera del tren.

Finalmente, con un violento golpe de aire, la oscuridad se las tragó. El rugido del tren se redobló con ecos y reverberaciones. Aya sintió por todo su cuerpo el cambio en las vibraciones del tren.

Dentro del túnel la oscuridad era cien veces más profunda que en el exterior, pero Aya podía sentir el paso del techo sobre su cabeza, tan próximo que no tenía más que alargar un brazo para tocarlo, si deseaba perder una mano.

Sentía la presión de los millones de toneladas de roca, su masa infinita, como si el cielo se hubiera transformado en piedra. Unos segundos atrás el tren ultrarrápido le había parecido descomunal, pero la montaña lo había empequeñecido en un instante y a ella la había confinado al estrecho espacio entre los dos.

—¿Lo notas? —dijo Miki.

Aya se volvió hacia ella.

—¿El qué?

—Creo que el tren está frenando.

—¿Ya? —Aya frunció el entrecejo—. Pensaba que la curva estaba después del túnel.

—Y lo está. Pero escucha.

Aya se concentró en el embravecido fragor que las rodeaba y sus oídos empezaron a diferenciar los sonidos. El estruendo del tren tenía un ritmo interno, el golpeteo regular de un defecto en la vía.

Y el golpeteo se estaba ralentizando.

—Tienes razón. ¿Suele parar aquí?

—Sería la primera vez. ¡Uau! ¿Lo notas? —Sí.

El cuerpo de Aya estaba resbalando hacia delante; el tren estaba frenando ahora más deprisa. Arrastrados por el impulso, sus pies se desplazaron medio

círculo alrededor de las pulseras.

El fragor fue apagándose lentamente y el tren se detuvo con sigilo. La repentina quietud erizó la piel de Aya.

—Puede que el tren tenga algún problema —dijo Miki en voz baja—. Espero que lo arreglen pronto.

—Pensaba que los trenes de mercancías no tenían personal.

—Algunos sí. —Miki dejó escapar un largo suspiro—. Tendremos que esperar y...

En el techo del túnel brilló una luz. Llegaba del costado derecho del tren, y temblaba, como si proviniera de una linterna. Aya vio por primera vez el interior del túnel, un terso cilindro de piedra alrededor del tren. El techo se hallaba a unos veinte centímetros de su cabeza. Posó una mano sobre la fría piedra.

—¡Mierda! —susurró Miki—. ¡Las tablas!

Aya tragó saliva. Las aerotablas seguían adheridas al costado derecho del tren, unos metros por encima de la altura de la cabeza. Si la persona que rondaba por ahí abajo levantaba la vista y las veía, seguro que se preguntaría qué hacían allí.

—Veamos qué está pasando —susurró Miki. Liberó sus muñecas y se arrastró hasta el borde del techo.

Aya se quitó las pulseras y la siguió. Si las aerotablas habían sido descubiertas, tenían que avisar de inmediato a las demás.

Asomaron la cabeza. En el angosto espacio entre el costado del tren y la pared del túnel se habían congregado tres figuras, y las luces de sus linternas alargaban sus sombras, deformándolas. Aya se dio cuenta de que llevaban equipos de aeropelota como Edén y que flotaban.

Pero no habían visto las tablas. No tenían su atención puesta en el tren. Las tres figuras estaban mirando fijamente la pared del túnel...

Esta se estaba moviendo.

La piedra de la montaña estaba transformándose, ondulando suavemente y cambiando de color, como una mancha de aceite sobre un agua rizada. Una especie de zumbido inundó el túnel. Aya advirtió que el aire le sabía diferente, como cuando en la estación lluviosa se avecinaba un chaparrón.

Una a una, finas capas de piedra líquida comenzaron a desprenderse, hasta que en la pared del túnel se abrió una puerta ancha.

Las luces de las linternas atravesaron el hueco, pero desde lo alto del tren Aya no podía divisar el interior. Oyó los ecos sordos de un espacio grande y vio un resplandor anaranjado jugando entre las sombras proyectadas por las linternas.

En ese momento se abrió un panel en el tren que coincidía con el hueco abierto en la pared. El tren descendió suavemente sobre sus imanes hasta que las dos cavidades quedaron a la misma altura.

Una de las siluetas avanzó y Aya se apresuró a esconder la cabeza. Cuando volvió a asomarla, las tres figuras se habían hecho a un lado y estaban observando la salida de un objeto gigantesco por la abertura del tren.

Parecía un cilindro de metal macizo, más alto que Aya y de un metro de ancho. Debía de pesar mucho. Los cuatro robots elevadores adheridos a su base lo transportaban con el ritmo moderado y tembloroso de un cortejo fúnebre.

El objeto no había desaparecido aún por el hueco cuando le siguió otro idéntico. Y otro.

—¿Los ves? —preguntó Miki en un susurro.

—Sí. ¿Qué son?

—No lo sé, pero humanos desde luego no.

—¿De qué...?

Aya miró a Miki y se percató de que no estaba mirando los objetos metálicos. Tenía los ojos clavados en las tres figuras.

Afiló la mirada y finalmente vio que las linternas no estaban deformando las sombras de las figuras, como había creído en un principio. Esa gente, sencillamente, estaba mal hecha; tenían las piernas exageradamente largas y desgarbadas, los brazos doblados por demasiados puntos, los dedos largos como pinceles de caligrafía. Y los rostros... los ojos, enormes, estaban excesivamente separados, piel pálida y sin vello.

Tal como había dicho Miki, no eran humanos.

Aya soltó una exclamación ahogada y Miki tiró de ella hacia dentro. Tendidas sobre el techo del tren, Aya cerró los ojos y el corazón se le aceleró

al imaginar que una de esas manos larguiruchas trepaba por el costado del tren y la cogía.

Apretó los puños y se obligó a respirar pausadamente, hasta que el pánico disminuyó.

Se arrastró de nuevo hasta el borde y miró abajo, lamentando por enésima vez no tener a Moggle flotando sobre su hombro. Únicamente disponía de sus ojos y su cerebro.

Las figuras inhumanas seguían allí, observando ahora una procesión de robots elevadores que salía por la puerta del túnel y entraba en el tren transportando sillas y pantallas murales, sintetizadores de alimentos, recicladores de agua industrial e incontables cubos de basura. Incluso un acuario completo, sostenido entre dos robots, con la bomba aún zumbando y los peces girando nerviosamente en su interior.

Era evidente que alguien se estaba mudando de ese espacio oculto en el túnel, pero... ¿qué eran los objetos metálicos que habían introducido?

La puerta del tren se cerró al fin y el zumbido llenó nuevamente el aire. Unos filamentos oscuros avanzaron por la abertura del túnel, entrelazándose como imágenes salteadas de una araña construyendo su tela. A continuación, unas capas ondulantes rodaron sobre ellos hasta cubrir por completo el hueco.

—Materia inteligente —susurró Miki.

Mientras Aya asentía, la superficie del túnel tembló una última vez antes de transformarse en una imitación perfecta de una pared de piedra. Las linternas se apagaron y la oscuridad se adueñó nuevamente del túnel.

—Vamos —susurró Miki, tirando de Aya hacia dentro. El tren se puso en marcha y el viento empezó a girar a su alrededor—. Pronto nos bajaremos y entonces podremos contárselo a las demás.

—Pero ¿quiénes eran esos tipos, Miki? —preguntó Aya.

—Querrás decir qué eran.

—Eso.

Agotada, tendida en la vibrante oscuridad, Aya trató de reproducir en su mente lo que acababa de ver. Necesitaba tiempo para pensar; necesitaba la interfaz de la ciudad. Y, sobre todo, necesitaba a Moggle.

Esa historia se había complicado mucho.

10. Rescate

—Cuando hice sumergible a Moggle nunca pensé que algún / día lo necesitarías.

—Lo siento —suspiró Aya. Había dicho «lo siento» unas mil veces desde que se reunió con Ren esa mañana; empezaba a estar harta—. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

Ren bajó nuevamente la vista hacia el agua negra e inmóvil.

—Todavía no me has contado cómo ocurrió.

—Creo que se acercaron a Moggle por detrás. Estoy casi segura de que utilizaron un cepo. —Aya avanzó hasta el borde de su aerotabla y miró hacia abajo. Ni siquiera estaba segura de haber dado con el lugar correcto. De aquella noche solo recordaba sombras y caos, mientras que ahora los aerofocos de Ren estaban iluminando la reserva de agua subterránea con su potente luz. Nada coincidía con las imágenes que retenía en su cabeza—. Creo que la tiraron aquí.

—¿Quiénes? ¿Las Chicas Astutas?

—Sí, Ren, son reales. No las has visto porque no les gustan demasiado los lanzadores. —Señaló la superficie negra del lago—. Por eso mi aerocámara acabó en el agua.

Ren soltó un bufido mientras sus pulgares jugaban con el instrumento que tenía en las manos y sus pantallas oculares giraban. Se fabricaba sus propias cajas de sorpresas, artefactos que podían hablar con cualquier máquina de la ciudad.

—Pues utilizaron un cepo de los grandes. Moggle no aparece por ningún lado: ni señal de la ciudad, ni fuente privada, ni siquiera el parpadeo de la

batería.

Aya gruñó y el sonido viajó por la superficie del agua y rebotó en las antiguas paredes de ladrillo. La reserva era más grande aún de lo que recordaba, lo suficientemente vasta para recoger el agua de toda la estación lluviosa.

—¿Qué podemos hacer?

—Los tecnocerebros tenemos un dicho: si no puedes emplear lo último en tecnología, utiliza los ojos. —Manipuló los mandos de su instrumento y uno de los aerofocos proyectó una luz cegadora en el agua. Alumbrando las profundidades de la reserva, el aerofoco voló hasta Aya y se detuvo.

Aya descendió con su aerotabla hasta la superficie del agua y se arrodilló para escudriñar el fondo.

—¡Uau! ¿En serio que nos bebemos eso?

—Primero la filtran, Aya-chan.

El agua aparecía turbia y estaba salpicada de desechos y detritos arrastrados por los desagües. Olía a tierra húmeda y hojas descompuestas.

—¿Puedes aumentar la luz?

—Veamos si esto te ayuda.

Ren agitó una mano. El aerofoco descendió y su morro atravesó la superficie.

La luz se intensificó y un semicírculo de agua luminosa brotó debajo de Aya, como si estuviera flotando sobre una puesta de sol invertida de tonos verdes y marrones. Finalmente podía ver el fondo de la reserva: una fina capa de limo, ramitas y cascotes con trocitos de enladrillado viejo asomando entre ellos.

Pero ni rastro de Moggle.

—Hum, puede que no estemos en el lugar correcto.

—Una verdadera pena. —Ren estaba tendido sobre su aerotabla, contemplando el techo abovedado. Levantó los brazos frente a él y con un gesto inició un videojuego destrozapulgares—. Avísame cuando la hayas encontrado.

—Pero Ren-chan...

—Hasta luego, pierdecámaras.

Aya empezó a protestar de nuevo, pero las pantallas oculares de Ren comenzaron a parpadear en la modalidad de inmersión plena mientras sus dedos se doblaban y retorcían. Estaba completamente absorto en el juego.

Con un suspiro, Aya se tumbó sobre la tabla boca abajo y apoyó la barbilla en la proa. Dejándose arrastrar por el agua, se puso a examinar la porquería del fondo.

Ren tenía razón en una cosa: aquello era un auténtico peñazo. Cada vez que el aerofoco se movía para seguirla obedientemente, su morro removía la superficie y Aya tenía que esperar a que el agua se aposentara de nuevo para poder ver el fondo. Divisaba desechos sorprendentes —un bumerán, los restos de una cometa cubo, la espada rota de un cuerpo guerrero—, pero ni rastro de Moggle. No le extrañaba que Ren prefiriera jugar a videojuegos a contemplar el lecho de un lago plagado de basura.

Por lo menos el día previo había obtenido la máxima puntuación en todos sus tests, y la tarea de vigilar a los pequeños después de la comida le proporcionaría los últimos méritos que le faltaban para comprarle a Moggle pintura de camuflaje negra.

Cuando finalmente lanzara esa historia se haría tan famosa que ya nunca tendría que preocuparse de arañar méritos.

Mientras escrutaba las misteriosas profundidades del lago, su mente regresó a lo que ella y Miki habían visto la noche anterior. ¿Qué podía ser tan secreto que había que ocultarlo dentro de una montaña? ¿Y por qué tenían esos tipos ese aspecto tan extraño? Ni los monos quirúrgicos más desmedidos se deformaban el cuerpo de ese modo.

Las Chicas Astutas planeaban regresar esa noche en busca de pistas. Ren le había dado una cámara espía del tamaño de un botón de camisa, pero solo servía para planos cortos. Para filmar a las chicas en todo su esplendor necesitaba que Moggle la siguiera a hurtadillas.

Sobre el lecho de la reserva asomaba un pequeño bulto cubierto de limo.

—¿Moggle? —murmuró Aya, frotándose los ojos.

Tenía la forma y el tamaño justos, como un balón de fútbol cortado por la mitad.

—¡Eh, Ren! —gritó— ¡Ren!

La señal intermitente de inmersión se detuvo y el brillo de la pantalla ocular resbaló por la cara de Ren.

—¡He localizado a Moggle!

Ren estiró los brazos y se sentó con las piernas colgando de la aerotabla.

—Genial. Ahora pasaremos a la fase dos, que mola mucho más.

—Estupendo, porque estaba empezando a aburrirme. Ren sonrió.

—Seguro que esto no te parece aburrido.

La fase dos implicaba la intervención de una bombona de helio comprimido del tamaño de un extintor y un fláccido globo sonda colgando de su embocadura.

Aya miró el artilugio de hito en hito. —No lo pillo.

Ren le lanzó la bombona y Aya gruñó bajo su peso. La tabla se hundió durante unos segundos antes de que los elevadores la estabilizaran.

—Pesa, ¿eh?

—Ajá. —El agua resbalaba por la superficie de la tabla, mojándole los zapatos adherentes.

—Eso solucionará tu problema de flotación —explicó Ren. —¿Yo tengo un problema de flotación?

—En efecto, Aya-chan. Tú, como la mayoría de la gente, flotas. Por ese molesto aire que tienes en los pulmones. La bombona es lo bastante pesada para llevarte directamente al fondo. Aya parpadeó.

—Un momento, Ren... A mí me gusta mi problema de flotación. ¡Me gusta tener aire en los pulmones! ¡No pienso bajar! Ren rio.

—¿Y cómo piensas rescatar a Moggle?

—No lo sé. Pensaba que fabricarías una especie de... submarino en miniatura.

—Como si no tuviera nada mejor en qué invertir mis méritos. —Ren señaló la bombona de helio—. Tiene un imán en la base. Coloca la bombona en posición vertical sobre Moggle y verás cómo se adhiere.

—¿Y cómo voy a regresar a la superficie? Esta cosa pesa una tonelada.

—Ahí viene la parte ingeniosa. No tienes más que girar esto. —Ren

avanzó con su tabla y giró la válvula de la bombona. La dejó silbar un segundo antes de cerrarla de nuevo—. El globo se hincha y os sube a ti y a Moggle a la superficie. Mola, ¿eh?

—Vale. Pero yo no puedo respirar helio. ¿Dónde está mi mascarilla? —Se volvió hacia el portaequipajes de la tabla de Ren.

—Contén la respiración.

—¿Que contenga la respiración? —aulló Aya—. ¿Esa es tu magnífica solución de tecnocerebro?

Ren puso los ojos en blanco.

—Solo hay cinco o seis metros hasta el fondo. Como la parte honda de una piscina de saltos.

—Oh, gracias por mencionar el tema de los saltos, mi actividad aterradora favorita. —Frunció el entrecejo—. ¡Además, ahí abajo hace un frío que pela!

—Mejor que mejor. —Ren asintió—. Así la próxima vez te lo pensarás dos veces antes de perder tu aerocámara.

Aya miró a Ren mientras caía en la cuenta de que la idea había sido probablemente de Hiro. Si supieran lo lanzable que era su historia entenderían por qué había merecido la pena sacrificar a Moggle. Pero no podía explicar nada aún, no hasta que descubriera qué se ocultaba en aquella montaña.

—Muy bien. —Se abrazó a la bombona y, echando fuego por los ojos, escudriñó el agua hasta localizar de nuevo a Moggle—. ¿Hay algo más que deba saber?

Ren sonrió.

—Ve con cuidado, Aya-chan.

—Lo que tú digas.

Aya inspiró hondo y... saltó.

El impacto con el agua retumbó en sus oídos, pero el peso de la bombona la arrastró rápidamente hacia las aguas tranquilas del fondo. Sentía el brillo de los aerofocos en sus párpados cerrados y un frío gélido.

Los zapatos adherentes golpearon el suelo y patinaron sobre el limo durante unos instantes. La pesada bombona amenazaba con doblarle las rodillas, pero Aya logró mantenerse derecha.

Abrió los ojos...

Ramitas y hojas descompuestas giraban a su alrededor, fruto del minirremolino que había levantado con su aterrizaje. La profundidad teñía el agua de un tono verde apagado y sombras danzaban como peonzas por el suelo de la reserva.

Un destello atrajo su atención: una de las pegatinas de la cubierta de Moggle titilando bajo la luz del foco como el ojo de una bestia subacuática.

Echó a andar hacia ella a cámara lenta, patinando sobre los resbaladizos ladrillos. Cada uno de sus pasos levantaba remolinos de limo y cieno, nubes oscuras entre las que Moggle casi desaparecía.

Pero Aya no podía esperar a que el limo se asentara. El corazón estaba empezando a aporrearle el tórax, exigiendo más oxígeno, y el frío le estaba entumeciendo los dedos de las manos y los pies. La presión del agua la estaba mareando, como si dos manos le estuvieran estrujando la cabeza.

Escudriñando la penumbra, colocó la bombona sobre Moggle y la dejó caer. El clanc, firme y definitivo, fue derecho a los tímpanos de Aya.

Buscó a tientas la válvula de la bombona, los pulmones aullando, el corazón desbocado, y sus congelados dedos lograron darle una vuelta. Un estruendo llenó el agua y el globo sonda empezó a hincharse.

Aya se apartó y salió disparada hacia arriba, agitando los pies con todas sus fuerzas, impulsándose hacia los soles cegadores de los aerofocos.

Echando una última mirada al fondo, vio que el globo crecía y forcejeaba con el peso de la bombona a medida que ganaba flotabilidad. Lentamente, el artefacto al completo empezó a subir.

Aya salió violentamente a la superficie, resoplando y aspirando maravillosas bocanadas de aire.

—¿Estás bien? —Ren se hallaba arrodillado sobre su aerotabla.

—¡Lo tengo justo detrás! —farfulló Aya, dando palmetazos al agua.

El globo emergió del agua como un torpedo y los aerofocos salieron despedidos en todas direcciones. Se elevó en el aire chorreando agua como una cascada y volvió a estrellarse contra la superficie del lago, empapándoles una vez más antes de quedarse cabeceando.

—¡Lo has conseguido! —dijo Ren.

—¿Qué esperabas? —preguntó Aya mientras giraba una pulsera protectora con sus ateridos dedos—. ¿Que me ahogara?

Ren se encogió de hombros.

—Esperaba que necesitaras al menos un par de intentos.

El globo sonda volvió a elevarse en el aire transportado por el helio. Moggle seguía aferrada a la base de la bombona, chorreando como un perro.

Ren se acercó y cerró la válvula.

Aya se subió a su aerotabla tiritando de frío.

—Todavía no puedo creer que haya funcionado —murmuró Ren.

Aya tosió agua en el puño de su mano.

—Habría sido más sencillo una simple cuerda.

—¿Más sencillo? —espetó Ren—. Esa palabra no existe en el lenguaje de un tecnocerebro.

—Comprueba si Moggle está bien.

Ren separó la aerocámara del imán riendo entre dientes. En cuanto cayó en sus manos, el globo salió disparado hacia arriba y se estrelló contra el techo.

—Oye, ¿sabías que tienes los labios morados?

—Genial. —Aya se abrazó el torso para escurrir el agua de su uniforme. Estaba sentada en la tabla, temblando y mirando a Ren.

Ren le quitó el cepo a Moggle y sus pantallas oculares se encendieron.

—¡Mi sistema a prueba de agua ha funcionado! ¡Soy un genio!

Aya soltó un suspiro de alivio que se transformó en un largo escalofrío. Los dientes habían empezado a castañetearle. Se abrazó con más fuerza, prometiéndose que nunca más permitiría que Moggle acabara bajo el agua.

Pero por fin tenía una aerocámara. Esa historia iba a ser una bomba.

11. Sinceridad radical

Mientras Aya volaba hacia Akira Hall se preguntó si no estaría, pillando un virus.

Aunque hacía sol, estaba tiritando. La noche previa había sido agotadora, y ahora, para colmo, tenía el uniforme empapado y cubierto de limo.

—Recuérdame que tome alguna medicina cuando lleguemos a casa.

Moggle encendió sus luces nocturnas y Aya sonrió. A pesar del limo y la tiritera, se sentía mucho mejor con una aerocámara volando a su lado. Solo necesitaba una ducha caliente para que las cosas volvieran a ser normales. Bueno, en realidad, todo lo normales que pudieran ser después de un viaje nocturno por la vasta y transformadora naturaleza. Todo se le antojaba tan reposado allí, en la ciudad.

Cuando hacía buen tiempo, los parques se llenaban de gente: padres con sus pequeños, equipos de béisbol de imperfectos jugando contra equipos de ancianos. Los campos de fútbol que lindaban con Akira Hall habían sido acordonados para que un grupo de pequeños librara una batalla mecánica. Corrían de un lado a otro dentro de un cuerpo guerrero mecánico zumbándose con espadas de plástico y disparando misiles de espuma y fuegos artificiales de seguridad. Se trataba de un juego absurdo —los jugadores mecánicos, por buenos que fueran, jamás se hacían famosos—, pero parecía divertido.

Justo cuando ella y Moggle rodeaban los campos de fútbol una rueda de guerra escapó de la zona acordonada, les pasó rozando y rebotó en los árboles. Moggle fue en pos de la estela de chispas de seguridad. Aya la siguió, riendo, y bajó al lugar donde había rodado hasta detenerse.

Se apeó de la tabla y recogió la rueda. Los fuegos artificiales no se habían agotado aún y la rueda chisporroteaba inofensivamente.

Se volvió hacia el campo de batalla con una sonrisa y apuntó.

—¡Observa!

Aunque su lanzamiento fue torpe, la rueda de guerra empezó a chisporrotear de nuevo y a ganar velocidad gracias a sus reactores giratorios de fuego de seguridad.

Sobrevoló el campo de batalla botando como una piedra plana sobre el agua y fue a estrellarse contra la espalda de un guerrero mecánico. Fue un golpe limpio, y el cuerpo guerrero se embarcó en una delirante agonía, agitando los brazos y derramando chispas, antes de caer desplomado al suelo. El pequeño salió a gatas y miró a su alrededor con cara de pocos amigos, tratando de averiguar quién le había aniquilado.

Aya rio entre dientes, contenta con su afortunado lanzamiento, y se subió de nuevo a la tabla. Sentía como si el destino se estuviera poniendo al fin de su parte y la fama no pudiera estar muy lejos.

—Buen tiro —dijo una voz—, aunque no muy limpio.

Se dio la vuelta y vio a un chico sentado sobre una aerotabla con las piernas cruzadas y la silueta oculta entre las sombras moteadas de los árboles. Tenía una gran sonrisa en los labios.

Frizz Mizuno volvía a aparecérsele como por encanto.

—¿Qué haces... aquí? —preguntó quedamente Aya.

—He venido a verte —contestó él con una inclinación—. Como no te encontré en la residencia, decidí venir a ver la batalla. No he visto un solo combate mecánico desde que cumplí los dieciséis. Típico de los perfectos. Antes me encantaban.

Aya le devolvió la inclinación mientras trataba de imaginárselo haciendo algo tan anónimo como ponerse un cuerpo guerrero. A veces olvidaba que Frizz solo era un año mayor que ella.

—Y estaba esperando que regresaras —continuó—. Es muy misterioso eso de que desconectes tu localizador. Haces que resulte difícil dar contigo.

—No lo desconecté. Digamos que lo tenía... bajo tierra.

Frizz frunció el entrecejo.

—¿Te sientes acosada? Si es así, dímelo y me iré.

—Oh, no. No me siento acosada, solo un poco...

—¿Húmeda? —preguntó Frizz—, ¿Y cubierta de mugre?

Aya se rodeó los hombros, como si eso pudiera ocultar su empapado uniforme.

—Eh, sí, cubierta de mugre.

—Te da un aire aún más misterioso que la túnica de bombardera de reputaciones.

Aya buscó algo que decir, pero tenía la sensación de que el frío de la reserva le había congelado el cerebro. Tampoco le ayudaba que los fascinantes ojos de Frizz la estuvieran recorriendo de arriba abajo, enredándole la lengua. La enormidad de su nariz apareció de repente en su campo de visión.

—Estaba efectuando... un rescate bajo el agua.

—¿Bajo el agua y bajo tierra? —Frizz asintió de nuevo—. Eso explica que estés empapada, pero sigo sin entender nada.

Aya experimentó otro escalofrío; ahora sentía la cabeza caliente.

—Y yo. No te dije mi apellido. ¿Cómo has logrado dar conmigo?

Frizz sonrió.

—Es una historia muy interesante, pero primero deberías cambiarte.

—¿Cambiarme? —Aya se llevó la mano a la nariz.

—De ropa. Estás tiritando. Y puede que te convenga tomar alguna medicina.

Frizz esperó fuera, mirando la batalla, mientras Aya subía a su habitación.

Permaneció debajo de la ducha caliente un minuto entero, mareada de mirar tanto remolino de ramas y limo en el lago subterráneo, preguntándose cómo había conseguido Frizz dar con ella. Estaba muerta de vergüenza. Frizz había averiguado su apellido, por lo que sabía que era una imperfecta y una extra que se colaba en las fiestas.

Pero había ido a verla de todos modos...

¿Cuál era su problema? ¿Acaso la cirugía de la sinceridad le había

destrozado el cerebro? Su rango facial no paraba de mejorar —ahora se hallaba entre los tres mil primeros— mientras que Aya era prácticamente invisible.

Una vez limpia y seca, examinó el agujero de la pared. Solamente uniformes, y ni un solo mérito que invertir en ropa de usar y tirar. Claro que Frizz ya la había visto cubierta de limo; un uniforme limpio no podía ser mucho peor.

Se vistió deprisa y puso rumbo a la puerta.

Moggle le bloqueó el paso y encendió sus luces una vez.

—Ah, sí —exclamó Aya. Se volvió hacia la habitación y dijo—: Medicinas, por favor. He estado sumergida en agua y tengo fiebre y escalofríos.

La mano bandeja de la pared se iluminó; quería sentir su temperatura y probar su sudor. Aya le colocó encima la palma y un instante después el agujero estaba tosiendo algo viscoso en su taza favorita. Mientras bebía su acidez anaranjada, contempló su mobiliario genérico y sus ropas anodinas, el reducido tamaño del cuarto, la insignificancia de todo lo que tenía que ver con ella.

Por lo menos las medicinas no costaban méritos. Y seguro que en la bebida había nanos, porque cuando el ascensor alcanzó la planta baja ya le había desaparecido prácticamente el mareo.

—Encontrarte fue fácil —dijo Frizz—. Sabía tu nombre de pila.

Aya frunció el entrecejo.

—En la ciudad debe de haber al menos un millar de chicas que se llaman Aya.

—Mil doscientas, para ser exactos. —Frizz rio entre dientes cuando otro cuerpo guerrero explotó. La batalla estaba ganando intensidad y cubriendo de heridos el campo de fútbol. Moggle se paseaba por las bandas, practicando el ejercicio de seguir la trayectoria de los misiles de goma. Parecía completamente recuperada de su inmersión en el lago helado.

Aya no podía decir lo mismo. Sentada junto a Frizz bajo la sombra

moteada de los árboles, todavía notaba ligeros temblores en la piel, como si la medicina hubiera transformado su fiebre en estremecimientos de reputación. Por lo menos Frizz tenía su paralizante mirada manga puesta en la batalla y no en ella.

—Pero sabía que habías estado bombardeando una reputación —continuó — y decidí consultar los rangos faciales de esa noche. Alguien llamado Yoshio Nara se convirtió en Yoshio-sensei de la noche a la mañana.

Aya hizo una mueca de dolor. El simple hecho de oír el nombre de Yoshio le producía un chirrido agudo en el cerebro.

—Pero ¿cómo llegaste de él a mí?

—Repasé sus líneas meme buscando el nombre de Aya.

—¿Se puede hacer eso? ¡Pensaba que las conversaciones eran privadas! En realidad no fue una conversación sino mi voz pronunciando el mismo nombre durante una hora, pero aun así...

—Sí, la interfaz de la ciudad nunca revela lo que se dice. —Frizz se encogió de hombros—. Nuestra ciudad, no obstante, no está diseñada para fomentar la privacidad sino la publicidad, para generar conexiones, debates y rumores, por lo que te permite rastrear los éxitos faciales hasta su raíz, sobre todo si son sonados. Y tú eras la única Aya que pronunció el nombre de Yoshio Nara tres mil veces esa noche.

—¡Ay! No vuelvas a mencionar ese nombre. —Aya suspiró—. Me temo que no lo sabía. Mi hermano se pasa horas estudiando sus líneas meme, pero mis historias nunca reciben suficientes reacciones para que me merezca la pena consultarlas.

—Tu hermano es famoso, ¿verdad?

Aya asintió.

—Mucho, por eso es tan esnob. Mis reportajes le parecen estúpidos.

—No lo son. El reportaje sobre el grafiti subterráneo era magnífico.

—Oh... gracias. —Aya se dio cuenta de que un rubor intenso le subía por las mejillas. No podía creer que Frizz hubiera mirado su fuente—. Pero eso en realidad no es nada. Ahora estoy trabajando en algo mucho más grande, algo que me catapultará a la fama. Es sobre una camarilla secreta que...

Frizz levantó una mano.

—Si es un secreto será mejor que no me lo cuentes. No se me da muy bien guardar secretos.

—Claro, por tu... —Aya reprimió el impulso de señalarle la cabeza. Curiosamente, los cabezas de burbuja eran los únicos operados cerebrales que Aya había conocido y Frizz no se parecía en nada a un cabeza de burbuja—. ¿Qué tiene que ver la sinceridad con guardar un secreto?

—La Sinceridad Radical elimina cualquier posibilidad de engaño —recitó Frizz como si ya lo hubiera explicado un millón de veces—. No puedo mentir, ni tergiversar la verdad, ni fingir que no sé algo. Ni siquiera podrías invitarme a una fiesta sorpresa, porque acabaría contándolo.

Aya rio.

—Pero ¿no hace eso que las cosas sorprendan... menos?

—Te sorprendería la de veces que hace que las cosas sorprendan más.

—Hum. —Aya observó la batalla mientras se preguntaba cuántas cosas ocultaba ella a diario—. Debe de ser aterrador no poder esconderte.

Frizz se volvió hacia ella.

—¿Aterrador para mí o para los demás?

Su mirada le produjo un estremecimiento en toda la piel. Notó que volvía a sonrojarse y que un cosquilleo le bajaba por la espalda. ¡La sinceridad de Frizz era aterradora! La cabeza le daba vueltas con todas las preguntas que ansiaba hacerle, pero no estaba segura de poder soportar las respuestas. Acerca de qué hacía allí y qué pensaba de sus diferencias de ambición.

—Yo te gusto, ¿verdad? —dijo.

Frizz rio.

—¿Me he pasado de sutil?

—Me temo que no. Pero no lo entiendo... porque tú eres famoso y yo soy una extra. Además, soy una imperfecta y siempre me ves vestida con túnicas estúpidas o cubierta de limo. ¡Y cuando nos conocimos mentí sobre mi nariz!

Aya se interrumpió de golpe, preguntándose de dónde habían salido todas esas palabras. Habían brotado de su interior como gaseosa de una botella agitada, burbujeantes e imbebibles.

—Caray —dijo—. ¿La Sinceridad Radical es contagiosa?

—A veces. —Frizz sonreía—. Es un beneficio inesperado.

Aya notó que le subían los colores por momentos y desvió la mirada hacia los campos de fútbol. Solo quedaba en pie un puñado de cuerpos guerreros, todavía zumbándose con espadas y hachas de plástico.

—Pero ¿por qué te gusto?

Frizz le tomó la mano, y los estremecimientos de reputación le robaron el aliento, como si estuviera de nuevo bajo el agua conteniendo la respiración.

—La primera vez que te vi, fuera de aquella fiesta, estabas en una misión... muy intensa. Luego se te cayó la capucha y pensé: «Caray, hay que ser muy valiente para llevar esa imponente nariz».

Aya gimió.

—No soy valiente. Nací con ella. Tergiversé la verdad cuando te dije que era una creación espontánea.

—Es cierto, pero cuando me enteré ya sabía más cosas de ti.

—¿Que soy una extra y vivo en una residencia espantosa? ¿Y miento a la gente sobre mi enorme nariz?

—Que te cuelas en fiestas de tecnocerebros y realizas misiones de rescate acuático. Y que consigues reportajes geniales, aunque no eleven tu rango facial.

Aya suspiró.

—Sí, mis reportajes son expertos en eso.

—Es lógico. —Frizz se encogió de hombros—. Son demasiado interesantes.

—Eso no tiene ningún sentido. —Le miró—. Si son tan interesantes, ¿por qué no hay nadie interesado?

La pantalla ocular de Frizz parpadeó.

—¿Has visto la fuente de Nana Love últimamente? Está eligiendo su vestido para la Fiesta de las Mil Caras. Hoy va de: «¿Este sombrero o este?». Setenta mil votaciones hasta el momento, y un centenar de otras fuentes pasando comentarios.

Aya puso los ojos en blanco. Nana era una perfecta de nacimiento, una de las poquísimas personas que no habrían necesitado cirugía en la época de los perfectos. Y por esa razón era la segunda persona más famosa de toda la ciudad.

—Eso no cuenta. Nana-chan puede ser interesante sin pretenderlo.

Frizz sonrió.

—¿Y tú no?

Aya le miró directamente a los ojos y esta vez, como si una barrera entre ellos hubiera caído, no le atontaron el cerebro.

De pronto supo qué pregunta deseaba hacerle realmente.

—¿Qué se siente siendo famoso?

Frizz se encogió de hombros.

—Yo apenas noto la diferencia, salvo que ahora mucha más gente se une a mi camarilla... para dejarla una semana después.

—Pero antes de que Sinceridad Radical lograra tanta fama, ¿no sentías que te faltaba algo? ¿No mirabas la ciudad y te sentías invisible? ¿O consultabas las fuentes y te entraban ganas de llorar porque tú conocías todos sus nombres y ellos no conocían el tuyo? ¿No tenías la sensación de que podías desaparecer porque nadie había oído hablar de ti?

—La verdad es que no. ¿Tú sientes eso?

—¡Desde luego! Es como el koan que cuentan a los pequeños en los colegios. Si un árbol cae y nadie está mirando, no hace ruido, como aplaudir con una sola mano. ¡La gente tiene que verte para existir realmente!

—Hum, me parece que has mezclado dos koanes. Y sospecho que ninguno de los dos quiere decir eso.

—¡Venga ya, Frizz! No hace tanto que eres famoso, seguro que te acuerdas de lo horrible que era... —Aya se interrumpió y trató de interpretar la expresión de su cara. La radiante sonrisa había desaparecido.

—Esta es una conversación extraña —dijo Frizz.

Aya parpadeó. Diez minutos de Sinceridad Radical y ya se había pasado de sincera.

—Me estoy comportando como una completa extra, ¿verdad? —Suspiró —. Inscríbeme en Estupidez Radical.

Frizz rio.

—Tú no eres estúpida, Aya. Y no eres invisible para mí.

Aya se esforzó por sonreír.

—¿Solo misteriosa?

—Ya no tanto. Ahora eres casi transparente.

—¿Transparente?

—En lo que se refiere a la fama y los sentimientos que te provoca.

Aya tragó saliva. Transparente. Eso era ella, según su opinión radicalmente sincera. Demasiado tarde, recordó otra cosa que le habían enseñado de pequeña en el colegio: podías quejarte de tu rango facial delante de otros extras pero nunca delante de gente famosa.

Se volvió hacia los campos de fútbol, consciente de que si volvía a mirar a Frizz a los ojos diría otra estupidez. O él le soltaría otro de sus pensamientos, lo que sería probablemente aún peor. Tal vez las fuentes tuvieran razón en cuanto a las diferencias de ambición, que no convenía que las caras célebres y los extras intimaran en exceso. Provocaba demasiadas situaciones embarazosas.

La batalla mecánica había terminado y los robots elevadores estaban llevándose los últimos cuerpos guerreros. Los pequeños empezaban a colocarse en fila frente a Akira Hall para la siguiente actividad.

—Mierda —dijo Aya—. ¿Qué hora es?

—Casi las doce.

—¡Tengo que irme! —Se levantó de un salto—. Me toca vigilar a los pequeños. Me lo saltaría, pero... —«Necesito los méritos», pensó.

Frizz permaneció sentado en su aerotabla con las piernas cruzadas y el rostro sombrío.

—No te preocupes. No deberías romper una promesa.

Aya se despidió con una inclinación, preguntándose si esta vez Frizz se alegraba de verla partir. Buscó algo que decir, pero todo sonaba demasiado penoso en su cabeza.

Así que llamó a Moggle y salió disparada hacia su residencia, confiando en que no estuviera llegando tarde.

12. Iniciación

Algo estaba sonando...

Luchando contra unas oleadas de agotamiento que mareaban, Aya emergió de un sueño profundo y pegajoso. Un sonido le estaba martilleando los oídos, reclamando su atención.

Hasta con los ojos cerrados podía ver la señal del despertador en su pantalla ocular. Parpadeaba y emitía un ruido ensordecedor, avisándola de que era casi medianoche.

Con un gruñido, apretó el puño para detener la alarma. Su intención había sido dormir una siesta por la tarde, pero gracias a su descerebrante conversación con Frizz, el turno con los pequeños y la hora que se había pasado rociando a Moggle con pintura de camuflaje negra, no había conseguido meterse en la cama hasta las diez.

No había dormido ni dos horas.

Pero se obligó a incorporarse recordando la fama que podría alcanzar esa noche. A modo de recordatorio, echó un vistazo a su patético rango facial, 451.611, que aparecía en el margen de su visión.

Moggle se elevó del suelo y su perspectiva cubrió delicadamente la visión de Aya, como unos segundos ojos perfectamente acoplados a los suyos.

Sonrió. Esa noche no se perdería ni una sola toma alucinante.

—¿Lista? —susurró.

Moggle encendió sus luces y Aya hizo una mueca de dolor. Treinta y seis horas debajo del agua no habían logrado acabar con los malos hábitos de la aerocámara.

Caminó hasta la ventana a tientas, parpadeando para ahuyentar los

puntos, y se encaramó al alféizar. Sus ojos se recuperaron lentamente, hasta que las luces de la ciudad le formaron un nudo en la garganta, la manifestación de su habitual pánico al anonimato, solo que mucho más intensa ahora que había hecho el ridículo delante de Frizz. Aya solo había pretendido decirle que no tenía que preocuparse, porque ella también iba a ser famosa. Pero había terminado por sonar tan infame como una imperfecta con su primera fuente. «Transparente», había dicho.

Pero deprimirse no llevaba a ningún lado. La fama no era como la perfección, que para conseguirla tenías que esperar a cumplir los dieciséis, o tener la suerte de Nana Love y nacer con ella. La fama podías creártela.

Una vez que lanzara esa historia, el rango facial dejaría de ser un problema entre ella y Frizz. Estaba convencida.

Moggle salió por la ventana rozándole el hombro y Aya se abrazó a ella con una sonrisa. Agradecía esa oportunidad de viajar a un lugar alejado de las luces de la ciudad. Un lugar lo bastante misterioso para que Frizz volviera a sentir admiración por ella, una vez que descubriera todas las cosas que había hecho.

Saltó al aire frío de la noche.

—Antes de empezar —dijo Jai— tenemos varios asuntos que comentar. El primero es mi nombre. Alguien ha estado hablando de mí en un lugar donde la interfaz de la ciudad podía escuchar.

Algunas de las Chicas Astutas bajaron tímidamente la vista.

Jai las miró chasqueando la lengua.

—Cuando he despertado esta mañana, mi rango facial estaba casi por debajo de los mil últimos. Eso significa que la ciudad está empezando una vez más a seguirle el rastro a mi nombre. Ha llegado el momento de cambiarlo.

Aya enarcó una ceja. De modo que así era como conseguían mantener bajos sus rangos faciales, cambiándose los apodos. También así ocultaban Ren y Hiro su odio obsesivo por el Sin Nombre.

—A partir de ahora me llamaré Kai. ¿Ha quedado claro? Bien, segundo

asunto.

Kai se volvió hacia Aya, que sintió que un hormigueo le bajaba por la espalda.

—Nuestra nueva amiga vuelve a estar entre nosotras —prosiguió Kai—. ¿Alguna objeción?

Se produjo un silencio tenso y Aya oyó el rumor distante de un tren. Los raíles que tenía a ambos lados se iluminaron tenuemente en señal de aviso. Parecía que estuvieran calientes, como los elementos dentro del agujero de la pared después de fabricar algo grande. Pero las Chicas Astutas no se inmutaron, como si el espacio entre las vías de alta velocidad fuera el lugar habitual donde celebraban sus reuniones.

Aya ni siquiera podía utilizar a Moggle para vigilar la llegada del tren. La aerocámara se hallaba entre los edificios industriales, siguiéndola a una distancia prudencial, pero Aya había desconectado su perspectiva para impedir que en su ojo aparecieran destellos delatadores.

—¿No es una lanzadora? —murmuró alguien.

Kai miró a Aya, esperando una respuesta.

Se aclaró la garganta.

—Lo era. Pero nunca he sido una cara célebre. No iba conmigo lanzar la ropa que llevaba puesta Nana Love.

Algunas chicas rieron.

—Pero sigues paseándote con una aerocámara —repuso otra chica.

Se llamaba Pana, recordó Aya. Con sus caras genéricas resultaba difícil distinguirlas, pero Pana era más alta que las demás, casi tan alta como Edén.

—Os permití que la tirarais al lago, todas lo visteis. Y eso que tenía unos elevadores formidables.

—¿Nada de cámaras esta noche? —pregunto Kai.

Aya negó con la cabeza. Llevaba puesto el uniforme del rescate submarino, el cual ofrecía un aspecto tan descuidado como las ropas defectuosas que vestían las chicas. Confiaba en que su desaliño desviara la atención de la cámara espía que ocultaba en el botón superior.

Si alguien tenía posibilidades de delatarla, esa era Moggle. Aya dudaba de que el diminuto cerebro de la aerocámara hubiera captado el concepto de

permanecer oculto. Moggle solo podía captar la señal de la antena de piel de Aya en un radio de un kilómetro, y nunca antes había funcionado independientemente durante horas, y aún menos persiguiendo trenes de alta velocidad.

El rumor se hizo finalmente audible. El tren pasaría en unos minutos.

—Aya-chan reaccionó de forma muy valiente cuando vimos a esos friquis —intervino Miki—. Y todas la habéis visto surfear. Yo me fío de ella.

Al ver la sonrisa de Miki, Aya experimentó su primera punzada de remordimiento. En cuanto lanzara esa historia, Frizz se daría cuenta de que había mentido a las chicas. Se preguntó si lo entendería.

—¿Qué tienes que decir tú, Aya-chan? —dijo Kai—. Cuéntanos por qué quieres ser una Chica Astuta.

Aya carraspeó nerviosamente bajo la mirada inexpresiva de Kai, una mirada tan paralizante como las vibraciones del tren que sentía crecer bajo sus pies. ¿Qué esperaban que dijera?

De pronto recordó las palabras que había dicho a Frizz esa misma mañana.

—Como bien has dicho, era una lanzadora. He deseado ser famosa desde pequeña. No quería mirar a otras personas en las fuentes, quería que otras personas me miraran a mí, porque si no lo hacían significaba que era invisible.

Corrió un murmullo, y Aya solo alcanzó a ver semblantes fríos. Siguió hablando, esforzándose por ignorar el temblor bajo sus pies y las gotas de sudor que le rodaban por la espalda.

—No me malinterpretéis. No era una egocéntrica que me pasaba el día en el cuarto con una cámara delante hablando de lo que mi gato había desayunado. —Alguien rio y Aya consiguió esbozar una sonrisa—. Yo buscaba historias que importaran, gente que estuviera utilizando la lluvia mental para hacer algo verdaderamente lanz... verdaderamente interesante, quiero decir. Fue así como di con vosotras.

Ahora estaba mirándolas directamente a los ojos.

—Y si algo he comprendido es esto: que vosotras, las Chicas Astutas, no os echáis a llorar cuando veis las fiestas de caras célebres en las fuentes

porque no os han invitado. Que no os relacionáis con gente a la que detestáis únicamente para elevar vuestro rango facial. Y que a pesar de que nadie sabe lo que hacéis aquí, no os sentís en absoluto invisibles. ¿O sí?

Nadie respondió, pero estaban atentas.

—La fama es radicalmente estúpida, así de sencillo, y deseo probar otra cosa.

Se produjo un silencio inquietante, pero transcurridos unos segundos la tensión se rompió. Algunas chicas aplaudieron sin excesivo sarcasmo y Miki sonrió mientras asentía lentamente. Aya había encontrado las palabras justas.

Curiosamente, mientras hablaba, no había sentido que estuviera mintiendo.

Las chicas no se molestaron en votar y nadie la felicitó. Kai se limitó a darle una palmada en la espalda antes de saltar sobre su tabla y gritar:

—¡A surfear! ¡Vamos a averiguar qué esconden esos friquis!

Las trece tablas se elevaron en el aire y salieron disparadas hacia sus escondrijos antes de que el tren apareciera a lo lejos.

Y así fue como Aya Fuse se convirtió en una Chica Astuta.

Se preguntó si Moggle lo habría filmado.

13. Turbulencias

Atrapar el tren ultrarrápido fue más fácil la segunda vez. Aya atravesó su onda expansiva como una aguja, como si su cuerpo hubiera aprendido a rodar con las sacudidas y bandazos del aire. Una vez dentro de la estela de quietud, consiguió subirse al techo y ponerse de pie antes de que la línea del ultrarrápido empezara a enderezarse.

Cuando la ciudad quedó atrás y la oscuridad de la naturaleza envolvió el tren, Aya comenzó a percatarse de los muchos detalles que el pánico le había impedido apreciar en su primer viaje. Por su lado pasaban enormes árboles ancestrales, tan retorcidos como un anciano inmortal.

Bandadas de pájaros se elevaban contra el cielo ahuyentadas por el paso atronador del tren. Por encima del rugido del viento Aya reconoció el grito de un macaco de cara roja, raras veces peligroso y poco propenso a comer personas, pero la idea de que ahí fuera hubiera animales salvajes le puso la piel de gallina. O puede que simplemente tuviera frío. Pese a las dos chaquetas que llevaba puestas, un viento de trescientos kilómetros por hora tenía, por fuerza, que provocar escalofríos.

Era un trayecto plagado de contrastes: la línea de alta velocidad, recta como un palo, dividiendo en dos el grumoso contorno del bosque; la vertiginosa velocidad de su propio cuerpo bajo la quietud del cielo; las montañas elevándose a un ritmo solemne, puntuadas por la inquietante luz de las señales de decapitación. Pero Aya volvía a sentirse extrañamente dichosa, como si sus problemas personales fueran un punto minúsculo en la inmensidad de la naturaleza.

Su única preocupación era Moggle. Aunque estuviera siguiendo la señal

de su antena de piel, la distancia entre ambas aumentaba minuto a minuto. Los elevadores de Ren no podían volar a más de cien kilómetros por hora, o sea, a un tercio de la velocidad del tren. Moggle les daría alcance cuando se apearan, pero Aya ignoraba cuánto tiempo podía funcionar su pequeño cerebro sin recibir instrucciones. Si se aturdía demasiado podría olvidar por completo la orden de permanecer en la sombra, y eso pondría fin a la carrera de Aya como Chica Astuta.

Claro que a esas alturas nada podía hacer al respecto. No le quedaba más remedio que seguir adelante con su farsa. Se preguntó si esa era la razón por la que Frizz había creado Sinceridad Radical. Si no mentías, no podías experimentar la sensación de pavor en el estómago, el miedo a ser descubierta.

Las montañas estaban cada vez más próximas y Aya ya podía ver sus negros picos coronados de nieve, relucientes como astillas de nácar a la luz de la luna. De la cabeza del tren llegó una luz roja y, a renglón seguido, una cadena de señales de decapitación. Aya sacó su linterna, la puso en rojo y la agitó para alertar a las chicas que tenía detrás.

Se arrodilló para atarse la pulsera protectora al tobillo y, ya tumbada, aguardó a que la inopinada oscuridad del túnel la engullera.

Esa vez no hubo paradas imprevistas.

El tren cruzó la montaña como una bala y emergió del túnel con un estruendo feroz que le destapó bruscamente los oídos, como en el rápido descenso de un aerovehículo. Probablemente la puerta secreta había pasado por su lado en una fracción de segundo, más invisible que nunca.

Aya recordaba, de su primer viaje, que la siguiente curva llegaba enseguida. Miki ya estaba deslizándose hacia el costado del tren a fin de prepararse para bajar. Aya se arrastró hacia el lugar donde tenía adherida su aerotabla.

Bajar del tren era más complicado que subirse a él. En la ciudad había rejillas por todas partes, mientras que aquí tenías que mantenerte cerca de las vías. Si te alejabas más de la cuenta los elevadores magnéticos perdían la

conexión con el metal y tanto tablas como pulseras protectoras dejaban de funcionar.

A doscientos kilómetros por hora eso resultaría mortal.

El tren aminoró la marcha y un zumbido llenó el aire cuando empezó a tomar la curva. Aya levantó la muñeca derecha y la plantó en la aerotabla.

La noche previa había bajado del tren con excesivo cuidado y terminado mucho más lejos que el resto de las chicas. Había decidido que esta vez sería la primera en frenar.

Empujó la aerotabla y esta se desgajó del tren y se puso lentamente en posición horizontal. Luchando contra el viento, la tabla se fue estabilizando mientras el tren entraba en la curva y Aya finalmente se deslizó sobre su superficie.

Cuando el zumbido alcanzó su punto culminante, se apartó suavemente del tren y se mantuvo a un brazo de distancia, dentro de la burbuja de quietud relativa que lo envolvía. A dos metros de ella se encontraba la mortal onda expansiva.

El feroz viento le retorcía el pelo y le azotaba las chaquetas, pero en lugar de tumbarse Aya dejó que el cuerpo la fuera frenando. La Chica Astuta que surfeaba detrás de ella pasó zumbando sobre su tabla, seguida de otra, y de otra más.

¡Aya estaba frenando más deprisa que las demás!

A su izquierda, el tren pasaba ahora como una bala y su campo magnético zarandeaba la aerotabla. Aya se esforzaba por mantenerla estable, procurando no alejarse demasiado de la pared metálica del tren.

Es posible que, sin embargo, estuviera frenando demasiado deprisa...

La cola del tren pasó zumbando por su lado y su estela la arrastró hasta el repentino espacio abierto ahora sobre las vías. La tabla empezó a dar vueltas, y también el cielo y la tierra.

Aya intentó tumbarse pero la tabla corcoveaba y se retorcía como una cometa en un vendaval.

—¡Suéltala! —gritó alguien.

Aya obedeció. La tabla se alejó dando tumbos y ella se precipitó sobre la mancha de vías metálicas...

En ese momento los imanes de sus pulseras protectoras entraron en acción y tiraron de sus muñecas hacia arriba. Aya dio una voltereta como una gimnasta entre dos anillas, sus pies evitando el suelo por los pelos. Estuvo aerorebotando de ese modo sobre las vías hasta que se le agotó el impulso.

Las pulseras la dejaron suavemente en el suelo, de cara a las distantes luces del tren. Aya se frotó las muñecas, mareada de tanta voltereta.

—¿Estás bien?

Cuando levantó la vista encontró a Edén Maru flotando a su lado con una expresión jocosa en la cara.

—Creo que sí.

—No deberías frenar tan deprisa.

—Me he dado cuenta. —Aya suspiró. La noche anterior había observado a Edén bajar del tren. Con su equipo de aeropelota hacía que pareciera muy fácil, como tirarse de un edificio con un arnés de salto—. Gracias por decirme que soltara la tabla, supongo.

—De nada, supongo. —Edén se volvió hacia el tren, que se alejaba por las vías—. Tu tabla volverá pronto, junto con las demás. Se tarda más en frenar si no te caes.

Aya clavó una mirada de odio en la sonrisa de Edén. Era increíblemente guapa, y la única Chica Astuta con un rango facial elevado. ¿Qué sacaba relacionándose con una camarilla secreta?

Tal vez hubiera llegado el momento de averiguarlo. Aya se alisó el uniforme y dirigió la cámara espía hacia Edén.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si no es demasiado indiscreta...

—Tú no eres como el resto de las chicas... quiero decir, como el resto de nosotras. Eres una cara célebre en la ciudad.

Edén hizo un lento giro en el aire.

—Eso no es una pregunta.

—Tienes razón. —Aya recordó los rumores sobre el ex novio de Edén—. ¿No existen entre tú y las Chicas Astutas... diferencias de ambición? Tú eres una estrella de aeropelota y ellas se esfuerzan por seguir siendo extras.

Edén soltó un bufido.

—Era de esperar que preguntaras algo tan previsible. Apuesto a que ni siquiera sabes de dónde viene esa palabra.

—¿Extras? —Aya se encogió de hombros—. Simplemente significa gente de más, gente superflua.

—Eso es lo que enseñan en el colegio de los pequeños, pero en los tiempos de los oxidados tenía otro significado.

—Claro —dijo Aya—. En aquel entonces había miles de millones de extras.

Edén meneó la cabeza.

—No tenía nada que ver con la superpoblación, Aya-chan. ¿Has visto películas antiguas en una pantalla mural?

—Naturalmente. Era la manera que tenían los oxidados de hacerse famosos.

—Ajá, pero lo curioso es que el software de los oxidados no era lo bastante inteligente para crear la ambientación de una película, de modo que tenían que construirlo todo. Creaban ciudades enteras de mentira para que los actores se movieran dentro de ellas.

—¿Ciudades de mentira? —preguntó Aya—. Menudo derroche.

—Y para llenar esas ciudades de mentira contrataban a cientos de personas de verdad. Pero esas personas no intervenían en la historia, sino que permanecían en segundo plano. Y recibían el nombre de extras.

Aya enarcó una ceja, no sabiendo si creerla o no. Se le antojaba demasiado delirante y desproporcionado... lo cual, naturalmente, era muy propio de los oxidados.

—¿No te sientes así a veces, Aya-chan? —dijo Edén—. Como si una gran historia estuviera teniendo lugar y tú no pudieras salir del segundo plano.

—Todo el mundo se siente así a veces, supongo.

—Y tú harías lo que fuera para llegar a sentirte más importante, ¿a que sí? Incluso traicionar a tus amigos.

Aya apretó la mandíbula.

—Ahora soy una Chica Astuta, Edén, ¿o es que no lo has oído?

—Sí, he oído tu discursito. —Edén se elevó un poco más, cerniéndose sobre Aya como un gigante—. Espero que estuvieras diciendo la verdad,

porque la vida real no es como las películas de los oxidados, Aya-chan. No hay una única gran historia que haga desaparecer al resto.

Aya entornó los párpados.

—Pero tú no estás en un segundo plano. ¡Tú eres famosa!

—También puedes desaparecer delante de una multitud, ¿sabes? Cuando empiezan a decirte lo que tienes que hacer, qué amigos has de tener. —Como una versión elegante de Aya, Edén dio una voltereta sobre sus pulseras protectoras—. Cuando estoy aquí fuera con las Chicas Astutas puedo hacer algo por mí misma.

Aya oyó unas carcajadas. Las demás chicas se estaban acercando por las vías.

Solo le quedaba tiempo para otra pregunta.

—Entonces, si no te importa el rango facial, ¿por qué rompiste con tu novio?

—¿Quién dice que rompí con él?

—Pues un centenar o más de fuentes, la última vez que las consulté.

—No te creas siempre lo que dicen las fuentes, Aya. Era él el que no soportaba que la gente hablara de nuestra «diferencia de ambición», de modo que el muy tarado me dejó.

Edén descendió unos centímetros y alargó un dedo hasta casi rozar la nariz de Aya.

—Y eso, mi Fisgona-chan, es lo que significa realmente ser un extra.

14. La montaña

Cuando se aproximaban a la boca del túnel, algunas chicas sacaron sus linternas. Luces rojas juguetearon en la abertura, perforando apenas la oscuridad del interior.

Por lo menos Aya no era la única sin visión infrarroja.

—¿Y si llega un tren estando dentro? —preguntó Pana.

Kai se encogió de hombros.

—Limítate a tumbarte sobre la tabla, bien pegada al techo.

Edén meneó la cabeza.

—No funcionará. La estela del tren te arrastrará hacia abajo. —Señaló a Aya con el pulgar—. Más o menos como le ha ocurrido a Fisgona-chan.

Hubo algunas risas. De regreso a la montaña, Edén había imitado los aero-botes de Aya sobre las vías. Varias veces.

—En cualquier caso, da igual —dijo Kai—. No está previsto que pasen más trenes esta noche.

—¿No pasan trenes imprevistos a veces? —repuso Pana.

Kai puso los ojos en blanco.

—Una vez al mes, como mucho. Nada inquietante comparado con lo que hacemos la mayoría de las noches. ¡En marcha!

Kai y Edén entraron como flechas por la boca del túnel. Algunas chicas se quedaron un instante donde estaban, mirándolas con cara de preocupación.

Aya encendió la linterna y avanzó con su aerotabla. Edén Maru ya sospechaba de ella; no quería dar al resto de las chicas motivos para dudar también.

Una probabilidad entre treinta no era tan mala.

El polvo de las vías, agitado aún por el paso del tren, se arremolinaba en el haz rojo de la linterna. Un gemido quedo inundó la oscuridad y Aya se estremeció. Por el túnel corría una brisa estable, como si las paredes de piedra respiraran.

Se preguntó cómo iban a encontrar la puerta oculta. La noche anterior su aspecto había sido idéntico al de la pared del túnel. Probablemente unos ojos operados o los modernos objetivos de Moggle fueran capaces de diferenciar la piedra de la materia inteligente, pero dudaba mucho que su ordinaria visión humana pudiera serle de demasiada ayuda.

Miki ya estaba flotando por el túnel con una linterna en la mano. Avanzaba deslizando los dedos por la superficie de la pared, escrutando la piedra.

Aya se acercó con su tabla.

—No tienes infrarrojos.

—No. —Miki suspiró—. ¿Y tú?

Aya negó con la cabeza.

—Mis ancianos no me dejan. Pero tú ya has cumplido los dieciséis, ¿no?

—Sí, pero me gustan mis globos oculares.

—Pueden fabricarte unos idénticos, ¿sabes?

—Pero es que a mí me gustan mis globos oculares, no una imitación. Sé que suena a preoxidado.

Aya se encogió de hombros.

—Mi hermano lanzó la historia de una camarilla de cuerpos naturales que no se han operado nunca. Algunos tienen que llevar unas cosas para poder ver, parecidas a unas gafas de sol, ¡incluso cuando no están al sol!

Miki entornó los párpados.

—¿Tu hermano es famoso?

—Ajá —respondió Aya, arrepintiéndose al instante de haber sacado el tema.

—Por eso te hiciste lanzadora, ¿verdad? Por tu hermano.

—Eso cree Hiro, que le adoro o algo así. Pero, en realidad, cuando lo conoces se te quitan las ganas de ser famoso. La fama le ha convertido en un esnob.

Miki rio.

—No tienes que hablar mal de tu hermano porque sea una cara célebre, Aya-chan. Nosotras no odiamos a los lanzadores, simplemente no queremos que nadie nos lance.

—Entiendo. —Aya cambió de postura para alinear de nuevo la cámara-botón—. No obstante, a mucha gente le encantaría vernos surfear sobre trenes ultrarrápidos, ¿no crees?

—Sí, pero entonces todo el mundo querría hacerlo y los guardas aumentarían la vigilancia. —Miki meneó la cabeza—. Tenemos que mantener esta actividad en secreto. Lo comprendes, ¿no?

—¡Claro! —aseguró Aya, pero Miki aún tenía el entrecejo fruncido. Quizá hubiera llegado el momento de cambiar de tema—. Por cierto, gracias por defenderme.

—De nada. Como ya dije, confío en ti.

Aya se volvió para examinar de cerca la pared mientras un nudo de inquietud volvía a formarse en su estómago.

—Así y todo, te debo una.

Más adelante sonaron unos golpecitos y las dos levantaron la vista.

Era Kai, martilleando la pared con su linterna conforme avanzaba. Los golpes retumbaban por el túnel y la piedra sonaba compacta como una montaña.

—¿En eso consiste nuestra estrategia para encontrar la puerta secreta? —dijo Aya en voz baja—. ¿En aporrear la pared?

—¿Crees que podrían programar materia inteligente para que suene como la piedra?

—Es posible —respondió Aya. Ren siempre decía que se podía programar materia inteligente para que hiciera prácticamente cualquier cosa. Era uno de los grandes inventos desde la lluvia mental, como la IA y las pantallas oculares internas, innovaciones que los tiempos de la perfección habían postergado durante siglos—. Pero ¿por qué iban a hacerlo? Dudo mucho que quienes fabricaron esa puerta esperen que alguien se pasee por el túnel buscándola.

Miki golpeó la piedra con su linterna. Sonó a roca maciza.

—Lo que significa que, si a nosotras no nos hubiera dado por subirnos a trenes ultrarrápidos, esa puerta jamás habría sido descubierta. —Sonrió—. A lo mejor es cierto eso que dicen todos los cultos a Youngblood, que la rebeldía puede cambiar el mundo.

Aya se volvió hacia ella para asegurarse de que su cámara-botón la filmara.

—¿Y de qué modo crees que el hallazgo de esa puerta podría cambiar el mundo?

—Eso depende de lo que contenga dentro, supongo. —Miki golpeteó la piedra—. ¿Y si esconde algo realmente aterrador?

—¿Como un depósito de residuos tóxicos secreto? —Aya sonrió—. Imagina la de méritos que el Comité del Buen Ciudadano nos daría por destaparlo.

—No lo digas muy alto, Aya-chan. Kai odia los méritos más aún que la fama. —Volvió a martillear la pared—. Pero gracias por mencionar lo de los residuos tóxicos. Eso me distraerá del tren imprevisto que he estado imaginando.

—¡Edén! —gritó alguien—. ¡Aquí!

Algunas chicas se habían reunido en torno a una sección de la pared y estaban dando golpecitos con las linternas. Aya y Miki se miraron antes de impulsar sus aerotablas.

Mientras se acercaban al grupo Aya prestó atención a los golpes. ¿Sonaban a hueco?

—Déjame pasar, Fisgona —dijo la voz de Edén Maru a su espalda.

Al hacerse a un lado, reparó en el aparato que Edén llevaba en las manos y el corazón se le aceleró. Era un hacker de materia inteligente.

No se trataba de ninguna tontería, sino de algo del todo ilegal. Con esos hackers podías reprogramar materia inteligente a tu gusto; de hecho, en un momento de delirio podías derribar un edificio entero.

Y cuanto Aya tenía era esa estúpida cámara-botón. Las imágenes de un hacker de materia ilegal serían un auténtico bombazo.

Aya escudriñó la oscuridad confiando en que Moggle anduviera cerca. Se moría de ganas por comprobar si recibía su señal, pero seguro que el

parpadeo de su pantalla ocular la delataría en la negrura del túnel.

Las chicas se apartaron para dejar pasar a Edén sin apartar la vista del pequeño artefacto que llevaba en las manos.

Lo apretó contra la pared mientras sus dedos correteaban por los mandos.

Al rato asintió.

—Ya está. Apartaos, ahí detrás podría haber cualquier cosa.

—O persona —murmuró Miki.

Aya pensó de nuevo en las figuras inhumanas, en sus extraños rostros, en sus dedos largos y delgados.

—Esos friquis deformes solo estaban almacenando cosas —repuso—. Aquí no vive nadie.

Miki se encogió de hombros.

—Pronto lo sabremos.

Un zumbido se adueñó del túnel cuando las moléculas de materia inteligente comenzaron a reorganizarse. La pared ondeó y su textura pasó de la piedra áspera al plástico nacarado. Poco a poco asomó el contorno de la puerta, un rectángulo del mismo tamaño que las puertas de los trenes de mercancías ultrarrápidos.

Entonces la pared empezó a desprenderse, una capa después de otra, como agua resbalando por una superficie lisa. Al igual que la noche anterior, el aire tenía un regusto trémulo, como a tormenta inminente.

Las vibraciones viajaban por la piel de Aya como si el hacker también la estuviera modificando a ella...

Cuando se desgajó la última capa, el hueco de la puerta apareció ante sus ojos. Dentro se extendía un largo pasillo alumbrado por una luz anaranjada.

—Esto sí es astuto —dijo Kai, y a renglón seguido entró.

15. Lo oculto

Las Chicas Astutas entraron en el escondrijo de la montaña a la carrera, deseosas de ser las primeras en descubrir las maravillas que ocultaba. Gritos y risas inundaron el aire y rebotaron en la piedra desnuda de las paredes.

Aya no podía ver un solo ángulo recto; arcos y esquinas redondeadas. Cada pocos metros una puerta ovalada conducía a otro pasillo, un laberinto ondulante cavado en la piedra.

—Quienquiera que viva aquí es evidente que está de mudanza —dijo Miki.

Aya asintió. El pasillo principal estaba repleto de aparatos y cajas apilados de cualquier manera y cubiertos de una fina capa de polvo.

—Deberíamos buscar esos cilindros metálicos —dijo—. Es lo único que entraron anoche.

—Por mí de acuerdo, siempre que lo que encontremos no esté vivo. —Miki señaló un puñado de sillas de trabajo amontonadas en el pasillo. Tenían una forma extraña, demasiado alta y estrecha, para figuras no humanas.

Aya bajó la linterna. Un camino de un metro de ancho de titilantes tacos metálicos transcurría por el centro del pasillo principal.

—Sirve para dar a los robots elevadores algo contra lo que impulsarse. Cualquier cosa pesada tendría que seguir este camino. Vamos.

Aya y Miki echaron a andar por la senda de tacos con paso sigiloso. Las arcadas revelaban estancias vacías con marcas de polvo en el suelo dejadas por muebles retirados poco antes.

Las voces de las demás chicas se iban apagando conforme avanzaban. Aya se preguntó cómo habían conseguido sacar tantas toneladas de roca para

crear ese lugar. Quienes lo construyeron debieron de trucar los trenes ultrarrápidos automáticos para que se llevaran la carga. O puede que alguno de los gobiernos de la ciudad estuviera involucrado. Parecía un proyecto demasiado grande para poder llevarlo en secreto.

Todas las ciudades se habían expandido desde la lluvia mental a fuerza de revolver las ruinas de los oxidados en busca de chatarra y metal.

—¿Quién dispone de los medios para construir algo así? —murmuró Aya.

—Puede que estemos en uno de esos lugares de los que extraían metal los oxidados. ¿Cómo los llamaban? ¿Minas?

Aya se dio cuenta de que estaban hablando en susurros. Los sonidos reverberaban claramente contra las paredes de piedra, haciéndola consciente de cada ruido que hacía.

La falta de sueño estaba finalmente haciendo mella, sustituyendo la energía que la había impulsado a lo largo del viaje sobre el ultrarrápido por un agotamiento entorpecedor. La tenue iluminación anaranjada jugaba malas pasadas a sus ojos. De las luces de sus linternas saltaban sombras alargadas y Aya dudaba de que su cámara-botón estuviera obteniendo buenas tomas.

Miki se volvió bruscamente.

—¿Has visto eso? —¿Qué?

—No lo sé. —Dirigió la linterna al tramo de pasillo que se extendía a sus espaldas—. Las sombras se movían de una forma extraña, como si algo nos estuviera siguiendo.

—¿Algo? —Aya se volvió para escudriñar la oscuridad. Se le había ido el sueño de golpe.

—Puede que solo lo esté imaginando.

Aya suspiró.

—Genial, ahora también lo estoy imaginando yo.

—Sigamos —dijo Miki—. Siento que nos estamos acercando a algo.

—¿El mismo algo que nos está siguiendo u otro algo?

Miki se encogió de hombros y echó a andar.

En la siguiente sala, el camino de tacos metálicos conducía hasta una gran abertura en la pared y a una escalera que descendía. Abajo no había focos anaranjados, solo oscuridad.

Aya se detuvo.

—Creo que deberíamos avisar a las demás.

—¿Quieres que Kai piense que te asusta la oscuridad? —bufó Miki, y emprendió el descenso.

Aya soltó un suspiro y la siguió.

A medida que bajaban, el eco de sus pisadas se iba alargando y un espacio cada vez más amplio se abría en torno a ellas. La linterna de Aya jugueteaba entre elevados arcos, como los del techo de piedra de la gigantesca reserva subterránea de la ciudad. Por un momento se preguntó si la montaña había sido vaciada para recoger el agua de la estación lluviosa, pero ¿por qué los constructores de un sistema de alcantarillado iban a tener un aspecto tan extraño?

Entonces su linterna descubrió los cilindros. La sala estaba repleta de ellos, dispuestos en ordenadas hileras como un desfile de soldados de metal gigantes.

—Bien, ya los hemos encontrado —le susurró Miki—. Pero ¿qué son?

Aya meneó la cabeza. Caminó hasta el cilindro más cercano y colocó encima la palma de la mano: metal frío, superficie completamente lisa. Cuando se puso de puntillas para examinar la parte de arriba, no vio ninguna juntura.

—Parece acero macizo.

Miki echó a andar y las sombras giraron al mismo momento para evitar el haz de su linterna. Aya la siguió por el ejército de cilindros, buscando pistas sobre su utilidad. Pero eran completamente uniformes, homogéneos, como peones gigantes en una tabla de ajedrez interminable, cada uno idéntico a su vecino.

Pero ¿no era cierto que escaseaba el metal? Sin embargo, en esa sala había acero suficiente para duplicar el tamaño de la ciudad.

Miki se detuvo en seco.

—Otra vez.

—¿Otra vez qué?

Se dio la vuelta y la luz de su linterna pasó junto a Aya.

—He visto un reflejo en el metal. ¡Ahí detrás hay alguien!

Aya se volvió bruscamente, barriendo con la luz de su linterna las hileras de cilindros. Las sombras huyeron despavoridas, pero no vio nada salvo el reflejo combado de su rostro en la superficie lisa de los cilindros.

—¿Estás intentando asustarme? —susurró Aya.

—No, lo digo muy en serio —respondió Miki con los ojos como platos bajo el resplandor rojo de sus linternas—. Voy a buscar ayuda.

—¿Tú crees? Tal vez deberíamos... —comenzó Aya, pero Miki ya había echado a correr hacia la escalera, llamando a las demás.

Aya escudriñó la oscuridad. Con el rabillo del ojo divisó un titileo, pero al volverse solo vislumbró sombras huyendo de la luz trémula de su linterna.

Avanzó unos cuantos pasos y buscó en la siguiente hilera de cilindros. Nada.

Por la escalera descendió el eco de unas voces: las chicas respondiendo a los gritos de Miki. Iban hacia allí, pero en opinión de Aya no lo bastante deprisa.

Echó a andar hacia la escalera lanzando miradas nerviosas por encima de su hombro. La linterna barría el suelo de un lado a otro, pero con eso solo conseguía que las largas sombras danzaran a su alrededor, llenando la sala de movimientos furtivos.

Entonces la vio, reflejada en una hilera de suaves superficies metálicas: una silueta negra desplazándose raudamente entre las sombras.

Aya se detuvo en seco y trató de adivinar en qué dirección se movía, pero era como jugar al escondite en un salón de espejos.

—¡Miki! —llamó—. Creo que...

No terminó la frase. La silueta flotante se había colocado justo delante de ella, permitiendo que la luz roja de la linterna iluminara el contorno familiar de sus diminutos objetivos.

Era Moggle.

16. Huida

—¡Miki! —gritó—. ¡Tranquila! Creo que aquí no hay... _ . _ —¡No te preocupes, Aya-chan! —tronó la voz de Miki desde lo alto la escalera—. ¡Ya casi están aquí!

—Mierda —farfulló Aya. Se arrodilló haciendo señas a su pequeña aerocámara—. ¡Ven aquí!

Moggle titubeó. Esta nueva orden contradecía la vieja orden de permanecer oculta. No obstante, cuando Aya volvió a llamarla descendió como un rayo por la hilera de cilindros y aterrizó en sus brazos.

—¡Hola, Moggle! —susurró Aya, acariciándole la pintura negra de la cubierta—. Has hecho un buen trabajo encontrándome, pero has de tener más cuidado.

—¿Estás bien? —gritó Miki desde arriba.

—¡Perfectamente! —respondió Aya—. ¡Pero creo que aquí abajo no hay nada! —Luego susurró—: Tenemos que encontrarte un escondite.

Apagó la linterna y se la guardó en el bolsillo al tiempo que buscaba otra salida con la mirada, pero las hileras de cilindros se adentraban interminablemente en la oscuridad.

De lo alto de la escalera llegaron más gritos. Miki bajó seguida de una bandada de linternas.

Aya se agachó y empezó a alejarse. La única luz era la de las Chicas Astutas que estaban bajando por la escalera. Los haces rojos y amarillos se reflejaban en la superficie curva de los cilindros. Aya ocultó a Moggle entre los pliegues de su chaqueta abierta.

—En cuanto te deje ir busca un lugar donde esconderte, ¿vale?

Moggle respondió encendiendo las luces nocturnas justo delante de su cara.

—¡Deja de hacer eso! —susurró Aya deslumbrada, y dando un traspié.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó Miki—. Aya, ¿dónde estás?

Aya se enderezó para mirar por encima de los cilindros. Las chicas estaban desplegándose por la sala.

Pero Edén Maru estaba elevándose en el aire con su equipo de aeropelota, empleando los cilindros metálicos para impulsarse. Voló velozmente sobre las hileras de cilindros con los brazos extendidos como las alas de un ave rapaz. Probablemente disponía de excelentes infrarrojos, pues todos los partidos de aeropelota interurbanos se celebraban de noche.

Blasfemando, Aya se agachó y echó a correr todo lo deprisa que se lo permitía la situación. Tenía que encontrar otra sala.

Pero ¿había alguna forma de salir de allí?

De pronto Moggle se revolvió bajo la chaqueta, tratando de liberarse.

—¡Todavía no! —susurró Aya, pero la aerocámara logró soltarse, desestabilizándola, y se alejó por las hileras de cilindros como una bala de cañón.

Aya se detuvo dando tumbos y escudriñó la oscuridad, tratando de ver por dónde había desaparecido la aerocámara.

—¿Has perdido tu linterna, Fisgona?

Levantó la vista y encontró a Edén Maru flotando justo encima de su cabeza.

Buscó una excusa que justificara por qué se había guardado la linterna, pero fue en vano.

—Se me ha caído.

—Genial. —Los ojos de Edén escrutaron la oscuridad—. Por cierto, ¿qué estamos buscando?

—Ni idea. —Aya se encogió de hombros, cuidando de no mirar en la dirección en que había desaparecido Moggle—. Creo que Miki imagina cosas.

—Eso no es propio de ella —murmuró Edén. Sus ojos operados recorrieron los cilindros hasta detenerse en la dirección en que había huido

Moggle—. Ahí hay algo.

Aya escudriñó la oscuridad. Las linternas de las chicas se estaban acercando y sus ojos no operados solo alcanzaban a adivinar el lugar donde terminaban las hileras de cilindros. Se acercó y vio un círculo negro de un metro de diámetro: la boca de un pasadizo.

Dejó ir un suspiro silencioso. Probablemente Moggle había decidido esconderse allí. Edén Maru ya estaba volando hacia el círculo.

—¡Creo que deberíamos esperar a las demás! —gritó Aya, corriendo detrás de ella—. Podría ser peligroso.

—Acabas de decir que Miki imagina cosas —replicó Edén. Aterrizó delante del círculo y entró gateando.

Mientras Aya corría para darle alcance, advirtió que el hueco tenía el tamaño justo para que un cilindro pudiera pasar a lo largo.

Una vez en la boca, notó la forma familiar de tacos incrustados bajo las palmas de las manos, metal para transportar los cilindros sobre aeroelevadores.

Aya gateó en pos de Edén todo lo deprisa que pudo.

—¿Has encontrado algo?

—Sí, pero no sé qué es.

Algunas chicas habían llegado ya a la entrada del túnel. La luz de sus linternas se coló en el interior, desvelando el descubrimiento de Edén.

Una puerta de metal macizo, abierta, con un ventanuco titilando en el centro.

Aya frunció el entrecejo.

—Es la única puerta que he visto aquí abajo.

—Querrás decir cámara estanca —dijo Edén, apuntando al frente—. Ahí delante hay otra.

—¿Cámara estanca? —Aya meneó la cabeza—. ¿Por qué querría alguien tener una cámara estanca dentro de una montaña?

Pero cuando avanzó un poco más vislumbró otro brillo metálico: una segunda puerta maciza, también abierta. Tragó saliva. Si se trataba realmente de una cámara estanca, este túnel tenía que ser, por fuerza, un callejón sin salida.

Y eso significaba que Moggle estaba atrapada.

—¡Será mejor que vaya yo delante! —dijo, adelantando a Edén.

—¡Pero tú no puedes ver!

Aya la ignoró y siguió avanzando por el interior del túnel. Por lo menos de esa manera podría alertar a Moggle de que alguien —a juzgar por las voces que resonaban a su espalda, todo el mundo— iba hacia allí.

—¡Moggle! —dijo en un debilísimo hilo de voz.

Frenó ligeramente para aguzar el oído. Tenía la impresión de que el aire allí era diferente.

Al siguiente paso, el pie de Aya pisó mal un tramo de suelo irregular y se torció. Gruñendo, alargó los brazos en busca de algo a lo que agarrarse...

Solo encontró aire.

Y de pronto estaba rodando hacia delante y cayendo al vacío.

17. Pozo

Dando volteretas, Aya se precipitó hacia las profundidades de la montaña en medio de una oscuridad absoluta.

Se llevó las manos a las pulseras protectoras con la esperanza de que encontraran metal suficiente para evitar la colisión. Encontraron adherencia al primer giro, enderezándole el cuerpo de un tirón que casi le disloca los hombros. Sus pies se columpiaron violentamente y uno golpeó con fuerza piedra maciza.

Permaneció unos instantes aturdida, viendo estrellas de dolor en la negra oscuridad. Cuando volvió en sí, el eco de su propia respiración la envolvió de pronto. Impulsó los pies hacia delante y estos chocaron contra una superficie de piedra. Aya salió despedida hacia atrás y se estrelló contra una pared de roca. Sus pulmones aullaron de dolor.

—¡Deja de patalear! —tronó la voz de Edén en la oscuridad. Un segundo después unos brazos musculosos la rodearon por la cintura y tiraron de ella hacia arriba. El dolor en los hombros remitió ligeramente—. ¿Estás bien, Fisgona? —preguntó Edén.

—Sobreviviré, pero creo que por esta noche ya he tenido suficientes caídas.

—Espero que no estés jugándote continuamente la vida solo para impresionarme.

Aya se limitó a soltar un gruñido. Mientras Edén la subía por la informe oscuridad notó el hormigueo de la sangre circulando de nuevo por sus manos.

Edén la dejó con contundencia sobre la cornisa de la que acababa de caer.

—Deberías dejar la exploración para la gente que puede ver en la

oscuridad, y volar.

—Tienes razón —dijo Aya, frotándose los hombros con cuidado—. Y gracias.

—Gracias de nuevo, querrás decir.

Les llegó el eco de unas voces. Las demás chicas estaban adentrándose en el túnel.

—¡Más despacio! —gritó Edén—. Es una trampa... o algo.

—Sí, algo —farfulló Aya, sacando su linterna y asomándose con cuidado al pozo.

Era circular y lo bastante grande para que los cilindros pudieran descender por él. Las paredes estaban forradas de bobinas de cobre, gruesas como los brazos de Aya e incrustadas en la piedra bajo plástico transparente. El pozo también continuaba hacia arriba, más allá de donde alcanzaba la luz de su linterna.

Moggle había dado con un escondite ciertamente extraño.

Edén resopló.

—Veo que has encontrado tu linterna, Fisgona.

—Eh, sí. —Aya se encogió de hombros—. Por lo visto la tuve en el bolsillo todo el tiempo.

Edén asintió lentamente.

—¿Habéis encontrado algo? —bramó la voz de Kai. Se abrió paso entre las chicas que abarrotaban el túnel, gateó hasta el borde del pozo y miró abajo —. Uau. ¿Qué es esto?

—No estamos seguras —dijo Edén—. ¿A que no, Fisgona?

—Ni idea —respondió Aya mientras se frotaba las muñecas—. Pero hazme caso y no saltes.

Las manos de Kai siguieron el rastro de los tacos metálicos incrustados en el suelo. Se volvió hacia los cilindros que aguardaban en hileras.

—Este debe de ser el lugar adonde van a parar esas cosas metálicas.

—Seguramente —dijo Aya—, A lo mejor es una especie de ascensor.

—¿Un ascensor con una cámara estanca? —Kai meneó la cabeza—. No me parece probable. ¿Puedes ver el fondo?

—No, pero puedo bajar. —Edén avanzó hacia el vacío y los elevadores

de su equipo de aeropelota se activaron antes de que cayera siquiera un centímetro—. Siento mucho llevarme toda la gloría, Kai —dijo con una sonrisa antes de iniciar el descenso.

Mientras la veía desaparecer pozo abajo, Aya confió en que Moggle hubiera elegido ir hacia arriba.

Kai se volvió hacia ella.

—¿Qué se supone que estabais persiguiendo Miki y tú?

Aya se encogió de hombros y estos aullaron de dolor.

—¿Estás bien?

—Esta noche he tenido muy ocupadas a mis pulseras protectoras.

—Me he dado cuenta. —Kai soltó una risita—. Sabía que eras de las nuestras, Aya-chan.

—Gracias. —Aya sonrió débilmente, sintiendo otra oleada de agotamiento que la mareó—. Creo que voy a descansar unos minutos. Mi adrenalina necesita recargarse.

—Vale. —Kai se asomó al pozo y suspiró—. Creo que tenemos para rato.

Aya pasó junto a las demás chicas ignorando sus preguntas, diciendo que necesitaba descansar. Salió del túnel y caminó entre los cilindros en dirección a la escalera. A medio ascenso se agazapó y activó la pantalla ocular.

—¿Moggle? —susurró.

La perspectiva de la aerocámara apareció en la oscuridad. Aya necesitó un momento para adaptar su cansado cerebro a los infrarrojos, pero Moggle estaba mirando hacia abajo.

El grupo de manchas de calor corporal eran las Chicas Astutas reunidas en el borde del pozo. Edén Maru era un punto de luz a lo lejos, y los elevadores de su equipo de aeropelota brillaban contra la fría piedra.

Moggle había tenido suerte hasta el momento, pero Edén no tardaría en explorar también la parte superior del pozo.

—Sigue subiendo —le susurró—. Y busca una salida.

Las paredes del pozo transcurrían uniformemente, con una bobina de cobre a cada metro, sin entradas ni salidas. Un tenue destello infrarrojo

apareció de pronto por encima de Moggle, una astilla de calor en lo alto del pozo.

—Averigua qué es lo que hay ahí arriba. ¡Pero no utilices las luces nocturnas!

Aya apagó unos instantes su pantalla ocular para ver si alguien la había seguido. En la sala de cilindros no había nadie.

La señal de Moggle empezó a fallar y los ojos de Aya se llenaron de interferencias. La conexión estaba atravesando una gran cantidad de piedra. Aya se preguntó qué altura tendría el pozo. Sin la ayuda de la red urbana, su antena de piel únicamente tenía un alcance de un kilómetro.

Para cuando Moggle alcanzó la cumbre, Aya apenas podía ver entre las nubes de interferencia. La aerocámara parecía estar dentro de una burbuja transparente; en la pared de plástico circular brillaban unas luces tenues.

Parecían... estrellas.

Aya subió unos peldaños más y las interferencias desaparecieron momentáneamente. Tenía razón: Moggle estaba contemplando el exterior desde la cima de la montaña.

De pronto, la cadena montañosa al completo se desplegó a su alrededor. Los afilados picos se recortaban contra el cielo estrellado y en el valle los paneles solares de los trenes ultrarrápidos titilaban con el reflejo de la luz estelar. Aya hasta podía ver el lejano resplandor de las luces de la ciudad.

Pero ¿qué sentido tenía subir los cilindros hasta lo alto de la montaña? Había formas más sencillas de mover cuerpos de metal grandes, como hélices elevadoras y vehículos pesados.

¿Y por qué hacerlo desde el interior de una montaña?

La señal empezó a fallar de nuevo. Aya se desplazó por los peldaños hasta dar con una ubicación mejor y cuando la imagen se aclaró, frunció el entrecejo. Algo titilaba en el rabillo de su ojo.

—Moggle, gira un poco a la izquierda.

La cámara viró hasta colocarle delante la línea de alta velocidad. Aya tragó saliva. Las señales luminosas de las vías estaban parpadeando...

Entonces la vio, a lo lejos, una cadena de luces saliendo sigilosamente de la ciudad. Un tren imprevisto, de esos que pasaban una vez al mes, se dirigía

hacia el túnel.

Y Kai había dejado abierta la puerta oculta.

18. Presión del aire

—Quédate ahí arriba hasta que te avise —susurró Aya—. ¡Pero permanece alerta!

Bajó las escaleras a la carrera, preguntándose qué sucedería si el tren pasaba a toda velocidad por delante de la puerta abierta. Había muebles y aparatos apilados junto a la entrada, además de las aerotablas de las Chicas Astutas.

Aya había experimentado en carne propia lo que la estela de un tren ultrarrápido podía hacer.

Echó a correr entre los cilindros. Su reflejo era una mancha borrosa en las superficies de liso metal, su cabeza no paraba de dar vueltas. ¿Cómo iba a explicar por qué sabía que un tren se dirigía hacia allí?

La boca del túnel brillaba con las linternas de las chicas. Estaban despatarradas en la entrada, bloqueando el estrecho agujero.

—¡Apartaos! —Aya se zambulló en el túnel y empezó a gatear por encima de los cuerpos, ignorando sus protestas—. ¡Escuchadme! —tronó—. ¡Se acerca un tren!

Se hizo el silencio y Kai se volvió hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

—¿Te acuerdas de esos trenes imprevistos a los que no dabas importancia? Pues uno de ellos viene hacia aquí. ¡Llegará en pocos minutos!

Kai entornó los párpados.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me dirigía a la entrada... para coger una aerotabla, pensando que algunas de nosotras podríamos bajar por el pozo subidas a...

—¿Fuiste hasta la entrada y volviste en cinco minutos?

—No... porque a medio camino noté que el suelo temblaba. ¡Vamos, Kai, no tenemos tiempo que perder!

Kai titubeó y un murmullo de incredulidad recorrió el túnel.

Aya resopló y siguió gateando por encima de los cuerpos hasta alcanzar el borde del pozo.

—¡Edén... se acerca un tren!

Unos segundos después Edén Maru salió disparada del pozo.

—¿Un tren? ¡No hemos cerrado la puerta!

—¿Y? —dijo Kai—. A esa velocidad es imposible ver nada. Además, la mayoría de los trenes ultrarrápidos ni siquiera lleva personal.

—¡Nuestras tablas! ¡La estela las succionará, junto con todas las demás cosas que no estén amarradas!

—¿Por qué no lo has mencionado antes? —tronó Kai.

—¡Porque has dicho que no pasarían más trenes!

—¡He dicho probablemente!

—¡Aparta! —Edén juntó las manos como un saltador de trampolín y cruzó volando el concurrido túnel.

El estrecho túnel se llenó al instante de cuerpos gateando. Las chicas gritaban y se adelantaban a empujones para seguir a Edén hacia la entrada de la montaña.

Kai titubeó unos instantes. Tenía los ojos fijos en Aya.

—¿Estás segura de que no lo has imaginado?

Aya asintió, todavía jadeando.

Kai blasfemó y, poniéndose a cuatro patas, siguió a las demás.

Aya esperó a que el fragor de la estampida hubiera amainado para activar su pantalla ocular. Se tumbó boca arriba en el suelo de piedra y miró hacia la oscuridad del pozo.

Entre ella y Moggle solo había aire, y la vista de la cima de la montaña era clara como el cristal.

El tren, una ristra de perlas fulgurantes arrastrándose por la parpadeante línea de alta velocidad, estaba mucho más cerca, a solo unos minutos.

—¡Baja enseguida, Moggle! —dijo—. ¡No flotes, déjate caer!

Moggle dirigió sus objetivos hacia abajo y Aya observó la caída desde la perspectiva de la aerocámara. La mancha infrarroja de su cabeza, de un amarillo fuego, fue creciendo, hasta que finalmente Aya pudo ver su propia expresión de pánico.

—¡Para! —aulló.

La aerocámara se detuvo a unos centímetros de su nariz y encendió sus luces nocturnas para celebrarlo.

—Yo también estoy contenta de verte. Y deslumbrada. —Aya echó a gatear por el túnel—. Sígueme, pero a una distancia prudente. Y si tropezamos con alguien, escóndete enseguida.

Aya cruzó el laberinto de piedra siguiendo la senda de los tacos metálicos. Así había dado Moggle con ella. Al igual que los cilindros, las aerocámaras solo podían viajar sobre sendas metálicas.

Llegó al pasillo central corta de resuello y con el corazón desbocado. Divisó el perfil de las Chicas Astutas contra la entrada del túnel de alta velocidad.

Se detuvo en seco y notó la vibración del tren bajo los pies.

—Lo tenemos casi encima —estaba diciendo Kai.

—¡Hago lo que puedo! —Edén estaba arrodillada junto al hueco de la puerta, con el hacker de materia inteligente en una mano y manejando los mandos con la otra.

Pero la materia inteligente permanecía inmóvil.

Aya echó un vistazo por encima de su hombro y vio que Moggle estaba filmando la escena. Sonrió. Tanto si la puerta se cerraba como si no, lo que iba a pasar sería increíblemente lanzable.

—Que todo el mundo se prepare —dijo Edén—, por si las moscas.

Las Chicas Astutas unieron sus pulseras protectoras para formar una cadena humana, aunque de poco iba a servirles. Si los muebles y aparatos empezaban a volar descontroladamente, estarían de todos modos en un serio apuro.

Edén Maru soltó finalmente un gruñido triunfal. La materia inteligente

estaba cobrando vida, sus zarcillos negros estaban entrelazándose sobre la abertura.

Pero el tren ya estaba dentro del túnel, Aya podía sentirlo. Notó el chasquido en los oídos cuando el aire se apretujó contra ellas a trescientos kilómetros por hora. El olor a lluvia de la materia inteligente la envolvió.

El fragor aumentaba por segundos, y delirantes remolinos de polvo giraban en los haces de luz de las linternas. La primera capa ya se había extendido sobre la entrada, pero sobresalía hacia Edén como un globo estrujado entre dos manos.

Aya se preguntó qué le sucedería al tren si la puerta estallaba. ¿Podría el repentino cambio de presión arrancarlo de las vías?

Junto a la abultada puerta, Edén seguía manipulando los mandos del hacker y lanzando gritos que el rugido del tren ahogaba.

Más capas avanzaron hasta ocupar su lugar...

El estruendo alcanzó su punto álgido y las montañas de aparatos que rodeaban a Aya empezaron a desplazarse por el suelo. Titilando como una cuerda de guitarra punteada, la puerta de materia inteligente vibraba tan deprisa que el ojo no podía verlo. Tras unos segundos interminables, el tren comenzó a alejarse y el fragor murió lentamente.

La puerta había resistido. Ahora que el tren ya había pasado, Aya no podía distinguir la materia inteligente de la piedra.

Edén se derrumbó en el suelo mientras Kai se volvía hacia las chicas con una sonrisa débil.

—Me parece que ya hemos tenido suficiente diversión por esta noche.

Un murmullo de cansancio viajó entre las chicas; al parecer, Aya no era la única que llevaba dos noches sin apenas pegar ojo. Las Chicas Astutas procedieron a coger sus tablas para volver a casa.

El único problema ahora era sacar de allí a Moggle.

—Kai —dijo Aya—, ¿podemos llevarnos algo?

Kai echó una ojeada a los aparatos hacinados en el pasillo.

—Vale, pero que no se note mucho que hemos estado aquí.

—¿En este desorden? —Aya rio—. Están desmantelando el lugar, no haciendo inventario.

Algunas chicas asintieron y procedieron a examinar los aparatos. Pocas cosas podían solicitar sin tener méritos ni rango facial, comprendió Aya, y las pantallas murales y las terminales eran objetos tentadores.

Aya regresó raudamente al lugar donde se agazapaba Moggle y cogió una caja al azar. Vació el contenido —lápices ópticos y tabletas digitales— e indicó a la aerocámara que entrara. La tapa de plástico se cerró herméticamente con un pop, ocultando completamente a Moggle.

Aya giró una pulsera protectora y su aerotabla se acercó por el pasillo. Después apretó la caja contra su superficie y notó el chasquido que hicieron los elevadores de Moggle al adherirse a ella a través del plástico.

Cargada con una aerocámara llena de imágenes superlanzables, estaba lista para partir.

—Es increíble que supieras que venía el tren.

Aya levantó la vista y encontró a Edén Maru flotando por encima de su cabeza. Se encogió de hombros.

—No tiene nada de increíble. El suelo temblaba.

—Qué curioso —dijo Edén—. Yo no he notado nada cuando he llegado a la puerta. Solo he empezado a notar algo cuando el tren ya estaba muy cerca. Pero tú lo has notado mucho antes.

—Tal vez se deba a ese equipo de aeropelota que llevas. —Aya sonrió—. No estás acostumbrada a caminar por la tierra como nosotros, los extras.

—Será eso. —Edén detuvo la vista en la guarida de Moggle—. ¿Has encontrado algo interesante?

—Solo lápices ópticos y cosas así. ¿Quieres uno?

Edén dudó unos instantes y negó con la cabeza.

—No, gracias. Yo no necesito robar. Soy famosa, ¿recuerdas?

—Lo siento, lo había olvidado. Edén sonrió al fin.

—No lo sientas, Fisgona-chan. Significa que estás progresando. Le dio una palmadita en el hombro dolorido y hecho esto regresó volando junto al hacker de materia y procedió a reabrir la puerta.

19. Reina del Limo

A la mañana siguiente, Aya no oyó el despertador y se perdió dos clases de matemáticas y una de inglés avanzado.

Cuando despertó, el sol entraba a raudales por la ventana, una imagen desesperante. Perder clases significaba perder un montón de méritos, los suficientes para tenerla a cero el resto del mes.

Pero mientras contemplaba el techo desde la cama, frotándose las agujetas y los moretones fruto de su aventura de la noche previa, cayó en la cuenta de que muy pronto los méritos dejarían de importarle. Cuando la historia de las Chicas Astutas apareciera en las fuentes, se haría tan famosa que ya no tendría que molestarse con exámenes, tareas de residencia y turnos con pequeños; todas esas cosas tendrían el mismo valor que el viejo dinero de los tiempos de los oxidados expuesto en el museo de la ciudad.

Con un rango facial elevado no tenías que preocuparte por impresionar al Comité del Buen Ciudadano. Solo tenías que preocuparte por conservar tu fama, lo cual, como solían decir los egocéntricos, era mucho más fácil que alcanzarla.

Aya se frotó los ojos. Se había dormido mientras repasaba las secuencias descargadas de Moggle y su cámara-botón: horas de surfeo sobre un tren ultrarrápido, túneles misteriosos e indómitas Chicas Astutas desvelando los secretos de su camarilla. Un material superlanzable.

Casi tenía demasiado material con el que trabajar. Se enfrentaba a un proyecto mucho más complejo que los que había abordado hasta el momento. Hiro siempre decía que, por muy alucinantes que fueran unas imágenes, la gente se cansaba de ellas a los diez minutos. Pero ¿cómo iba a meter guaridas

secretas, alienígenas larguiruchos y temerarias Chicas Astutas haciendo proezas en un tiempo tan reducido? ¡Podría llenar diez minutos solo con el surfeo sobre el tren ultrarrápido!

Lógicamente, casi todas las secuencias de cualquier historia acababan en la capa de fondo para que otros lanzadores pudieran utilizarlas en el futuro o cotejarlas para ver si habías tergiversado la verdad, como solían hacer las fuentes en los tiempos de los oxidados. Pero si Aya se disponía a traicionar a las Chicas Astutas, estas se merecían que por lo menos mostrara lo increíbles que eran, en lugar de arrinconar sus proezas a un lugar que solo sería visto por un puñado de adictos a las fuentes.

Tendida en su cama, se preguntó si no debería convertir el reportaje en una serie. El verano anterior, Hiro había lanzado una historia de diez episodios sobre personas que se autolesionaban para subir su rango facial, haciéndose cortes, matándose de hambre o cultivando tabaco para fumárselo. Pero la idea de crear algo tan intrincado —meter y sacar constantemente personajes, recapitular temas sin resultar repetitiva— la sobrepasaba.

Las figuras de aspecto inhumano constituían la parte más difícil. La gente no creía en alienígenas, y para colmo Aya no tenía ninguna imagen de ellos. Sería como introducir unicornios en la historia.

Encendió su pantalla ocular y vio que Ren estaba en casa de Hiro. Él sabría aconsejarla, y puede que hasta Hiro se prestara a ayudarla ahora que podía demostrar que las Chicas Astutas existían de verdad.

Estaba a punto de llamar a Ren cuando la voz se le quebró: en su visión se estaban desplegando cientos de mensajes, la mayoría de gente desconocida. Por la razón que fuera, había sido acribillada durante la noche.

De repente un nombre familiar atrapó su atención: Frizz Mizuno.

Aya titubeó. ¿Y si le había escrito para decirle algo radicalmente sincero, como que había cometido un terrible error al fijarse en ella? ¿O que Aya Fuse era una extra anónima con la que nadie desearía salir y aún menos si ese alguien era famoso y guapo?

Solo había una forma de averiguarlo. Abrió el mensaje.

¡Hoy asediado por aerocámaras!
Y acabo de comprender por qué.
Glups... lo siento de veras.
Frizz

Aya frunció el entrecejo. ¿Por qué se disculpaba cuando ayer la descerebrada había sido ella? ¿Y qué quería decir con lo de las aerocámaras? Advirtió que el mensaje terminaba con un lanzamiento y se le formó un nudo en el estómago.

Siguió el lanzamiento y una fuente detractora de las modas apareció en su visión...

Las imágenes habían sido filmadas el día previo, justo después de que Aya rescatara a Moggle. Allí estaba, hablando con Frizz junto a los campos de fútbol de Akira Hall, con el uniforme de la residencia cubierto de limo. Pese a los objetivos granulados de la mini— cámara, Frizz salía tan guapo como siempre, sentado con las piernas cruzadas sobre su aerotabla. En cambio Aya parecía recién salida de una cloaca.

La leyenda decía: «¿Quién es la imperfecta limosa que acompaña a Frizz Mizuno?».

Aya cerró los ojos. Esto no... ahora no.

Tendría que haber imaginado que algo así podía suceder. Frizz acababa de fundar una nueva camarilla y su rango facial estaba subiendo como la espuma. Seguro que tenía cámaras paparazzi siguiéndole a todas partes. Pero la atención de Frizz la había aturullado tanto que en ningún momento se le ocurrió actuar con precaución.

Justo ahora que quería pasar desapercibida su imagen estaba colapsando las fuentes.

Volvió a pasar la secuencia; por lo menos no podía oírse lo que ella y Frizz decían, y Moggle estaba por allí persiguiendo misiles de plástico.

Además, era una fuente detractora estúpida, una de esas historias que Aya

miraba a diario y, tras unas risas, olvidaba de inmediato. Debería pasar de ella...

Pero, por la razón que fuera, no podía. Contempló las imágenes de la capa de fondo. Había docenas de ellas, todas igual de espantosas. Obviamente, la persona que las había filmado no se había molestado en mostrar a Aya después de la ducha. ¿Qué habría tenido eso de gracioso?

La parte más dura fue leer los comentarios que suscitaban las imágenes, un millar de titulares jocosos, críticas y teorías absurdas: que la cirugía de Sinceridad Radical había provocado algún tipo de lesión en el cerebro de Frizz, que este tenía verdadera debilidad por las narices grandes, que de las cloacas había salido una nueva especie de novias...

Durante la madrugada un residente anónimo de Akira Hall había reconocido a Aya y relanzado el reportaje a su fuente, pero a esas alturas poco importaba que tuviera un nombre. La gente estaba disfrutando demasiado llamándola «Reina del Limo».

Aya se recostó en la cama, sorprendida de que la gente pudiera ser tan desaprensiva, pudiera enviar aerocámaras para obtener furtivamente imágenes de otras personas. Tal como había dicho Ren el día anterior, las fuentes detractoras eran para idiotas anónimos. La mayoría eran, probablemente, unos envidiosos; les molestaba que Frizz se hubiera fijado en ella, una extra imperfecta, y no en una cara célebre.

Pero por mucho que los despreciara, por muy descerebrados y mezquinos que fueran, le dolía lo que decían.

En su oído sonó un suave tintineo y soltó un gemido: probablemente otro mensaje de uno de los nuevos admiradores de la Reina del Limo. Pero cuando apareció el nombre del remitente se incorporó de golpe.

—¿Frizz?

—Hola, Aya-chan. Esto... ¿has visto las fuentes esta mañana?

Aya volvió a tumbarse y suspiró.

—Sí. Te habla la Reina del Limo.

—No sabes cuánto lo siento, Aya. Todavía no me he acostumbrado a todo este asunto de los paparazzi. Ni por un momento se me ocurrió que...

—La culpa no es tuya, Frizz. Soy yo la que tendría que haberlo pensado.

—Aya dejó ir un suspiro—. Hiro es famoso desde su primer reportaje. Conocía las reglas, pero las olvidé por completo cuando te vi allí, esperándome.

Tras un breve silencio, Frizz dijo:

—¿Es un cumplido?

Por primera vez desde que se había despertado. Aya sintió alguna otra cosa además del horror de haber caído en una emboscada. Por lo menos Frizz no la había llamado para decirle que era una tarada.

—Supongo que sí.

—¿Por qué no vienes a verme? Podríamos irnos de picnic.

—Pensaba que estabas rodeado de cámaras.

—Totalmente, ¿y? —repuso Frizz—. Sería una oportunidad para que la gente te viera sin... el factor limo. —Soltó una risita.

—No puedo. ¿Recuerdas el reportaje en el que estoy trabajando? Sigue siendo un secreto.

—Pues no hablaremos de él. En realidad, sé muy poco.

—Pero la camarilla que quiero lanzar siente un rechazo enfermizo por la fama. Detestan todo lo que huela a ella. Si me ven chupando cámara contigo sospecharán de mí.

—¿Sospechar de qué? ¿De que te gustan los picnics?

—Frizz —gimió Aya—, estoy de incógnito, ¿recuerdas? La camarilla no sabe que estoy haciendo un reportaje sobre ella.

Se produjo un largo silencio.

—Un momento... Pensaba que era un secreto para otros lanzadores, no para la camarilla.

—Pues lo es. Ellas no saben que soy lanzadora.

—¿Me estás diciendo que les estás haciendo a ellas lo mismo que acaba de sucedemos a nosotros? ¿Filmándolas sin que lo sepan?

Aya abrió la boca para hablar, pero las palabras se le enredaron. Finalmente solo alcanzó a farfullar:

—¡Eso es muy distinto!

—¿Qué tiene de distinto?

—Yo no las ataco, Frizz. ¡Yo muestro lo increíbles que son! ¡Este

reportaje las hará famosas!

—Acabas de decir que detestan la fama.

—Y así es, pero... —comenzó Aya, pero las palabras volvieron a enredarse en su boca. ¡La Sinceridad Radical de Frizz era desconcertante! A veces tenía la sensación de que provenía de alguna ciudad completamente anónima.

—Necesito pensar, Aya —dijo con la voz queda.

—Necesitas... ¿qué?

—Lo siento, pero se me hace extraño eso de que tengas que ir de incógnito. Además, parece que te conviene alejarte de mí un tiempo. Quizá deberíamos dejar de vernos una temporada.

Aya quiso replicarle e incluso correr a su encuentro, con o sin aerocámaras. Pero no podía cargarse su reportaje. Bastante mal estaban ya las cosas con su nombre viajando por todas las fuentes.

Tal vez Frizz tuviera razón en lo de mantener las distancias durante unos días, por mucho que le apenara reconocerlo.

—¿Estás seguro, Frizz?

—Sí. Necesito pensar en todo esto. A veces me cuesta saber qué clase de persona eres.

Aya apretó los puños, buscando algo que decir. ¡Ahora Frizz la tenía por una detractora descerebrada! Ojalá pudiera explicarle que esa historia era mucho más importante que el derecho a la intimidad de las Chicas Astutas; lo que se ocultaba en esa montaña podía ser peligroso.

Pero gracias a su Sinceridad Radical y su fama, cualquier cosa que le contara aparecería en las fuentes al día siguiente. No podía correr ese riesgo.

Finalmente se despidieron y la comunicación se cortó.

Aya se quedó tumbada en la cama, borrando mensajes burlones, cada vez más abatida. A lo mejor ya no tenía sentido evitar a Frizz. ¿Y si alguna de las Chicas Astutas tropezaba con la historia de la Reina del Limo? ¿Culparían a Aya de su repentina oleada de fama? Ella no tenía la culpa de que Frizz fuera famoso y guapo y un completo imán para las aerocámaras...

El tipo de novio por el que habría matado una semana atrás.

Frunció el entrecejo al caer en la cuenta de que era la primera mañana,

desde su infancia, que no consultaba su rango facial, y por una vez podría haber subido. Bloqueó la fuente detractora de modas, haciendo desaparecer las líneas meme y las cadenas de cotilleos que abarrotaban su pantalla ocular, hasta que pudo ver su pequeño rincón de la vergüenza.

Se quedó mirándolo un buen rato, no sabiendo qué pensar.

Su rango facial ocupaba el puesto 26.213, el más elevado de toda su historia. Finalmente Aya Fuse era famosa.

Por limosa[1].

20. Catapulta magéntica

Había algunas aerocámaras merodeando frente a Akira Hall. Aunque la historia de la Reina del Limo empezaba a decaer —después de todo, había caras mucho más célebres que criticar en la ciudad—, Aya decidió actuar con precaución. Unos días más en la sombra y estaría en condiciones de recibir la atención de las cámaras.

Abrazada a Moggle, saltó por una ventana trasera de la quinta planta y aterrizó con contundencia en el nuevo jardín de crisantemos de la residencia. Un monitor le soltó un feroz chirrido: Aya había hundido una flor en el barro.

«Mal día para obtener méritos», se dijo.

—Tráeme la tabla, Moggle, pero que no te vean todas esas cámaras.

Moggle voló hacia los portatablas, deteniéndose en la esquina para inspeccionar la situación. Tras la aventura de la noche anterior, finalmente estaba aprendiendo a ser discreta.

Aya escudriñó el bosque mientras esperaba, preguntándose si había cámaras paparazzi ocultas entre los árboles. Se le puso la piel de gallina al pensar que podían estar observándola. ¿Era así como vivía Kai? ¿Siempre escondiéndose, siempre temiendo cualquier tufillo a reputación? Era para acabar paranoica.

Moggle reapareció seguida de la tabla y Aya se montó en ella.

—Nos vemos en casa de Hiro —dijo.

Moggle parpadeó una vez y se adentró como una bala en el bosque, rumbo al barrio famoso de la ciudad.

—¡Hola, Reina del Limo!

Aya resopló.

—Abre, Hiro, alguien podría reconocerme.

—Imposible. No llevas tus vestiduras de limo.

—¡Hiro!

Después de otra carcajada, la puerta del ascensor se abrió finalmente y Aya y Moggle entraron.

Hiro y Ren seguían riendo cuando la puerta se abrió de nuevo. Estaban despatarrados en el sofá, jugando a un videojuego destrozapulgares en la inmensa pantalla mural de Hiro. Las guirnaldas de grullas temblaban y bailaban con el fragor de las explosiones y disparos.

—¿Qué hacéis? —gritó Aya por encima del estruendo.

—El Sin Nombre acaba de lanzar un reportaje que ataca los videojuegos destrozapulgares —gritó Ren—, así que nos hemos entregado a un día de guerra.

Aya puso los ojos en blanco. Hiro seguía molesto con el Sin Nombre por haber atacado a los ancianos de su reportaje sobre la inmortalidad al llamarlos «frikis» y «acabamundos».

—¿No está un poco alto?

—Lo siento, Limo-sensei —gritó Hiro—. Por cierto, buen trabajo con tu rango facial. ¡Unas cuantas apariciones más como Reina del Limo y seguro que te invitan a la Fiesta de las Mil Caras!

Aya arrugó la frente.

—¿No eres tú el que siempre dice que la fama negativa no existe?

—Lo dice la interfaz de la ciudad, no yo —repuso Hiro—. ¡Yo estoy en contra de la limo-fama!

Ren rio entre dientes al tiempo que se inclinaba hacia un lado para guiar a su personaje en una maniobra arriesgada.

—¿De qué te ríes, Ren? —aulló Aya—. ¡Fuiste tú el que me obligó a sumergirme en el lago!

—No sabía que de regreso a casa te pararías a charlar con un perfecto

famoso.

—¡Yo tampoco! —tronó Aya por encima de las explosiones.

—¡Ya! —replicó Hiro—. Como tampoco sabías quién era Frizz Mizuno cuando vimos su fuente ayer.

—Ayer no le conocía. O mejor dicho no conocía su nombre. Le había visto por primera vez tan solo la noche previa... en una fiesta.

Hiro frunció el entrecejo e hizo un gesto con la mano. Las imágenes de la pantalla se congelaron y el sonido murió de golpe.

—¿Desde cuándo te invitan a las mismas fiestas que a Frizz Mizuno?

—En realidad... no estaba invitada. —Hiro enarcó una ceja y Aya soltó un gemido—. Me colé en la fiesta de un tecnocerebro, ¿vale? Estaba buscando a las Chicas Astutas.

—Ah, otra vez tus chicas imaginarias. —Hiro dejó escapar un largo suspiro—. ¿Por qué pierdes el tiempo con unicornios, Aya-chan?

—No son imaginarias. De hecho, anoche estuve con ellas.

—¿Con los unicornios? —preguntó Hiro.

—Con las Chicas Astutas, cabeza de burbuja. Y surfeamos juntas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Ren.

—¿No habéis oído hablar del surfeo sobre trenes ultrarrápidos? —Aya hizo un gesto y Moggle procedió a descargar secuencias en la pantalla mural de Hiro—. Entonces tenéis que ver esto.

Hiro fue a decir algo, pero la pantalla mural ya estaba cobrando vida. Cruzó los brazos y observó en silencio el comienzo de la noche de Aya como Chica Astuta.

Cuando la película tocó a su fin, lo primero que Hiro dijo fue:

—Mamá y papá te matarán.

Aya no podía rebatírselo. Sus padres ni siquiera aprobaban el salto con arnés. No quería ni imaginar lo que su madre diría cuando la viera surfear sobre un tren ultrarrápido.

—Tus ancianos son la menor de tus preocupaciones —intervino Ren—. Cuando lances esto seguro que los guardas te harán una visita.

—Lo sé —suspiró Aya—. Esa es la parte negativa de lanzar esta historia. Nadie podrá volver a surfear sobre ultrarrápidos.

—No me refiero a eso —dijo Ren, bajando la voz—. Los guardas se olvidarán por completo del surfeo en cuanto vean esa catapulta magnética.

Aya miró a Hiro, pero parecía tan perplejo como ella.

—¿Qué es una catapulta magnética? —preguntó.

Ren caminó hasta la pantalla mural y rebobinó las imágenes con una vuelta de dedo. Congeló la secuencia donde Moggle subía por el pozo y señaló con un dedo el brillo metálico incrustado en la piedra.

—Esto es una bobina de cobre, ¿verdad?

—Eso creo —dijo Aya—. ¿Como un motor eléctrico?

—O una vía de tren —dijo Ren—. Los trenes ultrarrápidos tienes dos tipos de imanes. Los que hacen levitar el tren y las catapultas magnéticas.

—¿Que hacen qué? —preguntó Aya.

—Mueven el tren. Conforme este se desliza, las catapultas magnéticas pasan de negativo a positivo, tirando por delante, empujando por detrás, haciéndolo ir cada vez más deprisa. Y lo mismo puede hacerse hacia arriba.

—¿Me estás diciendo que ese pozo es como un tren ultrarrápido que sube y baja? —Aya se encogió de hombros—. ¿Que funciona como un ascensor?

Ren negó con la cabeza.

—Esto podría ir mil veces más deprisa que un ascensor. Viste la cámara estanca, ¿verdad? Si succionas todo el aire del pozo, estarás acelerando a través de un vacío, sin rozamiento alguno, todo velocidad. Con suficiente electricidad, una catapulta magnética podría ponerte en órbita.

—Pero ¿por qué ocultarla en una montaña? —preguntó Hiro.

Ren contempló la bobina de cobre.

—Dependerá del uso que se dé a esos cilindros.

Aya se encogió de hombros.

—A mí solo me parecieron grandes moles de metal.

—¿Y si dentro tienen materia inteligente? Podrían cambiar de forma mientras vuelan, fabricarse alas para guiarse hacia un objetivo, incluso crearse una coraza térmica.

—Imposible, Ren. —Hiro se incorporó—. El Sin Nombre tiene razón.

¡Nuestros videojuegos destrozapulgares te han convertido en un bélico chiflado!

—Muy gracioso. —Ren movió la imagen hasta obtener el plano corto de un cilindro—. Déjame hacer algunos cálculos. ¿Qué tamaño tienen, Aya?

—Hum... Probablemente, un metro de ancho. Y son un poco más altos que yo. —Aya frunció el entrecejo—. ¿A qué viene tanto entusiasmo?

—Está delirando —dijo Hiro.

—Digamos que tienen dos metros de alto. —Los dedos de Ren giraron y sobre la imagen del cilindro comenzaron a caer números—. Por lo tanto, el cuadrado del radio es la cuarta parte de un metro, que multiplicado por Pi da más o menos 0,75, que multiplicado por dos metros de altura da uno y medio. Eh, habitación, ¿cuánto pesaría un metro y medio cúbico de acero?

—¿Qué clase de acero? —preguntó la habitación.

—Me da igual. Redondea.

—Cerca de doce toneladas.

—¿Doce toneladas? —Ren dio un paso atrás y se hundió en la silla de Hiro, mirando la pantalla con ojos como platos.

—¿Qué tiene eso de sorprendente? —preguntó Aya con voz queda.

Hiro se inclinó hacia delante y la expresión burlona desapareció de su rostro.

—Eh, habitación, ¿cuánta energía tendrían doce toneladas de acero si las dejaras caer desde órbita?

—¿Desde qué altura en órbita? —preguntó la habitación.

Hiro miró a Ren, que se encogió de hombros y dijo:

—¿Doscientos kilómetros? No tengas en cuenta la resistencia del aire y redondea.

La habitación contestó casi al instante.

—El objeto aterrizaría a dos mil kilómetros por segundo, liberando veinticuatro gigajulios, lo que equivale a seis toneladas de TNT.

—Malo —dijo Hiro.

—¿Qué es el TNT? —preguntó Aya.

—Hoy día es una unidad de energía —explicó Ren—, pero hace mucho tiempo era un compuesto químico que los oxidados utilizaban para fabricar

bombas.

—¿Bombas? —Aya tragó saliva—. ¿Como cuando se disparaban misiles unos a otros?

—Caray, Reina del Limo —dijo Hiro—, eres rápida.

Ren asintió lentamente.

—Podría tratarse de un exterminador de ciudades.

—Estás de broma, ¿verdad? —Aya recordaba las armas oxidadas que habían destruido ciudades enteras en cuestión de segundos, abrasando el cielo y dejando el suelo envenenado durante décadas—. Los exterminadores de ciudades tenían cerebros bélicos. Esos cilindros son solo acero macizo.

—Tienes razón, Aya, y a los dinosaurios los exterminó el hierro —dijo Ren—. Hierro caído del espacio. Esos cilindros no caerían de forma aleatoria. La materia inteligente podría descomponerlos en fragmentos, uno para cada edificio de la ciudad. ¿Cuántos cilindros dijiste que había?

—Centenares —dijo Aya en un susurro.

—¿Miles de toneladas? ¿Con lo que escasea el metal?

Aya meneó la cabeza.

—Tíos, ¿no os estáis precipitando en vuestras conclusiones? Ni siquiera sabemos si dentro tienen materia inteligente.

—Quizá pueda conseguirte algo para comprobarlo —dijo Ren.

—¿Serviría un hacker de materia? —preguntó Aya. Ren y Hiro se volvieron bruscamente hacia ella—. Porque las Chicas Astutas... eh... tienen uno.

—Aya —dijo lentamente Hiro—, ¿no me digas que has estado jugando con hackers de materia?

—¡Ni lo rocé!

—¡Aya! Los hackers de materia no solo te quitan méritos, ¡te llevan a la cárcel!

—Pero son ideales —intervino Ren—. Es increíble lo que hacen con solo enviarles una orden.

—¡Ren! —aulló Hiro—. Mi hermana pequeña no pasará un segundo más con esas Chicas Astutas. ¿Quieres que mis padres me maten?

Ren miró a Aya.

—Si tú no quieres ir, Aya, yo lo haré. Pero seguirá siendo tu historia...

Aya no respondió enseguida. Estaba contemplando la marea de números que cubría la pantalla, acordándose de cuando tenía diez años. Habían llevado a toda la clase en aerovehículos a ver unas viejas ruinas de la segunda guerra global de los oxidados. El esqueleto calcinado de una cúpula se elevaba sobre unas paredes semiderruidas, con las ventanas huecas, marcando el lugar donde cien mil personas habían muerto de un solo fogonazo. No lo había creído posible, ni siquiera de los oxidados.

Y ahora parecía que alguien estaba siguiendo sus pasos.

—Lo siento, Hiro, pero tengo que ir. El fin del mundo no es una historia que podamos lanzar solo a medias.

SEGUNDA PARTE

EXTERMINADORES DE CIUDADES

Detrás de cada oportunidad de sentirnos completos con la fama acecha el hombre del hacha para descuartizarnos.

LEO BRAUDY,
The Frenzy of Renown

21. Pruebas

—¿Estás segura de que nada te ha seguido? —gritó Kai. —Segurísima —respondió Aya deteniendo su aerotabla. Como medida de precaución, Moggle la había escoltado discretamente desde Akira Hall comprobando que no quedara ninguna aerocámara del corto reinado de la Reina del Limo por los alrededores. Para mayor seguridad, Ren le había cosido a la chaqueta de la residencia seis cámaras espía orientadas en direcciones diferentes, y ninguna había visto nada.

—¿Y las demás? —preguntó. Edén y Kai eran las únicas Chicas Astutas que la estaban esperando en el límite de la ciudad.

—Se han tomado la noche libre —dijo Edén—. Hace mucho viento para surfear, pero pensamos que te animarías después de tu destierro.

—¿En serio? —Aya frunció el entrecejo. De camino había observado el viento y no le había parecido tan fuerte—. Gracias. Estaba empezando a morirme de asco en mi cuarto.

—Eso te pasa por pasearte por ahí con caras célebres. —Kai rio—. Si te recortaras un poco la nariz a lo mejor no atraerías a tantos chicos perfectos.

Aya puso los ojos en blanco. ¿Su nariz era ahora demasiado perfecta?

—Ya vale, Kai. Lo único que quiero es volver a entrar en la montaña. He estado haciendo algunas indagaciones y tengo una teoría sobre esos cilindros.

—Estoy deseando oírla —dijo Edén—, pero me temo que andas un poco atrasada.

—¿Me estás diciendo que ya sabéis lo que son? —preguntó Aya en voz baja.

Edén sonrió y meneó la cabeza.

—No, te estoy diciendo que Kai es ahora Lai.

—Mantenerse en el anonimato es una lucha constante —declaró Lai—. Aunque tú ya lo sabes todo sobre eso, ¿verdad, Reina del Limo?

—En efecto, Lai. —Aya ocultó su alivio echando un vistazo por encima de su hombro. La reverberación del tren se estaba intensificando bajo sus pies.

—No debes preocuparte por estar desentrenada, Fisgona —dijo Lai con una sonrisa—. Surfear sobre ultrarrápidos es como montar en aerotabla. No se olvida.

La estela fue peor que nunca.

El viento fue aumentando a medida que el tren se acercaba al límite de la ciudad y Aya, tendida sobre su tabla, podía sentir sus tirones y sacudidas. Soplaba directamente sobre la curva y su energía se mezclaba con la turbulencia provocada por el paso del tren, como dos ríos veloces confluyendo en un poderoso rápido.

Su primer contacto con la estela le hizo girar como un tonel junto con la tierra y el cielo. Solo las pulseras trucadas de Edén la mantenían sujeta a la tabla mientras sus dedos se aferraban a la proa con los nudillos blancos de la tensión.

Luchaba por recuperar el control y estabilizar la tabla, pero cada vez que se acercaba al tren el tumulto volvía a voltearla.

Con razón Lai y Edén habían aconsejado a las demás chicas que se quedaran en casa.

El tren empezó a zumbar —estaba enderezándose de nuevo y ganando velocidad— y Aya apretó los dientes. No tenía la más mínima intención de pasarse otro día encerrada en su cuarto, dejando dormir la historia más importante desde la lluvia mental...

Se inclinó hacia la izquierda para impulsar la aerotabla hacia el tren y cruzar la barrera de la estela.

La tabla empezó a girar de nuevo, pero esta vez Aya no opuso resistencia. Dejó que el mundo diera una docena de vueltas a su alrededor hasta que el

dibujo de las luces de las vías se estabilizó. Luego, dejando que las rotaciones de la tabla la arrastraran, atravesó la estela.

Una vez en la quietud de la estela, Aya forcejeó con la tabla hasta enderezarla. Todavía le daba vueltas la cabeza, pero el tren se extendía a su lado firme como una casa.

Se acercó lentamente a su flanco metálico y subió.

A unos metros de ella, Lai y Edén ya se habían levantado y la estaban observando con expresión jocosa.

—¡No está mal! —gritó Lai—. ¡Puede que estés preparada para aprender proezas nuevas!

El tren seguía acelerando, y Aya, que estaba trasladando una pulsera protectora al tobillo, no respondió. Se incorporó justo cuando el tren alcanzaba su velocidad de crucero, y las tres surfearon juntas y en silencio, esquivando obstáculos de decapitación, con la naturaleza pasando como una bala por sus costados.

La cadena montañosa no tardó en asomar a lo lejos. Ahora que Aya sabía lo que ocultaba dentro, la oscura mole se le antojó mucho más amenazadora.

Ren le había enviado nuevos cálculos ese día: solo una montaña podría ocultar una catapulta magnética lo bastante grande para lanzar un proyectil en órbita. La atmósfera era más fina en las cimas montañosas, de manera que los cilindros, una vez fuera del pozo, tropezarían con una resistencia atmosférica menor. Los creadores de ese montaje habían reflexionado largo y tendido sobre cómo destruir el mundo.

Mientras las oscuras cumbres crecían frente a ella, Aya se preguntó por primera vez si detractores de la lluvia mental como el Sin Nombre no estarían en lo cierto. Tal vez la humanidad fuera, en efecto, demasiado peligrosa para poder vivir en libertad. Apenas habían pasado tres años desde la sanación y alguien ya había construido un arma digna de los tiempos de los oxidados.

Por lo menos, el descubrimiento facilitaría las cosas en un sentido: una vez que las Chicas Astutas supieran para qué era la catapulta magnética, tendrían que comprender que no podían seguir manteniendo la historia en secreto.

—Cuéntanos tu teoría —dijo Lai.

—Guarda relación con esa cosa. —Aya señaló con su linterna la puerta camuflada.

Eden Maru estaba arrodillada junto a la puerta con el hacker en las manos mientras sus dedos saltaban sobre los mandos. La linterna de Aya era la única luz en el túnel —Lai y Edén tenían visión infrarroja— y la oscuridad que las rodeaba cobró vida cuando la puerta comenzó a zumbar.

—¿Con la materia inteligente? —preguntó Lai.

—Exacto. —Aya paseó la luz de la linterna por la superficie, viéndola rielar y temblar, aspirando el olor a lluvia—. ¿Y si los cilindros estuvieran llenos de materia inteligente?

Edén miró a Lai por encima del hombro, pero ninguna de las dos habló.

—El pozo que descubrió Edén parece una catapulta magnética —continuó Aya—. Y si los cilindros pueden cambiar de forma, probablemente sean algún tipo de misil.

Durante unos segundos solo se oyó el rumor de la materia inteligente. Finalmente, Lai dijo:

—¿Estás diciendo que toda la montaña es una gran arma?

—Exacto. Un arma anticuada, parecida a las de los oxidados.

—Interesante teoría. —Edén observó cómo las últimas capas de la puerta caían, dando paso a la luz anaranjada del túnel—. ¿Estás segura de ella?

—Casi. Podré demostrarla cuando lleguemos a los cilindros.

Cruzaron la puerta y Edén procedió a taparla de nuevo. Aya ya había dado por hecho que esa noche Moggle se quedaría fuera. Por lo menos tenía sus cámaras espía.

—Muy lista —dijo Lai—, pero no eres la única que le ha estado dando al ingenio esta semana.

Aya frunció el entrecejo. Ni siquiera parecían sorprendidas.

—Se trata de algo muy serio, Lai. Esos cilindros podrían destruir una ciudad entera. Son mucho más mortíferos que las armas utilizadas en la Guerra de Diego.

—Tal vez, Fisgona, pero espera a ver lo que nosotras hemos preparado.

—Pero esto podría significar...

—¡Aya, he dicho que esperes!

La puerta se cerró y Aya guardó silencio. Había olvidado que Edén Maru también era un tecnocerebro, y mucho más famoso que Ren. ¿Qué habían estado haciendo ella y las Chicas Astutas esa última semana?

Echaron a andar por los pasillos de piedra sorteando muebles y aparatos. Cuando llegaron a la sala de los cilindros, Aya se detuvo en lo alto de la escalera para permitir que sus cámaras espía filmaran las hileras de misiles metálicos.

—¿Qué te pasa, Fisgona? —preguntó Edén.

—Si me prestas un momento el hacker, te enseñaré algo.

—No es un juguete —le advirtió Edén.

—Lo sé. Solo quiero hacer una prueba.

—Préstaselo —dijo Lai—. Podría ser interesante.

Edén suspiró y le tendió el aparato. Era más pesado de lo que Aya imaginaba y tenía la parte de arriba plagada de mandos y lecturas. Ren le había advertido que era una de las pocas máquinas deliberadamente diseñadas para dificultar su utilización: ni ayuda de voz, ni pantalla de instrucciones, ni interfaz, tan críptica como los aparatos de los oxidados expuestos en el museo de la ciudad.

Aya bajó los escalones y eligió un cilindro al azar. Extrajo de su bolsillo la tira de memoria de Ren y la introdujo en el lector del hacker.

—¿Has escrito un código para un hacker de materia? —bufó Edén—. Estás llena de talentos ocultos.

Aya se encogió de hombros. Estaba cansada de mentir.

Cuando el hacker arrancó, lo colocó sobre el flanco metálico del cilindro. Un zumbido, mucho más quedo que el de la puerta camuflada, llenó el aire. Parecía al ruido sordo de un tren, pero suave como un arco deslizándose por la cuerda de un chelo.

Un olor inundó el aire. Como en el caso de la puerta, Aya percibió un sabor a lluvia y tormenta.

El cilindro empezó a cambiar de forma lentamente, como si fuera sirope de metal cayendo en un molde invisible. Primero adquirió la forma de un

cono de punta redondeada y color blancuzco, tal como Ren le había explicado que ocurriría: la parte blanca estaba hecha enteramente de materia inteligente y constituía una coraza térmica para impedir que el cilindro ardiera en su lanzamiento en órbita. Por los costados asomaron cuatro alas pequeñas y gruesas, una de ellas apuntando hacia Aya como el pseudópodo de una bacteria metálica.

Retrocedió, fascinada por los movimientos ondulantes.

Las alas giraban y cambiaban de posición, diseñadas para utilizar la atmósfera superior para dirigir el misil hacia la órbita correcta. La transformación se detuvo inopinadamente, como un líquido congelándose de golpe, y el metal quedó completamente quieto frente a ellas.

Tal vez esperara instrucciones concretas, algo más complejo que la simple orden programada por Ren.

—¿Eso es todo? —dijo Lai.

—Creo que sí. —Aya frunció el entrecejo—. Pero habéis visto las alas. Significa que es un misil, ¿no?

Edén sonrió.

—Eso dedujimos nosotras. Buena demostración, por eso.

—¿Ya lo sabíais? —exclamó Aya.

Lai se encogió de hombros.

—Una vez que caímos en la cuenta de que el pozo era una catapulta magnética, fue fácil deducir el resto. Pero debo reconocer que no se nos ocurrió comprobar los cilindros. Teníamos la atención puesta en la otra mitad de la ecuación.

—¿Qué otra mitad?

—Ahora lo verás, Reina del Limo.

Edén la cogió firmemente de la mano y puso rumbo a la entrada de la catapulta magnética. Avanzando a gatas por el túnel, el trío llegó al borde del pozo. Lai señaló el oscuro abismo.

—¿Ves algo nuevo?

La luz de la linterna de Aya se perdió antes de alcanzar el fondo.

—No puedo ver nada, Lai. No tengo visión infrarroja, ¿recuerdas?

—En ese caso, acércate un poco más.

Lai le puso una mano en medio de la espalda y la empujó al vacío.

22. Acorralada

Las pulseras protectoras de Edén Maru probablemente habían I sido reprogramadas. Esta vez no frenaron bruscamente la caída, sino que solo la ralentizaron, y Aya descendió suavemente en la oscuridad.

Durante un instante de pánico se preguntó si Edén y Lai habían descubierto qué era y optado por abandonarla allí abajo. Entonces oyó sus risas dentro del pozo.

—¡Muy graciosas! —gritó.

Edén pasó junto ella diciendo:

—Espero que no te asuste caer, Aya. Podría ser un problema.

—¿De qué estás hablando?

Edén no respondió. Se limitó a tirar de ella por los pies, hasta que estos se posaron sobre un suelo de piedra.

Aya se frotó con una mano un hombro dolorido mientras con la otra movía la linterna. El pozo era más espacioso allí abajo, y en su centro descansaba un extraño artefacto formado por cuatro aerotablas de largo recorrido toscamente unidas con rudimentarias cintas metálicas y una maraña de elevadores industriales hacinados en el espacio interior.

—Esto no lo habéis encontrado aquí. Lo habéis construido vosotras.

—Efectivamente. Es mi pequeño trineo. —Edén acarició una de las aerotablas—. Apuesto a que estás deseando subirte.

—¿Subirme? ¿Para ir adónde?

Edén tiró de la cadena que le colgaba del cuello y del interior de su equipo de aeropelota salió un silbato. Infló las mejillas y lanzó un pitido ensordecedor.

—¡Ay! —protestó Aya, tapándose los oídos demasiado tarde—. Podrías avisar.

Lai aterrizó junto a ella con una risita. Arriba sonó el pitido de otro silbato.

Aya levantó la vista y divisó un destello minúsculo en lo alto del pozo. La luz de la luna.

—La abertura estaba herméticamente cerrada para poder succionar el aire —dijo Lai—. Esos cilindros, como es lógico, son capaces de reventar el plástico, pero como en esta ocasión los proyectiles seremos nosotras, pedí a las chicas que despejaran la salida.

—¿Nosotras seremos...? —comenzó Aya antes de fruncir el entrecejo—. Dijiste que las demás chicas se habían tomado la noche libre.

—Mentí —dijo Lai con un suspiro—. Y está muy feo mentir, ¿a que sí?

Aya miró el trineo.

—Un momento. No habréis puesto en marcha la catapulta, ¿verdad?

—Naturalmente que no —respondió Edén—. Si activáramos esas bobinas la aceleración nos mataría. Pero en la catapulta magnética hay acero suficiente para propulsar las aerotablas. Mi pequeño trineo puede ir bastante rápido.

—¿«Nos»? ¿Y qué ocurrirá cuando lleguemos arriba?

—Inercia —dijo Lai—. Vuelo. Diversión.

Aya la miró boquiabierta.

—¿Y cuando aparezca la gravedad? ¡Podríamos acabar a cientos de metros del suelo!

Edén meneó la cabeza.

—Mucho más que eso, Fisgona.

—¿Y cómo esperas que aterrice tu pequeño trineo? Ahí fuera no hay rejilla. Las aerotablas caerán como piedras.

Lai sonrió.

—¿Es que no escuchas los rumores que corren sobre nosotras, Fisgona?

Señaló el suelo. La linterna de Aya iluminó cuatro fardos pesados. Parecían mochilas llenas de ropa sucia con unas correas elásticas colgando de ellas.

Aya recordó entonces lo que Hiro le había contado sobre las Chicas Astutas. Los rumores de que saltaban de los puentes... con para— caídas.

Paracaídas caseros, porque el agujero de la pared se negaba a producir paracaídas de verdad.

—Mierda.

—No tires de la cuerda antes de haber contado hasta treinta —la previno Edén—. Si abres el paracaídas encontrándote todavía demasiado arriba, en noches como esta el viento podría arrastrarte durante horas.

—Pero yo no...

—La primera vez que lo hice —dijo Lai— casi acabé en el mar. Tardé horas en regresar caminando a las vías.

Aya pensó que iba a estallarle la cabeza.

—¿Me estás diciendo que ya lo has probado?

—¡Cinco veces! —exclamó Lai extendiendo los dedos de una mano—. Llevamos toda la semana preparándotelo.

Aya levantó la vista hacia el diminuto destello de luna.

—¿Preparándomelo? —aulló—. ¿De qué estás hablando?

Edén agarró una mochila y la sostuvo detrás de Aya. Las correas cobraron vida y le envolvieron los muslos y hombros como serpientes.

—Solo queremos asegurarnos de que tu reportaje tenga un final espectacular —dijo Edén.

Lai rio.

—¡No querríamos decepcionar a tus admiradores!

—Yo no soy... —comenzó Aya, pero la voz se le quebró. Se dejó caer sobre el trineo, carente de argumentos. Curiosamente, era un alivio que hubieran averiguado la verdad—. ¿Cómo lo habéis descubierto?

—¿Piensas que somos unas completas idiotas, Fisgona? —preguntó Edén —. ¿Que Miki y yo no nos dimos cuenta de cómo intentabas sacarnos información?

—¿O que realmente nos creímos que oíste el tren cuando se hallaba todavía a cincuenta kilómetros de aquí? —añadió Lai—, ¿Cómo lo supiste? ¿Tenías una aerocámara apostada en las vías?

Aya negó con la cabeza, notando el picor de las lágrimas en los ojos.

—No. Moggle estaba escondida en la salida del pozo.

—Claro, Moggle —rio Lai—. Esa fue la prueba final. Las imágenes en las que salías con Frizz Mizuno.

—¿Con Frizz? ¡Pero si Moggle estaba muy lejos!

—Lejos de vosotros, pero en una de ellas tu amiguita aparecía al fondo, persiguiendo misiles de plástico mientras vosotros os mirabas con ojitos manga. No caí en la cuenta de que era Moggle hasta que Edén reparó en los enormes elevadores. Entonces empezamos a preguntarnos por qué no estaba en el fondo del lago, donde pertenecía.

—Vale, soy una lanzadora. —Aya tragó saliva—. ¿Qué pensáis hacer conmigo?

—¿No lo has pillado aún? —Edén le apretó un poco más las correas del paracaídas—. Vamos a darte una vuelta.

Lai y Edén se pusieron sus mochilas y ataron la cuarta al trineo. Estaban frente a Aya, separadas por distancias iguales alrededor del artefacto, cogidas de la mano como tres niñas.

Aya sintió un ligero alivio. Por lo menos no daría la vuelta sola.

—¿Te notas el paracaídas bien sujeto, Fisgona?

Giró las muñecas; no se movieron.

—Sí.

Estaba claro que las correas del paracaídas habían sido extraídas de un arnés de salto; se amoldaban a los movimientos del cuerpo, pero permanecían tranquilizadoramente ceñidas alrededor de los brazos y los muslos. Así y todo, Aya no conseguía olvidar que los elevadores de su chaqueta —inservibles en la naturaleza— habían sido sustituidos por un gran lío de seda.

Su vida dependía de un trozo de tela.

Rememoró vagamente la teoría: los paracaídas tenían una superficie mucho mayor que tú, por eso caías como una pluma en lugar de una piedra. Si no te entraba el pánico y olvidabas tirar de la cuerda, y si el casero mecanismo se abría sin enredarse...

—¿En serio que lo habéis hecho antes?

—Veintisiete viajes por el pozo en total —dijo Edén—. Solo una pierna rota.

—Eso me tranquiliza.

—Relájate. —Lai sonrió—. Saltando puentes aprendimos que solo los que pierden los nervios mueren.

—¿Estás...? —comenzó Aya, pero se dio cuenta de que no quería saber si Lai bromeaba o no. Tal vez fuera esa la razón de que las chicas detestaran los reportajes, porque esa clase de proezas podían acabar muy, pero que muy mal.

Tiró una vez más de las pulseras protectoras y las sintió completamente soldadas a la estructura del trineo.

Edén ya había iniciado la cuenta atrás.

—Tres... dos... uno...

Aya esperaba una fuerte sacudida, pero el lanzamiento fue tan suave como un despegue en aerotabla. El trineo, sin embargo, no tardó en ganar velocidad y los anillos de cobre empezaron a pasar indistinguibles por su lado. Aya escudriñó el pequeño punto de luz en lo alto y una idea aterradora comenzó a forjarse en su mente. ¿Y si las Chicas Astutas pensaban que esta era una forma divertida de deshacerse de ella para siempre? ¿Y si en lugar de un paracaídas llevaba atada una mochila con ropa sucia?

—¿Entendéis ahora por qué tuve que mentiros? —dijo—. ¿Os dais cuenta de lo importante que es esta historia?

—¡Tergiversaste la verdad desde el principio, Fisgona! —gritó Edén por encima del rugido del viento—. No pretendías salvar el mundo, sino únicamente hacerte famosa.

Aya abrió la boca pero nada salió de ella. Independientemente de lo que se hubiera dicho a sí misma durante la última semana, una cosa era cierta: su carrera como Chica Astuta había comenzado con una mentira.

Finalmente logró farfullar:

—Estaba enfadada con vosotras por tirar a Moggle al agua.

—Tú lo elegiste —repuso Lai.

—¡Vale, mentí! Pero esta historia sigue siendo importante. La gente tiene que conocerla.

Ni Lai ni Edén contestaron. El viento se había llevado sus palabras.

—¡Esos misiles podrían alcanzar cualquier punto del mundo! —gritó—. ¡Tenéis que dejarme...!

—¡Ahí vamos! —tronó Lai.

De repente el mundo se iluminó... ¡habían salido a la luz de la luna! Aya notó que sus oídos se destapaban y la cabeza le pitaba. Durante una fracción de segundo vislumbró a las chicas. Estaban en la cima de la montaña, animándolas con gritos y aplausos, pero quedaron atrás en un instante y el inmenso horizonte se desplegó ante sus ojos.

—¿Te parece lo bastante alucinante? —gritó Lai. Su demente sonrisa brillaba como la de una perfecta—. ¡Espero que hayas traído cámaras espía!

Aya entornó los ojos contra el viento, sorprendida de lo mucho que estaban subiendo. Por encima de su cabeza atisbo una mancha blanca bañada de luna. Cuando se acercaron pareció disolverse en imprecisas volutas.

Miró a su alrededor y tragó saliva. Estaban atravesando las nubes más bajas...

De repente el paisaje se tornó inmenso: a su alrededor se extendía una cordillera entera, atravesada por la línea de alta velocidad como un filón de plata.

Lai desconectó una mano y señaló los paneles solares que brillaban a ambos lados de las vías.

—Así obtiene la catapulta magnética su energía. La roba de los paneles solares de la línea de alta velocidad. Si se parasen todos los trenes, habría suficiente electricidad para lanzar un cilindro cada minuto.

Aya viró la cámara espía de su hombro izquierdo para que lo filmara. Esa secuencia sería la más sorprendente hasta el momento, siempre y cuando el paracaídas resistiera...

La velocidad del ascenso estaba decayendo; el cielo giraba perezosamente sobre sus cabezas. El trineo empezó a dar vueltas y un breve mareo la invadió.

—¿De veras vais a dejarme lanzar esto? —preguntó.

—Claro —dijo Edén.

—Pero ya nunca podréis volver a este lugar.

—Por fortuna para ti —dijo Lai riendo—, a las Chicas Astutas nos gusta este mundo. Puede que no vayamos por ahí arañando méritos, pero las máquinas mortíferas no son buenas para las proezas.

Aya contempló las luces de la ciudad dibujadas en el horizonte y trató de imaginarse incontables toneladas de acero, aerodinámicas y dirigidas con precisión, cayendo desde el espacio.

Notó un revuelo en el estómago. El cielo pareció detenerse de golpe, salvo por la lenta rotación del trineo.

El viento había dejado de soplar.

—Hum... ¿es ahora cuando caemos?

—Ajá —dijo Edén—, pero estás a punto de conocer una nueva definición de caer, Aya-chan.

—Oh. —Aya notó otro revuelo en el estómago, como si algo estuviera luchando por salir, algo que no quería estar a varios kilómetros del suelo sin otra compañía que una mochila llena de seda, dos chifladas y cuatro aerotablas inservibles.

—¡Presta atención, Aya! —gritó Edén—. Cuando hayas aterrizado, regresa a la línea de alta velocidad y llama a una aerotabla con tus pulseras. Te hemos dejado una junto a las vías.

Aya asintió, tratando de no perder detalle. Este era el final espectacular que necesitaba su reportaje y solo le quedaban unos segundos para atar los cabos sueltos.

—¿Qué haréis ahora que seréis famosas?

—Nos marchamos de la ciudad esta noche —dijo Lai. El viento arreciaba de nuevo y tiraba de su pelo hacia arriba, haciendo que pareciera aún más trastornada de lo habitual—. Nos cambiaremos las caras. Por eso te hemos traído a dar esta vuelta, para sacarte ventaja.

Aya seguía sin poder creerlas.

—¿Es que no os dais cuenta de la fama que obtendréis por destapar esta historia? ¿La cantidad de méritos?

—Esta historia generará algo más que méritos. —Lai desactivó una pulsera y estrechó con fuerza la mano de Aya—. Ten cuidado.

—No te preocupes, contaré hasta treinta.

—No. Me refiero a que tengas cuidado después de lanzar la historia.

El trineo giraba cada más deprisa, junto con la tierra y el cielo.

—¿Cuidado con qué?

—¡Con todo y con todos! —gritó Lai por encima del rugido del viento—. ¡Quienesquiera que construyeron esa monstruosidad son peligrosos!

El trineo estaba empezando a ladearse y a dar vueltas incontroladas.

—Hablando de peligros, ¿no deberíamos apearnos ya? —preguntó Aya, girando sus pulseras protectoras.

—¡Ten cuidado! —gritó Lai—. ¡Y disfruta de tu fama!

Le plantó una bota en el pecho y la empujó.

Aya salió despedida del trineo dando volteretas y sin aire en los pulmones. De repente estaba sola, atravesando inevitablemente el aire. Aunque solo fuera un puñado de aerotablas inservibles, por lo menos había tenido algo a lo que agarrarse hacía un momento.

Ahora solo tenía aire.

Puso los brazos en cruz para tratar de controlar el descenso. Debía contar hasta treinta antes de tirar de la cuerda. Pero ¿desde la cresta del ascenso... o desde el momento en que Lai la empujó?

¿Y cuántos segundos habían pasado ya?

La caída se fue estabilizando poco a poco pero los ojos le lloraban y abajo la Tierra era una mancha borrosa. Ignoraba lo lejos que podría arrastrarla el viento si abría el paracaídas demasiado pronto.

Miró desesperadamente a su alrededor, buscando a Edén y a Lai, y las divisó a diez metros de ella, aferradas al trineo mientras la mano de Edén avanzaba para tirar de la cuerda del paracaídas. Saltaron del trineo y un ondulante torrente de tela estalló en lo alto del artefacto.

El paracaídas se hinchó y el artefacto salió disparado hacia arriba, perdiéndose en la oscuridad.

La Tierra aparecía cada vez más nítida. Aya ya podía divisar a las Chicas Astutas y sus linternas en torno a la boca de la catapulta magnética.

Lai y Edén estaban a unos doce metros de ella, gritando como posesas, disfrutando cada segundo de su último salto. Aya se dijo que probablemente no era una buena idea esperar a que ellas tiraran de sus respectivas cuerdas

para hacerlo ella.

Miró abajo. La Tierra giraba y crecía más deprisa ahora, los árboles, piedras y matorrales estaban ganando definición. Se imaginó golpeando el suelo a toda velocidad... Y tiró de la cuerda.

El paracaídas brotó sobre su cabeza y después de unos cuantos bandazos se hinchó con un chasquido ensordecedor. Las correas la enderezaron como a una marioneta aupada del suelo con cordeles.

Unos segundos de turbulencia... y de repente el aire se sosegó.

La luna brillaba tenuemente a través de la seda translúcida. Aya podía adivinar los contornos rectangulares de las sábanas y las fundas de almohada que las chicas habían cosido entre sí. La panorámica de las montañas se apaciguó.

Lai y Edén ya habían pasado como flechas por su lado, dejando una estela de aullidos. Seguían descendiendo en caída libre, con los brazos en cruz, como si estuvieran impacientes por abrazar la montaña.

¿Es que querían matarse?

En el último segundo los paracaídas brotaron de las mochilas, vertiendo torrentes de tela, y se hincharon.

Aun así, Lai y Edén seguían moviéndose deprisa. El viento las arrastraba de costado por encima de la cumbre de la montaña mientras las demás Chicas Astutas corrían detrás de ellas. Se elevaron brevemente unos metros, descendieron de nuevo y sus botas arañaron el polvo y la maleza hasta detenerse.

Las chicas fueron a su encuentro y procedieron a recoger los pliegues de tela esparcidos por el suelo.

Pero Aya se encontraba todavía a cien metros del suelo. El viento ganó fuerza y la alejó de la boca de la catapulta magnética. Transportada por el paracaídas como por una vela de seda, sobrevoló las cabezas de Lai y Edén. Al término de la montaña apareció el valle y Aya comprendió que aún tenía por delante una larga caída.

Por eso Lai y Edén habían elegido una noche tan ventosa. Aya todavía tardaría unos minutos en aterrizar y puede que horas en regresar a las vías de alta velocidad. Tiempo de sobra para que las chicas pudieran escapar antes de

que ella pudiera siquiera pensar en lanzar la historia.

Miró fijamente la veta plateada de la línea de alta velocidad. Columpió los pies y tiró de las correas en un esfuerzo por guiarse hacia las vías. Pero el paracaídas se hinchó sobre su cabeza, atrapado en otra corriente ascendente.

La esperaba una larga caminata, pero por el momento nada podía hacer salvo dejar que sus cámaras espía filmaran el paisaje y el lento, lento descenso.

La última advertencia de Lai resonaba en sus oídos, pero Aya no estaba asustada. En cuanto el reportaje apareciera en las fuentes el asunto dejaría de ser su problema. Desde la Guerra de Diego el mundo tenía reglas muy estrictas sobre al almacenamiento de armas. El Comité de Concordia Global realizaría una redada en cuestión de horas y haría pedazos la montaña.

Alguien estaba metido en un serio problema.

Pero ese alguien no era Aya Fuse. Su mayor problema en esos momentos era qué ropa ponerse para la Fiesta de las Mil Caras de Nana Love. Porque, con un final como ese, la historia del Exterminador de Ciudades iba a hacerla famosa hasta ese punto.

Puede que para el resto de su vida.

23. Lanzamiento

—¡No vas a ir así!

—¿Por qué no? —Aya se retorció los tirabuzones del pelo. Lo llevaba ahuecado como una cabeza manga y teñido de morado intenso. Su vestido estaba salpicado de luces centelleantes y los zapatos eran plataformas de fricción variable: había entrado en el apartamento de Hiro patinando como si el suelo fuera una pista de hielo. Se cogió el vestido por los lados y lo desplegó, admirándolo—. ¡Es un vestido absolutamente genial!

—Para una quinceañera, puede —farfulló Hiro.

Aya puso los ojos en blanco.

—Por si lo has olvidado, soy una quinceañera. Y tú no puedes decirme cómo debo vestirme para esta fiesta. ¡Mi reportaje es la única razón de que vayamos!

—Lo sé, pero el que tiene la invitación soy yo, ¿recuerdas?

—Por ahora —murmuró Aya.

La de esta noche no era la fiesta —faltaba todavía una semana para las Mil Caras— sino solo la juerga mensual de los tecnocerebros. Pero Ren había dicho que Aya debería estar presente cuando se lanzara su reportaje sobre el Exterminador de Ciudades. Llena de cerebros físicos y observadores de trenes ultrarrápidos, la fiesta generaría las entrevistas, guerras entre fuentes y relanzamientos desenfrenados que todo gran reportaje requería.

—Haz lo que quieras, Aya-chan. Solo te pido que no vayas a ver a papá y a mamá hasta que esos tatuajes flash hayan desaparecido.

Aya le sacó la lengua y las espirales de sus mejillas giraron. Los tatuajes temporales todavía le hacían cosquillas cuando se movían y Aya soltó una

risita.

—Ren Machino —dijo Hiro a la habitación. Luego preguntó—: ¿Dónde estás?

—Llegando —respondió Ren.

—Espéranos abajo, ya casi estamos en la puerta.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Ren en tono jocoso—. Todavía falta una hora para el lanzamiento del Exterminador de Ciudades.

—Lo sé. Me he pasado la noche mirando el reloj.

—Mirar el reloj le pone cascarrabias —intervino Aya, girando sobre sí misma con sus plataformas—. Te recuerdo que es mi reportaje, pero ¿a que a mí no me ves nerviosa?

Hiro suspiró.

—Se ha negado a ocultar la secuencia del trineo en la capa de fondo, Ren. A mis padres les va a dar un infarto.

—¡Y Hiro olvida todo el rato de quién es este reportaje! —protestó Aya —. Pero no te preocupes, se lo recuerdo constantemente.

Ren soltó una carcajada.

—Yo también se lo recordaré, Aya-chan.

Hiro cortó la comunicación con un chasquido de dedos y transformó la pantalla mural en un espejo. Su padre le había prestado una de sus viejas americanas de gala: seda de araña negra y botones de bambú. No le quedaba nada mal.

Aya se puso a patinar por la habitación contemplando la estela de destellos de su vestido en el espejo mientras Moggle seguía sus movimientos. Había pagado el vestido con la reputación de Hiro, pero devolverle el préstamo no sería un problema.

No entendía por qué Hiro estaba tan nervioso. Aya llevaba mucho tiempo esperando esa noche. Le parecía más real que todos sus esfuerzos por arañar méritos y todo el anonimato en el que había vivido hasta el momento. Todo eso no había sido más que una preparación para eso... para la fama.

Y lo mejor de todo era que Frizz estaría en la fiesta. Todavía se sentía mal por la historia de la Reina del Limo, pero esa noche su malestar desaparecería por completo. Aunque Frizz todavía no lo sabía, él y Aya pronto tendrían

rangos faciales similares y, por si eso fuera poco, asistirían juntos a la Fiesta de las Mil Caras de la semana siguiente.

—¡Deja de patinar! —dijo Hiro—. ¡Pareces una imperfecta a punto de lanzar fotos de su gato!

Aya frenó en seco.

—¡Ostras!

—¿Qué? ¿Has olvidado editar algo?

—No, pero estaba pensando... ¡que este reportaje sería mucho mejor si tuviera un gato!

Hiro esbozó finalmente una sonrisa y se volvió hacia el espejo.

—En realidad, Aya-chan, tu reportaje es perfecto aunque a papá y mamá vaya a darles un infarto.

—¿Perfecto? —preguntó Aya, confiando en que Moggle estuviera filmando el momento—. ¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio. —Hiro se encogió de hombros—. Si no fuera perfecto no lo estaría relanzando. ¿Quieres ver algo?

Movió un dedo y en la pantalla apareció el plano de un apartamento. Era enorme, con vestidores y ventanales de materia inteligente y un agujero en la pared capaz de fabricar prácticamente cualquier cosa.

—¿Qué es? —preguntó Aya.

—Un apartamento de Mansión Oscilante. Acaban de inaugurarlo.

Aya parpadeó. Mansión Oscilante era el lugar donde vivían las caras más célebres de la ciudad. Gozaba de las mejores vistas y la mayor privacidad, y hasta sus paredes tenían presente el grado de celebridad de sus residentes. Cada dos o tres semanas se desplazaban ligeramente —de ahí el nombre de la mansión— y cada centímetro cuadrado reflejaba las últimas actualizaciones de los rangos faciales.

—¿Mansión Oscilante? ¿Crees que voy a hacerme tan famosa?

Hiro se encogió de hombros.

—Puede que hayas detenido una guerra, Aya-chan. Eso significaría méritos además de fama. ¿Estás lista?

Aya notó un calor en las mejillas y no solo por los nuevos tatuajes flash. Se volvió hacia la pantalla mural por última vez e hizo un gesto para

convertirla de nuevo en espejo. Esa noche casi semejaba una perfecta. Hasta su nariz parecía bonita.

Asintió.

—Estoy lista.

Al fin.

Tenían diez aerocámaras flotando sobre sus cabezas y muchas más aguardaban en la escalinata de la mansión. La luz de las antorchas se reflejó en sus objetivos cuando se volvieron para enfocar a Hiro, Aya y Ren.

Todo el mundo sabía que el nuevo reportaje de Hiro Fuse iba a emitirse esa noche y corría el rumor de que sería aún más sonado que el de la inmortalidad. Lo que nadie sabía era que el reportaje estaba en blanco, que solo contenía un relanzamiento a la fuente de su hermana pequeña. A Aya no le hacía ninguna gracia tener que respaldarse en el rango facial de Hiro, pero tenía que reconocer que era la forma más rápida de difundir la noticia.

Cuando alcanzaron la escalinata subió el centelleo de su vestido al máximo.

—Te vas a quedar sin batería —le susurró Ren mientras sonreía para las cámaras.

—Hiro me dijo que tenía que hacer una gran entrada. —La sonrisa de Aya flaqueó ligeramente al subir la escalinata. El tobillo derecho todavía le dolía de haber sido arrastrada por rocas y maleza por aquel estúpido paracaídas—. Tendría que haberme puesto algo más discreto —farfulló.

—Estás fantástica —dijo Hiro—, pero mantén activada la fricción de tus zapatos. Caerte de bruces no sería la mejor forma de hacerte famosa.

—Y recuerda —añadió Ren en voz baja— que dentro de una hora serás la cara más célebre de la sala.

Aya miró nerviosamente a Hiro y este le cogió la mano.

Consultó su pantalla ocular: la media del rango facial de la fiesta ya era de dos mil, mucho más alta que la de la fiesta en la que se había colado diez días atrás. Y más que iba a subir cuando llegaran las caras más célebres, los populares tecnolanzadores capaces de explicar el funcionamiento de una

catapulta magnética con palabras que los extras pudieran entender.

Dentro de la mansión flotaban tantas aerocámaras que Aya se preguntó cómo podían filmar sin estorbarse unas a otras. Se movían al unísono, como pececillos en una pecera atestada. Moggle, que parecía descomunal y torpe al lado de las cámaras del tamaño de un dedo, se sumó al baile.

Curiosamente, Aya había visto miles de fiestas como esa en las fuentes y nunca había reparado en el enjambre de aerocámaras. Ahora, sin embargo, su revoloteo la distraía tanto como los mosquitos en la estación lluviosa.

Pero comprendía por qué estaban allí. Los monos quirúrgicos por sí solos ya eran flipantes. Había docenas de texturas cutáneas nuevas: pelo de animal, escamas, colores insólitos, membranas translúcidas y hasta pieles pétreas, como si estatuas vivientes se hubieran sumado a la fiesta. Aya vio caras inspiradas en animales, figuras históricas y un montón de cosas más, compitiendo todas por la atención de las cámaras.

Con la fiesta de Nana Love a solo una semana, la gente estaba echando mano de todos sus recursos para hacerse un hueco entre los mil primeros.

Pero ni uno de esos monos quirúrgicos resultaba tan inquietante como las figuras que Aya y Miki habían visto en el túnel de alta velocidad. Esa fiesta iba de moda y modelos alucinantes, mientras que aquellos frikis eran algo... inhumano.

Respiró hondo y ahuyentó de su mente las modificaciones corporales. No todos los invitados a la fiesta eran monos quirúrgicos.

También estaban los genios: cerebros matemáticos jugando con puzles cúbicos y laberintos en pantallas hinchables, camarillas científicas con ropas de laboratorio, todos mezclados en ese paraíso de tecno— lanzadores.

Aya buscó a Frizz entre la multitud, pero extraordinarios personajes atrapaban constantemente su mirada.

—¡Mira esas pieles pixeladas! —aulló.

Al otro lado de la sala había una pareja medio desnuda por cuyas espaldas se deslizaban imágenes borrosas. Por lo visto estaban cambiando los colores de sus células cutáneas lo bastante deprisa para mostrar un canal de fuentes, como camaleones aferrados a una pared mural.

—No está bien señalar —dijo Ren—. Y esos ya no son ninguna novedad.

Fíjate en los cuatro del rincón.

Aya siguió la dirección de su mirada.

—¿De quién hablas? No veo a nadie.

—Justamente. Es lo último en pieles pixeladas. Un camuflaje casi perfecto.

—Muy gracioso, Ren. No dices más que... —La voz de Aya se fue apagando. El rincón acababa de moverse de manera casi imperceptible, como una arruga desplazándose por el papel de la pared. El movimiento dejó grabada en su retina la forma de un cuerpo humano—. Moggle, ¿lo estás grabando? —susurró.

—¿Qué tiene de extraordinario? —dijo Hiro—. Los pulpos también pueden hacerlo.

—De ahí viene la idea —explicó Ren—. Los pulpos tienen dentro de sus células cutáneas unas bolsitas de pigmento que controlan con...

—Un momento —le interrumpió Aya—. ¿Por qué no podemos verles la ropa?

Hiro soltó una risita.

—¿Qué ropa? —dijo Ren.

Aya abrió los ojos de par en par.

—Oh. Qué... qué interesante.

—Pero existe un problema —señaló pensativamente Hiro—. ¿No es la invisibilidad lo opuesto a la fama?

—¡Hiro! —bisbiseó Ren—. ¡El Sin Nombre a la vista!

Aya levantó la mirada y vio a Toshi Banana cruzar la sala con su célebre aerocámara con forma de tiburón cortando el aire, seguido de un séquito de admiradores y aspirantes a lanzadores.

—¿Qué hace aquí? —dijo Hiro—. Es demasiado famoso para esta fiesta. ¡Y detesta a los tecnocerebros!

—Esto... me parece que viene hacia nosotros —susurró Aya.

—Imposible —dijo Hiro.

Pero la robusta figura de Toshi se estaba abriendo paso entre una mona quirúrgica con piel de leopardo y un grupo de cabezas manga, en dirección a ellos.

El séquito rodeó a los tres y una pequeña flota de aerocámaras se congregó sobre sus cabezas. Aya se acordó inopinadamente de todas las entrevistas que Toshi había hecho a lo largo de los años: era un experto en conseguir que sus adversarios parecieran idiotas.

—¿Eres Hiro Fuse? —La voz de Toshi sonó exactamente como en sus fuentes: queda y grave, amenazando con montar en cólera en cualquier momento. Aya advirtió que no inclinaba la cabeza.

—Eh... —comenzó Hiro.

—¿No estás seguro? Pues yo creo que sí lo eres, y raras veces me equivoco. —Toshi rio entre dientes y sus admiradores le secundaron—. Me encantó tu reportaje sobre la inmortalidad.

—Oh, gracias, Toshi-sensei. —Hiro se aclaró la garganta—. Me alegra oír eso.

Aya puso los ojos en blanco. Un cumplido del Sin Nombre y Hiro ya estaba arañando fama.

—¡Corazones clonados! ¡Repugnante! —Toshi se volvió hacia la chica de piel de leopardo y puso los ojos en blanco—. Hay gente a la que le encanta distorsionar el orden natural, ¿no crees?

—¿Lo dices por los ancianos? —Hiro se encogió de hombros—. Yo creo que simplemente les daba miedo morir.

—¡Miedo, tú lo has dicho! Eso es lo que la lluvia mental nos ha dado.

—Siempre estás atacando la lluvia mental —dijo Ren—. ¿Por qué no te conviertes de nuevo en un cabeza de burbuja?

Toshi giró su enorme cuerpo y miró a Ren de arriba abajo.

—¿Nos conocemos?

Ren se inclinó medio grado.

—Lo dudo.

—En contra de lo que la mayoría de la gente cree, en la época de los perfectos no todo el mundo era un cabeza de burbuja. Había gente que tenía que dirigir la ciudad. —Toshi se volvió hacia Hiro—. Parece que tu rango facial ha descendido desde aquel reportaje, Hiro— chan. Tal vez se deba a las compañías que frecuentas.

—¡Eh! —exclamó Aya, haciendo un suave giro sin fricción—. ¡Sus

compañías las tienes justo delante!

Toshi bajó la vista.

—¿Una extra? ¿Ahora sales con inferiores, Hiro-chan?

—¿Salir? Ella es mi... —comenzó Hiro, pero la voz se le apagó cuando todas las miradas del séquito de Toshi se posaron en él.

El Sin Nombre espiró lentamente mientras miraba por encima del hombro de Hiro, como si estuviera buscando una cara más importante.

—Si tu esfuerzo de esta noche me resulta interesante puede que te invite a mi fuente. Eso te ayudará a entrar en las ligas mayores.

—¡Olvídalo! —espetó Aya—. Después de esta noche los dos seremos tropecientas mil veces más famosos que tú.

Las aerocámaras del séquito se volvieron bruscamente hacia Aya. Toshi la miró como si hubiera descubierto una cucaracha entre sus palillos.

—¿Sale esta imperfecta en tu historia, Hiro-chan? Si es así, hay algo que se me escapa.

Aya comenzó a responder cuando cayó en la cuenta de algo inquietante. Para los detractores de la lluvia mental como el Sin Nombre, el Exterminador de Ciudades constituiría una prueba más de que la humanidad era una amenaza para el planeta, de que era preciso volver a controlar a las personas.

Con su docena de aerocámaras, Toshi ya estaba reuniendo material para dar la vuelta a su historia. Ya había utilizado el reportaje de Hiro sobre la inmortalidad para sembrar el miedo entre la población. ¿Hasta dónde podría llegar con un Exterminador de Ciudades?

—Tranquilo, Toshi-chan —dijo Ren—. Pronto lo entenderás. Tú y todos los demás. —Se volvió hacia Aya—. Lancémoslo ahora.

—¿Tú crees?

—Buena idea, Ren —dijo Hiro—. Vamos a darle a la gente una pequeña sorpresa.

Aya miró al Sin Nombre. Cualquier cosa que pudiera desconcertarlo le parecía bien. Hizo una inclinación.

—Si nos disculpas, tenemos algo importante que hacer.

Toshi empezó a hablar atropelladamente buscando una respuesta, pero el trío ya se había puesto en camino. La pantalla ocular de Aya se inundó de

códigos de desbloqueo y Hiro ya estaba moviendo los dedos. Aya envió un breve mensaje a Frizz para asegurarse de que viera el primer pase del reportaje.

Hiro relajó las manos y se volvió hacia ella.

—¿Preparada, hermanita?

Aya asintió lentamente y notó que sus tatuajes flash daban vueltas.

—Preparada.

—Lanzamiento en tres... dos... uno...

Pronunciaron juntos los últimos códigos y se miraron.

El reportaje del Exterminador de Ciudades estaba en las fuentes.

Ren caminó entre la multitud y se detuvo en el centro de la sala, junto a un cabeza manga con un pelo centelleante de un metro de alto. Dio dos palmadas.

—¡Damas y caballeros, un breve anuncio! —Esperó a que las conversaciones cesaran. Su audacia logró silenciar incluso a los Bombarderos de Reputaciones, pero Ren permaneció impasible, perforando a la gente con su mirada.

Saludó a la sala con una reverencia.

—Perdonad que os interrumpa, pero el nuevo reportaje de Hiro y Aya Fuse ya está en el aire. Y va sobre un tema que probablemente os interese a todos... ¡El fin del mundo!

Verdades tergiversadas

Quince minutos después empezó a correr.

Como era de esperar, todos los invitados habían retomado poco a poco sus conversaciones tras el anuncio de Ren. Algunas pantallas de mano fueron activándose, pero la gran pantalla mural de la mansión permaneció apagada. ¿Por qué deberían interrumpir una fiesta para mirar una fuente entre un millón? Y más aún después de saberse que quien hacía el lanzamiento era la hermana pequeña del famoso Hiro Fuse, no Míster Célebre en persona.

Toshi Banana se encontraba en un rincón, haciendo como que pasaba del resto de la fiesta, contando chistes a su séquito y deleitándose con sus risas.

Aya advirtió, no obstante, que una de sus admiradoras permanecía atenta a su pantalla ocular. Cuando el reportaje llegó a la verdad sobre el Exterminador de Ciudades, se puso de puntillas y susurró algo en el oído del Sin Nombre, que se quedó pensativo unos instantes.

En la ciudad estaba corriendo mucho más deprisa: amigos enviando mensajes a amigos, fuentes relanzándolo, el reportaje propagándose como fuego de maleza en la estación seca. Aya veía cómo los índices de audiencia de su fuente aumentaban lentamente y su rango facial volvía a cruzar la barrera de los cien mil primeros.

—Ha captado una avalancha de mensajes en la fuente de los guardas —dijo Ren. Tenía las dos pantallas oculares encendidas y la expresión perdida en garabatos luminosos—. Están despegando aerovehículos.

Aya sonrió. Como buena ciudadana, había colocado una bandera de seguridad en el reportaje para asegurarse de que el gobernador de la ciudad lo viera de inmediato. Esa misma noche enviarían guardas para proteger el lugar de papparazzi y buscadores de emociones fuertes y asegurarse de que nadie fuera aplastado por un tren ultrarrápido. No era solo una cuestión de seguridad personal; seguro que por la mañana el Comité de Concordia Global mandaría suborbitales desde todos los continentes.

Ren contemplaba sus pantallas oculares muerto de la risa.

—¡Es para desternillarse! Gamma Matsui te está atacando. ¡Cree que la escena del trineo está trucada! Dice que es imposible que pudieras permanecer en el aire tanto tiempo y que, por tanto, toda la historia es un fraude.

Aya le miró boquiabierta.

—¡Será malvada! ¡Qué sabrá ella!

—Lo que ella sepa no importa, Aya —dijo Ren—. Lo que importa es que es la lanzadora más famosa que se ha fijado en ti hasta el momento.

Aya soltó un gruñido de frustración, pero Ren tenía razón: los índices de audiencia de su fuente acababan de experimentar otra subida. Conectó con Gamma en su pantalla ocular y trató de oírla por encima de la música y el parloteo de la fiesta.

—En estos momentos mataría por tu pantalla mural, Hiro —dijo,

lamentando no disponer de veinte fuentes para seguir la difusión de la historia—. ¿Por qué me dejé convencer para venir aquí?

Ren posó una mano en su hombro con una copa.

—Calla y bebe un poco de champán. ¿Ves a esa mujer con pinta de extra que está jugando con el puzle cúbico? Es capaz de calcular mentalmente la velocidad terminal del trineo con solo mirarlo. En lo que a física se refiere, le da mil vueltas a Gamma. Por eso estamos aquí.

—¡Si ni siquiera está mirando mi fuente! —exclamó Aya—. ¿Crees que debería acercarme a explicárselo?

—Ni se te ocurra —dijo Hiro—. Nadie más está hablando de fraudes. No alimentes el fuego.

Aya dejó la copa con un gemido. A veces lo más difícil era no hacer nada.

—Buenas noticias —dijo Hiro—. El Sin Nombre se marcha.

Aya levantó la vista justo cuando Toshi Banana y su séquito se dirigían a la puerta. Parecían tener prisa.

Ren rio entre dientes.

—Seguro que está impaciente por regresar a su pantalla mural y empezar a atacarte antes de que el asunto se desmadre.

—¿No deberíamos atacarle nosotros a él primero? —preguntó Aya.

Ren apagó los garabatos de sus pantallas oculares con un parpadeo y se volvió hacia ella.

—No hace falta. Estamos hablando de un Exterminador de Ciudades, ¿recuerdas? Es un asunto demasiado serio para que ese cabeza de burbuja se salga con la suya.

Cinco minutos después el reportaje estaba inundando las fuentes y traspasando la interfaz de la ciudad para alcanzar la red global. Todo parecía estar ocurriendo al mismo tiempo, o por lo menos demasiado deprisa para que la pequeña pantalla ocular de Aya pudiera asimilarlo.

Los invitados estaban empezando a dirigir la mirada hacia ella, conscientes de que algo grande estaba sacudiendo la interfaz de la ciudad. Sacaban pantallas de mano y se congregaban en rincones para verlas juntos.

—Todo bien por el momento —anunció Hiro—. Tu rango facial acaba de traspasar la barrera de los diez mil. ¡Estás ganando al Bombardero de Reputaciones de esta noche!

—Me alegra oír eso. —Aya se estremeció. Su señal de aviso se había vuelto loca y parecía que un martillo neumático estuviera aporreando una campana en su oído—. ¡Algo le pasa a mi pantalla ocular!

—No le pasa nada, Aya —dijo Ren—. Es la avalancha de mensajes. Será mejor que apagues el volumen.

Aya apretó los puños para desconectar el sonido y se frotó la oreja.

—¡Caray, ser famosa es descalabrante!

—¿Aya Fuse hablando mal de la fama? —dijo alguien—. Eso sí es descalabrante.

Aya se dio la vuelta y ahí estaba Frizz, guapo, sonriente, mirándola con sus enormes ojos.

—¡Frizz! —exclamó, rodeándole con los brazos—. ¿Has visto mi reportaje?

—Por supuesto. —Frizz la estrechó con fuerza. Luego dio un paso atrás y saludó a Hiro y a Ren con una inclinación—. Frizz Mizuno.

Hiro le devolvió el saludo con una sonrisa de suficiencia.

—Así que tú eres el famoso Rey del Limo.

—Y tú el famoso hermano mayor de Aya —dijo Frizz. Frunció el entrecejo—. Aunque probablemente ya no tan famoso, comparado con ella.

Hiro le miró atónito y Aya le asió del brazo.

—Vete a dar una vuelta, Hiro —le ordenó. Bastante angustiante era ya Sinceridad Radical sin su hermano mayor en las proximidades.

Ren se lo llevó con una sonrisa hacia un grupo de lanzadores que estaba aguardando el momento de las entrevistas.

—Solo dispongo de un minuto porque tengo que ir a responder unas preguntas. ¡Pero me alegro mucho de que hayas venido, Frizz!

—Te echaba de menos. —Se acercó un poco más sin apartar los ojos de ella—. Y quería pedirte perdón en persona por lo de la Reina del Limo.

Temblando ligeramente bajo su mirada manga, Aya desvió los ojos.

—No fue culpa tuya, Frizz. Debí tener más cuidado. Además, ser la Reina

del Limo tuvo su parte... interesante.

—Desde esta noche ya nadie volverá a llamarte así. —Frizz posó una mano en su brazo—. Yo nunca te he visto como una limosa.

Aya se atrevió a mirarle de nuevo a los ojos y habló en voz baja para que las aerocámaras no pudieran oírla.

—¿Recuerdas lo que dijiste aquel día? ¿Que no estabas seguro de la clase de persona que era? ¿Entiendes ahora por qué tenía que mentir para conseguir el reportaje?

Esta vez quien desvió la mirada fue Frizz.

—Entonces me parecía horrible que traicionaras así a tus amigas, pero ahora lo comprendo. —Suspiró—. Supongo que a veces es preciso mentir para encontrar la verdad.

Lo dijo con tanta tristeza que Aya se abrazó de nuevo a él. Le traía sin cuidado que las aerocámaras estuvieran mirando o cuántas fuentes detractoras compararan su imperfección con la perfección de Frizz.

—Yo nunca te mentiré —dijo, y sintió que los músculos de Frizz se tensaban.

—En ese caso, dime una cosa.

—Lo que quieras.

—Si no hubieras descubierto el Exterminador de Ciudades, si esta historia solo tuviera que ver con las Chicas Astutas y sus proezas sobre trenes ultrarrápidos, ¿la habrías lanzado?

Aya se apartó. Frizz no era ningún estúpido. Se había dado cuenta de que Aya había empezado a tergiversar la verdad antes de saber lo del Exterminador de Ciudades.

Pero ¿habría traicionado a las Chicas Astutas solamente por hacerse famosa? Tal como había dicho Miki, surfear por la naturaleza transformaba la mente, y cuanto más tiempo pasó Aya con ellas, más empezó a sentirlas como amigas. Tal vez hubiera cambiado de idea... tal vez.

¿No estar segura de la verdad era lo mismo que mentir?

Se aclaró la garganta.

—Cuando me uní a las Chicas Astutas solo buscaba una historia, la que fuera, pero, después de hablar contigo aquel día, empecé a tener mis dudas.

Frizz asintió.

—¿Significa eso que ya habías cambiado de idea?

Aya clavó su mirada en los ojos manga de Frizz. El deseaba creerla. Sería tan fácil responder que sí...

¿Y para qué apenarlo? Nunca más podría actuar de incógnito. Después de esa noche todo el mundo sabría que Aya Fuse era una lanzadora. Se había acabado lo de mentir para conseguir historias. ¿Qué importaba si tergiversaba la verdad una última vez?

—Todo ocurrió muy deprisa —respondió—. Primero eran solo proezas, luego el mundo entero estaba en peligro. —Aya desvió la mirada—. Pero no... no habría podido hacerles eso.

Frizz la atrajo hacia sí.

—Me alegra oír eso.

Aya cerró los ojos para esconderse de sus propias dudas. Frizz la había creído sin más. Puede que no estuviera tan alejada de la verdad. Después de todo, estaban hablando de una situación hipotética.

Sería una locura renunciar para siempre a Frizz cuando el precio de conservarlo era una pequeña tergiversación.

—¿Aya? —le susurró Frizz al oído—. Creo que tu hermano quiere hablar contigo.

Aya se apretó contra él.

—Me da igual.

—En realidad no es solo Hiro. Parece más bien... una multitud.

Aya se despegó de Frizz con un suspiro y miró por encima de su hombro. Al ver a la gente se le cayó la mandíbula.

El delirio había comenzado.

24. Delirio

Había docenas de personas aguardando. Ren estaba organizándolas en la escalinata de la mansión, con los más famosos en los primeros peldaños. Aproximadamente la mitad eran tecnocerebros con operaciones descabelladas e indumentarias de materia inteligente, lo que hacía que los demás —egocéntricos, chismosos y un puñado de funcionarios— parecieran fuera de lugar. Algunas caras eran célebres, otras no.

Pero todos se habían reunido allí para verla.

Hiro la cogió del brazo y la empujó suavemente hacia un espacio vacío en la base de la escalinata. Varios centenares de aerocámaras apuntaban hacia ella disputándose los mejores ángulos, pendientes de cada uno de sus gestos. Aya se sintió extrañamente diminuta bajo esa mirada colectiva, tan insignificante como la primera noche que surfeó en la naturaleza.

Pero aquello era lo opuesto al anonimato, se recordó. Aquello era lo que siempre había querido: que la gente la mirara, que prestara atención a cada una de sus palabras.

—Apaga la pantalla ocular —susurró Hiro—. Vas a necesitar todo tu cerebro para esto.

Aya asintió y dobló el dedo anular. No obstante, cuando levantó la vista hacia los atentos rostros, de repente nítidos como el cristal, las respuestas que había ensayado la noche previa huyeron de su cabeza.

—Estoy paralizada —dijo en voz baja.

Hiro le estrechó el brazo.

—No me separaré de ti.

Aya asintió y se aclaró la garganta.

—De acuerdo, empecemos.

Las preguntas arrancaron raudas y contundentes.

—¿Cómo encontraste a las Chicas Astutas, Aya?

—Tuve suerte, supongo. Las vi sufear una noche y les seguí el rastro hasta una fiesta como esta.

—¿Por qué hay algunas tomas de la capa de fondo retocadas?

Aya carraspeó, sorprendida de que alguien hubiera visto todas esas horas tan deprisa.

—Las Chicas Astutas querían mantenerse en el anonimato, así que distorsioné algunas caras. Eso es todo.

—¿No estás ocultando a nadie más?

—¿Por ejemplo?

—A los constructores de la catapulta magnética.

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, ¿no sabes nada de ellos?

Aya hizo una pausa, lamentando no haber mencionado en su reportaje las figuras inhumanas. Pero era una historia delirante y no tenía una sola toma con que respaldarla. Los constructores alienígenas resultarían un millón de veces más inverosímiles si los mencionaba entonces.

—¿Por qué iba a protegerles? Quienes construyeron el Exterminador de Ciudades son unos pirados. ¿O acaso os habéis saltado la parte sobre la exterminación de ciudades?

—¿No es un poco sensacionalista, Aya? —preguntó otro lanzador—. Cuesta creer que la caída de unas cuantas toneladas de acero pueda destruir la ciudad.

Aya sonrió. Ren se había encargado de prepararla para esa pregunta.

—A velocidades de reingreso solo hace falta un pequeño proyectil para derribar un edificio sostenido con aeropuntales. Por tanto, si un cilindro se desintegra en miles de pedazos... en fin, haz tú los cálculos. O, mejor aún, pídele a esa mujer de allí que los haga. La del puzle cúbico.

—¿No podríamos derribar los cilindros como hacían los oxidados con los misiles?

De esta se había encargado Aya personalmente.

—A los oxidados nunca se les dio muy bien interceptar Exterminadores de Ciudades salvo en su propaganda. Además, los misiles arrastran largas estelas de humo. Los fragmentos de acero serían minúsculos e invisibles.

—¿Por qué crees que vaciaron la montaña?

—Ren Machino, que me ayudó con este reportaje, opina que la catapulta magnética está diseñada para funcionar de forma totalmente automática.

—¿Crees que podría haber otros artefactos como ese en otras partes del mundo?

Aya pestañeó.

—Espero que no.

—Teniendo en cuenta la escasez de metal que sufrimos, ¿de dónde crees que obtienen todo ese acero?

—No tengo ni idea.

—¿Qué te hizo desear ser lanzadora, Aya?

—Hum... —Aya hizo una pausa. La pregunta la había pillado por sorpresa a pesar de que Hiro le había advertido que siempre había algún cabeza de burbuja dispuesto a hacer preguntas personales, independientemente de lo importante que fuera el reportaje—. Después de la lluvia mental me estaba costando comprender el mundo. Y contar historias de otras personas es una buena manera de conseguirlo.

El lanzador sonrió.

—¿No es la misma respuesta que da siempre tu hermano mayor?

—Oh... mierda... sin comentarios —dijo Aya. Al oír las risas sonrió y finalmente empezó a relajarse.

—¿Qué tipo de cara quieres tener cuando cumplas los dieciséis?

—Todavía no lo sé. Tengo cierta debilidad por las cabezas manga.

—¡Ya nos hemos dado cuenta, Reina del Limo!

—Eh... de nuevo sin comentarios.

—¿No te preocupa que estés ensalzando proezas peligrosas?

Aya se encogió de hombros.

—Solo cuento la verdad sobre el mundo.

—Pero no les contaste la verdad a las Chicas Astutas...

Aya miró a Frizz.

—A veces es preciso mentir para encontrar la verdad —dijo.

—¿Por qué crees que una cara célebre como Edén Maru se relaciona con las Chicas Astutas?

Aya se encogió de hombros.

—Como ella misma dijo en aquella entrevista, para descansar de vosotros.

—¿Crees que nuestra ciudad construyó la catapulta magnética? —preguntó alguien de la última fila, un admirador de Toshi Banana, advirtió Aya.

—¿Por qué íbamos a hacer algo así?

—Somos la ciudad más próxima a la montaña. ¿No te convertiría eso en una traidora?

—¿En una qué?

—¿Y si necesitamos la catapulta magnética para defendernos?

Aya miró a Hiro, quien respondió:

—Si la catapulta está pensada para defendernos, ¿no deberíamos estar al corriente?

—Hiro —le interrumpió un tecnolanzador—, ¿qué se siente al ser eclipsado por una hermana pequeña?

—Es bastante irritante —dijo Hiro. Luego sonrió—. Pero lo prefiero a ver saltar mi casa por los aires.

El bombardeo de preguntas continuó: la niñez de Aya, su lanzador favorito, planes para una segunda parte. Un parloteo constante sobre cálculos y misiles, Chicas Astutas y cámaras espía, paracaídas y paparazzi. Cada vez que un lanzador se marchaba a fin de preparar su reportaje para las fuentes, llegaba otro y las preguntas se repetían. Aya hacía lo posible por renovar sus respuestas, pero al final se encontró repitiendo lo mismo una y otra vez.

Finalmente Frizz se la llevó a un rincón después de prometer que no tardaría en devolverla. Hiro continuó sin bajar el ritmo.

—Agua —dijo Aya con la voz ronca.

Frizz le puso un vaso en la mano y Aya lo vació de un trago.

—Gracias —jadeó cuando hubo terminado, mirando a su alrededor. Tenía un ejército de cámaras apuntando hacia ella, pero la gente guardaba las

distancias y procuraba no mirar. Alrededor de Aya se había formado, por primera vez en su vida, una burbuja de reputación.

Un puñado de tecnocerebros se había congregado delante de la pantalla mural de la mansión para que Ren les hiciera una macabra demostración de cálculos de armas balísticas y edificios derribados. Aya disponía de un rato para estar a solas con Frizz.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó en voz baja.

—De fábula. —Frizz sonrió—. ¿Cómo te sientes siendo famosa?

Aya soltó un gemido al recordar su estupidez radical la última vez que estuvieron juntos.

—Muy rara.

—¿No me digas? ¿Y cómo te sientes saliendo con alguien tan anónimo como yo?

—¡Ya basta! ¿Qué le ha pasado a tu sinceridad radical?

—Tomar el pelo no es mentir —repuso Frizz—. Además, me estoy preguntando de verdad cómo me ves ahora.

Aya puso los ojos en blanco.

—Tú no eres un extra. ¡Entre nosotros no hay diferencia de ambición!

—Sí la hay.

—¿Qué quieres decir?

—¿Llevas una hora sin consultar tu rango facial? —Frizz rio—. Me dejas de piedra. Trata de adivinarlo antes de que se me escape.

Aya tragó saliva. Casi no había tenido tiempo ni para respirar desde el lanzamiento del reportaje, y aún menos de consultar su rango facial.

En cierto modo, la asustaba activar su pantalla ocular.

—¿Me estás diciendo que soy más famosa que tú? ¿Que estoy entre los mil primeros?

—¡No seas descerebrada, Aya! Los ancianos inmortales tienen a tu hermano entre los mil primeros. Aquí estamos hablando de un Ex—terminador de Ciudades. Trata de adivinarlo de verdad.

En un esfuerzo por no parecer egocéntrica, Aya se encogió de hombros.

—Eh... ¿quinientos?

—Sigues siendo una descerebrada. —El rostro de Frizz se retorció de

dolor—. Me está matando no decírtelo.

—¡Entonces dímelo! —gritó Aya.

—¡Eres la decimoséptima persona más famosa de la ciudad! —exclamó Frizz, y al instante se frotó las sienes—. Caray, cómo duele.

Aya le miró atónita. Aunque Frizz no pudiera mentir, tenía que estar equivocado.

—¿Decimoséptima?

—Nana Love te lanzó.

—¡Imposible! ¿Qué pueden importarle unas armas que recuerdan a los tiempos de los oxidados?

—A Nana-chan le importa toda la humanidad. —Frizz se encogió de hombros—. Lo cual es todo un detalle. Puede que te haya enviado un mensaje.

—¡Imposible! —Aya encendió su pantalla ocular y sintió que el corazón se le aceleraba—. ¿Realmente lo crees?

—Sí. A mí me escribió cuando traspasé la barrera de los mil primeros.

La interfaz de Aya apareció en su pantalla repleta de mensajes, decenas de miles de mensajes que desaparecían en la invisible distancia. ¡No tendría tiempo de leerlos todos!

—Deberías verte la cara —dijo Frizz, riendo—. Pareces una niña con un empacho de helado.

—Tú lo has dicho, un empacho. ¡Si vieras la cantidad de mensajes que tengo! —Aya se acordó del truco que utilizaba Hiro después de lanzar un reportaje sonado, cuando le acribillaban a consejos. Sus dedos empezaron a temblar—. Espera, los ordenaré por rango facial. Pondré los mensajes de extras en la cola y los importantes al principio. Si Nana-chan me ha escrito, aparecerá justo en... uau.

Había tantos mensajes que Aya podía, de hecho, ver cómo se desplazaban mientras la interfaz de la ciudad se esforzaba por cotejarlos uno a uno con los rangos faciales en constante actualización. Poco a poco fueron saltando algunos a la cabeza: lanzadores célebres, políticos, una nota de agradecimiento del Comité del Buen Ciudadano...

—Creo que esto va a darme algunos créditos —murmuró—. Mansión

Oscilante, allá voy.

Entonces lo vio... un mensaje centelleante con alas de ángel.

—Ostras, Frizz, tenías razón... ¡Nana-chan ha visto mi reportaje!

Frizz rio.

—¡Te lo dije!

Justo cuando se disponía a abrirlo el mensaje descendió un puesto y Aya se quedó mirando el nuevo mensaje con incredulidad. No tenía ningún adorno, su texto negro estaba desnudo como una respuesta automática.

—Frizz, ha aparecido otro encima.

—¿Otro qué?

—Creo que alguien más famoso que Nana Love acaba de escribirme.

—Pero no hay nadie más famoso que Nana Love... excepto... —Frizz soltó una exclamación ahogada—. ¿Me estás diciendo que Tally Youngblood te ha escrito?

Aya asintió lentamente. El mensaje estaba allí, escrito con luz láser sobre su globo ocular. Un mensaje de la persona más famosa del mundo, la chica que había hecho caer la lluvia mental. El nombre que los cultos a Youngblood ensalzaban cada mañana y que Toshi Banana maldecía cuando despotricaba contra la última camarilla de la lluvia mental, repetido incontables veces cuando se enseñaba la Guerra de Diego a los pequeños...

—¿Cómo ha podido enterarse tan deprisa? —murmuró Aya—. ¿No vive oculta en la naturaleza?

—El reportaje se emitió a escala global hace dos horas —explicó Frizz—. Debe de tener amigos que consultan las fuentes por ella.

—¿Y desde cuándo Tally Youngblood escribe a la gente? —El solo hecho de pronunciar su nombre volvió a secarle la garganta.

—¿Qué importa eso? ¡Ábrelo!

Aya movió un dedo y el mensaje se amplió. Tenía la etiqueta de la interfaz global, lo que garantizaba su autenticidad. No obstante, cuando lo leyó se preguntó si estaba teniendo problemas para entender su inglés.

—¿Qué dice? —preguntó Frizz.

—Solo tiene seis palabras.

—¿Qué palabras? ¿«Gracias»? ¿«Felicidades»? ¿«Hola»?

—No, Frizz. Dice: «Corre y escóndete. Estamos en camino».

25. Atrapada

—Esto es absurdo —dijo Hiro entre dientes—. Deberíamos regresar a la fiesta. ¡Parecemos idiotas huyendo de esta manera!

—¿Me estás diciendo que no haga caso a Tally Youngblood? —preguntó Aya—. ¡Su mensaje decía «Corre y escóndete»!

—¿Llamas esconderse a esto? —preguntó Ren.

Aya dirigió la vista al cielo. Por lo menos les seguían cien aerocámaras de la fiesta, seguramente preguntándose por qué la decimoséptima persona más famosa de la ciudad había decidido abandonar súbitamente la primera entrevista de su vida. El enjambre de objetivos se recortaba sobre el cielo, fulgurando en su dirección como ojos de animales depredadores.

—Ren tiene razón —dijo Frizz—. Deberíamos buscar un escondite.

—Estoy en ello. —Aya suspiró.

El cuarteto había abandonado la fiesta por una puerta lateral y atravesado un campo de béisbol. De la azotea de la mansión todavía brotaban fuegos artificiales de seguridad que parpadeaban sobre la hierba y alargaban la enorme y agitada sombra de Aya.

Recordó la última advertencia de Lai a bordo del trineo: «Quienesquiera que construyeron esa monstruosidad son peligrosos».

—¿De qué sirve un escondite? —espetó Hiro—. Si creemos que alguien nos persigue, ¿no deberíamos quedarnos donde todo el mundo pueda vernos?

Aya frenó tan bruscamente que Moggle la embistió por detrás. Quizá el lugar más seguro fuera a la vista de todos. Nadie se atrevería a hacerles nada en una fiesta abarrotada de gente y, para colmo, con cien aerocámaras filmando desde arriba.

Dejó escapar un suspiro.

—Supongo que deberíamos volver.

—¡Exacto! —exclamó Hiro—. Podríamos lanzar el mensaje de Tally Youngblood. Si la gente se entera de que está en camino, ¡será un bombazo!

Frizz carraspeó.

—No creo que este sea el mejor momento para pensar en el rango facial, Hiro.

—¡No tiene nada que ver con el rango facial, cabeza de burbuja!

—Técnicamente hablando, no soy un cabeza de burbuja —repuso Frizz con calma—. Por eso no estoy hablando de nuestros planes a voz en grito para que todo el mundo pueda oírlos.

Aya miró hacia arriba. Todavía tenía una burbuja de reputación de considerable tamaño a su alrededor, pero había algunas cámaras lo bastante cerca para haber captado el arrebato de Hiro.

—¡Independientemente de lo que hagamos, hablemos en voz baja! —dijo —. No sé por qué, pero sospecho que Tally-sama no quiere que toda la ciudad se entere de que viene hacia aquí.

Ren meneó la cabeza.

—Ella no es de aquí, Aya, así que no entiende cómo funciona la economía de la reputación. Ahora mismo nos está viendo medio millón de personas. Tu fama nos protegerá.

—No puedes esconderte, Aya —dijo Hiro—. Todo el mundo sabe exactamente dónde estás. ¿No era ese el objetivo de esta noche?

Frizz frunció el entrecejo.

—Pensaba que el objetivo de esta noche era salvar el mundo.

Aya suspiró.

—Puede que hubiera varios objetivos, ¿vale? ¡Cerrad un momento el pico para que pueda pensar!

Hiro, Ren y Frizz obedecieron. Aya se quedó quieta, sintiendo sobre ella los tres pares de ojos, los objetivos de cien aerocámaras y medio millón de personas mirando por ellos. Hasta Moggle la observaba.

Decididamente, no era el mejor lugar para pensar.

Frizz se acercó a ella y le rodeó el hombro.

—Si regresamos a la fiesta y alguien intenta atacarte, ¿quién les detendrá? ¿Una pandilla de cabezas pixeladas?

Hiro se encogió de hombros.

—Los guardas, como en cualquier otra situación delictiva.

—¿Podemos fiarnos de los guardas? —preguntó Frizz—. ¿Recordáis lo que dijo aquel lanzador? Puede que nuestra ciudad haya construido esa cosa.

—¿El tipo que la llamó traidora? —Hiro rio—. ¡Era un completo descerebrado!

—Puede que no tanto —intervino Ren—. La catapulta magnética se construyó empleando trenes ultrarrápidos que salían de aquí. Es probable que alguien de nuestra ciudad haya participado en el proyecto.

—Alguien con mucha autoridad —añadió Frizz—, para poder utilizar todo ese acero sin que nadie se enterara.

Aya tragó saliva. El Exterminador de Ciudades era descomunal; quienes lo construyeron gozaban de poder suficiente para excavar montañas enteras. ¿Realmente podría detenerlos un puñado de guardas? ¿Podría medio millón de testigos contener a una gente capaz de destruir ciudades enteras?

Contempló el oscuro anillo de árboles que rodeaba el campo de béisbol mientras recordaba las palabras de Edén Maru...

«También puedes desaparecer delante de una multitud».—Moggle, sube hasta donde puedas y echa un vistazo. —Se volvió hacia Hiro—. Voy a hacer lo que dice Tally-sama... Voy a esconderme.

Echó de nuevo a andar, alejándose de las luces de la mansión, alejándose de todo.

Hiro la siguió sin dejar de rezongar.

—Estás pensando como una extra. ¡No puedes esconderte! ¡La gente no tiene más que activar las fuentes para encontrarte!

La invadió una sensación de mareo. Las aerocámaras avanzaban ahora encima de su cabeza, ensombreciendo cada uno de sus pasos, como si se hallara en una cinta andadora que no conducía a ninguna parte. Atrapada bajo sus objetivos, Aya se sentía como una mariposa sujeta con cien alfileres.

—¿Puedes hacer algo con esas cosas? —preguntó a Ren.

—Tal vez. —Ren sacó su caja de sorpresas—. Cuando los grandes

tecnolanzadores quieren una burbuja de reputación de tamaño industrial lo bloquean todo en un radio de cien metros. Podría hacer que desaparezcamos un par de minutos.

—Por favor. —Aya levantó la vista hacia las cámaras—. En estos momentos no me importaría un poco de anonimato. Me sentiría más segura.

—¿Por qué iban a querer atacarte? —seguía discutiendo Hiro—. Todo el mundo sabe ya que esa arma existe. ¿Qué más puedes hacerles? Porque no has ocultado nada, ¿verdad?

Aya negó con la cabeza.

—Desde luego que no. Tú y Ren siempre decís que ocultar tomas es una manera de tergiversar la verdad. En el reportaje está todo. Bueno, todo menos...

Pensó en las figuras de aspecto inhumano que habían visto ella y Miki.

—¿Todo menos qué? —preguntó quedamente Frizz.

—Me dejé una cosa. —Aya miró a Hiro—. Porque no tenía imágenes.

Hiro afiló la mirada.

—¿Imágenes de qué, Aya?

—Resulta que la primera noche que salí a surfear... En cualquier caso, ¿qué más da?

Hiro avanzó un paso hacia ella.

—¡Porque si no lo pones todo en las fuentes alguien podría silenciarte! ¿Qué omitiste?

—El caso es que aquella primera noche en el túnel... vi a unos sujetos que no parecían... esto... humanos.

Se hizo el silencio. Frizz, Hiro y Ren la estaban mirando boquiabiertos.

Un golpe seco sonó en la oscuridad y los cuatro dieron un respingo. En el suelo, a unos metros de ellos, yacía una aerocámara de costado y con las luces de funcionamiento apagadas. A este golpe siguió otro, algo más lejos, y luego otro. Aya levantó la vista.

Las aerocámaras estaban empezando a caer.

Aya sonrió.

—Uau, Ren, ¿cómo lo has hecho?

Ren bajó su caja de sorpresas con cara de desconcierto.

—Malas noticias. No lo estoy haciendo yo.

Los golpes llegaban ahora de todas partes, como una granizada cada vez más intensa. Protegiéndose la cabeza con los brazos, Aya vio que el cielo aparecía ya medio despejado.

Pronto volvería a ser invisible. Y cuando ya nadie la estuviese mirando, Aya Fuse podría desaparecer para siempre.

Empezó a correr.

26. Corre y escóndete

—¡Consíguenos cuatro aerotablas! —gritaba Hiro—. ¡Anulación de propiedad! ¡Me trae sin cuidado de quiénes sean, esto es una emergencia!

Aya los condujo de regreso a la fiesta; en esos momentos una multitud se le antojaba preferible a la invisibilidad. Unas pocas aerocámaras les seguían obstinadamente, desplomándose una detrás de otra.

—Moggle, ¿sigues ahí arriba? —susurró. La perspectiva de la aerocámara apareció en su visión. Se vio a sí misma y a los demás en la distancia, unas motas contra la vasta extensión del campo de béisbol. No había nadie más a la vista—. ¡Quédate ahí arriba, Moggle! Alguien está bloqueándolo todo a nuestro alrededor.

Nada más decir eso, una aerocámara se estrelló justo delante de Aya. Saltó por encima mientras su vestido de fiesta amenazaba con enredársele en los tobillos.

—¡Ya están aquí! —gritó Hiro.

Por el campo de béisbol, cuatro aerotablas se dirigían velozmente hacia ellos perfiladas por las luces de la fiesta de tecnocerebros.

—¿No se estrellarán? —preguntó Aya—. Como las aerocámaras.

—Creo que puedo interferir el bloqueo de los elevadores —dijo Ren, corriendo y toqueteando su caja de sorpresas—. No os separéis de mí.

—¿Es que nos sigue alguien? —preguntó Frizz.

Aya escudriñó la oscuridad que se extendía entre las mansiones. Solo podía ver los restos inmóviles de las cámaras cubriendo el suelo.

Un segundo después oyó el fragor de un aerovehículo.

La máquina pasó como una bala por encima de su cabeza, alborotándole

el pelo y ahogando el golpeteo de sus pisadas. Pensó que eran guardas, hasta que oyó el chirrido de unas hélices elevadoras: ese aerovehículo estaba diseñado para funcionar fuera de la ciudad, adonde nunca iban los guardas.

Y presentía que tampoco eran guardabosques.

El vehículo viró bruscamente y descendió frente a ellos. La hierba temblaba con la tempestad levantada por las hélices elevadoras y de las líneas de base del diamante de béisbol brotaban remolinos de polvo.

Dos conductores estaban mirando a Aya a través del parabrisas, con una calma extraña. Tenían los ojos demasiado separados y la tez pálida y sin vello, igual que los espectrales rostros del túnel.

Aya se detuvo con un traspié. Tal como había dicho Miki aquella noche, no parecían humanos.

Frizz tiró de ella para que rodeara el aerovehículo y siguiera corriendo. El polvo obligaba a Aya a entrecerrar los ojos y el vestido se le hinchaba como un paracaídas.

En cuanto el vehículo tocó tierra, se abrió por el costado y una cuña de luz se desplegó sobre el campo. Durante unos instantes, Aya vislumbró a través de las nubes de polvo otras dos figuras en el interior.

Oyó unos aullidos: Ren y Hiro emergiendo como flechas de la tormenta de polvo seguidos de dos aerotablas vacías.

—¡Nunca he montado en una de esas cosas! —gritó Frizz.

—¡Montaremos juntos! —Aya saltó sobre una tabla y tiró de Frizz. Frizz se tambaleó como un pequeño sobre una barra de equilibrio y durante unos instantes giraron descontroladamente.

—¡Pegaos a mí o de los contrario os bloquearán! —aulló Ren al pasar como una bala por su lado, agitando la caja de sorpresas.

Aya viró en redondo y fue tras Hiro y Ren. Notaba los brazos de Frizz en la cintura, la presión de su cuerpo a medida que ganaban velocidad.

El silbido del aerovehículo aumentó de nuevo y el viento de sus hélices azotó el aire. Maldiciendo sus zapatos de plataforma, Aya estiró bien los brazos. Por lo menos las dos últimas semanas le habían servido de algo: montar dos en una aerotabla con un viento ensordecedor no era ni la mitad de difícil que surfear sobre un tren ultrarrápido.

Pero el peso añadido de Frizz constituía un problema: Hiro y Ren se estaban alejando. Aya se inclinó hacia delante para acelerar la tabla. Si se rezagaban demasiado, caerían al suelo como las aerocámaras bloqueadas.

Y no llevaban pulseras protectoras...

—¡Ren, Hiro, esperad! —gritó, pero el fragor del aerovehículo ahogó sus palabras.

Por fortuna, la mansión ya no quedaba lejos. Podía ver invitados en la azotea siguiendo la persecución, seguramente preguntándose qué clase de ardid publicitario era ese.

El aerovehículo sobrevoló de nuevo sus cabezas y Aya y Frizz, zarandeados por la estela de las hélices, emprendieron una tortuosa sucesión de virajes. Aya hacía contorsiones con el cuerpo en un esfuerzo por mantenerlos a los dos sobre la tabla.

—¡Arriba! —aulló Frizz.

Por la puerta abierta del aerovehículo habían saltado dos figuras con sus extraños brazos y piernas completamente extendidos. Durante unos instantes aerobotaron y giraron en la estela del vehículo, pero enseguida recuperaron el control. Aya advirtió que de sus escuálidos cuerpos sobresalían unas almohadillas elevadoras.

—¡Llevan equipos de aeropelota! —gritó—. ¡Mala noticia!

Las figuras se dirigían ahora hacia ellos dejándose llevar por la estela del vehículo, como windsurfistas en un huracán.

—¡Agárrate fuerte! —gritó Aya. Realizó un viraje de ciento ochenta grados y se alejó campo a través. Frizz se aferró a su cintura y cambió el peso del cuerpo al mismo tiempo que ella.

Pero los inhumanos estaban acortando distancias con rapidez. Cuando Hiro y Ren se dieron la vuelta para seguir a Aya, las larguiruchas figuras pasaron zumbando por su lado sin dignarse siquiera mirarles.

Querían a Aya Fuse.

Aya se dirigió a la arboleda más próxima mientras instaba a su aerotabla a volar más deprisa. Pero era un juguete de ciudad, nada que ver con las tablas ultrarrápidas de las Chicas Astutas.

Los árboles se elevaron frente a ellos y Aya se inclinó a un lado y otro

para sortear los gruesos troncos. Las luces del aerovehículo se abrieron paso entre las hojas, sembrando el suelo de monedas brillantes.

Frizz acercó los labios a la oreja de Aya.

—¿Por qué no nos hemos estrellado aún?

Aya pestañeó. Ren y Hiro debían de estar, por lo menos, a cincuenta metros de ellos.

—¡Claro! —exclamó—. Los inhumanos tuvieron que detener el bloqueo para poder utilizar sus equipos de aeropelota, lo que quiere decir que... ¡Moggle, acércate! ¡Te necesito!

—¡Aya! —gritó Frizz—. ¡Por la derecha!

Una de las figuras estaba descendiendo en picado hacia ellos con sus largos dedos separados como garras. Frizz se acuclilló, tirando de Aya en el proceso, justo en el instante en que la figura pasaba zumbando por su lado.

—¡Ay! —gimió—. ¡Me ha pinchado!

—¿Qué? —Aya se incorporó y dibujó otra curva cerrada. Se volvió hacia Frizz—. ¿Estás bien?

—Creo que sí, pero me noto un poco... ¡Cuidado!

Aya giró raudamente la cabeza y encontró a la otra figura inhumana esperándoles con los brazos en cruz. Unas agujas brillantes coronaban las puntas de sus dedos.

Inclinó todo su cuerpo hacia un lado y detuvo la tabla, pero Frizz se estaba viniendo abajo, sus brazos resbalándole por la cintura.

—¡Frizz! —gritó, pero solo oyó un gemido.

Frizz se estaba cayendo de la tabla...

—¡Frizz!

Estiró los brazos, pero Frizz ya estaba dando volteretas en el aire, volando directamente hacia la figura inhumana que le estaba esperando. Sus cuerpos chocaron produciendo un ruido nauseabundo. La escuálida figura se hizo un ovillo y rodeó a Frizz con sus largos brazos mientras ambos volaban hacia atrás, perdiéndose en la oscuridad.

Súbitamente libre del peso de Frizz, la aerotabla empezó a dar vueltas descontroladamente. Los troncos giraban en torno a Aya, azotándole las manos y la cara con sus ramas. Aya se arrodilló y, agarrándose con fuerza al

canto de la tabla, la dejó girar hasta que agotara su impulso.

Cuando redujo la velocidad, se soltó y rodó sobre el follaje. Se levantó y corrió hacia las dos figuras que yacían en el suelo, despatarradas e inmóviles.

Los ojos de Aya se detuvieron en el extraño rostro del inhumano. Tenía la piel muy blanca, los brazos delgados y de aspecto frágil, y unas agujas en los dedos diseñadas para causar daño.

Lo más extraño de todo, sin embargo, eran los pies. Descalzos y deformes, casi parecían manos, con sus largos pulgares flexionados como las patas de una araña muerta.

Arrancó a Frizz de su abrazo.

—¿Puedes oírme?

Frizz no respondió. Aya reparó entonces en la diminuta marca roja de su cuello. El pinchazo de una de esas agujas le había dejado inconsciente... o algo peor.

Sintiendo que la cabeza le daba vueltas, lo atrajo hacia sí. El aerovehículo seguía flotando sobre sus cabezas, vertiendo una luz trémula sobre el follaje. Las sombras seguían el movimiento de la luz, dando la impresión de que el mundo entero se balanceaba.

—¡Aya! —gritó alguien.

Levantó la vista y vio a Hiro y a Ren sorteando los árboles.

Pero el otro inhumano volaba delante de ellos, directamente hacia Aya, con los brazos abiertos y los dedos centelleando. Su pálida piel brillaba en la oscuridad.

Presa de un tremendo sentimiento de abandono, Aya se abrazó fuertemente a Frizz. ¿Dónde estaban los guardas? ¿Dónde estaba el medio millón de personas que cinco minutos antes había estado siguiendo cada uno de sus movimientos?

Diez metros la separaban del inhumano, cinco...

Un bulto oscuro y pequeño emergió inopinadamente de entre las sombras y embistió el estómago del inhumano. Este se encogió con un gruñido y pasó junto a Aya dando vueltas, sostenido en el aire por el equipo de aeropelota.

—Moggle —suspiró Aya.

La aerocámara se alejó dando tumbos y se estrelló contra los arbustos.

El inhumano quedó suspendido en el aire, inconsciente, con los pies que parecían manos a un metro del suelo. Un gemido escapó de sus labios y los párpados empezaron a temblar...

Aya corrió hacia él, saltó y se agarró a sus hombros. El equipo de aeropelota se ajustó a su peso y patinaron juntos por el suelo del bosque.

El inhumano alzó una mano, pero Aya lo agarró por la muñeca y le clavó las cinco agujas de los dedos en el cuello. El sujeto balbució unos instantes, abriendo mucho los ojos, y finalmente perdió el conocimiento.

—¡Aya! —Hiro se detuvo en seco—. ¿Estás bien?

—Sí. —Aya se bajó de un salto y levantó la vista hacia el aerovehículo. Estaba aguardando arriba, inmóvil, tanteando la espesura con los faros—. Ayúdame con Frizz.

Hiro se acercó.

—Se pondrá bien, Aya. No están interesados en él.

—Pero yo sí.

Aya corrió hasta el cuerpo inconsciente de Frizz arrastrando su aerotabla. Se arrodilló y tiró de su brazo para trasladarlo a la superficie de la tabla.

Frizz soltó un gemido.

—¿Estás bien?

—Me siento raro —murmuró—. Pesado.

—¡Cuéntamelo a mí! —resopló Aya—. Si tuviéramos la manera de... —Se volvió hacia el inhumano tendido junto a Frizz.

Hiro se apeó de su tabla sin apartar los ojos de él.

—Uau. ¿Dejaste esto fuera del reportaje?

—Ayúdame a quitarle el equipo de aeropelota. —Aya tiró de la espinillera con un gruñido—. Se lo pondremos a Frizz.

—De acuerdo. —Hiro se arrodilló a su lado—. Se quita así.

Aflojó las correas con dedos hábiles, sacó la espinillera y la deslizó por la pierna de Frizz.

—¿Qué le ha pasado? —les preguntó Ren cuando se unió al grupo.

—Ese friki le clavó una de esas agujas que tiene en los dedos. —Aya se volvió hacia el aerovehículo. La puerta lateral estaba abriéndose de nuevo y la luz alumbró otras dos siluetas—. ¡Mierda, vienen más!

—Ya está. —Hiro estaba abrochando la última almohadilla del brazo—. He puesto el equipo en neutro. Tendrá gravedad cero.

Frizz empezó a elevarse del suelo, súbitamente ingrávido. Aya lo aplastó contra la tabla y se arrodilló sobre él.

Hiro y Ren se colocaron a ambos lados de su aerotabla y alargaron las manos para impulsarla hacia delante como una niña flanqueada por sus padres. Al rato estaban volando por un hueco abierto entre los árboles.

—¿Nos siguen? —preguntó Aya.

Ren miró atrás.

—Creo que no. Están recogiendo a los otros dos.

—Supongo que es peor dos cuerpos frikis que un testigo vivo —dijo Hiro —. Y hablando de frikis, Aya, creo que nos debes una explicación.

—Cuando lleguemos a un lugar seguro.

—O sea, a la fiesta.

—No. Seguiremos el consejo de Tally y nos esconderemos.

—¿Dónde? —preguntó Ren.

Aya sujetó firmemente a Frizz para impedir que su fláccido cuerpo resbalara de la tabla y se mordió el labio.

—La reserva subterránea —dijo al fin.

—Fría y húmeda —repuso Ren—, pero el único lugar de la ciudad que no tiene cámaras.

—Exacto.

Aya percibió movimiento entre los árboles con el rabillo del ojo y decidió echar una ojeada. Era una aerocámara pintada de negro, todavía tambaleante a causa de una colisión reciente.

Contenta, la aerocámara encendió sus luces nocturnas y por la visió de Aya empezaron a pasar imágenes movidas. Fueran lo que fueran esas criaturas inhumanas, esta vez habían sido captadas por algo más que sus ojos. Aya esbozó una sonrisa.

Moggle lo había filmado todo.

27. La sabiduría de las masas

Un tenue resplandor naranja iluminaba el nuevo solar en construcción y las excavadoras descansaban, silenciosas, sobre sus cimientos.

—Consulta tus mensajes una vez más antes de que quedemos incomunicados —dijo Hiro.

Aya echó un vistazo a su pantalla ocular y meneó la cabeza. Le habían entrado algunos mensajes prioritarios en el canal de los guardas —y puede que otros diez mil preguntándole qué estaba pasando, por no mencionar el millón de teorías que colapsaban las fuentes—, pero ninguno de Tally Youngblood.

—Si viaja en un suborbital estará varias horas fuera de contacto —señaló Ren.

Aya suspiró.

—Con tal de que llegue deprisa...

Descendieron hacia el túnel y entraron.

—¿He vuelto a desmayarme? —farfulló Frizz cuando la oscuridad los engulló, revolviéndose sobre la tabla.

—No, solo estamos penetrando en la tierra. —Aya le sujetó con fuerza—. Nada de luces, Moggle. Demasiado evidentes.

—Tu vestido —murmuró Frizz—. Brilla.

Aya flexionó los dedos y su vestido de fiesta cobró vida. La batería estaba en las últimas, pero los trémulos destellos bastaban para cortar la penumbra.

—Te dije que era el vestido adecuado, Hiro.

—Muy graciosa. ¿Piensas contarnos de una vez qué ha pasado ahí fuera?

—Todavía no.

Siguieron bajando mientras el resplandor de los focos anaranjados de la superficie se desvanecía lentamente. Después de unos minutos interminables, el eco de un goteo llegó a sus oídos y el túnel se abrió sobre la inmensa reserva.

Aya detuvo la tabla en el aire.

La cueva titilaba con los moribundos destellos de su vestido y el reflejo trémulo del agua bailaba en el techo.

Moggle parecía recordar el lugar, pues enseguida se puso a deambular por la cueva en círculos nerviosos, buscando Chicas Astutas con cepos.

Hiro se deslizó junto a Aya y se sentó sobre la tabla con las piernas cruzadas.

—Qué escondite tan genial, Aya. De hecho, no hay un solo centímetro de suelo firme donde posarse, ¿verdad?

—No —dijo Ren—, pero tenemos agua de sobra.

—No es precisamente Mansión Oscilante —repuso Aya con un suspiro. El apartamento que Hiro le había enseñado, sus enormes espacios abiertos, las maravillosas vistas de la ciudad, perduraban en su memoria. Y allí estaba, en su primera noche como famosa, escondiéndose bajo tierra.

La lenta respiración de Frizz retumbó en los arcos de piedra. Se revolvió bajo el cuerpo de Aya. Los efectos del pinchazo estaban desapareciendo.

—El contenido de esas agujas estaba pensado para derribarte, Aya —dijo Ren—. Pero como Frizz es un perfecto, no tardará en reponerse.

Aya asintió. La operación hacía que los cuerpos de los perfectos fueran más fuertes y sanaran más deprisa.

—¿Quiénes eran esos tipos? —preguntó Hiro.

—No tengo la menor idea. Solo los vi una vez.

—¿El día que descubriste cómo se abría la montaña? —preguntó Ren.

—Ajá. Miki y yo estábamos asomadas al borde del tren. Eran tres, increíblemente altos y flacos, pero estaba tan oscuro que al principio pensé que lo único extraño eran las sombras.

Hiro carraspeó.

—¿Y preferiste no mencionarlo?

—¡No tenía imágenes! Además, era demasiado delirante. Pensé que si

empezaba la historia hablando de esos frikis la gente creería que se trataba de otro reportaje de monos quirúrgicos. Digamos que los alienígenas no pegaban con el tema del Exterminador de Ciudades.

—¿No pegaban con el tema? —gritó Hiro—. ¿Qué eres? ¿Una lanzadora oxidada? ¡Para eso está la capa de fondo!

—Deja los sermones para más tarde, Hiro —intervino Ren—. Lo importante ahora es averiguar quiénes son esos individuos y por qué persiguen a Aya.

Hiro soltó un bufido.

—¡Deberíamos volver a la superficie y lanzar esta historia! ¡Y, si me apuras, avisar a los guardas!

—¿Podemos fiarnos de nuestra ciudad? —preguntó Ren.

—Yo me fío de quien sea mientras haya cientos de miles de personas mirando —farfulló Hiro—. Lo que no acabo de entender es cómo descubrieron esos monos quirúrgicos que les habías visto.

—Quizá haya algo en la capa de fondo que lo explique —dijo Ren—. Lástima que aquí abajo no podamos ver las fuentes.

—Moggle guarda una copia completa —dijo Aya.

—Le echaré un vistazo. Zarandéame si ocurre algo interesante.

Ren se tumbó sobre su tabla y la señal de inmersión plena parpadeó en sus pantallas oculares.

Aya tragó saliva. Con Ren examinando las imágenes y Frizz semiinconsciente, prácticamente se había quedado sola con Hiro. Los últimos destellos de su vestido agonizaban y la oscuridad intensificaba la expresión de enfado de su hermano.

—¿Qué tal un poco de luz, Moggle? —dijo.

Las luces nocturnas de la aerocámara inundaron la caverna. Moggle flotaba inquieta por la reserva, desplazando las sombras, mientras Hiro miraba inmóvil a su hermana.

Aya suspiró.

—No era mi intención mentir.

—Lo sé, Aya, pero si se eligen y seleccionan datos para crear un reportaje, siempre se acaba tergiversando la verdad. Por eso los buenos

lanzadores lo cuelgan todo. Salvo la manipulación para extras que solo miran diez minutos.

—¡Te repito que no tenía imágenes de esos frikis!

—Pero los viste y no los mencionaste. Es lo mismo que mentir.

Aya soltó un gemido y clavó la mirada en el agua. La superficie oscurecía conforme perecían los destellos de su vestido.

—Lo he estropeado todo, ¿verdad?

—Todo no. —Hiro dejó caer los hombros—. Pero si hubieras contado lo que viste probablemente ya sabríamos quiénes son esos tipos.

—¿Cómo?

—La sabiduría de las masas, Aya. Si un millón de personas observa un enigma, existen muchas probabilidades de que por lo menos una de ellas conozca la respuesta. O puede que diez personas conozcan un dato diferente cada una y eso baste para desvelarlo.

Aya suspiró.

—Supongo que tienes razón. Nunca había pensado en las fuentes de ese modo.

—Porque lo único que te importaba era hacerte famosa —repuso Hiro—. Las fuentes sirven para algo más que para eso. Como siempre digo, la finalidad de un lanzador es hacer comprensible el mundo.

Aya puso los ojos en blanco. Solo le faltaba eso: una clase de filosofía de su engreído hermano mayor. La batería de su vestido se agotó al fin y los últimos destellos murieron.

—Pues aquí abajo estamos solos. Por tanto, ¿qué crees que son? ¿Alienígenas?

—Ni mucho menos. Son monos quirúrgicos. —El martilleo de los dedos de Hiro sobre la tabla resonaba en toda la caverna—. De hecho, casi me atrevería a decir que son monos de verdad.

—¿Por qué lo dices? —Aya se removió en su tabla—. No tienen pelo.

—Pero ¿te fijaste en los dedos de los pies? Eran prensiles, como los de un mono. Es como si tuvieran cuatro manos.

—Eso es absurdo. —Aya suspiró—. ¿Qué sentido tiene ser un mono quirúrgico si te pasas la vida escondiéndote?

—No creo que sea una cuestión de moda, Aya. Es como el caso de mis ancianos inmortales, para quienes la cirugía tiene una finalidad. Seguro que existe una conexión entre todo esto.

—¿Entre exterminadores de ciudades, bases ocultas y dedos simiescos?

Hiro sonrió.

—Entiendo que te resultara tan difícil encajarlo todo en diez minutos.

Guardaron silencio y Aya contempló la luz parpadeante en los ojos de Ren. Puede que el revuelo provocado por la historia del Ex— terminador de Ciudades hubiese amainado para cuando amaneciera. Después de todo, la gente necesitaba dormir, por muy alucinante que fuera un reportaje. Seguro que al cabo de unas horas podría salir a la superficie para enviarle un mensaje a Tally Youngblood.

Recordó su último año en el colegio de imperfectos, cuando estudiaron los orígenes de la lluvia mental: el Humo, los especiales, la espantosa Guerra de Diego. Todas esas lecciones poseían un denominador común: una vez que Tally-sama llegaba, los malos no tenían ninguna posibilidad.

El tiempo transcurría en la caverna de forma extraña. Desconectado de la interfaz de la ciudad, el reloj de la pantalla ocular de Aya había dejado de funcionar, pero parecía que los minutos se arrastraran. El sueño la venció una vez y despertó presa del pánico, ignorando dónde estaba.

Frizz seguía a su lado, durmiendo bajo los efectos del pinchazo. Acurrucados sobre la tabla, podía sentir su respiración, y su calor hacía más llevadero el frío de la caverna. Aunque Hiro se empeñara en que la fama la protegía, Aya se sentía más segura junto a Frizz que bajo la mirada de un millón de personas.

Hiro cabeceaba sobre su tabla con los ojos cerrados y las piernas cruzadas. Ren tenía los ojos abiertos y sus pantallas oculares fulguraban como si fueran dos luciérnagas rojas, pero no hacía ruido alguno.

Después de lo que parecieron horas, Frizz empezó a revolverse a su lado. Se sentó sobre la tabla y se frotó el cuello.

—¿Cómo te encuentras? —susurró Aya.

—Mucho mejor. —Miró a su alrededor con cara adormilada—. ¿Dónde estamos?

—Bajo tierra. —Aya le estrechó la mano—. Tranquilo, aquí abajo estaremos seguros hasta que llegue Tally-sama.

—¿Me has traído hasta aquí? Pero... ¿cómo has conseguido...? Uau —Frizz había empezado a elevarse de la tabla—. ¿Qué... qué está pasando?

Aya sonrió.

—Le hemos tomado prestado el equipo de aeropelota a uno de esos frikis. Eres prácticamente ingrávido.

Frizz dejó de moverse y su cuerpo regresó junto a Aya.

—Me has salvado la vida.

Aya suspiró.

—Te he complicado la vida, querrás decir. Si no hubiese tergiversado la verdad no estarías metido en este lío.

—¿Tergiversar la verdad?

Aya asintió lentamente.

—Como ya dije, vi a esos frikis hace diez días, pero como no sabía qué eran... no los incluí en el reportaje.

Frizz se limitó a contemplar las oscuras aguas.

—Creo que soy una embustera nata.

El negó con la cabeza.

—No lo eres.

—Sí lo soy —musitó Aya—. No puedo pasar diez segundos sin tergiversar la verdad. En estos momentos soy la decimoséptima persona más famosa de la ciudad, ¿y por qué? ¡Por hacer creer a una camarilla que era una de ellas! Y luego no fui capaz de lanzar la historia sin omitir algo. Seguro que me detestas.

Frizz respiró hondo.

—Nunca te he contado cómo me surgió la idea de Sinceridad Radical, ¿verdad?

—Nunca te lo pregunté. —Aya suspiró—. Estaba demasiado ocupada hablando de mi obsesión por la fama.

—El caso es que antes yo mentía... constantemente —explicó Frizz—.

Algunas veces por un motivo concreto, pero la mayoría únicamente por diversión. Siempre estaba actuando, inventándome un nuevo Frizz con cada nueva persona que conocía, sobre todo si era... chica. —Se encogió de hombros. Sus ojos manga brillaban en la oscuridad—. Entonces empecé a olvidar quién era en realidad. Supongo que suena extraño.

—No demasiado —dijo Aya—. En cierto modo, se parece a lo que me sucedió a mí con las Chicas Astutas. Me gustaba ser esa persona. Era más valiente que yo.

Frizz se encogió de hombros.

—A veces es divertido cambiar de personalidad, pero yo quería saber cómo era la vida sin decir mentiras. Cómo funcionaba una relación cuando no podías ocultar nada. —Le cogió la mano y Aya notó que se le erizaba la piel —. Quería saber qué se sentía al hacer esto...

Salvó la corta distancia entre sus rostros y la besó. Cuando se separaron, Frizz susurró:

—Sin mentiras.

—Es mareante —susurró Aya. Sentía calor en el rostro, como un rubor, pero no de vergüenza. En sus labios perduraba el eco de los labios de Frizz, y escalofríos le recorrían la piel.

—Tienes razón. —Frizz sonrió—. Es mareante.

—¿Incluso conmigo? ¿La tergiversadora Reina del Limo?

Frizz se encogió de hombros.

—También tienes un lado sincero, Aya. Pones el alma en tus reportajes. Incluso en aquel sobre... —Frizz calló y observó la caverna, pensativo—. Oye, ¿estamos cerca de los grafiti que lanzaste?

—Sí. Todos esos túneles vienen a parar aquí. —Aya rio quedamente—. ¿Es que quieres verlos con tus propios ojos?

Frizz negó con la cabeza.

—¿Y no tienes ese reportaje en la fuente, donde todo el mundo puede verlo?

Aya titubeó. Hasta esa noche prácticamente nadie había entrado nunca en su fuente. Ahora, con su rango facial en el puesto diecisiete, seguro que la estaba consultando mucha más gente. Y al mismo tiempo todo el mundo

estaba especulando y deliberando acerca de dónde se había escondido Aya y por qué.

Puede que solo unos miles de personas se molestaran en ver sus viejos reportajes, y la mayoría no repararía en el excelente escondite que proporcionaban los túneles de grafiti, pero ¿y si uno solo, del millón de habitantes que tenía la ciudad, enviaba una aerocámara para comprobarlo?

—Oh, oh, puede que tengas razón. ¡Hiro, tenemos que largarnos de aquí!

Su hermano despertó con un respingo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Los túneles que conducen a la reserva aparecen en mi fuente, en el reportaje que lancé sobre el grafiti.

—Pero de eso hace dos semanas... —La voz de Hiro se apagó.

—¿Cómo lo has llamado? —dijo Aya—. ¿La sabiduría de las masas?

Alertado por las voces, Ren se sentó y desconectó sus pantallas oculares.

—¿Qué ocurre?

—Este lugar aparece en la fuente de Aya —dijo Frizz.

Ren soltó un gruñido, percatándose al instante del problema.

—Somos unos descerebrados.

—¡Moggle! —bisbiseó Aya—. ¡Luces fuera!

La aerocámara obedeció y los sumió en una oscuridad total.

Aya parpadeó varias veces y abrazó con fuerza a Frizz. Cuando sus ojos se acostumbraron finalmente a la oscuridad, vislumbró algo...

Por una de las alcantarillas, proyectando sombras en la oscuridad, avanzaba un destello de luz muy tenue.

28. Paparazzi

—Sigue mi voz, Moggle —dijo Aya al tiempo que acercaba su tabla a la pared más próxima.

Las alcantarillas de ese lado de la reserva no aparecían en el reportaje sobre el grafiti. Era imposible que hubiera suficientes cazadores buscando a Aya para cubrir todos los túneles y conductos de la ciudad.

—Aquí está la pared —susurró Frizz.

Aya posó una mano en la fría piedra y avanzó hacia el sonido de un goteo, hasta que la boca de una alcantarilla resonó frente a ellos.

—Acércate, Moggle —murmuró. La aerocámara chocó con ella un segundo después—. Sube a ver si el camino está despejado. ¡Y nada de luces!

Moggle se alejó.

Aya miró por encima de su hombro y advirtió que la luz de la otra alcantarilla aumentaba. Podía adivinar las siluetas de Hiro y Ren recortadas contra el resplandor.

—¿Podrías realmente bloquear una aerocámara, Ren? —preguntó.

—Puedo intentarlo. —Su cara apareció flotando en el aire, iluminada por la luz de su caja de sorpresas.

—Aya —susurró Frizz—, si necesitas salir disparada, puedes dejarme aquí. Yo no sé conducir una tabla y nadie me persigue.

—No seas descerebrado, Frizz —dijo Aya entre dientes—. Esos frikis saben que les has visto. ¡No pienso dejarte aquí abajo!

Activó su pantalla ocular. La perspectiva de Moggle mostraba un túnel vacío y sin luces.

—Esta alcantarilla está despejada —dijo.

—En marcha entonces —susurró Hiro—. Esa luz está cada vez más cerca.

Aya se tumbó sobre la aerotabla, apretándose bien a Frizz, y subió rápidamente por el túnel.

Moggle se encontraba cerca de la superficie, donde se vislumbraba un reflejo de focos anaranjados. Las fuentes estaban parpadeando de nuevo en su pantalla ocular y el reloj de la ciudad indicaba que faltaban dos horas para el alba.

—Ten cuidado, Moggle —susurró Aya—. ¡No dejes que nadie te vea!

La aerocámara se asomó con cautela a la boca de la alcantarilla. Aya observó cómo escudriñaba el solar en construcción; solo se divisaban máquinas paradas y la estructura de hierro de un edificio inacabado.

—Espera ahí, Moggle.

Aya y Frizz continuaron su ascenso hasta sentir la brisa fresca en la cara. La silueta de Moggle apareció frente a ella, dibujada contra los focos de la obra. Las fuentes se activaron de inmediato y cubrieron su visión de un centenar de encendidos debates: alarma por su desaparición, teorías sobre quién había construido el Exterminador de Ciudades, sospechas de que todo era un engaño. Casi todo el mundo creía que el misterioso aerovehículo la había secuestrado. El Sin Nombre había decretado que la catapulta magnética era el arma secreta de la ciudad y exigía el arresto de Aya por traidora.

Aya ahuyentó el escándalo con un parpadeo y se concentró en el mundo que tenía delante. La historia de la Reina del Limo le había demostrado lo desatinadas que podían ser las fuentes.

A veces la sabiduría de las masas no era más que palabrería.

Inspeccionó el solar en construcción con sus propios ojos.

—Bien, parece que sigue despejado. ¿Todo el mundo listo?

—Solo una pregunta —dijo Frizz—. ¿Adónde vamos?

—Ah, sí.

Aya frunció el entrecejo. Si las masas habían conseguido dar con la reserva subterránea, ¿en qué otro lugar podía ocultarse? Todos los sitios interesantes que había explorado los había lanzado en algún reportaje. Su residencia, los nombres de todos sus amigos, incluso su color favorito

figuraban en su fuente.

No se había guardado nada.

—¿Qué me dices de tu casa, Hiro?

—¿Mi casa? ¿No se te ocurre un lugar más obvio?

—Por lo menos en tu casa gozas de intimidad. Es una mansión para caras célebres, por lo que las aerocámaras no pueden acercarse. Y el barrio famoso de la ciudad no cae demasiado lejos de aquí.

—Olvídalo. No voy a dejar que... —Hiro se interrumpió—. Aunque tienes razón en lo de la intimidad. ¿Por qué no vamos a Mansión Oscilante? ¿Recuerdas el apartamento que te mostré?

—Claro —dijo Aya—, pero no es mío.

—Pero está abierto —repuso Hiro—. Solo tienes que entrar y declararlo tuyo. Tienes un rango facial de... ¡Ostras! ¡Ya estás en el puesto doce!

—Ser abducido por extraterrestres es lo más —dijo Ren.

—¿Qué opinas tú, Frizz? —preguntó Aya.

Frizz titubeó y dejó ir un suspiro.

—La verdad, cualquier cosa me parece preferible a un agujero en el suelo.

Salieron de la alcantarilla con cautela, tiritando a causa del viento gélido.

Aya se miró el vestido de fiesta. Estaba cubierto de hojas húmedas y goterones de agua del túnel: el regreso de la Reina del Limo. Pero después de horas entre residuos líquidos y hojas putrefactas, el olor a aire fresco y a pino era una bendición.

La ciudad parecía más despierta de lo habitual a esas horas de la noche. Había luz en las ventanas. Todo el mundo estaba mirando las fuentes. La angustia se apoderó de Aya: el reflejo invertido del pánico al anonimato.

De pronto sentía que eran demasiadas las personas que conocían su nombre.

Emprendieron el regreso a la ciudad y al barrio de Hiro. Los símbolos de la fama se desplegaron a su alrededor: sobre sus cabezas flotaban piscinas vaporosas y abajo los caminos aparecían iluminados por antorchas.

Pero no se veía a nadie. También allí los ventanales titilaban con la luz de

las pantallas murales. Todos, hasta el más famoso, estaban siguiendo el desarrollo del drama.

—Oh, oh —dijo Ren levantando la vista de su caja de sorpresas—. Tenemos compañía.

Aya siguió la dirección de su mirada. Una aerocámara se acercaba a ellos con la luz de las antorchas reflejada en sus objetivos.

—¿Puedes bloquearla? —preguntó Aya.

Ren negó con la cabeza.

—Es una cámara paparazzi diseñada para ir detrás de las caras célebres.

—Ya estamos cerca de Mansión Oscilante. ¡Vamos! —gritó Hiro, y salió disparado.

—Agárrate fuerte, Frizz —dijo Aya, y bajó en picado en dirección al suelo, ganando velocidad a medida que descendía.

Frizz se arrimó bien a ella, permitiendo que sus cuerpos giraran y se inclinaran al mismo tiempo. Se sentía más seguro que en el primer viaje y Aya decidió correr algunos riesgos.

Bordeó una mansión alta y estrecha y atravesó el espacio entre dos apartamentos separados por aeropuntales. Los elevadores de la tabla vibraron, provocando una sucesión de coletazos, y Frizz se abrazó a Aya con más fuerza. A unos metros de su hombro, Moggle temblaba en las fuertes corrientes magnéticas.

Aya miró atrás y vio que la cámara paparazzi todavía la seguía. Ren tenía razón, esa aerocámara estaba diseñada para perseguir caras célebres. No conseguiría quitársela de encima mediante ardides sencillos.

Descendió un poco más y sobrevoló como una bala la senda de un jardín, sintiendo el calor de las antorchas en ambos lados del cuerpo y el olor del humo en las fosas nasales. La cámara se encontraba ahora lo bastante cerca para poder reconocer sus caras.

Lo último que Aya deseaba era presentarse en Mansión Oscilante con un séquito de cien aerocámaras.

—¡Cuando llegues al final del jardín sal disparada hacia arriba! —gritó Frizz.

—¿Qué estás tramando?

—¡Hazlo!

El último par de antorchas quedó atrás y la senda se abrió sobre un campo de santuarios y templos de la época de los preoxidados. Aya echó el cuerpo hacia atrás y emprendió un pronunciado ascenso. Moggle la seguía, girando alegremente como una peonza.

—¡Vuelve y recógeme! —gritó Frizz... y saltó de la tabla.

—¡Frizz! —aulló Aya cuando se dio la vuelta y lo vio elevarse en el aire.

Todavía llevaba puesto el equipo de aeropelota, todavía era ingrávido. Su propio impulso lo arrastró hacia arriba, colocándolo en la trayectoria de la cámara paparazzi. Se hizo un ovillo y la cámara chocó de lleno con sus espinilleras. El impacto contra el plástico ultrarresistente resonó como una bofetada.

Frizz salió despedido de la colisión dando vueltas. Aya giró en redondo y situó la tabla en su línea de vuelo.

Frizz la embistió con un gemido y la derribó de la tabla. Rodaron juntos por el aire hasta que los elevadores del equipo de aeropelota neutralizaron el peso de Aya.

—¡Moggle! —jadeó. Los brazos de Frizz la sujetaban con tanta fuerza que apenas podía respirar—. ¡Tráenos la tabla!

Había quedado suspendida en el aire, seguramente preguntándose por qué sus pasajeros se empeñaban en saltar al vacío. Moggle se colocó a su lado y la condujo hacia el lugar donde Aya y Frizz estaban flotando, envueltos en un fuerte abrazo.

—¿La he matado? —preguntó Frizz.

Aya bajó la vista y vio cómo la cámara paparazzi rebotaba contra los templos y santuarios, haciéndose trizas.

—Sí. ¡Pero ha sido una estratagema aterradora!

Moggle deslizó la aerotabla bajo sus pies y Frizz dejó que Aya resbalara por sus brazos hasta tocar la superficie.

—Y dolorosa —añadió Frizz, frotándose las espinillas. La colisión había resquebrajado los protectores.

—Te está bien empleado —replicó Aya mientras giraba la tabla hacia Mansión Oscilante.

Volaron por debajo del estanque de meditación flotante, donde la luz de las estrellas se colaba entre los lirios y las carpas de colores.

—¿Aya? —sonó la voz de Ren en su oído—. Ya hemos llegado a la mansión. ¿Dónde estáis?

—Cerca. Nos hemos deshecho la cámara.

—Pues me temo que se te ha pegado otra. Mira por las ventanas.

Aya arrugó la frente.

—¿Por cuál de ellas?

—Por cualquiera —espetó Ren—. ¡Son todas iguales!

—¿De qué estás...? —comenzó Aya, pero al dejar el estanque atrás una vasta mansión de estilo clásico apareció ante ellos con la luz de pantallas murales titilando en sus ventanas.

Todas parpadeaban al mismo tiempo: cientos de ventanas pasando de la luz a la sombra juntas, todas sintonizadas con la misma fuente.

—Oh, oh —dijo Frizz—. ¿Ves lo mismo que yo?

—Sí. —Aya tragó saliva—. Todo el mundo está viendo la misma fuente, algo que no ocurre prácticamente nunca. Una de dos...

—O Nana Love acaba de prometerse —dijo Frizz— o una aerocámara nos está filmando.

Aya se volvió y escudriñó el espacio. Finalmente la vio: otra cámara paparazzi, a unos metros de distancia, con sus diminutos objetivos apuntando directamente hacia su cara.

—Mierda —farfulló.

Entonces reparó en el enjambre de aerocámaras, de todas las formas y tamaños, que estaba avanzando hacia ellos desde todas direcciones, nubes de aerocámaras moviéndose al mismo tiempo, trazando giros en el aire como cardúmenes.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó Frizz.

—¡Deslúmbralas, Moggle! —Aya se inclinó hacia delante y puso rumbo a Mansión Oscilante.

Moggle les seguía con las luces nocturnas apuntando hacia atrás. Los objetivos de sus perseguidores centelleaban en el cielo como sauces llorones de fuegos artificiales.

Llegaron a Mansión Oscilante con todas las aerocámaras prácticamente encima, filmando desde todos los ángulos. Aya descendió hasta los escalones de la entrada.

—Eres genial esquivando cámaras —dijo secamente Hiro mientras se volvía hacia la puerta—. Déjanos entrar, deprisa.

—Lo siento —respondió la puerta—, pero Mansión Oscilante es un edificio seguro.

—¿No me digas? —espetó Aya—. Precisamente por eso estoy aquí. Declaro... hum...

—Residencia legal —le sopló Hiro—. Apartamento treinta y nueve.

—Declaro el apartamento treinta y nueve mi residencia legal —dijo Aya —. ¡Y solicito el nivel máximo de privacidad! —añadió—. Por cierto, soy Aya Fuse. Esto... hola.

La puerta guardó silencio mientras unos rayos láser recorrían el rostro y las manos de Aya. Sobre su hombro estaba formándose un muro de aerocámaras que frenaban en seco al alcanzar la barrera de privacidad. Las que se acercaban más de la cuenta caían fulminantemente al suelo. Mansión Oscilante era célebre por sus serias medidas destinadas a proteger la intimidad.

La puerta se abrió con un suave susurro.

—Declaración aceptada —dijo—. Bienvenida a tu nuevo hogar, Aya Fuse.

29. Mansión oscilante

Los ventanales enmarcaban el perfil de la ciudad como cuadros donde confluían el mar, las montañas e incluso el gran campo de fútbol. Había unas vistas impresionantes...

Salvo por las cámaras.

Eran menos ahora que la persecución había terminado, pero todavía se divisaban varias docenas acechando en el límite de los cincuenta metros. Aya podía seguir la curva de la barrera de privacidad por la manera en que las cámaras envolvían el cielo: la mansión estaba rodeada por una auténtica burbuja de reputación. Moggle había tenido que quedarse fuera, pues también en los vestíbulos se aplicaban las normas de privacidad.

Aya agitó una mano con la esperanza de que pudiera verla.

—Cerrar ventanas —ordenó Hiro, acuclillado en el suelo.

Aya se preguntó por qué la habitación no le obedecía. Entonces sonrió.

—¡Esta habitación es mía, Hiro! No puedes darle órdenes.

—Habitaciones —le corrigió Ren.

Aya rio y desactivó la fricción de sus plataformas para desplazarse por el apartamento patinando. Enormes espacios la seguían a todas partes, en especial los vestidores esperando a ser llenados. Ya había metido su vestido manchado de limo en el agujero de la pared y ahora lucía zapatos nuevos y un mono de guardabosques con calefacción interna, filtros de agua e incontables bolsillos.

Y resistente al limo.

—¿No te importa que esos frikis nos estén mirando? —preguntó Hiro—. Ellos también pueden ver las fuentes, ¿recuerdas?

—Supongo que tienes razón. —Aya soltó un suspiro y nubló las ventanas con un gesto de la mano—. Maximizar privacidad y seguridad.

—Sí, Aya-sensei —dijo la habitación.

—¿Habéis oído eso? —exclamó Aya, girando sobre sí misma—. ¡La habitación me ha llamado sensei!

—Estás entre los mil primeros —dijo Ren. Estaba tumbado en el suelo, contemplando las arañas de luces, con ambas pantallas oculares centelleando.

—Entre los veinte primeros —repuso Aya. En realidad, los cuatro eran ahora senseis. Los demás habían sido absorbidos por la espiral de reputación de Aya.

—Todos estamos de acuerdo en que Aya es bastante famosa —dijo Hiro —. Ahora, ¿podemos volver al trabajo?

Aya detuvo su patinaje y se encogió de hombros.

—¿Qué trabajo, Hiro? Tally no tardará en llegar, y entonces haremos lo que ella diga.

—¿Insinúas que no quieres lanzar esta historia?

Aya puso los ojos en blanco. La lluvia mental se había producido después de que Hiro terminara el colegio, de modo que se había perdido todas las clases sobre Tally Youngblood. No era consciente de que cuando ella llegara todo se arreglaría.

—Esperaremos a Tally antes de tomar cualquier decisión —dijo—. Aquí estamos seguros, ¿no?

—Eso parece. —Ren martilleó la ventana opaca—. Oye, habitación, ¿de qué está hecha?

—De una capa de diamante artificial mezclada con materia inteligente y un sistema electrónico —dijo la habitación—. Diseñada para proteger a sus residentes de acosadores y fisgones. Imposible de traspasar.

—Tendríamos que haber venido aquí desde el principio —dijo Hiro—, pero os empeñasteis en hacer exactamente lo que Tally-sama os dijo.

Aya soltó un bufido.

—¡Y tú, Hiro, querías volver a la fiesta! ¿De veras crees que una pandilla de caras pixeladas habría conseguido salvarme?

—Tarde o temprano se me habría ocurrido este lugar —rezongó Hiro.

—Normalmente, tarde o temprano significa demasiado tarde —intervino Frizz.

Hiro se volvió para fulminarle con la mirada, pero Frizz ya había huido. Estaba arriba, examinando las dos arañas de luces que colgaban del alto techo, cada una hecha con miles de cristales diminutos bañados de suave luz láser azul.

Ya recuperado, Frizz estaba experimentando con el equipo de aeropelota, nadando por el espacioso apartamento sin amueblar con amplias brazadas. Aya encontró la imagen ligeramente inquietante, demasiado evocadora de los frikis con sus equipos de aeropelota.

—Oye, Hiro, ¿por qué dice la gente que estas cosas son tan complicadas? —preguntó Frizz desde arriba.

—Porque volar de verdad es complicado —contestó Hiro—. Tú solo estás dando tumbos en gravedad cero.

—¿Qué he de hacer para volar de verdad?

—Nada, cabeza de burbuja. ¡Podrías arrancarte los brazos!

—Puede que me hayan operado el cerebro —repuso Frizz—, pero no soy un cabeza de burbuja.

—Técnicamente, no —farfulló Hiro.

Aya resopló.

—¿Quién es el cabeza de burbuja aquí, Hiro? De no ser por Frizz esas cámaras paparazzi nos habrían filmado en la reserva.

—Supongo que tienes razón. —Hiro enderezó la espalda con un suspiro e hizo una leve inclinación de cabeza—. Lamento haberte llamado cabeza de burbuja, Frizz. En realidad, eres bastante inteligente.

Frizz le devolvió la inclinación desde el aire.

—Y tú no eres tan esnob como dice Aya.

Hiro miró boquiabierto a su hermana.

—¿Tú has dicho eso?

Ren se incorporó bruscamente.

—Aya, he encontrado algo en tu fuente de fondo del momento en que viste a los frikis.

—¡Genial! —Presurosa, Aya dio la espalda a la mirada iracunda de su

hermano—. ¿Puedes enseñárnoslo?

—Claro... cuando haya encontrado la pantalla mural.

—Eso, ¿dónde está la...? —comenzó Aya, pero el gran ventanal ya estaba titilando.

—Uau —murmuró Ren—. Diamante en una pantalla mural. Este apartamento es alucinante.

En la pantalla apareció una imagen trémula y distorsionada. Aya reconoció la escena grabada por su cámara-botón una semana atrás: Miki examinando la pared del túnel de alta velocidad, buscando la puerta camuflada.

El sentimiento de culpa que su inopinada fama había logrado sofocar regresó con toda su fuerza al ver de nuevo su rostro anodino. Se preguntó qué pensaría Miki de ella ahora que el mundo entero podía ver las proezas secretas de las Chicas Astutas.

La voz de Edén Maru habló fuera de imagen, resonando a través del túnel: «Ya está. Apartaos, ahí detrás podría haber cualquier cosa».

Miki respiró hondo y murmuró: «O persona».

La voz de Aya respondió: «Esos frikis deformes solo estaban almacenando cosas. Aquí no vive nadie».

Ren congeló la imagen y Hiro soltó un bufido.

—¿«Frikis deformes»? Entonces es así como han averiguado que los habías visto. ¡Se lo dijiste en tu propia capa de fondo!

Aya meneó la cabeza.

—Pero sigue sin tener sentido. ¿Cómo han logrado mirar todas esas secuencias tan deprisa? Había un montón de horas de filmación con la cámara-botón, y han venido a por nosotros en cuanto hemos salido de la fiesta.

—¿Y si ha sido la sabiduría de las masas? —dijo quedamente Ren.

Aya frunció el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—No sabemos cuántos de esos seres extraños hay —dijo—. Podría haber centenares. De hecho, puede que haya una montaña entera habitada por ellos en algún lugar.

—O una ciudad —añadió Frizz—. Construir una catapulta magnética como esa no es fácil.

Un dedo frío trepó por la espalda de Aya. Desde el principio había dado por hecho que se trataba de una simple camarilla. La cabeza le dio vueltas al imaginarse una ciudad entera de inhumanos.

—Estáis Hipando —dijo Hiro—. ¿Por qué querría una ciudad...?

—¡Calla, Hiro! —Ren cerró los ojos—. ¿Podéis oírlo?

Aya aguzó el oído. Un zumbido débil estaba resonando en toda la habitación.

Frizz bajó flotando del techo.

—Creo que sale de la pantalla mural.

Entonces Aya lo percibió en su boca: el sabor a lluvia y tormenta.

—Materia inteligente —dijo—. El ventanal está hecho de materia inteligente.

Los cuatro se volvieron de golpe hacia la pantalla mural. La superficie estaba moviéndose, la cara congelada de Miki se estaba combando. El zumbido se transformó en un coro de tonos discordantes compitiendo entre sí que zarandeaba el aire. En la boca de Aya el sabor a lluvia se tornó amargo.

—¡Alguien está hackeando la ventana! —gritó Ren, levantándose de un salto.

De la pantalla empezaron a sobresalir tres siluetas con forma humana. Un brazo asomó, envuelto por la imagen congelada de Miki, como una momia cubierta de pantalla mural.

Frizz tiró de Aya hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó—. Fijaos en sus cuerpos...

Las figuras que estaban emergiendo de la pared no eran deformes como las de los frikis, sino altas y fuertes. Entraron en la habitación sin rostro y todavía recubiertas por los colores de la pantalla, como si la materia inteligente se hubiera estirado sobre ellas.

—¿Son cabezas pixeladas? —preguntó Aya con voz queda.

Se movían con una elegancia depredadora, perdiendo progresivamente sus colores con cada paso, hasta quedar reducidas a un gris corriente.

—No —susurró Ren—. Llevan trajes de camuflaje.

La figura más alta se quitó la capa de gris de la cabeza y dejó al descubierto un rostro de una belleza fría e intimidante. Tenía los ojos negros como el carbón, como los de una loba, la piel cubierta de tatuajes flash y unas facciones afiladas y crueles.

Era la persona más famosa del mundo.

—Me llamo Tally Youngblood —dijo—. Lamento la interrupción, pero se trata de una circunstancia especial.

30. Cortadores

Aya, lógicamente, lo había estudiado todo sobre los especiales en el colegio.

Mucho tiempo atrás, la ciudad de Tally Youngblood había creado una clase especial de perfectos que, a diferencia de los cabezas de burbuja, eran crueles, implacables y mortales. Teóricamente, los especiales debían proteger la ciudad, perseguir a los fugitivos y mantener el orden. Pero poco a poco pasaron a convertirse en una camarilla secreta en la que cada generación modificaba a la siguiente, como mala hierba creciendo sin control. Despreciaban a quienes no eran especiales y deseaban tener el mundo entero bajo su control. Finalmente se hicieron con el gobierno de su ciudad e iniciaron la Guerra de Diego.

En aquel entonces, Tally y sus amigos eran especiales, pero de una clase denominada «cortadores». Los cortadores eran jóvenes e independientes, y habían descubierto la forma de reprogramar su cerebro. Se rebelaron contra el malvado líder de los especiales, liberaron su ciudad y salvaron Diego. Hecho esto, esparcieron la lluvia mental por todo el planeta, poniendo fin de este modo a la era de los perfectos.

Al verse frente a Tally, Aya sintió un estremecimiento de reputación descomunal por todo el cuerpo. Tenía delante a la persona que había creado su mundo. Las fuentes, los tecnocerebros, la fama, todo aquello que era importante para ella había surgido de la lluvia mental.

Contemplar una cara tan familiar y, al mismo tiempo, tan desconocida era mareante.

Para empezar, en las lecciones escolares, Tally-sama nunca le había inspirado miedo. Pero en persona sus uñas eran largas y afiladas, y sus ojos,

negros y penetrantes. Tenía cerca de veinte años, tres más que en los tiempos de la lluvia mental, y ahora vivía en la naturaleza, protegiéndola de la expansión de las ciudades.

Su aspecto era salvaje: el cabello largo y rebelde, los tatuajes flash atenuados por el sol, la piel bronceada.

Aya se separó de Frizz e hizo una torpe inclinación mientras confiaba en que su inglés no le fallara.

—Es un honor conocerte, Tally-sama.

—Me llamo Tally Youngblood.

Aya se inclinó de nuevo.

—Lo siento. Sama es un tratamiento de respeto.

—Genial, otro culto a mi persona. —Tally puso los ojos en blanco—. Justo lo que el mundo necesita.

Aya oyó unas risitas. Los otros cortadores —un chico y una chica— se habían quitado las capuchas de camuflaje, dejando al descubierto rostros como el de Tally: perfectos y crueles, surcados de tatuajes flash. Sus ojos viajaban por la habitación con nerviosa energía y en sus labios jugaba una sonrisa, como si estuvieran disfrutando de la situación.

—Yo soy Aya Fuse.

Tally no le devolvió la inclinación. Simplemente rio.

—No hace falta que lo jures. Parece que hasta la última fuente de esta ciudad te conoce. ¡Y deja de hacer inclinaciones!

—Lo... lo siento. —Aya se descubrió asintiendo enérgicamente. Deseó que los demás dijeran algo, pero Hiro, Ren y Frizz estaban tan paralizados como ella.

Los tres cortadores estaban paseándose por el apartamento, inspeccionando las habitaciones.

—¿Ha intentado entrar aquí alguien más? —dijo Tally.

—No —respondió Aya—. Es un edificio muy seguro.

—Sí, lo advertimos en los diez segundos que tardamos en colarnos —dijo la otra cortadora—. Por cierto, ¿llamáis a esto esconderse? ¡Ahí fuera hay cincuenta aerocámaras por lo menos!

—Lo hemos intentado, pero últimamente mi rango facial se ha disparado.

La chica la miró impasible, como si sus palabras carecieran de sentido.

—¿«Rango facial»? ¿Significa eso que eres funcionaría del gobierno? ¿No eres un poco joven?

—No. El rango facial mide... la fama.

Los ojos de la chica recorrieron el vasto apartamento.

—¿Vives aquí? No me extraña que las ciudades estén expandiéndose. ¡Todavía una imperfecta y ya tiene cinco habitaciones!

—Vivo aquí, pero no todos los imperfectos consiguen... —Aya calló, frustrada con su inglés. Hiro tenía razón, la gente que no era de la ciudad no podía entender la economía de la reputación. Y tampoco parecía el mejor momento para ponerse a explicarla.

—¡Tú eres Shay-sama! —exclamó Frizz, emergiendo de un paseo por su pantalla ocular—. Puesto doscientos catorce, básicamente por menciones en clases de historia —susurró en japonés.

Sintiéndose una estúpida por no haberla reconocido, Aya asintió. Todos los cortadores eran famosos. Algunos hasta tenían su propio culto, pero Aya era incapaz de acordarse de todos.

—Te pido disculpas, Shay-sama —dijo—. La historia reciente no es mi fuerte.

Tally y el chico rieron entre dientes y una de las cejas de Shay salió disparada hacia arriba. Aya notó que se sonrojaba como una pequeña pidiendo un autógrafo.

—No te preocupes —dijo Shay—. Y pasa de llamarme sama a mí también.

Tally resopló.

—Prefiere que la llamen jefa.

—Yo también te quiero, Tally-wa —replicó Shay.

—Me he perdido —dijo Frizz.

Aya asintió, preguntándose si los cortadores estaban hablando en un dialecto que su clase de inglés avanzado no había cubierto. Se diría que Hiro y Ren estaban teniendo problemas para seguir la conversación. El aprendizaje de idiomas extranjeros no había sido tan popular en los tiempos previos a la lluvia mental, cuando ellos iban al colegio.

Pero Frizz salió en su ayuda.

—Solo queremos mostrar el debido respeto.

—En ese caso, respeta lo siguiente. —Tally se volvió hacia Aya—, Tenemos que sacarte de aquí cuanto antes. Has tropezado con algo mucho más grande de lo que imaginas.

—¿Más grande que el fin del mundo? —preguntó Aya.

—Más grande que esa catapulta magnética. Nos las hemos estado encontrando por todo el planeta.

Aya tragó saliva y se dijo que quizá Ren tuviera razón. Tal vez hubiera un gran número de frikis en el mundo, una ciudad entera en algún lugar.

—¿Por qué no lo comunicasteis a las fuentes globales?

—Porque las demás montañas estaban vacías —respondió Tally—. Tú eres la primera persona que ha encontrado proyectiles. Además, no queríamos que la gente se pusiera a buscar a los individuos que las fabricaron. Son peligrosos.

Aya asintió.

—Lo sé, Tally-sama. Los he tenido delante.

—Lo imaginamos, al ver que iban a por ti. —Tally entornó los párpados —. Las personas que los ven tienden a desaparecer, como le ha pasado a un amigo nuestro. Por eso estamos aquí.

—Es hora de irse, Tally-wa —dijo el chico cortador—. Pronto amanecerá.

—Está bien, Fausto, pero primero he de hacerle dos preguntas. —Tally clavó su oscura mirada en Aya—. ¿Le has dicho a alguien que veníamos?

Conteniendo el deseo de obsequiar a Hiro con una sonrisa de suficiencia, Aya negó orgullosamente con la cabeza.

Tally sonrió.

—Buena chica. Segunda pregunta: sé que eres muy buena surfeando sobre trenes ultrarrápidos, pero ¿alguna vez has montado a dúo en una aerotabla? —Sí.

—De hecho, no hace mucho —añadió Frizz.

—Entonces irás conmigo. —Tally se volvió hacia el cortador—. Bien, Fausto, ¿cómo nos cargamos esas aerocámaras?

Fausto se encogió de hombros.

—¿Nanos? ¿Bombas flash?

—Decididamente, bombas flash —dijo Tally sintiendo un escalofrío—. Shay y yo tuvimos una mala experiencia con los nanos en una ocasión.

—Entonces, que sean bombas, Tally-wa —convino Fausto. Se quitó la mochila que le colgaba del hombro y se puso a hurgar en su interior.

—Disculpa, Tally... -wa —dijo Aya, confiando en haber dado con el título correcto—. Mis amigos también han visto... a esos extraños individuos.

—¿Los habéis visto? —Tally se volvió hacia los demás—. ¿Los tres?

Hiro, Ren y Frizz se disculparon con una inclinación y Tally soltó un gruñido.

—Probablemente pasemos más desapercibidos si son cuatro, Tally-wa —dijo Shay—. Y estarán más seguros con nosotros. Si se quedan aquí podrían secuestrarlos.

—¡Solo tenemos tres tablas! —replicó Tally—. No cabemos los siete.

—Ese agujero de la pared puede producir grandes cosas —explicó Hiro en un inglés más bien flojo.

—¿Tablas con hélices elevadoras? —preguntó Fausto—. ¿Que puedan funcionar fuera de la ciudad, sin la rejilla magnética?

Hiro frunció el entrecejo.

—No creo.

—Genial —espetó Tally—. Tendremos que pedirle a David que venga, lo cual echa por tierra todo el plan. Y ya sabéis lo mucho que detesta las ciudades.

—Disculpa, Tally-sama —dijo Ren en un inglés entrecortado—. Hiro sabe manejar el equipo de aeropelota. Si no se separa de nosotros, podríamos remolcarle.

Tally vaciló unos instantes antes de mirar a Shay y asentir.

—De acuerdo. Eso servirá.

Hiro procedió a despojar a Frizz del equipo de aeropelota mientras despotricaba contra las resquebrajadas espinilleras. Ren ordenó al agujero de la pared que fabricara pulseras de protección y recordó a todos que debían desconectar sus localizadores. Los cortadores procedieron a cubrirse la cara y

las manos con plástico inteligente para ocultar sus intrincados tatuajes flash y sus crueles y perfectas facciones.

Aya no comprendía por qué necesitaban disfraces de imperfectos en la naturaleza.

—Perdona, Tally-wa, pero ¿adónde vamos?

Los cortadores se miraron y durante unos instantes la pregunta quedó flotando en el aire.

—Todavía no lo sabemos —respondió finalmente Tally—. Pero no tardaremos en averiguarlo.

31. Cortadora honoraria

Las aerotablas esperaban en la azotea. Embutidos en sus trajes de camuflaje, los tres cortadores avanzaron por ella como gráciles ondas en el aire. Aya apenas vio cómo se desarrollaba el ataque; giraban los brazos de manera casi imperceptible, los movimientos de los lanzamientos eran como brisas repentinas que alborotaban el polvo y las hojas de la azotea.

Todo transcurría de forma sumamente silenciosa e incorpórea... hasta que comenzaron las explosiones.

Una lluvia de destellos blancos inundó el oscuro cielo, proyectando trémulas sombras sobre la azotea. En los oídos de Aya retumbó una ráfaga de detonaciones.

—¡Vamos! —dijo Frizz, tirando de su mano.

Diez pasos más tarde, deslumbrada por los fogonazos, Aya notó la superficie de una aerotabla bajo los pies. Un cuerpo alto y musculoso se apretó contra ella y le rodeó la cintura con un brazo.

—¡Agárrate fuerte! —gritó Tally. La tabla salió disparada hacia arriba y el rugido de las hélices elevadoras inundó el aire. Tally tenía el cuerpo duro y nervudo, como una gimnasta llena de cables de acero—. Creí haberte dicho que cerraras los ojos.

—Lo siento. —Aya se agarró con fuerza a la cintura de Tally mientras parpadeaba para ahuyentar los puntos. Se acordó de todas las veces que Moggle la había deslumbrado...

¡Moggle! Su aerocámara estaba fuera, seguro que maltrecha y desorientada como consecuencia de las bombas flash.

—Perdona, Tally-wa, pero ¿puede venir Moggle con nosotros?

—¿Quién?

—Mi aerocámara.

—Tu... Un momento. ¿Tienes una aerocámara?

Aya parpadeó una vez más.

—Aquí casi todo el mundo tiene una aerocámara. ¿Cómo sino podríamos colgar cosas en nuestras fuentes?

—¿Me estás diciendo que cada persona tiene su propia fuente? —Tally soltó una carcajada—. ¡Esta ciudad es delirante!

Aya miró por encima de su hombro. Deslumbradas por el aluvión de bombas flash, las cámaras volaban sin rumbo fijo, aturdidas. Las tablas ultrarrápidas de los cortadores solo habían tardado unos segundos en dejarlas atrás.

—Por favor. A Moggle no le gusta quedarse sola.

—Ni hablar —aulló Tally contra el viento—. ¿Aún no te has dado cuenta de que estamos intentando escondernos?

—Naturalmente que sí... pero esto sería para después. Para la historia.

—Olvídalo. La historia tampoco es mi asignatura predilecta. Sobre todo cuando habla de mí.

Aya observó el rostro camuflado de Tally y durante un vertiginoso momento le recordó a Lai. Pero era una comparación absurda. Tally era la persona más famosa del mundo y Lai era una extra voluntaria, o por lo menos lo fue hasta que Aya la lanzó a una fama indeseada.

—Tally-wa, ¿por qué vais disfrazados de imperfectos?

—Por si alguna de esas aerocámaras nos filma. Nadie debe saber que estamos en la ciudad. Hablando de lo cual... —Tally hizo un gesto con la mano y su traje de camuflaje adoptó el corte y la textura de un uniforme de residencia.

Aya asintió, pero seguía encontrándolo frustrante. Ahí estaba, subida a una aerotabla con Tally Youngblood, y nadie podía verlo. ¡Si por lo menos llevara encima una cámara espía!

Cayó en la cuenta de que había visto muy pocas imágenes reales de Tally. Hasta las imágenes de los libros de historia eran retratos o dibujos manga, como si Tally perteneciera a los tiempos de los preoxidados, cuando aún no

existían las cámaras.

Pero los extras deseaban conectar con sus héroes, por eso Nana Love era Nana-chan en lugar de Nana-sensei, por muy elevada que fuera su fama. La gente famosa debía facilitar al mundo imágenes de su persona.

Unas pocas tomas por el bien de la historia no harían ningún daño.

Mientras sobrevolaban como flechas el solar en construcción, con las hélices aullando, Aya activó su pantalla ocular. Abrió una señal de rastreo y susurró un breve mensaje a Moggle en japonés...

«Síguenos hasta donde puedas.»Pasara lo que pasara a continuación, seguro que iba a ser increíblemente lanzable.

Pusieron rumbo al límite de la ciudad.

Soplaba un viento gélido, pero a Tally no parecía afectarle. Aya subió la calefacción de su mono de guardabosques, contenta de haberse deshecho de su limoso vestido de fiesta.

Las tablas de los cortadores eran sorprendentemente potentes incluso llevando dos pasajeros. Claro que, una vez que dejaran atrás la rejilla magnética y tuvieran que tirar de Hiro, perderían velocidad.

Y una vez fuera de la ciudad Moggle ya no podría seguirlos.

—Tally-wa —probó—, cuando salgamos de la ciudad podríamos coger la línea de alta velocidad. Tiene un montón de metal.

Tally negó con la cabeza.

—Estará demasiado transitada. En estos momentos hay muchos guardas camino de la montaña, además del Comité de Concordia Global.

—Pero estarán encantados de dejarte pasar. ¡Eres Tally Youngblood! Debes de tener méritos a montones.

—¿Méritos?

—Oh... En mi ciudad los méritos reflejan... —Aya forcejeó con su inglés — el respeto de la autoridad, como la fama pero por hacer cosas para la comunidad. Puesto que tú nos liberaste de los tiempos de la perfección, mi ciudad te proporcionaría toda la ayuda que necesitaras.

—No me interesa su ayuda.

Aya se preguntó si los admiradores del Sin Nombre no tendrían razón, después de todo.

—¿Te preocupa que mi ciudad haya construido esa arma?

Tally se encogió de hombros.

—Yo no diría que me preocupa. En realidad, simplificaría mucho las cosas. Después de todo, otros gobiernos han sido derrocados antes que este. —Se volvió hacia Aya y esbozó una sonrisa de dientes afilados—. Por mí.

Empezaba a clarear y la naturaleza se desplegaba ante ellos negra e inabarcable. Abajo, las luces de las fábricas eran cada vez más escasas y la pantalla ocular de Aya comenzaba a perder las fuentes.

De todos modos, nadie había lanzado nada nuevo: ¿adónde se dirigía Aya Fuse? ¿Eran esas espectaculares desapariciones meras maniobras publicitarias? ¿Constituía la catapulta magnética el comienzo de una nueva y oscura era bélica?

Nadie se había percatado todavía de que Tally Youngblood se encontraba en la ciudad. La primera noche de fama de Aya no había transcurrido exactamente como ella esperaba, pero por lo menos tenía a todo el mundo pendiente de la historia del Exterminador de Ciudades.

Sonrió. ¡Rescatada de los alienígenas por Tally Youngblood!

Cuando se acercaban al límite de la rejilla, la formación se contrajo para concentrar sus fuerzas magnéticas. Aya sintió la vibración del equipo de Hiro en el momento en que conectaba con las aerotablas.

—Adiós, Moggle —suspiró en japonés—. Regresa a casa sana y salva.

—¿Estás lista? —preguntó Tally—. Puede que el viaje sea un poco agitado.

—No te preocupes. No creo que sea peor que surfear sobre un tren ultrarrápido.

—Nunca se sabe. —Tally la miró por encima del hombro con los ojos entornados—. Cuando Shay y yo hemos visto tu reportaje y todas las proezas que hacías (actuar de incógnito, surfear sobre trenes ultrarrápidos, volar por la catapulta magnética) hemos llegado a la conclusión de que eras una chica

dura.

Aya hizo una ligera inclinación de cabeza, consciente de que se estaba sonrojando.

—¿En serio?

—En serio. Y nos hemos dicho que no te importaría vivir una aventura más, Aya-la, teniendo en cuenta la elevada posición que salvar el mundo ocupa en tu lista de prioridades.

Aya la miró detenidamente, tratando de leer la expresión de su cara. Estaba casi segura de que «-la» era un buen título. Tally había llamado «Shay-la» a su amiga por lo menos una vez.

—¿Una aventura?

—Para eso estamos aquí, para llevarte en una aventura.

Aya asintió, pero seguía teniendo sus dudas.

—Pero vosotros habéis venido para protegerme de... —ignoraba cómo se decía «frikis» en inglés— de esos extraños individuos, ¿no?

—Cierto. —Tally se encogió de hombros—. Pero también queremos llegar al fondo de esto y encontrar a nuestro amigo desaparecido, así que nos dijimos que una chica dura como tú estaría dispuesta a ayudarnos, Aya-la. Digamos que en calidad de cortadora honorífica.

Aya notó que en sus labios se dibujaba una sonrisa, y tuvo que recordarse que no debía inclinarse.

—Por supuesto. Será un honor.

—Sabía que dirías eso, aunque lamento que tus amigos tengan que acompañarnos.

—Para ellos también será un honor, Tally-wa.

—Yo no estaría tan segura. ¿Sabes esa señal de rastreo que has estado enviando a tu aerocámara?

—Hum, ¿mi qué?

—Tu aerocámara, Aya-la... La que nos ha estado siguiendo. —Tally esbozó otra amplia sonrisa—. Hemos incrementado un poco la señal. No tanto para que los guardas locales nos incordien, pero lo suficiente.

Aya tragó saliva.

—¿Lo suficiente para qué?

Tally dirigió la vista al frente.

—Para eso.

Aya miró a lo lejos. No veía nada salvo el manto oscuro de la naturaleza y el resplandor del alba acariciando el horizonte.

—Cuando los veas, avísame —dijo Tally—. Quiero que parezca realista.

—¿Realista? —murmuró Aya. Un segundo después sus ojos vislumbraron un puñado de luces entre las estrellas agonizantes. Aguzó la mirada, borrando de su pantalla ocular el último resto de interfaz urbana, y se dio cuenta de lo que eran.

Los faros de tres aerovehículos.

—¿Son amigos tuyos, Tally-wa?

—No los he visto en mi vida, pero creo que tú sí.

Aya pestañeó mientras su entusiasmo tomaba una dirección nueva y angustiante. Los aerovehículos se estaban acercando con rapidez, el chirrido de sus hélices elevadoras resonaba en la naturaleza... Los inhumanos habían vuelto a dar con ella.

Y Tally Youngblood lo había permitido.

32. El plan

—¡Volvemos a la ciudad! —gritó Tally.

La tabla giró en redondo bajo sus pies y Aya se apretó con fuerza a Tally tras recordar que las pulseras protectoras no funcionaban en la naturaleza.

—¿Y mi hermano? —gritó.

—Lo tengo —respondió Tally, inclinándose hacia Hiro—. ¡Será mejor que te agarres a la tabla! —gritó—. ¡ Es más seguro!

Tally acercó la tabla a los brazos extendidos de Hiro y segundos después Aya vio cómo sus dedos agarraban los costados.

La tabla salió disparada en dirección a la ciudad. Pese a la conexión magnética, los nudillos de Hiro se tiñeron de blanco cuando aceleraron.

Aya contempló el oscuro bosque que pasaba zumbando bajo sus pies. La idea de remolcar a Hiro ya le había parecido complicada cuando iban despacio.

—¿Y si Hiro se cae? —gritó al oído de Tally—. ¡Estamos indefensos! Nos has utilizado como... —su inglés flaqueó.

—La palabra es «cebo» —aulló Tally—. Te lo explicaré todo más tarde, Aya-la. ¡En estos momentos tienes que confiar en mí!

Aya cerró los ojos y se recordó a sí misma que estaba viajando con Tally Youngblood —la persona más famosa del mundo—, no con una de las chifladas Chicas Astutas.

Por aterradora que le pareciera la situación, todo iría bien.

Se atrevió a echar un vistazo por encima del hombro. Los tres aerovehículos estaban acortando distancias. Cuando los tuvieron encima, las hélices elevadoras empezaron a alborotar el aire.

Tally se puso a mecer la tabla y Aya se aferró aún más a su cintura.

—¿Qué haces?

—Quieren desestabilizarnos. ¡Tenemos que dar la impresión de que lo están consiguiendo!

—¿Por qué? —gritó Aya al tiempo que procuraba mantener el equilibrio sin desplazar los pies. ¡Un paso en falso y aplastaría los dedos de Hiro!

—¿Es que no escuchas? —aulló Tally—. ¡No queremos desvelar nuestra identidad!

Aya frunció el entrecejo. ¿Qué sentido tenía fingir que estaban en apuros? Si los cortadores habían elaborado una estrategia, ¿no había llegado el momento de ponerla en práctica?

El límite de la ciudad apareció ante ella; tal vez quisieran hacer allí su jugada. En cuanto estuvieran sobre la rejilla magnética, Hiro ya podría volar y las pulseras protectoras volverían a funcionar.

Miró en derredor. Frizz y Fausto estaban a solo diez metros de ellos. Frizz tenía sus ojos manga más abiertos que nunca. Fausto estaba columpiando la tabla adelante y atrás con una expresión de delirante placer en su rostro de plástico imperfecto. Ren y Shay volaban bajo y recto y los estaban adelantando.

Un aerovehículo descendió hasta colocarse a la altura de Aya y Tally. La puerta lateral se abrió y Aya vio a dos frikis provistos de equipos elevadores que la estaban mirando fijamente.

—Están esperando a que lleguemos a la rejilla —dijo Tally—. Eso significa que no quieren matarnos.

—Qué bien. —Aya tragó saliva y pensó en todas las cosas peores que la muerte que esos frikis podrían haber planeado.

El aerovehículo se aproximó un poco más y Aya notó una vibración en el aire que le resultaba familiar.

—¡Onda expansiva! —gritó justo en el instante en que la turbulencia arremetía.

Se le destaparon los oídos y el feroz viento le cerró los ojos de golpe. La tabla chocó con una bolsa de baja presión y cayó. Sintió que sus pies se separaban de la superficie y se aferró a la cintura de Tally con todas sus

fuerzas.

La tabla volvió a subir con un impulso seco y el tobillo de Aya se torció cuando sus pies chocaron con un bulto de la superficie.

Los dedos de Hiro...

Oyó su grito mientras se precipitaba al vacío, con el límite de la ciudad todavía lejos.

—¡Tally! —aulló.

—Tranquila.

El cuerpo de Tally se retorció entre los brazos de Aya y realizó un giro de infarto. Por un momento, Aya no tuvo nada debajo salvo árboles y matorrales. Estaba prácticamente cabeza abajo y las hélices elevadoras la empujaban hacia abajo, hacia la figura descontrolada de Hiro.

Quería gritar, pero toda la energía se le iba en estrangular la cintura de Tally.

Los aullidos de pánico de Hiro retumbaron con fuerza en sus oídos cuando pasaron por su lado. Luego la tabla giró de nuevo y las enderezó. Tally agarró a Hiro por el brazo y lo subió tranquilamente a la tabla.

Estaba blanco.

—Siento haber apurado tanto, Hiro —dijo Tally en tanto levantaba la vista hacia los aerovehículos—. No quería que pareciera una maniobra fácil.

Estaban haciendo equilibrios sobre la tabla, abrazados unos a otros. Las hélices rechinaban bajo el peso añadido de Hiro.

La nariz de Aya captó un olor a metal quemado.

—¿Nos estamos recalentando?

—Ajá —dijo Tally—, Justo en el momento oportuno.

Cruzaron el límite de la ciudad en el instante en que las hélices se clavaban con un chirrido metálico. La tabla vibró al conectar con la rejilla magnética.

Así y todo, seguían perdiendo altura...

—¡La tabla tiene demasiado peso! —gritó Hiro—. ¡Suéltame! ¡Ya puedo volar!

—Todavía no. —Tally mantuvo el brazo en su cintura.

Seis inhumanos habían saltado de los vehículos y estaban persiguiendo

las tres aerotablas de los cortadores por parejas. Las agujas de sus dedos brillaban como carámbanos a la luz del alba.

—Ahora viene cuando os los cargáis, ¿verdad? —dijo Aya. Confió en que Moggle estuviera lo suficientemente cerca para poder filmar el instante en que los cortadores se despojaran de sus disfraces y sorprendieran a los inhumanos.

—Todavía no —contestó Tally.

Aya vio que Frizz y Fausto, acorralados por dos inhumanos, perdían el control de la tabla y empezaban a dar vueltas.

Miró abajo. El suelo seguía aproximándose con excesiva rapidez para su gusto. Tally dirigió la tabla hacia un estrecho callejón abierto entre dos fábricas, donde les aguardaba uno de los inhumanos con sus cuatros brazos extendidos.

—¡Suéltame! —bramó Hiro.

Tally asintió.

—De acuerdo, en tres segundos... dos...

Cuando llegó a uno lo empujó de la tabla. Hiro saltó con los brazos en cruz... pero algo no iba bien.

Estaba girando descontroladamente, moviendo los brazos y las piernas como peonzas. Un inhumano se acercó y le clavó una aguja.

—¡Hiro! —gritó Aya—. ¡Tally, haz algo!

—No te preocupes, Aya-la. Las cosas están yendo según lo planeado.

Giró en redondo para alejarse del inhumano, pero otro les esperaba al otro lado del callejón. La tabla iba derecha hacia él.

—¡Tally, sube!

—Deja de sacudir los brazos, Aya-la, o tendremos problemas.

—¡Ya tenemos problemas!

Se estamparon contra los brazos extendidos del inhumano y Aya notó el pinchazo de una aguja en el costado. Un frío gélido empezó a propagarse por su cuerpo, exprimiéndole los pulmones y el corazón con sus tentáculos.

—Haz algo —murmuró, esperando aún que el disfraz de plástico inteligente de Tally se desintegrara y desvelara su intimidante rostro de cortadora.

Entonces la vio aferrada a la mano de Tally, una de las hombreras de Hiro con la correa abierta. Tally se la había arrancado deliberadamente. La dejó caer mientras la aerotabla giraba en dirección al suelo.

—Resiste unos segundos más, Aya-la. No me gustaría que te golpearas la cabeza. —Tally se desplomó sobre la superficie de la tabla y cerró los párpados, pero su voz sonó totalmente despierta cuando farfulló—: Y cuando despiertes, no me llames Tally. Somos una pandilla de amigos imperfectos, ¿entendido?

—¿Por qué...?

—Confía en mí, Aya-la. Salvar el mundo puede ser complicado a veces.

Aya estaba perdiendo el conocimiento y la cabeza le daba vueltas, pero captó lentamente cuál había sido el plan desde el principio: que los inhumanos capturaran a los cortadores disfrazados.

Aya y los demás no habían sido más que un mero cebo...

Y Tally Youngblood —la persona más famosa del mundo, artífice de la lluvia mental— no era más que una tergiversadora Reina del Limo.

TERCERA PARTE

ÉXODO

La fama es una imposición falsa y vana que a menudo se gana sin fundamento y se pierde sin merecimiento.

OTELO,
Yago, acto II, escena 3.ª

33. Cautivos

El mundo entero daba vueltas.

Todo giraba de forma incierta e irreal bajo sus pies. Una mezcla de rabia, euforia y pánico, sazonada con el sabor frío de la traición, invadía sus pensamientos. Sus cinco sentidos se fundían en un rugido constante, como si ya no tuviera certeza de nada.

De pronto, algo concreto: un punto de dolor en medio de ese revoltijo de sensaciones. Algo feroz que le acuchillaba el hombro y corría, caliente como el fuego, por sus venas.

Aya Fuse despertó sobresaltada.

—¡No! —Se sentó de golpe, presa de una furia repentina, pero unas manos fuertes la devolvieron al suelo.

—No grites —susurró alguien—. Se supone que dormimos.

¿Dormir? Pero si el corazón le iba a cien, su sangre hervía de energía. Su cuerpo sufrió una convulsión y sus agarrotadas manos arañaron el duro suelo metálico en el que yacía.

Transcurridos unos instantes, su vista se aclaró al fin.

Una cara imperfecta la estaba mirando desde arriba. Dos dedos descendieron y le abrieron suavemente los párpados para examinar un ojo y luego el otro.

—Procura relajarte. Creo que me pasé con la dosis.

—¿Dosis de qué? —preguntó Aya, corta de resuello.

—De zumo reanimante —dijo la chica imperfecta—. Pero te repondrás enseguida.

Aya permaneció tumbada. El corazón le aporreaba el pecho y la sensación

de ardor en el hombro empezaba a amainar. Respiraba despacio, a la espera de que el mundo dejara de dar vueltas.

Pero la tranquilidad era un concepto relativo. A medida que su cuerpo absorbía la delirante energía que acababa de poseerla, fue cayendo en la cuenta de dónde se encontraba: en el compartimento de carga de un gran aerovehículo que estaba atravesando una violenta tormenta. La estructura temblaba, el metal bajo su cuerpo corcoveaba y la lluvia aporreaba las ventanillas. Las hélices elevadoras chirriaban en su lucha por mantener la nave estable y su cacofonía se unía al aullido del viento.

En la tenue y cambiante oscuridad, Aya tardó unos segundos en recordar que la chica imperfecta que la había despertado iba disfrazada.

—Tally Youngblood —musitó—, eres un desperdicio de gravedad tergiversador y traidor.

Tally rio.

—Me alegro de que fuera en japonés, Aya-la, porque no sonaba muy respetuoso.

Aya cerró los ojos, instando al embotado engranaje de su cerebro a cambiar al inglés.

—Nos... has mentido.

—No es cierto —repuso Tally con calma—. Simplemente no expliqué los detalles de nuestro plan.

—¿Te parece esto un detalle? —Aya miró el oscuro compartimento zarandeado por la tormenta. Una puerta metálica, sin ventanilla, separaba este de la cabina de los pilotos. Las paredes estaban forradas de redes de sujeción. Se respiraba un aire caliente y pesado, y Aya podía notar los hilos de sudor bajo su mono—. ¡Confiamos en ti e hiciste que esos frikis nos capturaran! ¡A propósito!

—Lo siento, Aya-la, pero no nos pareció una buena idea explicar nuestro plan a unos aleatorios obsesionados con las fuentes. No teníamos otra manera de averiguar dónde viven esos secuestradores, y no podíamos correr el riesgo de que lo convirtieras en tu siguiente gran reportaje.

—¡Jamás lo habría hecho!

—Lo mismo les dijiste a las Chicas Astutas.

Aya abrió la boca, pero las palabras no pasaron de su garganta. Su furia se avivó de nuevo y las últimas gotas de zumo reanimante hirvieron en su sangre. ¿Por qué se empeñaba Tally en distorsionarlo todo?

—¡Ese caso no tiene nada que ver! —consiguió decir al fin—. Puede que haya engañado a las Chicas Astutas, pero no las utilicé como cebo.

—Como cebo no, pero las utilizaste, Aya-la. Y nosotros necesitábamos hacer lo mismo con vosotros.

—¡Pero nos mentiste!

Tally se encogió de hombros.

—¿Cómo era eso que dijiste en tu entrevista? «A veces es preciso mentir para encontrar la verdad.»Horrorizada, Aya volvió a enmudecer al ver sus propias palabras utilizadas en su contra. Pero un instante después se acordó de la persona que las había dicho antes que ella: Frizz. La última vez que lo vio estaba dando volteretas sobre la tabla de Fausto, camino del suelo.

—¿Están bien... mis amigos?

—Tranquila, están todos bien. —Tally se hizo a un lado.

Aya se incorporó y apoyó la espalda en la vibrante pared del aerovehículo. Shay y Fausto estaban sentados en la pared de enfrente, con Hiro todavía inconsciente hecho un ovillo entre los dos. La larga silueta de Ren estaba tendida en medio del compartimento, roncando plácidamente.

Frizz yacía junto a Aya, completamente inmóvil. Se acercó y le apretó una mano... pero no respondió.

—¿Seguro que está bien? —preguntó—. Anoche Frizz recibió dos pinchazos.

—Ya he contrarrestado los nanos que os inyectaron. Solo está dormido. —Tally se arremangó un brazo y observó atentamente los tatuajes flash que lo cubrían por completo. Estaban dispuestos como una interfaz, no como un mero adorno—. Habéis estado inconscientes seis horas, lo que me parece una exageración. ¿Siempre dormís hasta el mediodía?

El aerovehículo dio un bandazo, disparando los dolores y magulladuras que Aya había acumulado en su cuerpo. Tenía los músculos entumecidos a causa de las horas que había pasado agazapada en la reserva, huyendo de las cámaras paparazzi y durmiendo en un suelo metálico que no hacía más que

corcovear.

—No. Estábamos agotados de habernos pasado la noche corriendo de un lado a otro a la espera de que nos rescataras. —Aya escupió las dos últimas palabras.

—Lo creas o no, Aya-la, estás más segura aquí que en tu ciudad. Los frikis te habrían raptado tarde o temprano. Siempre lo hacen. Así, por lo menos, podemos protegerte.

Aya soltó un bufido.

—Habéis hecho un gran trabajo hasta el momento.

—Yo te veo intacta. —Tally entornó los ojos—. Por ahora.

—¿Cómo crees que me siento? —bramó Aya—. ¡Eres la persona más famosa del mundo y nos has utilizado!

—¿Que cómo creo que te sientes? —Tally se inclinó hacia ella. Sus ojos negros brillaron con una intensidad inesperada—. Sé muy bien lo que significa que te manipulen, Aya-la. Y sé muy bien lo que significa estar en peligro. Mientras tu ciudad se dedica a construiros mansiones, mis amigos y yo nos dedicamos a proteger este planeta. Hemos derramado más sangre que la que corre por tus venas, ¡así que no intentes hacerme sentir culpable!

Aya retrocedió. Durante unos terribles instantes había vislumbrado el rostro especial tras la máscara y oído las cuchillas en la voz de Tally. Recordó los estremecedores rumores que corrían por el colegio sobre el verdadero significado de la palabra «cortadores».

Súbitamente, los creyó.

—No te sulfures, Tally-wa —dijo Shay desde el otro lado del compartimento de carga—. Los aleatorios son frágiles y todavía necesitamos su ayuda.

La ira desapareció del semblante de Tally, que hundió la espalda en la red de sujeción, como si el arrebato la hubiera dejado agotada. Volvía a parecer una imperfecta corriente.

—De acuerdo, pero habla tú con ella.

Shay se volvió hacia Aya con las manos extendidas.

—Comprendo tu indignación, Aya. Te confesaré que yo también he sentido por Tally lo que tú sientes ahora. Y no pocas veces.

Tally sonrió.

—No podrías vivir sin mí, Shay-la.

—Estaba viviendo sin ti —dijo Shay—. El resto de los cortadores lo estábamos pasando de fábula en Diego antes de que aparecieras con este descerebrado plan.

—¿Descerebrado? —Aya miró primero a Shay y luego a Tally—. Pensaba que erais amigas.

—Uña y carne —dijo Shay con voz queda—. Pero ser capturada por una pandilla de frikis no es la idea que yo tengo de diversión. ¿Qué opinas tú, Fausto? ¿Te gusta estar atrapado en este descalabrante aerovehículo?

—Me encanta —respondió distraídamente Fausto mientras cambiaba los cuadros de su uniforme de residencia, como si no quisiera involucrarse en la conversación.

—No recuerdo que tuvieras una idea mejor —dijo Tally.

—Tenía un montón de ideas. —Shay se volvió hacia Aya—. Pero he aprendido que, cuando a Tally se le mete un plan en la cabeza, más te vale seguirlo. Si no lo haces, descubrirás lo muy, muy especial que puede ser Tally.

Aya tragó saliva, preguntándose si su inglés se había mezclado con eso que le habían inyectado los inhumanos. La cabeza volvía a darle vueltas. Los cortadores no coincidían en absoluto con lo que cabría esperar de unas personas famosas y cargadas de méritos que se dedicaban a salvar el mundo.

—Por «especial»... ¿te refieres a algo bueno o a algo malo? —preguntó.

—Ni una cosa ni otra, simplemente especial. —Shay se encogió de hombros—. Tally hace que las cosas ocurran, y lo más fácil es seguirle la corriente. Y tú, ¿piensas ser una buena aleatoria y ayudarnos?

—¡Si los cortadores sois vosotros! —dijo Aya—. Vosotros pusisteis fin a la era de la perfección. Además, solo tengo quince años. ¿Cómo podría ayudaros?

Shay sonrió.

—Según la tosca traducción que vimos de tu reportaje, parece que se te da muy bien lo de engañar a la gente.

Aya suspiró.

—Gracias por recordármelo.

—De nada. Lo único que queremos de ti es que mientas un poco más. Explica a nuestros secuestradores por qué un puñado de imperfectos extranjeros estaba intentando sacarte de la ciudad. —Shay señaló su máscara de imperfecta—. De nada nos servirán nuestros disfraces si empiezan a sospechar.

Aya frunció el entrecejo, consciente de que no iba a ser una misión fácil.

—Ni siquiera habláis japonés.

—Estoy segura de que se te ocurrirá alguna explicación —dijo Shay, tras lo cual soltó una carcajada—. Imagina el gran reportaje que obtendrás de todo esto. ¡La cortadora honoraria!

Aya asintió lentamente con la cabeza. Sería un reportaje alucinante: los cortadores piden a una imperfecta que les ayude a salvar el mundo. Además, podría mostrar qué clase de persona era, en realidad, la famosa Tally Youngblood.

—Pero no tengo cámara. Sin imágenes, los reportajes carecen de valor.

—¿Estás segura? Enciende tu pantalla ocular.

Aya flexionó el dedo anular. Las fuentes familiares habían desaparecido, pero en la margen de su visión flotaban algunas señales: el idioma irreconocible de alguna ciudad por la que estaban pasando y fragmentos de la interfaz del aerovehículo bajo varias capas de seguridad. Y en una esquina, su último rango facial captado cuando atravesaron las aerocámaras bombardeadas con flash: ocho.

—Estoy entre los diez primeros —murmuró.

Entonces la vio: la señal de Moggle, débil pero constante, emitida desde solo unos metros.

La miró estupefacta.

—Moggle está adherida a la panza del vehículo.

—Efectivamente —dijo Shay—. Se coló mientras nos subían. Tu pequeña aerocámara es muy lista.

Aya miró la silueta durmiente de Ren.

—Gracias a sus modificaciones.

—Un chico inteligente.

—Eso significa que ya tienes una historia —dijo Tally—. ¿Vale lo suficiente para que inviertas tu tiempo en ayudarnos a salvar el mundo?

—¿Prometes protegernos?

—Lo prometo.

Aya respiró hondo, recordando las palabras de Lai acerca del trineo.

—Os ayudaré. Porque resulta que a mí, después de todo, me gusta este mundo.

—Todo un detalle por tu parte, Aya-la —dijo Shay—. ¿Qué me dices de tus amigos? ¿Serán un problema?

—No. Estoy segura de que también querrán ayudar. —Aya asió la mano de Frizz y se preguntó si no debería despertarlos a los tres. Era preferible que se enteraran de lo que estaba pasando en ese momento, antes de que alguno tuviera la oportunidad de... contarlo todo.

Aya miró sorprendida a Frizz. Estaba empezando a revolverse bajo su mano. Un gemido escapó de sus labios... de esos hermosos labios que solo podían decir la verdad.

Y de pronto comprendió que ese no era el mejor momento para Sinceridad Radical.

34. Inglés avanzado

—Aya —murmuró Frizz, abriendo lentamente los párpados—. ¿Eres tú?

—Sí. —Aya se inclinó sobre él—. ¿Estás bien?

—Creo que tengo el cuerpo lleno de contusiones. Y sé que estoy muy enfadado con Tally Youngblood.

Aya le estrechó la mano, dudando de hasta dónde debía contarle. Después de lo que Shay le había dicho, temía lo que Tally pudiera hacerle a Frizz si descubría que su operación de cerebro amenazaba con arruinar sus planes.

¿Le dejaría nuevamente inconsciente? ¿Le echaría del aerovehículo?

Aya llegó a la conclusión de que necesitaba ayuda.

Se volvió hacia Shay.

—¿Qué tal si despertamos a esos dos, Shay-la? Cuanto antes les explique la situación, mejor.

Shay asintió y les propinó un suave codazo. Hiro y Ren despertaron lentamente, paseando la mirada por el compartimento de carga con cara de incredulidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hiro, incorporándose. Le habían quitado el equipo elevador y tenía el traje de fiesta completamente arrugado.

Aya ayudó a Frizz a sentarse e hizo señas a los otros dos para que se acercaran. Cuando los tuvo a los tres reunidos, habló en un japonés rápido.

—Nos utilizaron como cebo y dejaron que nos capturaran. Creo que nos dirigimos al lugar donde viven esos frikis.

Ren miró a Shay.

—Por eso van disfrazados.

—Exacto —dijo Aya—. Y ahora necesitan nuestra ayuda. Quieren

colarse en la base de los inhumanos sin que estos sepan quiénes son en realidad. Tenemos que hacer como si fueran amigos nuestros.

—¿Están descerebrados? —aulló Hiro—. ¿Cómo se atreven a meternos en esto?

Aya se encogió de hombros.

—Supongo que Tally es tan famosa que cree que puede hacer cualquier cosa.

—Pues yo no pienso ayudarles. —Hiro se cruzó de brazos—, ¡Y aún menos después de hacer que nos secuestraran!

—No les estaríamos ayudando solo a ellos, Hiro —intervino Frizz—, Tally dijo que había más catapultas magnéticas. Muchas más. ¿No crees que en alguna de ellas podría haber un cilindro apuntando hacia nuestra ciudad? ¿Programado quizá para destruir tu mansión?

—Podría ser —farfulló Hiro, lanzando una mirada furiosa a Tally.

—¿Y no crees que el reportaje será aún mejor si les ayudamos? —preguntó Aya—. Quieren que seamos una especie de... cortadores honorarios.

—¿Cortadores honorarios? —susurró Ren—. Menudo reportaje.

Hiro meneó la cabeza.

—Un reportaje de mierda sin una cámara.

—No te preocupes —dijo Aya—. Moggle sigue con nosotros, adherida a la base del aerovehículo.

—¿Moggle hizo eso mientras nosotros dormíamos? —Ren soltó una carcajada—. ¡Mis modificaciones son la bomba!

Aya asintió.

—¿Qué dices entonces, Hiro? ¿Lanzamos esta historia?

El aerovehículo entró en una zona de fuertes turbulencias y durante un instante el suelo se separó de ellos. Sus cuerpos se elevaron en el aire y volvieron a caer, golpeando el metal con contundencia. Pero Hiro seguía ahí sentado, como si no hubiera tormenta, pensando.

Finalmente asintió.

—De acuerdo, pero lanzaremos nuestros reportajes al mismo tiempo. Y todo el mundo podrá utilizar las tomas de Moggle que quiera.

—Hecho —respondió Aya.

—Vosotros dos podéis ser muy raros a veces —dijo Frizz—. Os recuerdo que la forma en que lancéis esta historia no es el mayor de nuestros problemas.

Aya suspiró.

—En eso tienes razón.

El entusiasmo desapareció del semblante de Ren.

—Sinceridad Radical —dijo con un lento suspiro.

—¿Y? —repuso Hiro—. ¿Es que no puedes mantener el pico cerrado?

Frizz negó con la cabeza.

—Si no soy capaz de mantener una fiesta sorpresa en secreto, ¿cómo voy a ocultar el hecho de que la persona más famosa del mundo está disfrazada a mi lado?

—¿No puedes mantener una fiesta sorpresa en secreto? —dijo Hiro—. Vale, Sinceridad Radical es oficialmente la camarilla más descerebrada que he conocido en mi vida.

—Cuando la formé no estaba entre mis planes colar a Tally Youngblood en un lugar lleno de alienígenas —espetó Frizz—. Y tampoco entre los tuyos, hasta que descubriste que podías lanzar la historia.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó Hiro.

—Una cosa más —les interrumpió Aya—. Creo que Tally es un poco... inestable.

Hiro y Ren la miraron como si pensaran que estaba bromeando, pero Frizz asintió.

—Cuando se me ocurrió la idea de Sinceridad Radical estuve un tiempo estudiando la historia de la cirugía cerebral. No solo los cabezas de burbuja, sino todo, incluido lo que la ciudad de Tally hizo a los especiales. —Frizz miró a los tres cortadores—. Podían ser terribles si alguien se interponía en su camino. Su lema era: «No quiero hacerte daño, pero lo haré si es necesario». Y lo hacían. Incluso mataron a gente.

Hiro miró a su hermana de soslayo.

—¿Y quieres que nosotros seamos «cortadores honorarios»?

—Pensaba que se habían curado —repuso Aya.

Frizz asintió.

—Casi todos ellos fueron completamente desespecializados, pero a los cortadores que habían protegido Diego durante la guerra se les permitió conservar su fuerza y sus reflejos porque sus cerebros estaban curados. —Frizz se inclinó—. Pero Tally Youngblood no aceptó ninguna modificación. No quería que nadie la «reprogramara», dijo, por eso huyó a la naturaleza.

—Mierda —dijo Ren—. No es así como lo explican en las fuentes de historia.

Aya tragó saliva. Eso era mucho peor de lo que había imaginado.

Se volvió hacia Frizz.

—¿Entiendes el problema? Tally no debe enterarse de que perteneces a Sinceridad Radical. No quiero imaginar de lo que sería capaz si descubriera que puedes echar a perder sus planes.

Frizz enarcó las cejas.

—A ver si lo he pillado, Aya. ¿Quieres que yo, una persona que no puede mentir, mienta sobre el hecho de que no puedo mentir?

—Necesitamos otro plan —dijo Hiro.

—¿Y la barrera del idioma? —propuso Ren—. Podrías decirlo absolutamente todo... pero en japonés.

Frizz negó con la cabeza.

—No funciona así, Ren. Hablar en el idioma equivocado es otra forma de ocultar la verdad. No puedo engañar a la gente.

—¿No podrías, como si dijéramos, olvidar que no hablan japonés? —preguntó Ren.

—No puedo mentirme a mí mismo más de lo que puedo mentir a los demás. —Frizz gruñó de frustración—. Cuanto más hablemos del asunto, más pensaré en él. Y cuanto más piense en él, mayor será mi necesidad de contarles que tenemos un secreto.

Volvió a gruñir, esta vez mirando a Tally.

Tally le devolvió la mirada.

—¿Cómo va por ahí? ¿Habéis tomado una decisión?

En un inglés impecable, Frizz dijo:

—¡No quieren que hable contigo! —Se detuvo en seco, llevándose las manos a la boca.

Tally enarcó una ceja. —¿Qué?

—Nada —dijo Aya en inglés—. Todavía estamos debatiendo el asunto, eso es todo.

Shay señaló la puerta con el mentón.

—Pues será mejor que os deis prisa. Creo que tenemos visita.

Aya levantó la cabeza y vio que la puerta metálica que comunicaba con la cabina de los pilotos se estaba abriendo.

«Genial —pensó—. Más gente con la que Frizz podrá hablar».

35. Udzir

Dos inhumanos entraron flotando en el compartimento. Incluso dentro del vehículo llevaban puestos sus equipos de aeropelota. El hombre se deslizó sobre sus cabezas. Su acompañante, una mujer, se quedó en la puerta, sujetándose a la jamba con las manos. En sus dedos brillaban unas agujas. Detrás de ella se divisaba la cabina de los pilotos. Aya vio a otros dos inhumanos sentados a los mandos del vehículo.

De cerca, las caras de los frikis resultaban aún más inquietantes. Los ojos estaban tan separados que parecían apuntar en direcciones diferentes, como la mirada de un pez. El hombre flotante los observó a todos detenidamente, sin girar la cabeza, y clavó un ojo acerado en Aya. Se mantenía en su lugar agitando el denso aire con sus manos y sus descalzos y extraños pies.

—Veo que habéis despertado —dijo—. ¿Algún herido?

Hablaba un japonés imperfecto. Aya comprendió que después de seis horas de vuelo el aerovehículo podía encontrarse en cualquier lugar de Asia. Se preguntó de dónde serían exactamente esos inhumanos.

—Estamos intactos —contestó—, pero disgustados.

—No entraba en nuestros planes llevarnos a siete de vosotros —repuso el hombre con una breve inclinación en el aire—. Lamento las incomodidades.

—¿Incomodidades? —aulló Hiro—. ¡Nos habéis secuestrado!

El inhumano asintió y una expresión de pesar nubló brevemente sus extrañas facciones.

—Por el momento tenemos que permanecer ocultos. Y debemos silenciaros.

—¿Silenciarnos? —Aya tragó saliva—. ¿Te refieres a que vais a

matarnos?

—¡Naturalmente que no! Disculpad mi pobre japonés. Me refería a que no podéis comunicaros con vuestras familias. Pero dentro de muy poco ya no tendremos que ocultarnos y podréis volver.

—¿Por qué no podemos marcharnos ahora? —preguntó Aya.

—Aterrizaremos en breve y os lo explicaremos todo entonces. Entretanto, yo me llamo Udzir. ¿Y vosotros?

Aya tardó unos segundos en inclinar la cabeza y decir su nombre. Ren y Hiro la imitaron. Los cortadores captaron la pregunta y dieron nombres falsos cuando Udzir se volvió hacia ellos.

La mirada del inhumano, no obstante, se demoró en Tally.

—Pareces distinta del resto —dijo.

Aya se preguntó a qué se refería exactamente. En los tiempos de la perfección, el Comité de Concordia Global había promediado las diferentes regiones del mundo, y la delirante cirugía desde la lluvia mental solo había logrado confundir aún más las viejas categorías genéticas de los oxidados. No obstante, los imperfectos seguían mostrando su legado, y las caretas de plástico inteligente de los cortadores no parecían especialmente asiáticas.

Pero Udzir estaba observando a Tally en particular. ¿Había visto en sus ojos un rastro de especial no curada?

—Es cierto —dijo Frizz con los dientes fuertemente apretados—. No es como el resto de nosotros.

Aya se apresuró a intervenir.

—Lo que Frizz quiere decir es que nuestros amigos son estudiantes de otra ciudad. No hablan muy bien el japonés.

—¡No lo hablan en absoluto! —exclamó Frizz.

Aya le estrujó la mano para indicarle que callara.

—¿Inglés entonces? —preguntó Udzir, cambiando de idioma sin esfuerzo.

Tally asintió.

—Sí, mejor en inglés. ¿Has dicho adónde nos dirigimos?

—Pronto lo veréis.

—Llevamos varias horas volando hacia el sur —dijo Fausto— y hace

mucho calor. Debemos de estar cerca del ecuador.

Udzir asintió con una sonrisa.

—Veo que sois buenos estudiantes. Vuestra agudeza merece una recompensa: pronto aterrizaremos en una isla que los oxidados llamaban Singapur.

Aya frunció el entrecejo, tratando de refrescar su geografía. El nombre no le sonaba de nada, pero eran muchas las ciudades de oxidados que habían desaparecido. Por lo menos el cambio de tema había apaciguado la necesidad de Frizz de Sinceridad Radical.

El aerovehículo estaba descendiendo y las nubes ensombrecían ahora las ventanillas. El compartimento de carga empezó a dar bandazos, y las correas de sujeción a columpiarse. Aya notó un vuelco en el estómago y se alegró de que no hubiera comido nada desde la cena.

Tally, Fausto y Shay no parecían afectados por las turbulencias. Trasladaban el peso del cuerpo cual pilotos de aerotabla, adaptándose a cada movimiento del vehículo. Parecía como si hubieran aprendido a interpretar los aullidos de la tormenta y pudieran anticiparse a las arremetidas del viento.

Suspendido en el aire, Udzir observaba a los cortadores con renovado interés.

—¿Habéis atravesado antes una tormenta tropical?

—Viajamos mucho —contestó escuetamente Tally.

—He observado que vuestras aerotablas están diseñadas para volar en la naturaleza. No es lo habitual en unos imperfectos.

—¿En serio? —repuso Shay—. Pues en nuestra ciudad son el último grito.

Frizz se puso tenso y Aya le hundió las uñas en la mano.

—¿Y qué ciudad es esa? —preguntó Udzir.

—Somos de Diego —dijo Shay, y Aya notó que Frizz se relajaba ligeramente al oír la verdad.

—Ciudad célebre por su mentalidad progresista —señaló Udzir con un gesto de aprobación—. Quizá podáis apreciar nuestro proyecto.

—¿Que trata de...? —preguntó Tally.

—Cuando aterricemos. —El aerovehículo escoró bruscamente y el

hombre se volvió hacia la cabina de los pilotos—. Lo que estamos a punto de hacer. Si lo deseáis, podéis echar un vistazo a nuestro hogar.

—¿Por qué no? —Tally se levantó y miró por una de las ventanillas. Los demás cortadores la imitaron.

Aunque Moggle estaba probablemente filmándolo todo desde la panza del vehículo, Aya decidió echar un vistazo ella también. Inspiró profundamente para dominar las náuseas que crecían en su estómago y trepó por las redes de sujeción.

—Ten cuidado, Aya —dijo Frizz.

Aya asintió. La pequeña ventanilla era de plástico grueso y combado.

El vehículo estaba atravesando una capa de nubes y desde la ventanilla solo se veían vetas de lluvia y una masa de color gris oscuro. Las nubes, no obstante, fueron desintegrándose en jirones a medida que el vehículo descendía.

La vista se despejó y el aerovehículo se estabilizó de golpe.

Un techo gris plomizo flotaba ahora sobre sus cabezas, un manto de nubes compactas. Debajo de la tormenta una selva tropical se extendía hasta el tenue destello de un océano. La espesura de la jungla envolvía las ruinas más grandes que Aya había visto en su vida. Por encima de los árboles azotados por el viento asomaban enormes edificios cuyos esqueletos de hierro desaparecían en las nubes.

Pese a la feroz tormenta, los viejos edificios de los tiempos de los oxidados tenían unos elevadores de construcción aferrados, cual aves rapaces, a sus vigas de hierro, como si estuvieran esperando a que el vendaval les diera un respiro para poder arrancarlas.

El vehículo escoró, inclinando la vista de forma mareante, y los edificios desaparecieron. Aya podía ver ahora un vasto claro en medio de la selva. Una terminal de aerodeslizadores se extendía sobre él: cientos de vehículos y elevadores pesados dispuestos en hileras sobre un campo de aterrizaje y líneas de alta velocidad que llegaban de todas direcciones y convergían en una estación central.

—Esto es enorme —murmuró Tally.

—Lo es —dijo Udzir—. Estamos muy orgullosos de nuestra obra.

—¡Estáis deforestando la jungla! —exclamó Tally, y Aya oyó las cuchillas en su voz.

—Servimos a una causa mayor —dijo Udzir—. Cuando lo hayas visto todo, comprenderás los sacrificios que hemos hecho.

Inclinándose un poco más, el aerovehículo rodeó la terminal como una barca succionada por un remolino gigante, y frente a los ojos de Aya rodaron más edificios. Viviendas prefabricadas, almacenes alargados y fábricas automatizadas dispuestas sin orden ni concierto. Unas figuras protegidas con gruesos impermeables iban de aquí para allá... volando.

Ni una sola caminaba. Se desplazaban de un lugar a otro impulsándose contra unos postes clavados en el suelo, a los que se agarraban de pies y manos para combatir el viento.

Asaltada por otra oleada de náuseas, Aya se alejó de la ventanilla y regresó al suelo.

—¿Qué hay? —le preguntó Frizz.

—Tenías razón, Ren —dijo quedamente—. Hay una ciudad entera.

—No somos una ciudad —señaló Udzir—. Somos un movimiento.

—Suena chispeante —dijo Tally—. ¿Qué clase de movimiento?

Udzir dio una voltereta y se agarró a la red de sujeción del techo.

—Estamos salvando el mundo de la humanidad. Tal vez queráis uniros a nosotros.

Tally sonrió.

—Tal vez.

—Lo dudo mucho —farfulló Frizz.

Aya reconoció la expresión de angustia de cuando Frizz había estado intentando no desvelarle su rango facial. ¡Frizz estaba a punto de explotar! Deseó con todas sus fuerzas que Udzir cerrara el pico y regresara a la cabina de los pilotos.

Pero los dos inhumanos estaban mirando a Frizz con curiosidad, como si hubiera dicho una cosa radicalmente sincera de más.

—Vuestras ciudades se están expandiendo por la naturaleza como el fuego, jovencito —dijo Udzir—. No nos juzgues antes de conocer nuestras intenciones.

—No os estoy juzgando —dijo Frizz mientras le trituraba la mano a Aya.

Udzir frunció el entrecejo.

—¿Qué estás haciendo entonces?

—Está mareado, eso es todo —intervino Aya.

—¡No estoy mareado! —replicó Frizz con la voz estrangulada—. ¡Estoy intentando no contároslo todo!

—¿Qué demonios...? —comenzó Shay.

—¿Qué estás intentando no contarnos? —preguntó secamente Udzir.

Aya se dio cuenta de que la voluntad de Frizz Raqueaba y quiso detenerle, pero tenía una mano aplastada en la de él y la otra enredada en la red de sujeción.

—¡Que es Tally Youngblood! —estalló Frizz—. ¡Y ha venido para acabar con vosotros!

Duro aterrizaje

Durante un largo instante nadie abrió la boca.

Finalmente Shay rompió el silencio gritando a Frizz:

—¡Maldito imbécil traidor!

Tally pasó volando como una bala por debajo de Udzir en dirección a la mujer que flotaba junto a la puerta. Su rostro pareció explotar y la careta de plástico inteligente desapareció en un rabioso soplido.

La mujer agitó sus dedos de aguja, pero Tally la agarró por las muñecas y le clavó un hombro en el estómago. Se encogió al instante y Tally irrumpió en la cabina de los pilotos.

Al otro lado del compartimento, Shay se levantó casi con indiferencia y clavó un puñetazo en la cara de Udzir. Mientras el hombre daba vueltas en el aire, pasó junto a sus agitadas extremidades para reunirse con Tally.

Fausto se levantó, su careta estalló y desveló unas facciones perfectas y crueles.

—No quiero haceros daño —dijo—, pero no os mováis de aquí.

—¡No nos moveremos! —le aseguró Hiro.

Aya se volvió hacia Frizz. Tenía la cara blanca.

—¿Estás bien?

—Lo siento, no he podido contenerme.

El aerovehículo se ladeó bruscamente y realizó un violento viraje. El cuerpo inconsciente de Udzir chocó contra el techo y regresó al centro del compartimento dando vueltas. Aferrada a la red de sujeción, con el estómago a punto de salírsele por la boca, Aya se dio cuenta de que en realidad Udzir no estaba dando vueltas; él estaba quieto en el aire y era el aerovehículo el que giraba a su alrededor...

Shay apareció en la puerta de la cabina y apartó de un manotazo el cuerpo encogido de la mujer.

—Una pregunta, cabezas de burbuja —dijo sujetándose al marco—. ¿Alguno de vosotros sabe pilotar un aerovehículo?

—¿Qué? —gritó Aya—. ¿Vosotros no?

Shay abrió las manos de par en par.

—¿Por quién nos has tomado? ¿Por magos?

En ese momento el vehículo emprendió un violento ascenso y los dos inhumanos ingrávidos empezaron a girar, sacudiendo las extremidades como muñecos de trapo. Los dedos-aguja de la mujer pasaron a unos centímetros del rostro de Aya.

—¡Que alguien la detenga! —gritó.

Frizz tiró de la pierna de la mujer con una mano. El cuerpo golpeó el suelo de la cabina con un sonido nauseabundo.

—Oh, lo siento —dijo.

—Lo lógico es que Tally lo hubiera preguntando antes de derribar a los pilotos —dijo Shay desde la puerta—, pero ella es así.

—¡Ven a echarme una mano! —tronó la voz de Tally.

Shay giró sobre sus talones y desapareció justo cuando el aerovehículo empezaba a girar descontroladamente en dirección al suelo.

Fausto cruzó el compartimento de un salto, cogió a la mujer inconsciente y la fijó a la red de sujeción, asegurándose de que las agujas apuntaran hacia dentro.

El vehículo seguía cayendo y cada cinco segundos el compartimento daba una vuelta completa. Pero Fausto recogió el cuerpo de Udzir y lo fijó a la red

con facilidad. Se movía ágilmente por las volubles superficies, saltando del suelo a la pared y de ahí al techo como un pequeño jugando en la casa de la risa.

El rabioso chirrido de las hélices ahogaba el aullido del viento. Aya se aferraba a la red de sujeción con una fuerza que le blanqueaba los nudillos. La gravedad giraba a su alrededor como un animal salvaje tratando de arrancarla de la pared.

De pronto, el vehículo se enderezó y el chirrido de las hélices se redujo a un zumbido uniforme. El suelo del compartimento de carga volvía a estar abajo.

Shay apareció en el umbral.

—¿Estáis bien?

—Más o menos —dijo Fausto—. Os ha costado encontrar el piloto automático.

—Ojalá no lo hubiéramos encontrado —repuso Shay—, porque está programado para llevarnos directamente a la terminal. Y parece que los pilotos han activado una alarma, de modo que nos estarán esperando. Tenemos que saltar. ¿Todo el mundo tiene pulseras protectoras?

—Sí, pero ¿estamos todavía sobre la ciudad? —preguntó Fausto.

—Después de todo este delirio debemos de estar a varios kilómetros de ella —dijo Shay—. Pero creo que ahí abajo hay metal oxidado suficiente.

Fausto la miró atónito.

—¿Lo dices en serio? ¿No te parece un poco peligroso?

Shay se encogió de hombros.

—No tanto como quedarnos aquí.

—A la velocidad que vamos necesitaremos algo más que pulseras protectoras.

Fausto se arrodilló junto a Udzir para quitarle las coderas elevadoras y se las arrojó a Shay, que procedió a ponérselas mientras se volvía hacia Ren.

—Tú y yo saltaremos los primeros.

—¿Pretendes que saltemos en mitad de una tormenta y con unas meras ruinas como sostén? —aulló Ren—, ¡Es una locura!

Shay rio.

—¿Prefieres caer en manos de una pandilla de monos quirúrgicos chiflados? ¿Estás pensando en unirte a ellos?

Ren soltó un gruñido y empezó a despegarse de la red de sujeción.

—¡Abre la puerta lateral! —gritó Shay a Tally—. ¡Nos vemos donde siempre!

La pared situada detrás de Aya y Frizz empezó a moverse. Se alejaron gateando, súbitamente empapados de lluvia mientras el viento tiraba de sus ropas y cabellos. Cuando la puerta se abrió, el aerovehículo comenzó a temblar, zarandeado por las corrientes, y la tormenta irrumpió con avidez.

En la luz plomiza que inundó el compartimento, Aya se percató de lo cerca que habían estado de estrellarse. Las copas de los árboles pasaban raudamente bajo sus pies, azotando la panza del vehículo con sus ramas más altas.

—¿Listo? —gritó Shay por encima del fragor.

Ren asintió. Shay le rodeó con los brazos y saltaron al vacío con un grito desesperado y mudo.

—¡Nos toca, Hiro! —dijo Fausto. Tenía los elevadores de la mujer inhumana amarrados a los brazos de cualquier manera.

—¡Será mejor que funcione! —gritó Hiro antes de volverse hacia Aya—, ¡Buena suerte! ¡Y no te olvides de Moggle!

Fausto agarró a Hiro y saltó del aerovehículo. Los dos cuerpos desaparecieron en el aguacero sin un sonido.

—Pero aún quedamos dos —dijo Frizz— y solo...

—Yo —dijo Tally. Estaba en el umbral de la cabina poniéndose una espinillera de aeropelota—. Es una suerte que todos esos frikis lleven estas cosas. Creo que no pueden caminar con esos pies que tienen.

—¿Podrás con los dos? —preguntó Aya.

Tally frunció el entrecejo.

—¿No querrás que nos llevemos a este imbécil? ¡Nos ha delatado!

—¡No puede evitarlo! —exclamó Aya.

—¿Por qué? ¿Está descerebrado?

—No —dijo Frizz—, Simplemente no puedo evitar decir la verdad.

—¿No puedes evitar qué?

—Sinceridad Radical —dijo Frizz—. Es un tipo de cirugía cerebral.

Tally afiló la mirada.

—Uau, vuestra ciudad es decididamente el lugar más raro de la Tierra. ¿Por qué querrían hacerte algo así?

Aya buscó algo para desviar la conversación, pero Frizz ya estaba explicándose.

—Yo solicité la intervención. De hecho, yo la diseñé.

—¿Me estás diciendo que eres un cabeza de burbuja voluntario? Se acabó, te quedas aquí. Vamos, Aya. ¡No podemos perder más tiempo!

Aya se soltó.

—¡No puedes dejarle aquí! ¡Esos frikis le atraparán!

—¿Y qué? El es otro friki. Además, bastante riesgo corremos ya siendo solo dos.

—No soy un cabeza de burbuja —dijo Frizz—. Y Tally tiene razón, Aya. Será menos peligroso para ti si yo me quedo aquí. Marchaos sin mí.

—Mierda —gruñó Tally—. ¿Tenías que decirlo?

Cogió a los dos y saltó.

A esa velocidad las gotas de lluvia semejaban piedras.

—¡Moggle! —gritó Aya cuando se alejaban del aerovehículo—. ¡Sígueme!

Y en ese momento sintió el impacto de las copas de los árboles. Atravesó el aire dando tumbos mientras las ramas crujían bajo su peso y los helechos húmedos le abofeteaban el rostro y las manos. El brazo de Tally le trituraba los pulmones y la oscuridad iba ganando terreno a la penumbra conforme traspasaban la frondosa bóveda de la jungla.

El rugido del aerovehículo se alejó. Tally se retorcía junto a Aya, esforzándose por sortear troncos y astas de hierro oxidado con su equipo de aeropelota prestado. Aya notó que fuerzas magnéticas tiraban de sus pulseras protectoras y el trío se elevó de nuevo por encima de los árboles, aerobotando como una piedra veloz deslizándose por el agua.

Cayeron de nuevo, arrastrando consigo lianas y helechos cargados de

lluvia. Aya notaba cómo los pinchos le arañaban la ropa y el pelo. Entonces la fuerza de sus pulseras protectoras desapareció sin más y la Tierra se abalanzó sobre ella.

Aterrizaron con suavidad, rodando sobre maleza y hojas y resbalando por metros de espeso fango. Aya notaba cómo sus costillas crujían bajo el fuerte abrazo de Tally, arrebatándole el aliento como un puñetazo en el estómago.

Finalmente sus cuerpos se detuvieron.

Aya abrió lentamente los ojos, jadeando.

Su temeraria e inesperada llegada había dispersado vastas bandadas de aves que ahora volaban en círculo sobre sus cabezas. Allí abajo la jungla era espesa y apenas se divisaba el cielo. Aya podía ver, de hecho, la trayectoria de su caída, un túnel de maltrechas ramas que se perdía en la distancia. Las alborotadas hojas y helechos seguían derramando agua, como si la tormenta hubiera descendido con ellos.

—¿Estáis bien? —preguntó Tally.

—Hummm —farfulló Aya. Le dolía respirar.

—Déjame adivinar —dijo Frizz—. Se nos ha acabado el metal.

—Casi —dijo Tally—. Un poco menos y nos habríamos estrellado.

—Nos hemos estrellado —gruñó Aya. Tenía los cabellos empapados y hechos una maraña sobre la cara, y hasta el último centímetro de su cuerpo cubierto de hojas, helechos y barro.

Tally se acuclilló y señaló el imponente edificio que se alzaba a su lado.

—Lo sé, pero si no hubiéramos caído después de sobrevolar esa cosa, ahora seríamos papilla. Por lo visto, entre los planes de esos frikis está hacerse con todo el metal de esas ruinas.

Aya se incorporó con un gemido. Si ellos habían estado a punto de estrellarse, ¿qué había sido de...?

Dobló su dedo anular.

—¡Nada de mensajes! —espetó Tally agarrándole la muñeca—. ¡Vas a conseguir que nos localicen! Además, debemos de estar a varios kilómetros de los demás. Demasiado lejos para tu antena de piel.

—¡Podrían estar heridos!

Frizz cogió la mano de Aya y la despegó suavemente de los dedos de

Tally.

—Fausto y Shay solo llevaban un pasajero. Probablemente tuvieron un aterrizaje más suave que el nuestro.

—¿Probablemente? ¡Si no se estamparon directamente contra un árbol, querrás decir! —aulló Aya, pero contuvo el impulso de activar su pantalla ocular. Recorrió la jungla con la mirada, preguntándose si Moggle había encontrado metal suficiente para amortiguar su caída—. ¿Puedo por lo menos gritar?

Tally se encogió de hombros.

—Adelante.

Aya inspiró hondo y gritó:

—¡Moggle!

En la espesura de la jungla asomó el parpadeo de unas luces nocturnas. Aya vio cómo la aerocámara avanzaba hacia ellos sorteando helechos y lianas y captando con sus elevadores el poco metal que quedaba en el suelo.

—¿Has filmado la caída? —le gritó.

Las luces nocturnas parpadearon de nuevo y Aya sonrió.

Las modificaciones de Ren habían funcionado una vez más.

36. Jungla

Aya no era consciente de lo irritante que podía ser la naturaleza. La jungla era sorprendentemente calurosa, tortuosa e ilógica. Por todas partes aparecía bloqueada por gigantescas raíces que descendían de los árboles. Telas de araña titilaban entre los helechos y nubes de insectos infestaban el húmedo aire. El suelo, convertido por la lluvia en un laberinto de cascadas, arroyos y aludes de barro, estaba tomado por trepadoras que se enganchaban a los tobillos. El mono de guardabosques de Aya estaba teniendo problemas para mantener el limo a raya, y las ropas de Frizz —el traje de etiqueta que se había puesto para la fiesta de tecnocerebros— amenazaban con caerse a trozos.

Solo había una cosa buena que decir de la densa vegetación: que hacía soportables los aguaceros. Aunque la lluvia se abría camino hasta el suelo de la jungla de forma ininterrumpida, rodando por los troncos de los árboles y las saturadas hojas, por lo menos no te aporreaba la cabeza.

Costaba creer que ruinas de los tiempos de los oxidados pudieran sobrevivir en ese clima, pero Aya podía vislumbrar entre los árboles los esqueletos metálicos de viejos edificios. Envueltos por trepadoras y helechos, la jungla se empeñaba en suavizar sus líneas y ángulos rectos.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Frizz—. ¿Cómo vamos a encontrar a los demás si no les mensajeamos?

—Shay dijo que nos veríamos donde siempre —contestó Tally.

—¿El lugar de siempre? —Aya se apartó un mosquito de la nariz—. Pensaba que no habíais estado antes aquí.

—Se refiere al edificio más alto de las ruinas. —Una sonrisa jugueteó en

los labios de Tally—. Era el lugar donde nos reuníamos siempre en la época de los imperfectos.

Frizz frunció el entrecejo y Aya presintió que se avecinaba un momento de Sinceridad Radical.

—Tú y Shay sois contradictorias —dijo—. Unas veces os comportáis como si fuerais grandes amigas y otras como si os odiarais.

—Tal vez se deba a que unas veces somos grandes amigas —replicó Tally— y otras nos odiamos.

—No lo entiendo —dijo Frizz.

Tally suspiró.

—En los tiempos de los perfectos siempre acabábamos en bandos contrarios. No porque quisiéramos pelear, sino porque estaban constantemente reprogramándonos y manipulándonos para que nos traicionáramos unos a otros. —Su tono se suavizó—. Supongo que nos quedamos estancadas allí.

—Pero cuando la historia de la catapulta metálica salió a la luz, le pediste ayuda —repuso Frizz—. Por lo tanto, es tu amiga, ¿no?

—Por supuesto. Ella me salvó de una vida de cabeza de burbuja, como al resto del mundo. No obstante, a lo largo del camino tuvimos muchas peleas. —Tally afiló la mirada—. Por eso flipo con tu operación cerebral. Cuando otra gente te reprograma pueden suceder cosas malas. Cosas que luego ya no tienen arreglo.

—Tú podrías arreglar algunas cosas —dijo Frizz— si hablaras con la gente en lugar de esconderte en la naturaleza.

Tally levantó una ceja y Aya se apresuró a intervenir.

—Creo que deberíamos decidir adónde vamos y dejar esto para más tarde.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Tally, dirigiéndose a Frizz—. ¿Tuviste que operarte el cerebro para poder hablar de las cosas?

—Antes mentía constantemente. No podía confiar en mí mismo, así que tuve que cambiar.

—¡Menuda cobardía! —espetó Tally—. ¿No pudiste simplemente aprender a decir la verdad?

—Eso es justamente lo que estoy aprendiendo, Tally.

—¡Pero no tomas decisiones! —Tally se señaló la sien—. Yo todavía tengo programaciones de especial en mi cerebro, pero lucho contra ellas todos los días.

—Y he observado que a veces pierdes —dijo Frizz.

Tally torció el gesto.

—Todavía no me has visto perder de verdad, cabeza de burbuja. Y reza por que no ocurra.

—Técnicamente no soy un...

Aya se interpuso entre los dos.

—En lugar de comparar operaciones, deberíamos decidir qué camino tomar, ¿no os parece? Está dejando de llover.

Tally fulminó a Frizz con la mirada durante un largo instante y luego levantó la vista. El martilleo de la lluvia contra las hojas había amainado.

—Me parece bien —resopló.

Caminó hasta el árbol más cercano, saltó sobre el tronco y se puso a trepar hacia la copa. Frizz y Aya la observaban en silencio. Era fascinante ver la infalible gracilidad con que se deslizaba entre los helechos y correteaba por ramas que parecían demasiado frágiles para soportar su peso.

—No puedo dejar de irritarla —dijo Frizz.

Aya suspiró.

—Supongo que Tally y Sinceridad Radical no son una buena combinación. Ella y Shay han vivido muchas cosas juntas. Después de todo, libraron una guerra cuando tenían nuestra edad.

Frizz apartó la mirada del árbol.

—¿Y si tiene razón? Tal vez sea demasiado perezoso para decir la verdad sin cirugía.

—No eres perezoso, Frizz. Muy poca gente es capaz de crear su propia camarilla.

—Puede. —Frizz aplastó un mosquito que tenía en el brazo—. Pero si no fuera por mi Sinceridad Radical, no estaríamos atrapados en esta jungla.

—No, seríamos prisioneros. —Aya se volvió hacia él y clavó la mirada en sus ojos manga—. Y si no fuera por tu Sinceridad Radical probablemente

no me habrías detenido esa noche para alabarme la nariz.

—No digas eso. —Frizz la atrajo hacia sí—, A veces me asusta el hecho de que nos hayamos encontrado por puro azar. Si hubieras abandonado esa fiesta un minuto antes no nos habríamos conocido.

Aya le retiró del pelo una hoja de helecho húmeda.

—Y ahora no estarías atrapado en esta jungla de barro.

—Prefiero estar aquí contigo a en cualquier otro lugar sin ti.

Aya se abrazó a su cuello. Tenía la americana empapada, desgarrada por la espalda como consecuencia del violento aterrizaje, y a ella todavía le dolían las costillas, pero así y todo se apretó fuertemente a él.

—Me da igual lo que piense Tally-wa. Cuando dices cosas así me alegro de que no puedas mentir.

Frizz la atrajo suavemente hacia sí y sus labios se fundieron en un beso. Durante unos instantes, los mosquitos y la lluvia desaparecieron en torno a Aya, dejando únicamente el calor trémulo de Frizz en sus brazos.

Algo agitó repentinamente el follaje. Levantaron la vista.

Era Tally... descendiendo por la espesura agarrándose a ramas y lianas, columpiándose y saltando de una percha a otra.

Aterrizó suavemente entre los helechos, a unos metros de ellos. Se quedó un rato mirándoles fijamente. Sus facciones de cortadora se mostraron intensas y desprotegidas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aya separándose de Frizz.

—He divisado inhumanos cerca de aquí.

—¿Te han visto?

—Naturalmente que no. —Tally se dio la vuelta con el semblante ensombrecido.

—Pero estás molesta —dijo Frizz.

—No es nada.

Aya decidió no preguntar, pero Frizz, naturalmente, tenía otra idea.

—Te ha molestado que nos besáramos, ¿verdad?

Tally se volvió hacia él y la expresión de su cara pasó del pasmo a la rabia y de ahí a otra cosa...

—Frizz —dijo quedamente Aya—, no creo que a Tally-wa le importe que

nosotros...

—La última vez que besé a alguien acabé viendo cómo moría —contestó Tally sin más—. Y estaba pensando que la muerte es una de esas cosas que no tienen arreglo. Ni hablando de ella, ni con toda la cirugía cerebral del mundo, podemos repararla.

Aya tragó saliva y se apretó contra Frizz con el corazón palpitante.

—Lo siento, Tally-wa —dijo—. Es una historia triste.

—Lo sé. —Tally desvió la mirada—. No puedo creer que os haya contado esto. ¿Tu descerebrada cirugía es contagiosa?

Aya asintió lentamente.

—Pero no deberías dejar de besar por lo que te sucedió —dijo Frizz.

Tally le sostuvo la mirada y soltó una risa amarga.

—¿Quieres que nos quedemos aquí a hablar de historia antigua?

—No —se apresuró a decir Aya—. Creo que hemos tenido suficiente Sinceridad Radical por el momento.

—Entonces seguidme.

Tally se dio la vuelta y penetró en el laberinto de helechos, árboles y barro. Aya echó a andar detrás de ella con un suspiro.

37. Ruinas

Seguirle el ritmo a Tally no era demasiado divertido.

Gracias a sus músculos y reflejos de especial, nada la detenía, ni los gigantescos embrollos de maleza, ni los árboles muertos desmenuzados en una docena de fragmentos ni los ensordecedores aguaceros. Trepaba a lo alto de los árboles para inspeccionar el terreno y saltaba por el engranaje de ramas, estirándose como un mono contra el cielo. Mientras aguardaba con cara de tedio a que Aya y Frizz le dieran alcance, la lluvia y el barro resbalaban por su traje de camuflaje convertido en un mosaico de cien tonos de verde diferentes.

Moggle saltaba de ruina en ruina utilizando los campos magnéticos como piedras de arroyo. En los escasos lugares donde la aerocámara no podía avanzar sola, Aya y Frizz tenían que transportarla bajo el bochornoso calor. Tally se negaba a cargar con ella alegando que no le gustaban las cámaras. Aya se sorprendía de lo mucho que podía pesar un fardo de elevadores, objetivos y cerebros electrónicos del tamaño de una pelota de fútbol.

Pero lo peor de todo era pasar a rastras por debajo de las intrincadas raíces colgantes, deslizarse por el barro y apartar telarañas y trepadoras a manotazos. Cortinas de hojas putrefactas se le desintegraban en las manos y de cada paso en falso emergían nidos de ciempiés. La luz plomiza del encapotado cielo apenas lograba filtrarse entre los árboles y mantenía el suelo de la jungla en constante penumbra.

Para distraerse, Aya se preguntó a quién se había referido Tally. Muchas personas habían perecido en la Guerra de Diego, pero, que ella recordara, ningún cortador. Así pues, ¿a quién estuvo besando Tally? En aquel entonces

el que no era cortador era un imperfecto o un cabeza de burbuja. No tenía sentido.

Tally no tenía nada que ver con la gente famosa normal. Si a Nana Love se le hubiera muerto un novio, la ciudad al completo conocería su nombre. Tally, en cambio, era tan reservada que hasta sus arranques de Sinceridad Radical resultaban enigmáticos.

Aya notó que un moquito le estaba picando en el brazo y lo aplastó... demasiado tarde. La sangre quedó desparramada por el machacado cuerpecillo. Suspiró y lo ahuyentó con los dedos.

—¿Cómo soporta Tally-sama vivir aquí? —comentó—. Es de lo más incómodo.

—No creo que la comodidad le importe mucho —gruñó Frizz. Estaba tratando de saltar por encima de un tronco podrido con Moggle a cuestas.

Aya le cogió la aerocámara.

—Tampoco parece que le importen mucho sus amigos. ¿Qué le importa entonces?

—Por lo pronto, el planeta. —Frizz posó el pie nuevamente en el fango y recuperó a Moggle—. Por eso estamos aquí, ¿no lo recuerdas?

—Ah, sí... eso. —Aya suspiró, marchando pesadamente—. Jamás imaginé que salvar el mundo fuera tan sofocante y limoso. ¿Vamos siquiera en la dirección correcta? Hace siglos que no veo a Tally. Estará otra vez reconociendo el terreno.

—Vayamos a donde vayamos, por lo menos hay metal.

Moggle estaba elevándose de sus brazos. Cuando sus elevadores encontraron suficiente sostén, avanzó con brío.

Frizz y Aya siguieron a la aerocámara hasta que la jungla se abrió frente a ellos. En el centro de un claro recién cortado se alzaban dos viejos edificios de los tiempos de los oxidados con las vigas de hierro infestadas de trepadoras.

Aya parpadeó, deslumbrada por la repentina claridad; por lo visto hacía ya un rato que el aguacero había parado. Parecían dos mundos distintos: en la jungla todavía llovía, pues los árboles goteaban como ropas mojadas, mientras que allí, en el claro, los rayos de sol jugueteaban con los helechos.

Tally aterrizó a su lado con un ruido sordo.

—Silencio —susurró mirando hacia los edificios—. Los frikis que he visto hace un rato siguen ahí arriba.

Aya retrocedió hacia las sombras mientras murmuraba:

—¿Y nos has traído directamente hasta ellos?

—Necesitamos un transporte. ¿Creías que iba a quedarme mirando cómo cruzabais la jungla a pie?

—¿Quieres que vuelvan a capturarnos? —preguntó Frizz.

—Con tu operación de cabeza de burbuja, no. Lo contarías todo.

—Técnicamente no soy un...

—Esperad aquí. —Tally cruzó el claro a la carrera y se adentró en la maleza que rodeaba las ruinas.

Aya escudriñó los edificios.

Uno era mucho más alto que el otro, aunque no tan grande como algunos que había divisado desde el aerovehículo. En cualquier caso, como todos los edificios de los tiempos de los oxidados, era grande y simple, de infantiles ángulos rectos, y exento de huecos y módulos móviles, apenas una enorme columna horadando el aire. Las trepadoras se ceñían con fuerza a sus vigas, como si la jungla deseara echar abajo el vasto esqueleto de metal.

En lo alto de la torre había tres inhumanos manejando un elevador de construcción. Embutidos en sus equipos de aeropelota, semejaban nadadores peleando contra el aire bochornoso. Agitaban sus pies de largos dedos como si fueran otro par de manos.

Frizz levantó un dedo. —Allí.

Tally estaba trepando por el centro del edificio más alto, a través de la frondosa vegetación y los boquetes abiertos en los suelos viejos y podridos. Saltaba de una planta a otra impulsándose con su equipo de aeropelota prestado, elegante y sigilosa como un gato avanzando hacia su presa.

—Síguela, Moggle —susurró Aya—. Pero no dejes que te vean.

Le propinó un empellón y la aerocámara cruzó raudamente el claro y desapareció entre las ruinas.

Tally ya había alcanzado la cima del edificio, pero los inhumanos estaban tan absortos en su trabajo que no la vieron acercarse. Estaban guiando las

garras del elevador y sus cuchillas para arrancar un amplio tramo de vigas.

Moggle subió raudamente por la ruina con algún que otro rayo de sol reflejándose en sus objetivos. Aya habría dado cualquier cosa por observar a Tally desde la perspectiva de la aerocámara, pero sabía que si activaba su antena de piel les descubrirían.

Las cuchillas del elevador cobraron vida y ensordecedores chirridos brotaron de sus dientes al morder el metal. Sobresaltadas por el súbito escándalo, nubes de pajarillos marrones —murciélagos, se percató Aya un segundo después— emergieron de la oscuridad interior de los edificios. Cascadas de chispas caían formando arcos fulgurantes.

Una vez que el fragor se hubo propagado por la jungla, Tally salió volando de su escondite y embistió a uno de los inhumanos. Doblándose en dos, la figura salió despedida del edificio y quedó flotando lánguidamente en el aire.

Sus compañeros se dieron la vuelta, pero Tally ya había regresado a su escondite aprovechando el rebote de la colisión. Los dos inhumanos se hicieron gestos de desconcierto, agitando frenéticamente el aire, tratando de comprender qué había sucedido.

Tally salió nuevamente de su guarida y se abalanzó sobre ambos. Sus golpes fueron raudos y los dos cuerpos se pusieron a dar volteretas en el aire.

—Oh, oh —dijo Frizz.

Estaba señalando a la primera víctima de Tally, que había empezado a alejarse de las ruinas. Cada vez más distanciada del campo magnético de los edificios, finalmente empezó a descender...

—¿Crees que tendrá un aterrizaje suave? —preguntó Aya.

—Lo dudo —dijo Frizz al tiempo que emergía de las sombras y gritaba —: ¡Tally, allí!

Pero las cuchillas del elevador seguían serrando metal y el eco de sus chirridos retumbaba en toda la jungla. Una auténtica lluvia de chispas caía alrededor de Tally mientras esta forcejeaba con los otros dos inhumanos.

—¡No puede oírte! —gritó Aya—. ¿Qué hacemos?

—¿Crees que Moggle podría cazarla al vuelo? —preguntó Frizz—. ¿Como hizo en la ciudad, cuando tú y yo nos caímos de la tabla?

—Moggle tampoco puede oírnos.

La inhumana estaba ahora sobre la jungla, precipitándose hacia la espesura, todavía inconsciente.

—¡Envíale un mensaje! —gritó Frizz.

—Pero Tally dijo que no debíamos...

—¡Tienes que hacerlo!

Aya tragó saliva y dobló el dedo anular.

—¡Moggle, atrapa a la friki que está cayendo! ¡Deprisa!

Cortó la conexión y confió en que el mensaje hubiera sido demasiado breve para poder ser rastreado.

La diminuta silueta de Moggle salió disparada hacia la inhumana. Las dos figuras se encontraron justo al filo de las copas de los árboles y desaparecieron por la frondosa bóveda.

—Confío en que no haya llegado demasiado tarde —murmuró Frizz.

El chirrido de las cuchillas calló al fin y sus últimos ecos se fundieron con el griterío de las desconcertadas aves. El elevador se alejó unos metros de las ruinas y sus enormes garras descendieron en dirección a ellos.

Tally estaba en la cabina de control con los dos inhumanos a bordo.

—¡Os traigo equipos de aeropelota! —gritó—. Deben de tener un circuito magnético en esta zona para trasladar el metal. ¡Se acabó el caminar!

—Qué bien —respondió Aya—. Pero ¿has visto lo que le ha ocurrido a la tercera friki?

Tally escudriñó el horizonte.

—Qué raro. ¿Adónde ha ido?

Aya esperó a que el elevador descendiera un poco más mientras se preguntaba cómo iba a explicarle lo que acababa de hacer.

La Sinceridad Radical de Frizz le ahorró el mal trago.

—Se ha alejado dando volteretas más allá del campo magnético de las ruinas.

—¿Se ha estrellado contra el suelo? —preguntó Tally.

Frizz negó con la cabeza.

—No. Hemos enviado a Moggle a por ella.

—Buena idea. —Tally sonrió—. Veo que los chicos de ciudad no siempre

sois unos completos inútiles.

—Solo hay un problema —continuó Frizz—. Como Moggle estaba en lo alto de las ruinas y no podía oírnos, hemos tenido que enviarle un mensaje.

—¿Le habéis enviado un mensaje?

Frizz asintió.

—Era eso o dejar que se estrellara.

Aya tragó saliva y se preparó para una explosión de furia cortadora.

Pero Tally mantuvo la voz serena y fría.

—Tenías que enviar tu juguete detrás de mí, ¿verdad? ¿No se te ha pasado por la cabeza que la aerocámara podría delatarnos? ¿O que quizá yo no desee que todo lo que hago aparezca en un reportaje para descerebrados?

—Lo siento —musitó Aya, todavía a la espera de un arrebato de ira.

Tally se limitó a suspirar.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. No tardarán en venir hacia aquí.

—Esto... Tally —dijo, nerviosa, Aya—. No sabemos utilizar los equipos de aeropelota.

—Ponedlos en gravedad cero —espetó Tally— y os remolcaré.

Mientras se ataban las almohadillas, Aya se volvió hacia el lugar donde Moggle había desaparecido con la inhumana. Nada se movía en la espesura salvo algunos pajarillos que regresaban a sus nidos después del trastorno. Aya deseaba desesperadamente activar la perspectiva de Moggle para comprobar si la inhumana y su aerocámara habían sobrevivido.

Pero seguro que a Tally no le haría gracia la idea.

Cuando tuvo el equipo de aeropelota bien ajustado, Frizz se lo activó. Una inquietante ingravidez se adueñó de su cuerpo, como si espíritus invisibles la hubieran cogido por los brazos y las piernas. Aya dio un paso al frente y se descubrió flotando hacia arriba, impulsada por una suave brisa.

—¡Deja de jugar y cógete a mi mano! —le ordenó Tally.

—¡Pero Moggle no ha vuelto aún!

—¿Crees que me importa? ¡Tenemos que irnos!

—¿No podría enviarle un mensaje para decirle que nos siga? Si no lo hago, se quedará esperando.

—No te preocupes, Aya-la —dijo Tally agarrándola de la muñeca con firmeza—. Seguirás siendo real aunque no tengas una cámara observándote.

Recogió la mano que le tendía Frizz y se elevó en el aire tirando de los dos.

38. Metal

El trío sobrevolaba velozmente la vegetación escudriñando el cielo por si aparecían perseguidores.

Tally tenía razón: una madeja de gruesos cables se extendía sobre la bóveda de la jungla, ofreciendo soporte magnético para transportar el hierro rescatado de las ruinas. Había metal de sobra. Tres personas con equipos de aeropelota no eran nada frente a toneladas de chatarra.

Así y todo, resultaba inquietante volar sin aerotabla. Edén Maru hacía que pareciera fácil, pero Aya sentía que se tambaleaba como si estuviera haciendo equilibrios sobre unos zancos invisibles.

Más desconcertante aún era la ausencia de Moggle. El segundo juego de ojos de Aya se encontraba solo y perdido, probablemente dañado, y con cada segundo que pasaba se distanciaban un poco más.

Si por lo menos tuviera una cámara-botón...

—¿Veis esas ruinas? —preguntó Tally—. Nos reuniremos allí con Shay y Fausto.

Delante y a la derecha, donde se divisaba un pedazo de océano bañado de sol, un enorme edificio se elevaba por encima de la jungla con la punta eclipsada por las nubes, que se iban abriendo lentamente. Estaba rodeado de otros edificios desnudos en diferentes fases de desmantelamiento. Pese a la distancia, Aya alcanzaba a vislumbrar la lluvia de chispas que brotaba de las cuchillas. Allí, sobre la jungla, podía hacerse una idea del vasto territorio que abarcaban las ruinas. Recordó que las ciudades de los oxidados habían llegado a tener poblaciones de diez y veinte millones de habitantes, muchos más que cualquier ciudad moderna. Y los inhumanos las estaban

desmontando.

—¿Para qué querrán tanto metal? —preguntó Aya.

Frizz se volvió hacia ella.

—Puede que aquí fabriquen los proyectiles que descubriste y los trasladen en trenes ultrarrápidos hasta las montañas que han vaciado.

—Tú teoría no está mal, Frizz-la, pero no creo que sea tan sencillo —dijo Tally—. David y yo hemos recorrido todo el planeta. Allí donde vamos descubrimos que alguien ha estado saqueando furtivamente las ruinas. Y más deprisa de lo que pueden hacerlo las ciudades.

—¿Y son siempre los frikis? —preguntó Aya.

—Eso creemos. Un amigo nuestro los vio desmantelar las grandes ruinas cercanas a mi ciudad natal. Fue él quien nos habló de ellos. —Tally miró a Aya—. Luego desapareció, como habrías hecho tú si no hubiéramos acudido en tu ayuda.

—Eso explica por qué todo el mundo se pelea por el metal —dijo Frizz —. Nuestra ciudad incluso habla de abrir la tierra para rescatar lo que los oxidados dejaron en las minas.

Tally le miró fríamente.

—Si lo intentan recibirán una visita del nuevo comando de Circunstancias Especiales.

Guardó silencio. Segundos después se detuvo en seco y descendió hacia la espesura. El trío se sumergió en las densas capas de ramas, lianas y mantos de telarañas pegajosas.

—¿Qué ocurre? —susurró Aya.

—Alguien ha oído tu mensaje.

Aya escrutó el fragmentado cielo, pero no vio nada.

La superficie del traje de Tally cobró vida. Las escamas verdes de camuflaje empezaron a desplazarse, como si el traje estuviera dividiéndose en varias piezas, y a trepar lentamente por el mono de Aya, que se volvió hacia Frizz y descubrió que también subían por él. El traje de camuflaje se estaba desplegando como alas hechas de escamas.

—Esto ocultará vuestros infrarrojos —dijo Tally—. No os mováis.

Una sombra avanzó por la jungla bloqueando los escasos rayos de sol que

lograban abrirse paso entre las hojas. Aya alcanzó a divisar la causa antes de que el traje de camuflaje le cubriera el rostro: dos aerovehículos estaban pasando muy despacio por encima de sus cabezas.

Cuando el peso de los vehículos presionó los cables, la jungla se inundó con un chirrido. Una bandada de pájaros levantó el vuelo y durante unos instantes el aire se llenó de verdes aleteos. Aya notaba cómo su equipo de aeropelota temblaba con las corrientes magnéticas y el pelo se le erizaba.

Los vehículos parecieron detenerse y Aya oyó voces, probablemente de frikis que estaban escudriñando las profundidades de la jungla con equipos de aeropelota. Clavó la mirada en el suelo y contuvo la respiración.

Finalmente las sombras se alejaron y el chirrido se perdió en la distancia.

Muchos segundos después de que el sonido hubiera cesado, Tally liberó a Aya y a Frizz. El traje regresó a su cuerpo y mientras se reestructuraba dejó al descubierto pequeñas partes de la piel de Tally. Aya advirtió que sus brazos estaban cubiertos de finas cicatrices.

—He ahí la razón de que no podamos enviar mensajes —dijo Tally.

—¿Sabes?, a lo mejor han reparado en la paliza que les has dado a sus obreros —repuso Aya con dolorosas inspiraciones. Los brazos de Tally la habían dejado como una hoja de papel arrugada.

—A lo mejor. —Tally sonrió—. Pero el caso es que saben que andamos por la zona. Tendremos que quedarnos aquí abajo hasta que los vehículos desaparezcan.

Permanecieron suspendidos en el aire, escuchando el incesante zumbido de los insectos. Aya se sentía cada vez más cómoda con su equipo de aeropelota. Practicó el ejercicio que hacían los inhumanos de agitar el aire mientras se dejaba llevar por la fresca brisa que corría entre las copas de los árboles.

Allí, en la capa más alta del follaje, la jungla ofrecía un aspecto mucho menos lúgubre. Las lianas daban flores y el sol atrapaba la iridiscencia de las alas de los insectos. Una bandada de pájaros de cresta rosada revoloteaba sobre sus cabezas. Graznaban y competían por las mejores ramas exhibiendo una panza blanca flanqueada de alas verdes. Uno con un brillante pico amarillo entre dos ojos redondos como cuentas estaba mirando a Aya con

recelo.

Quizá la jungla no estuviera tan mal después de todo, si podías flotar por encima del barro y el limo. Obviamente, su exuberancia hizo que Aya echara aún más de menos una cámara.

—Tally-wa —dijo Frizz en voz baja—. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿Puedo impedírtelo?

—Probablemente no —contestó Frizz—. ¿Y si esos cilindros que encontró Aya no fueran en realidad armas?

—¿Qué otra cosa podrían ser? —preguntó Aya.

Frizz guardó silencio unos instantes mientras contemplaba los cables enristrados a su alrededor.

—¿Y si no fueran más que metal? Porque ese es el principal problema, ¿no?

—Frizz, los cilindros tenían dentro materia inteligente, ¿recuerdas? —dijo Aya—. ¡Eso demuestra que son armas!

Frizz meneó la cabeza.

—Demuestra que tienen un sistema de teledirección. ¿Y si estuvieran programados para volar hasta esta isla?

—¿Por qué iba a querer alguien bombardearse a sí mismo? —preguntó Aya.

—No tendrían que apuntar necesariamente a los edificios —repuso Frizz.

—Eso es cierto —intervino Tally—. Después de todo, esto es una isla. Los cilindros podrían estar programados para caer en el océano. Eso los enfriaría y luego solo tendrían que rescatar el metal.

Frizz se volvió para mirarla, agitando con las manos los helechos que lo envolvían.

—Dijiste que los inhumanos estaban sacando metal de todo el planeta. Puede que las catapultas magnéticas solo sean una forma de hacerlo llegar hasta aquí.

—Más fácil que arrastrarlo clandestinamente por medio planeta —dijo Tally—. Puede que todas esas montañas que encontramos vacías ya hubieran lanzado todo el metal que contenían.

Frizz asintió.

—Eso explicaría por qué estaban abandonando el lugar que descubriste, Aya-chan. Porque ya estaban prácticamente listos para enviar el metal a esta isla.

—¡Frizz! —aulló Aya—. ¿Por qué te pones de su lado?

—No me pongo de su lado. —Frizz se encogió de hombros—. Me pongo del lado de la verdad.

—¿Qué ocurre, Aya-la? ¿Temes que tu pequeño reportaje deje de ser válido? —Tally rio entre dientes—. No me sorprendería que te hubieras equivocado. Cuando uno solo ve las cosas a través de aerocámaras y fuentes acaba por no ver lo que tiene delante de las narices.

Aya quiso replicarle, pero solo alcanzó a farfullar sonidos incomprensibles. Fulminó con la mirada a Frizz.

Este se aclaró la garganta.

—Seguimos sin tener idea de para qué quieren todo ese metal.

—No están construyendo nada en esta isla —dijo Aya—. Solo hemos visto unas pocas fábricas y almacenes.

Tally lo meditó unos instantes.

—¿Os acordáis de lo que dijo Udzir sobre los sacrificios? —dijo Aya—. ¿No os pareció un comentario un tanto inquietante?

—Dijo que quería salvar a la humanidad. —Tally suspiró—. Si nos basamos en la historia, eso puede significar desde energía solar a lesiones cerebrales a nivel mundial.

—¡O destrucción a nivel mundial! —añadió Aya.

—Dada la expansión desenfrenada de las ciudades, David y yo hemos estado tentados de destruir personalmente el planeta. —Tally meneó la cabeza—. A veces tengo la impresión de que estamos retrocediendo a la era de los oxidados.

—Y sin metal no puedes ser un oxidado —murmuró Frizz.

Tally le miró.

—¿Crees que los inhumanos están intentando frenar la expansión?

Frizz se encogió de hombros.

—Se necesita metal para construir edificios y líneas de alta velocidad.

—Y sin rejillas de acero nada puede sostenerse en el aire —añadió Tally

—. Ni los coches, ni las tablas, ni esas elegantes mansiones flotantes.

—En ese caso, ¿no creéis que la gente volvería a la minería a cielo abierto? —preguntó Aya.

—Es más fácil hacer saltar por los aires un robot minero que una mansión con gente —murmuró Tally.

Aya levantó una ceja.

—Si hacer saltar cosas por los aires era a lo que uno tendía... en circunstancias especiales. —Tally se encogió de hombros—. Si eso es lo que están haciendo los frikis, podría incluso apoyarles. Cuando dejen de secuestrar a gente.

Aya contempló el desmantelamiento de los elevados edificios a través del follaje, desconcertada ante la posibilidad de que Frizz y Tally pudieran tener razón.

Si las catapultas magnéticas no eran armas, significaba que el mundo no estaba entrando en una espantosa nueva era bélica. Si los frikis habían encontrado una forma de impedir que las ciudades destruyeran la naturaleza, significaba que en el mundo había seres humanos sumamente sensatos, y que Toshi Banana y los de su calaña tendrían que cerrar el pico para siempre.

Por desgracia, también significaba que una descerebrada de quince años llamada Aya Fuse la había pifiado con la historia más importante desde la lluvia mental.

39. Hacer el mono

Aya y Frizz echaron a volar sobre las copas de los árboles cogidos de las manos de Tally.

Bandadas de pájaros fulgurantes brotaban de la espesura a su paso y los monos les chillaban desde abajo. En un momento dado, Tally tuvo que zambullirlos de nuevo en la vegetación para ocultarse de los aerovehículos, en medio de una densa nube de mariposas cuyas radiantes alas anaranjadas eran más grandes que las manos de Aya.

Pero Aya apenas les prestó atención.

La historia del Exterminador de Ciudades le había parecido muy lógica: una montaña entera excavada por dentro, como los puestos de mando construidos por los oxidados tres siglos atrás. Una catapulta magnética apuntando hacia el cielo, preparada para lanzar cilindros llenos de materia inteligente y acero.

Pero ¿y si se había equivocado realmente?

Trató de recordar el momento exacto en que decidió que no necesitaba más pruebas.

¿Cuando comprendió lo famosa que la haría un arma extermina— dora de ciudades?

Después de todo, cuanto mayor era el escándalo más éxito tenía el reportaje. Lo había aprendido de Toshi Banana y sus alarmistas advertencias sobre nuevas camarillas y peinados para caniches. Por eso todas las fuentes de la ciudad habían saltado sobre su reportaje sin titubear. Obviamente, saltarían sobre Aya con igual determinación si se demostraba que se había equivocado.

Su reinado de un día como Reina del Limo no sería nada en comparación con esa humillación. Puede que a la interfaz de la ciudad le trajera sin cuidado por qué la gente hablaba de ti —porque eras talentosa o simplemente guapa, ingeniosa o una chiflada, porque estabas preocupaba por el planeta o indignada por nimiedades—, pero a Aya no.

No quería ser famosa por una falsa alarma.

Pasaron las siguientes horas navegando por la red de cables, escondiéndose de aerovehículos y elevadores de construcción y dando marcha atrás cada vez que tropezaban con un callejón sin salida.

Aya había hecho viajes más agradables. La ausencia de Moggle la hostigaba como un dolor de muelas insistente, y el aire, denso y húmedo, se le pegaba a los pulmones. Tenía el mono de guardabosques empapado de sudor.

Cuando se quejó de que ella y Frizz no habían probado bocado desde la noche previa, Tally extrajo de su traje de camuflaje unas barritas de emergencia. Mientras ellos comían, Tally encontró y devoró un racimo de plátanos diminutos, completamente verdes y de aspecto incomible. Al parecer, su estómago de especial podía digerir lo que le echaran.

Poco a poco se iban acercando a la piña de rascacielos. De las torres salía una procesión constante de elevadores cargados de chatarra que marcaban el trayecto.

Cuando se hallaban a solo unos kilómetros, Tally se sumergió con Aya y Frizz en la espesura de la jungla.

—Debemos permanecer ocultos el resto del camino.

Aya soltó un gemido.

—¿Me estás diciendo que tenemos que andar?

—No dispongo de tiempo para ver cómo os arrastráis por el fango —dijo Tally—. Mantened el equipo en gravedad cero y arrimaos a los cables.

Tally los hundió un poco más en la jungla, hasta que el sol de la tarde quedó oculto detrás del enjambre de ramas y lianas.

—¿Vas a remolcarnos? —preguntó Aya.

Tally soltó un bufido.

—Aquí abajo la vegetación es demasiado espesa para que podamos avanzar cogidos de la mano. No vais a tener más remedio que hacer el mono.

A modo de demostración, se agarró a la rama que tenía más cerca y, dándose un fuerte impulso, atravesó como una bala el espeso follaje. Alargó los brazos para engancharse a un tronco que pasaba por su lado y se columpió en él hasta detenerse.

—¿Lo veis? Es fácil cuando eres ingrávido.

Aya miro de reojo a Frizz y, con un suspiro, buscó algo a lo que agarrarse. Cerca había un tallo de bambú de aspecto recio, pero cuando nadó hasta él divisó una criatura con un millón de patas trepando por su superficie. Se cogió al bambú con cuidado, evitando el bicho trepador, y le dio un tirón.

El impulso la lanzó unos metros antes de que el denso aire tropical la detuviera suavemente junto a un tronco cubierto de liquen. Colocándose de costado, propinó una patada al tronco y fue recompensada con un deslizamiento mucho más prolongado por el laberíntico bosque.

Era una sensación extraña. Aunque el equipo de aeropelota le sostenía el peso, Aya seguía teniendo masa e inercia. Representaba un gran esfuerzo avanzar, sobre todo en ese aire tan húmedo. Sin embargo, una vez que ganaba velocidad, detenerse o incluso cambiar de dirección resultaba igual de complicado.

No ayudaba el hecho de que cada superficie de la jungla estuviera limosa, pegajosa o cubierta de insectos y que la vegetación todavía estuviera cargada de lluvia. Cada vez que Aya atravesaba una masa de helechos, desencadenaba una ducha que la dejaba empapada. Poco a poco, con todo, su cerebro fue cogiéndole el tranquillo y aprendiendo a combinar las tareas de atisbar sendas despejadas en medio de los obstáculos, elegir con antelación el siguiente objeto con el que impulsarse y evitar telarañas pegajosas y helechos repletos de agua.

Aya se deslizaba por la densa bóveda sin dar crédito a lo rica y enrevesada que era la jungla, mucho más compleja que un reportaje de fuente de diez minutos. Se preguntó si le sería muy difícil convertirse en guardabosques. De ese modo estaría haciendo, por lo menos, algo útil,

protegiendo algo bello, en lugar de sacar a la luz falsos desastres para un puñado de aburridos extras.

Llevaba media hora impulsándose sobre troncos, ramas y lianas cuando se dio cuenta de que estaba siendo observada.

Una tropa de monos de cara roja encaramada a los árboles cercanos estaba mirando en silencio cómo ella y Frizz se estrellaban contra helechos y lianas. Aya no podía reprocharles el pasmo reflejado en sus caras. Era más que consciente de los eones de evolución que la separaban de ellos, su falta de reflejos simiescos y de...

Dedos prensiles en los pies.

Se agarró a la siguiente liana y frenó en seco.

—¿Estás bien? —le preguntó Frizz, deteniéndose a su lado.

Aya asintió.

—Lo estoy, pero creo que acabo de dar con la razón de sus delirantes modificaciones simiescas.

—¿Te refieres a los inhumanos? —Frizz rio—. ¿Insinúas que eras capaz de pensar mientras te columpiabas como un...? —Calló y se volvió hacia las caritas que les observaban entre el follaje—. Mono.

Aya asintió de nuevo. Había un mono colgado de los pies, con sus largos dedos enroscados en una rama como si fueran manos.

—El propio Hiro reparó en ese detalle cuando estábamos escondiéndonos y esperando a Tally-wa... Los frikis son como monos.

—¿Qué estáis cuchicheando? —preguntó impacientemente Tally, dándose la vuelta—. ¡Ya casi hemos llegado!

Aya cayó en la cuenta de que habían estado hablando en japonés e hizo una pequeña inclinación.

—Lo siento, Tally-wa. Creo que hemos resuelto un misterio. Si te mueves por una jungla con equipos ingrávidos, cuatro manos resultan mucho más útiles que dos manos y dos pies.

—¿Como los frikis? —Tally lo meditó mientras se acercaba a ellos flotando—. Supongo que sería lógico tener más dedos prensiles si nunca vas

a tocar el suelo.

—Quizá estén recogiendo metal para crear una rejilla magnética gigante —dijo Aya—. ¿Crees que quieren que la gente renuncie a las ciudades y viva en las junglas como una especie de monos voladores?

—¿Y retroceder cinco millones de años? —Tally enarcó una ceja—. Me parece una manera un poco radical de reconciliarse con la naturaleza.

—La lluvia mental fue radical, Tally-wa —dijo Frizz.

Tally suspiró.

—¿Por qué todo el mundo lo dice como si yo tuviera la culpa?

Frizz la miró y se encogió de hombros.

—Tú la empezaste.

—No me culpes por ello. ¡Yo no le dije a la gente que enloqueciera!

—¿Acaso no esperabas que sucedieran cosas extrañas?

Tally puso los ojos en blanco.

—No esperaba que la gente se pusiera manos en los pies. O se dejara seguir todo el día por aerocámaras. ¡O se hiciera operar el cerebro para poder decir la verdad!

Frizz meneó la cabeza.

—Perdimos mucho en la era de la perfección, todos nuestros cimientos, así que ahora nos vemos obligados a crear otros nuevos sobre la marcha.

Tally rio.

—¡Menuda novedad, Frizz! No venimos a este mundo con un manual de instrucciones, así que no me digas que la irracionalidad de la humanidad es culpa mía. —Se dio la vuelta y señaló hacia arriba—. En cualquier caso, nos falta muy poco para llegar a esos rascacielos. Es probable que Shay y Fausto ya estén allí.

Las esqueléticas torres refulgían con el sol de la tarde a través de los árboles. Los tramos superiores estaban rodeados de elevadores de construcción y el chirrido de sus cuchillas retumbaba en la jungla.

—Si no podemos enviar mensajes, ¿cómo les encontraremos? —preguntó Aya.

Tally se encogió de hombros. —Lo pensaremos por el camino.

40. La pila

La vegetación de la jungla había sido recortada alrededor de la base de los rascacielos, pero una pila de chatarra cubría las viejas calles de los oxidados.

La pila hizo pensar a Aya en un juego para niños en el que dejabas caer un puñado de palillos al suelo y luego debías retirarlos de uno en uno sin mover los demás. Pero en lugar de palillos eran enormes vigas de hierro con pegotes de hormigón viejo y cables herrumbrosos.

No se veía un solo friki a ras de suelo. Los equipos de desmantelamiento estaban en lo alto de los rascacielos, cortando metal para la pila.

—¿Veis el rascacielos más alto? —señaló Tally—. Permaneced ocultos hasta que lleguemos a él.

—¿Tenemos que atravesar todo eso? —Aya miró a Frizz—. He oído decir que algunas ruinas contienen esqueletos de oxidados.

Tally soltó una carcajada.

—Eso es en el norte. Aquí abajo, en el trópico, la jungla se lo come todo.

Entró en la pila sorteando escombros y acero.

—Genial —dijo Aya antes de seguirla.

Deslizarse por los descuartizados edificios era, en cierto modo, como moverse por la jungla. Las vigas estaban húmedas y resbaladizas a causa de la lluvia, y en sus caras oxidadas criaban liquen.

Pero el duro acero era mucho menos indulgente que los troncos y helechos. Aya y Frizz flotaban detrás de Tally rozando vigas y trozos de hormigón irregulares, coleccionando arañazos como si estuvieran trepando por un espino.

—Recuérdame que tome algo contra el tétanos cuando volvamos a casa

—dijo Frizz mientras inspeccionaba un arañazo sangrante que le cruzaba la palma de la mano.

—¿Qué es el tétanos?

—Una enfermedad transmitida por el óxido.

—¿El óxido transmite enfermedades? —gritó Aya apartando raudamente las manos de la vieja viga de acero que tenía delante—. No me extraña que los oxidados se extinguieran.

—Chist —susurró Tally—. Algo se acerca.

En torno a ellos bailaron unas sombras: un gran objeto estaba pasando por encima de sus cabezas.

A través de la maraña de metal, Aya vislumbró un enorme pedazo de rascacielos transportado por las garras de un elevador de construcción como el tórax de un gigante muerto en las fauces de un depredador. Los cantos recién cortados brillaban con el sol.

—Me pregunto dónde tiene previsto dejarlo —musitó Frizz.

El elevador se detuvo justo sobre sus cabezas y Aya notó una vibración a lo largo de la pila. Las vigas a su alrededor estaban titilando, los campos magnéticos se revolvían bajo las toneladas de viejo metal.

El temblor cesó bruscamente.

—Oh, oh —dijo Frizz.

El pedazo de rascacielos cayó de las garras del elevador.

Aya se agarró a la viga que tenía más cerca y se impulsó con todas sus fuerzas.

El esqueleto de hierro se estrelló contra la chatarra situada justo encima de su cabeza, chirriando y rebotando sobre el metal, y el impacto resonó en toda la pila. Una lluvia de óxido y hormigón rodó por el cuerpo de Aya al tiempo que cegadoras nubes de polvo se levantaban a su alrededor. Las vigas se doblaban y retorcían bajo el peso de la nueva adquisición.

—¡Aya! —oyó gritar a Frizz.

Se dio la vuelta. Frizz tenía la americana atrapada en un revoltijo de cables, con los retorcidos extremos asomando como anzuelos por la seda. Al intentar sacar los brazos, las mangas se dieron la vuelta y las manos le quedaron atrapadas dentro.

Aya se abrió paso hasta él, le cogió por los hombros y tiró con todas sus fuerzas. Frizz logró desprenderse de la americana con un sonido desgarrador.

El esqueleto de acero seguía asentándose y provocando lluvias de polvo. El amasijo de hierros cedía en torno a ellos y las viejas vigas escupían óxido a medida que adoptaban nuevas formas.

Aya y Frizz salieron disparados, volando casi a ciegas entre las nubes de óxido y hormigón pulverizado, mientras las vigas se iban cerrando a su alrededor. Aya vislumbró a Tally a través de la cortina de polvo. Les estaba esperando con la espalda apoyada contra una barra de acero tan alta como ella dispuesta entre dos vigas horizontales, como un palillo de dientes manteniendo abierta la boca de un gigante...

Y combándose lentamente bajo la presión.

—¡Vamos! —gritó Tally.

Aya se impulsó con la viga que tenía más cerca y ella y Frizz pasaron zumbando por su lado.

Tally les fue a la zaga, abandonando la barra de acero, que resbaló hacia un lado rechinando como uñas contra metal. Se dobló, se retorció, y finalmente salió despedida hacia el centro de la pila.

La enorme estructura cedió y una avalancha de colmillos metálicos mordió el lugar que Frizz y Aya acababan de desocupar. Despidiendo otras nubes de hormigón pulverizado, la nueva incorporación se meció sobre la pila hasta detenerse.

Tally, Aya y Frizz penetraron en el ordenado entramado del rascacielos más alto.

—Uau —murmuró Aya—. Nos ha ido de pelos.

—De nada —dijo Tally frotándose los hombros.

Aya recordó la fuerte impresión que le había producido Tally la primera vez que la vio, y no solo por su fuerza. Tally había sentido la dinámica de la pila y afirmado una barra de hierro en el lugar justo para conseguirle a Frizz los largos segundos que necesitaba para escapar.

No había duda de que Tally era especial, aunque Moggle no hubiera estado allí para filmarla.

Le hizo una profunda inclinación.

—Gracias, Tally-sama.

Frizz estaba contemplando el amasijo de hierros, demasiado con—mocionado para poder hablar. Tenía la cara cubierta de polvo de hormigón.

—De nada. —Tally asintió en señal de aprobación—. Habéis logrado conservar la cabeza.

—Por muy poco. —Aya levantó la vista cuando el elevador empezó a alejarse—. ¿Crees que querían matarnos?

—Ni siquiera nos han visto —dijo Tally.

—Me has salvado la vida, Aya —dijo quedamente Frizz.

—No lo he hecho sola... —empezó Aya, pero Frizz la sujetó por los hombros y la besó. Sus labios sabían a sudor y polvo de hormigón.

Cuando se separaron, Aya miró de reojo a Tally y esta puso los ojos en blanco.

—Me alegra comprobar que estáis bien.

—Lo estamos. —Aya sonrió a Frizz y a continuación se miró un rasguño que tenía en el hombro—. Aunque me temo que voy a pillar esa enfermedad de los oxidados.

—Tranquila, Shay lleva medicinas para todo. —Tally levantó la vista—. Y ya la tenemos aquí.

Aya miró hacia arriba. La esquelética torre se alzaba hasta donde alcanzaba la vista, y por sus derruidas paredes entraba directamente el sol. Podía oír el eco de las cuchillas contra el metal y de los escombros que caían por los agujereados suelos.

De pronto, unas sombras rielaron en la oscuridad como ondas en el aire. Descendieron despacio, rodeándoles y adquiriendo forma humana. Estaban sobre unas aerotablas completamente camufladas.

Un brazo titilante retiró una capucha y debajo apareció el rostro de Shay.

—¡Caray, tenéis una pinta horrible!

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —dijo Hiro, quitándose él también la capucha—. ¿En una trituradora de piedras?

—Más o menos. —Aya señaló el amasijo, todavía chirriante—. Casi nos aplasta esa...

Se detuvo bruscamente. Había cinco figuras con trajes de camuflaje: Hiro,

Ren, Fausto, Shay... y alguien más.

Un chico se quitó la capucha y dejó al descubierto una cara imperfecta llena de cicatrices.

—Nos has encontrado —dijo quedamente Tally.

El chico se encogió de hombros.

—Lo tuve un poco difícil después de que huyerais antes de lo planeado, pero supuse que vendríais al lugar de siempre.

Tally se volvió hacia Aya y Frizz mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa.

—Os presento a David. Ha venido a rescatarnos.

41. El lugar de siempre

Era David quien había llevado las aerotablas. También había llevado comida auténtica, hecha en la ciudad, y el aire se llenó enseguida de sorbetones y de olor a comida autocalentable.

Aya y los demás estaban en una planta del rascacielos situada a media altura, sobre un suelo casi intacto. El equipo de desmantela— miento más cercano se hallaba a un centenar de metros por encima de sus cabezas y el chirrido de sus cuchillas podía oírse en la lejanía. Pero era imposible que les descubrieran: el equipo de rescate de David incluía un montón de trajes de camuflaje. El de Aya era muy suave al tacto, como un pijama de seda, mientras que las escamas exteriores eran duras como el acero. Casi invisibles de cuello para abajo, los cuerpos se confundían con las paredes semiderruidas y las cabezas flotaban inquietantemente en el aire mientras comían.

—David nos siguió hasta aquí —explicó Tally entre bocado y bocado de FideCurry— por si no conseguíamos escapar por nuestros propios medios.

Aya miró a David. Lo recordaba de la clase de lluvia mental. Su nombre se mencionaba en el célebre manifiesto donde Tally anunciaba su intención de salvar el mundo. Durante los tiempos de la perfección había sido un habitante del Humo, un grupo que vivía en la naturaleza combatiendo contra los especiales malignos y ayudando a la gente a escapar de las ciudades. Era normal, por tanto, que Tally lo quisiera a su lado ahora que también ella vivía en la naturaleza, pero no alcanzaba a comprender por qué llevaba una careta de imperfecto.

—Como si a vosotros tres fuera posible manteneros encerrados mucho tiempo —dijo David—. Mi verdadera misión era traer suministros y un

aerovehículo.

—¿Te costó mucho seguirnos? —preguntó Tally.

David negó con la cabeza.

—Me mantuve en todo momento a menos de cincuenta kilómetros. El plan habría funcionado a la perfección si no hubierais decidido saltar. —Miró a Frizz.

—Tranquilo —le dijo Hiro mientras sorbía sus fideos—. Ya les he hablado de Sinceridad Radical.

—Los chicos de ciudad estáis obsesionados con la cirugía —farfulló David.

—¿Cómo diste con ellos? —preguntó Aya—. Creía que no podíamos enviar mensajes.

—Cuando llegué aquí tuve la impresión de que en lo alto de estas ruinas estaban ardiendo bengalas. —David rio mientras contemplaba las chispas que caían por detrás de la pared semiderruida—. ¡Pensaba que me estabais haciendo señas!

—Así nos comunicábamos con David en los viejos tiempos —explicó Shay.

—Una vez que comprendí de dónde salían las chispas, opté por quedarme a esperar de todos modos. Por si decidíais venir al lugar de siempre.

—Siempre sabes dónde encontrarme —dijo Tally con una leve sonrisa.

Aya frunció el entrecejo.

—Hay una cosa que no entiendo, David. ¿Por qué vas disfrazado?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué sigues llevando...? —comenzó Aya—. Oh, ¿eso no es plástico inteligente? ¿Eres un imperfecto auténtico?

David puso los ojos en blanco.

—David nunca se ha operado —dijo Shay en voz baja—. Pero yo no utilizaría la palabra «imperfecto». Tally podría comerte viva.

—Pensaba que era un cortador, pero con... —comenzó Aya, pero la mirada amenazadora de Tally la silenció.

Siguió sorbiendo sus fideos VegeThai, lamentando no haber prestado más atención en la clase de lluvia mental.

David señaló una antena parabólica que descansaba en el suelo.

—Si quieres, Tally, podemos pedir ayuda. Esa antena está orientada hacia un satélite de comunicaciones y su transmisión es tan directa como un rayo láser. Nadie más podrá oírla.

Las miradas se volvieron hacia Aya, que tenía la boca llena de fideos. Tragó despacio, confiando en que Tally siguiera hablando. Tener que explicar personalmente su error se le antojaba mil veces más bochornoso.

—Así es —dijo al fin—. Puede que, después de todo, las catapultas magnéticas no sean armas.

—¿Qué otra cosa podrían ser? —preguntó Hiro.

—Una manera de frenar la expansión de las ciudades —respondió Tally —. De quitarle el metal al mundo y enviarlo aquí. Sin metal barato no hay expansión que valga.

—¡Tienes que estar bromeando! —exclamó Shay—. ¿Me estás diciendo que esos frikis están de nuestro lado?

—Tiene su lógica —dijo Fausto—. Esos tipos hasta podrían acabar con el metal para siempre. Solo tendrían que lanzarlo en órbita. Los cilindros no tendrían por qué regresar a la Tierra.

Hiro soltó un suspiro de indignación.

—¿Me estás diciendo, Aya, que estabas equivocada?

—¿Equivocada? ¡Fuisteis tú y Ren los que salisteis con la historia del Exterminador de Ciudades!

—¡Pero era tu reportaje, Aya! —replicó Hiro—. ¡Nosotros nos limitamos a darte una idea!

—Pero antes de que empezarais a hablar de velocidades de reingreso y del TNT, yo solo quería lanzar a las Chicas Astutas surfean— do sobre trenes ultrarrápidos.

Frizz frunció el entrecejo.

—¿No dijiste que no ibas a lanzar eso?

—¡Cerrad el pico de una vez, pandilla de aleatorios! —espetó Tally con la boca llena de cuchillas—. ¿O es que queréis que los frikis nos oigan?

Aya fulminó a Hiro con la mirada. Bastante tenía con que todas las fuentes de la ciudad fueran a culparla a ella de esta historia falsa para que su

hermano echara más leña al fuego. Miró a Frizz, confiando en que comprendiera lo que había querido decir.

—No olvidéis que todavía no sabemos nada con certeza —dijo Tally—. Esos frikis podrían estar construyendo un centenar de catapultas magnéticas aquí mismo para bombardear hasta la última ciudad de este planeta. Quién sabe, puede que después de todo tengamos que hacer volar algo por los aires.

—Estamos casi en el ecuador —dijo Fausto.

—¿En el ecuador? —Tally meneó la cabeza—. ¿Qué tiene eso que ver?

—Cuanto más cerca estás del ecuador, más deprisa gira la Tierra y mayor es la fuerza centrífuga. —Fausto dibujó un círculo sobre su cabeza—. Funciona como las hondas de los preoxidados: cuanto más largas son, mayor es el impulso que proporcionan a la piedra. Este lugar es el mejor del planeta para lanzar algo en órbita.

—Entonces, ¡puede que aquí haya catapultas magnéticas! —exclamó Aya. Tal vez su reportaje no fuera tan descabellado...

—No te hagas demasiadas ilusiones, Aya-chan. —Ren se levantó y caminó hasta el boquete más grande de la pared—. No he visto montañas en esta isla.

—Las más cercanas que he visto estaban cien kilómetros al norte —dijo David.

—Si abres una catapulta magnética a nivel del mar, el proyectil parte desde demasiado abajo —explicó Ren—. Además, en una isla tropical existe el problema de las inundaciones. Sería una pesadilla.

Aya suspiró. Esa isla no era el mejor lugar para destruir el mundo, y resultaba culpabilizante que ese detalle la llenara de tristeza. Si por lo menos los inhumanos hubieran estado preparando algo amenazante para el mundo en esa isla...

—Entonces, ¿por qué están saqueando las ruinas? —Frizz se interrumpió unos instantes para escuchar el chirrido de las cuchillas—. ¿Y por qué tienen un plazo establecido? Udzir nos dijo en el aerovehículo que nos soltarían pronto.

—¿Cuándo lo dijo? —preguntó Tally.

—Oh, creo que fue cuando estábamos hablando en japonés.

—¡Gracias por contármelo! —Tally meneó la cabeza—. Me he pasado el día haciéndoos de niñera a los dos mientras esos frikis se preparan para... ¡para lo que sea!

Se levantó y llamó a su aerotabla con un chasquido de dedos. Los demás cortadores y David hicieron otro tanto.

—Bien —dijo Shay—. Me estaba hartando de tanta tranquilidad.

Aya se levantó.

—Eso, vayamos a buscar respuestas.

Tally se volvió hacia ella.

—¿Adónde crees que vas?

—Eh... ¿con vosotros?

—Ni lo sueñes. Vosotros cuatro os quedáis aquí.

—¿Aquí? —aulló Aya. ¡Tenía un reportaje que relanzar!—. ¿Y si no volvéis? ¿Y si los frikis nos encuentran?

—Es imposible que os vean con vuestros trajes de camuflaje. —David señaló la antena parabólica—. Y si mañana al atardecer aún no hemos vuelto, podéis pedir ayuda.

Tally se subió a su aerotabla. La superficie titiló brevemente antes de fundirse con el fondo.

David y los tres cortadores se pusieron las capuchas y un instante después no eran más que ondas en el aire.

—¡Hasta luego, aleatorios! —dijo la voz de Shay desde algún lugar.

Las cuatro formas se elevaron del suelo y, sin decir otra palabra, desaparecieron por los boquetes de la pared.

—¡Espera, Tally-wa...! —gritó Aya.

—Se han ido —le dijo Frizz, posando una mano en su hombro.

Aya se apartó y caminó hasta la pared semiderruida del rascacielos para otear la jungla. El sol descansaba sobre los árboles y a lo lejos la terminal de aerodeslizadores comenzaba a iluminarse. El perfil de los almacenes y las fábricas brillaba contra la negrura de la jungla.

Todas las respuestas estaban allí, delante de sus ojos. Solo tenía que ir a buscarlas.

Aya se miró la mano, prácticamente invisible en su guante de camuflaje...

—Aya-chan —dijo Hiro—, ¿estás pensando en hacer algo descerebrado?

—No. —Aya apretó la mandíbula—. Estoy pensando que me da igual lo que diga Tally Youngblood. Este sigue siendo mi reportaje.

42. Segunda oportunidad

—Estás chiflada —dijo Hiro. —Mira ahí fuera —dijo Aya—. La base de los frikis no está tan lejos. ¡Y llevamos trajes de camuflaje!

—Pero los cortadores se han llevado todas las aerotablas —señaló Ren—. ¿Pretendes que vayamos a pie?

—En realidad… —Aya frunció el entrecejo mientras miraba el suelo—. Tenemos suficientes piezas de equipo de aeropelota para los tres. Podemos ir bastante deprisa con ellas.

—¿Quieres que flotemos por la jungla de noche? —preguntó Frizz—. ¿Con lo difícil que resulta ya a la luz del día?

Ren asintió.

—Ahí abajo hay animales salvajes, Aya-chan. Además de serpientes y arañas venenosas.

Aya gruñó. ¿A qué venía todo ese apocamiento?

—Lo que pasa es que estás abochornada por haberla pifiado con la historia —dijo Hiro.

—No es por eso… —empezó Aya. Entonces miró a Frizz—. Vale, estoy abochornada, pero aquí sigue habiendo una historia y nosotros seguimos siendo lanzadores. ¿O no?

—Yo soy más bien un fundador de camarillas —farfulló Frizz.

—Da igual lo grande que sea la historia —dijo Ren—. Ni siquiera tenemos una… —Calló y miró a Aya—. Esto… ¿dónde está Moggle?

—¡Claro! —exclamó Aya—. Moggle podría remolcarme con un equipo de aeropelota, puede que incluso pudiera remolcar a dos. ¡Podríamos sobrevolar la jungla y de ese modo evitar las lianas y los bichos venenosos!

—Pero Moggle sigue en aquellas ruinas —dijo Frizz.

—¿Has perdido a Moggle? —gritó Hiro—. ¿Otra vez?

Aya negó con la cabeza.

—No la he perdido, ¿vale? Solo está esperando en unas ruinas que encontramos por el camino. Tenemos que enviarle un mensaje.

—Propuesta descerebrada por dos razones —contestó Hiro—. En primer lugar, si enviamos un mensaje los frikis bajarán y nos capturarán. En segundo lugar, aquí un mensaje alcanzaría como mucho un kilómetro. No hay interfaz urbana para repetirlo, solo jungla.

—Tiene razón, Aya —dijo Ren con las manos extendidas—. Solo nos queda esperar a Tally.

Aya suspiró y se hundió en el suelo.

Si no conseguía relanzar la historia, sería recordada para siempre como la imperfecta que la pifió con la historia más importante desde la lluvia mental, como una lanzadora incompetente que necesitó a Tally Youngblood para descubrir la verdad.

El nombre de Aya Fuse sería para siempre sinónimo de embustera.

Levantó la vista. Por la razón que fuera, Frizz estaba emitiendo quedos gruñidos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí... —Torció el gesto—. Bueno, casi.

Aya reconoció la expresión de angustia y sonrió.

—Tienes una idea, ¿verdad?

Frizz negó con la cabeza mientras se mordía el labio.

—¡Demasiado peligroso!

—¡Vamos! —le suplicó Aya—. ¡Suéltala!

—¡Transmisión lineal! —barbotó, señalando la antena parabólica que les había dejado David. Se frotó las sienes—. Solo tenemos que colocarla en la dirección adecuada.

Ren asintió lentamente.

—Como ha dicho David, los frikis no oirán nada.

Anochecía y el horizonte estaba salpicado de focos y cascadas de chispas. Desde el mar llegaba la primera brisa fresca del día, transportando su olor salobre.

—Creo que es allí —dijo Frizz señalando un punto en la oscuridad—. Dos rascacielos en un claro, uno el doble de alto que el otro.

—Pero los inhumanos han regresado a ellas. —Aya estaba observando las chispas que caían de la torre más alta—. ¿No nos oirán?

Ren se volvió hacia la antena parabólica.

—La transmisión cubrirá un área reducida y esos obreros tienen un edificio que descuartizar. Sería absurdo que estuvieran buscando frecuencias aleatorias.

—Supongo que tienes razón.

Aya jugó nerviosamente con los mandos de su traje de camuflaje. Las escamas titilaron y adquirieron una textura semejante a una corteza de árbol. El equipo de aeropelota quedó completamente oculto bajo el traje.

—¿Ves ese elevador pesado? —Ren señaló una máquina que en ese momento abandonaba las ruinas—. Si Moggle sigue esa línea de cables y luego gira en aquel punto, en veinte minutos estará aquí.

Aya meneó la cabeza al recordar todos los virajes y cambios de rumbo que Tally había efectuado yendo hacia allí. Abajo, en las copas de los árboles, el cableado no era visible, pero desde esa altura los elevadores y aerovehículos que iban y venían desvelaban su trayectoria como un mapa móvil y luminoso desplegado en la oscuridad.

—Me quedaré aquí y guiaré a Moggle mientras vosotros esperáis allí abajo. —Ren señaló el lugar donde la pila de chatarra se adentraba en la jungla—. Quitaos las capuchas y le diré a Moggle que busque dos cabezas con luces infrarrojas.

—Tres —dijo Hiro.

Aya se volvió hacia él.

—Lo siento, Hiro, pero Moggle no puede remolcar a tres personas.

—¿Has olvidado que yo sí sé volar con un equipo de aeropelota? No

necesito que nadie me remolque. —Hiro se elevó en el aire y efectuó una pirueta para demostrarlo—. Y no pienso dejar que mi hermanita me eclipse dos veces en una semana.

Aya sonrió.

—Me alegro de que nos acompañes.

Ren acercó la antena parabólica a la pared exterior y, arrodillándose, la colocó sobre una pila de escombros. Con sumo cuidado, orientó la parábola metálica hacia las remotas ruinas.

En los mandos parpadearon unas luces, pero Ren mantuvo la vista fija en el horizonte mientras ajustaba la antena muy lentamente, sondeando la oscuridad con su rayo invisible.

Transcurrieron largos minutos así, los dedos de Ren girando la antena con la lentitud de un minutero. En la habitación solo se oía el rechinar de cuchillas cortando metal.

—Todavía no puedo creer que nos hubiéramos equivocado con la historia —murmuró Hiro.

Aya sonrió.

—Gracias por incluirte, Hiro. Pero tenías razón, fue culpa mía.

Hiro gruñó.

—Eres afortunada por tener una segunda oportunidad...

—Quizá...

—No, seguro —dijo Ren, mirando el parpadeo de los controles—. ¡Hay respuesta!

—¿Moggle está bien? —preguntó Aya.

—Eso parece desde aquí. Incluso ha recargado su batería. Debió de encontrar un rincón soleado.

Aya sintió que una sonrisa se dibujaba en sus labios. Volvía a tener una aerocámara.

—En marcha —dijo Hiro.

Flotó hasta un boquete abierto en el suelo y descendió por él. Frizz le siguió impulsándose hacia abajo con las manos.

Antes de bajar, Aya se volvió hacia Ren.

—¿Estarás bien aquí solo?

—Claro. Pero no os entretengáis demasiado. —Dio unas palmaditas a la antena—. Si dentro de veinticuatro horas no habéis vuelto, lanzaré esto al mundo entero. Vuelo nocturno

Descendieron por el esqueleto de hierro, flotando a través de suelos derrumbados, como submarinistas explorando un barco hundido. El gemido de las cuchillas se perdió en la distancia y la oscuridad creció alrededor de Aya.

Con Moggle en camino, al fin podría recuperar todas esas horas de vuelo por la jungla sin cámara. No porque las imágenes de la naturaleza le hicieran a uno famoso. Más bien lo contrario. Tal como había dicho Miki, la fama era obvia, y en la jungla casi todo permanecía oculto.

Pero Aya quería recordar su sereno esplendor.

—¿Por allí? —preguntó Hiro cuando su hermana llegó al nivel del suelo. Estaba señalando la pila de acero y cascotes.

—Sí, pero esperemos unos minutos —dijo Aya—. Está bajando un elevador.

Aguardaron en la penumbra hasta que el elevador soltó su carga de chatarra. El metal crujió y se dobló, triturando cascotes de hormigón conforme se asentaba sobre la pila.

—Deprisa —dijo Frizz—. Antes de que venga otro.

Hiro ya había penetrado como una bala en el retorcido laberinto sin mirar atrás. Aya se juró que algún día aprendería a dirigir un equipo de aeropelota como es debido. Flotar con gravedad cero era más rápido que gatear, pero excesivamente lento cuando te estaban cayendo amasijos de acero descalabrantes.

El progreso entre los escombros se le estaba haciendo eterno. Los cables sueltos que sobresalían de las vigas tiraban de ella en la oscuridad; únicamente el blindaje del traje de camuflaje la protegía de incontables arañazos transmisores del tétanos. Y no podía dejar de imaginar que otro elevador avanzaba sobre ellos con una descomunal pila de chatarra para aplastarlos a todos.

Finalmente se estaban acercando a la jungla. Las lianas habían trepado por la maraña de metal y el zumbido de los insectos ahogaba el chirrido distante de las sierras cortadoras. Aya apenas veía, pero el griterío de las aves la guio hasta el límite de la pila.

—Uau —dijo la voz de Frizz en la oscuridad—. Cómo cambia de noche.

Era cierto: la jungla se había transformado. El sofocante calor había remitido y en la oscuridad resonaban cientos de sonidos indefinibles. El denso perfume de las plantas de floración nocturna inundaba el aire y sombras fugaces eclipsaban las estrellas.

—Quitaos las capuchas —dijo Hiro—. Moggle espera tres cabezas con infrarrojos.

Aya obedeció y un enjambre de mosquitos se formó al instante frente a su cara. La nube era tan espesa que en su primera bocanada de sorpresa le entraron varios bichos. Los escupió.

—¡Estos mosquitos son enloquecedores!

El ruido de una bofetada sonó en la dirección de Frizz.

—Tendremos que tomar algo contra la malaria cuando volvamos a casa —dijo.

—¿Qué es la malaria? —preguntó Aya.

—Una enfermedad que transmiten las picaduras de mosquito.

—¡Puaj! ¿Hay algo en esta jungla que no transmita enfermedades?

—Oye, Frizz —dijo la voz de Hiro en la oscuridad—, ¿por qué sabes esas cosas?

—Cuando estudiaba cirugía cerebral recibí algunas clases de medicina. Tal vez me haga médico cuando Sinceridad Radical quede obsoleta.

—Ya está obsoleta —señaló Hiro.

—¿Médico? —Aya pegó un manotazo a un zumbido próximo a su oreja —. No lo sabía.

Frizz rio entre dientes.

—A pesar de Sinceridad Radical, hay muchas cosas que no sabes de mí.

—¡Silencio! —susurró Hiro—. ¿Podéis oírlo?

Cuando callaron oyeron un ruido en la zumbante jungla. Algo se movía entre las lianas con vacilante cautela, haciendo crujir las ramas de los árboles.

El ruido se fue acercando lentamente.

—Esto... ¿hola? —llamó Aya en voz baja.

Un destello de luz estelar brilló entre las trepadoras. Aya reconoció la silueta de unos objetivos que se mecían alegremente en el aire.

—¡Vaya, por una vez no me has deslumbrado! —dijo Aya, sintiendo que una sonrisa le iluminaba la cara.

Finalmente volvía a tener una aerocámara.

Volaban tan deprisa que ni tan siquiera los mosquitos tenían tiempo de atacarles.

Aya tenía un brazo alrededor de Moggle y el otro alrededor de Frizz, los cuerpos muy juntos. La aerocámara los remolcaba por entre las copas de los árboles, siguiendo la red de cables en dirección a la base de los inhumanos. Hiro volaba al lado de ellos, únicamente visible en los breves momentos en que su traje de camuflaje cubría las estrellas del cielo.

Suspendida sobre el negro océano de la jungla, con el feroz viento descendiendo por su cuerpo, era casi como surfear sobre un ultrarrápido. Pero aquello era mejor que cualquier tren: las corrientes magnéticas eran invisibles y silenciosas, de modo que Aya podía oír los reclamos de los pájaros, murciélagos y criaturas desconocidas que pasaban por su lado.

Se preguntó dónde estarían entonces las Chicas Astutas. Todavía escondidas, seguramente, esperando a que su indeseada fama decayera. Las echaba de menos, y curiosamente Tally Youngblood le había recordado a Lai, o comoquiera que se llamara ahora. Lai tenía declarada la guerra a los méritos y los rangos faciales; Tally luchaba contra la programación de especial de su cerebro. Ambas deseaban desaparecer y, sin embargo, no paraban de hacer cosas que aumentaban su fama.

Y ambas se encontraban a caballo entre la cordura y la locura. Aya recordó la mirada asesina que le había clavado Tally por llamar imperfecto a David. ¿Qué otra cosa tendría que haberle llamado? ¿Perfecto?

¿Acaso le gustaba? No obstante, había dicho que no había besado a nadie desde...

—¿Aya? —sonó la voz de Hiro a su espalda—. Nos estamos acercando.

Aya escudriñó el oscuro horizonte y divisó multitud de aerovehículos y elevadores pesados con sus luces apuntando a la base de los inhumanos.

Hiro se materializó fugazmente y su mano, negra como el cielo, les hizo señas para que se adentraran en la espesura.

Moggle descendió reduciendo la velocidad y la oscuridad de la jungla los envolvió. Cuando se detuvieron, Aya se ciñó la capucha para mantener a raya los bichos.

—¿Veis ese elevador? —dijo Hiro.

A su espalda, un elevador pesado se estaba acercando con una carga de chatarra en sus fauces. La jungla crujía y gemía con la presión de esas toneladas de metal sobre los cables desparramados por su bóveda. Aleteos y chillidos agitados sacudieron el húmedo y perfumado aire.

—Sería difícil no verlo —dijo Aya. En las inmediaciones de sus faros danzaban nubes de insectos. Se preguntó si la pintura de camuflaje de Moggle era tan invisible como sus trajes—. Creo que deberíamos bajar un poco más.

—No —contestó Hiro—. Tenemos que seguirlo.

—¿Seguirlo?

—Se traigan lo que se traigan entre manos, está relacionado con el metal. Veamos adónde llevan toda esa chatarra.

Aya observó la lenta aproximación de la máquina. De sus fauces colgaban enormes vigas, además de cables y tuberías, todas las entrañas metálicas de los edificios de los oxidados. Parecía una enorme bestia terminándose una comida pesada.

—Vale —dijo Frizz—. Pero aunque llevemos trajes de camuflaje debemos actuar con cautela.

—Estoy de acuerdo —convino Hiro—. La base del elevador está rodeada de faros que apuntan hacia fuera. Si nos colocamos justo debajo, estaremos en medio de los faros.

Aya asintió.

—Y estos deslumbrarán a todo el que mire hacia arriba.

La jungla se fue llenando de sombras alargadas. Aya se apretó contra el

tronco que tenía más cerca y su traje de camuflaje mimetizó la áspera corteza. Los cables se combaban a su alrededor, las ramas se doblaban y crujían, su equipo de aeropelota temblaba en las corrientes magnéticas.

Cuando las fauces del elevador sobrevolaron sus cabezas, se le formó un nudo en la garganta. La máquina desprendía polvo de hormigón, y Aya tuvo que recordarse que los inhumanos no verterían chatarra en la jungla.

O, por lo menos, eso esperaba.

Finalmente el círculo de faros se encontraba directamente encima de ellos.

—¡Ahora! —dijo Hiro, saliendo disparado hacia arriba.

Aya se agarró a Moggle.

—¡Vamos, Frizz!

La aerocámara los subió en línea recta y Aya quedó completamente cegada por las luces. Segundos más tarde, ella y Frizz alcanzaban la oscuridad de la base del elevador.

Los faros apuntaban hacia fuera en todas direcciones, vibrando de energía y ondeando el aire con su calor.

—La vista es impresionante —dijo Hiro.

Aya contempló la jungla iluminada bajo sus pies.

Bandadas de pájaros se dispersaban con la aproximación del elevador, nubes de insectos se concentraban en su camino batiendo sus iridiscentes alas azules y anaranjadas, y los ojos brillantes de atemorizadas criaturas nocturnas se alzaban hacia la extraña máquina que sobrevolaba la espesura.

—Espero que lo estés filmando, Moggle —susurró Aya.

—Ahí está —dijo Frizz.

Frente a ellos, a solo unos kilómetros, se extendía una línea brillante sobre el horizonte: la base de los inhumanos.

43. Fabricación en serie

La jungla se interrumpía en una línea claramente definida, donde la red magnética terminaba bruscamente.

Ya no eran precisos los cables, pues el suelo aparecía cubierto de acero. Cada dos o tres metros había una viga con medio cuerpo hundido en la tierra apisonada. Parecían retorcidas velas de cumpleaños en una tarta interminable.

—Fijaos en esa rejilla magnética —dijo Frizz—. Está visto que les sobra el metal.

—Es increíblemente rudimentaria —añadió Hiro—. Las vigas están todavía oxidadas, como si acabaran de extraerlas de las ruinas.

Aya frunció el entrecejo. En todo ese tiempo no habían visto caminos ni aerosenderos, únicamente zanjas llenas hasta la mitad del agua del chaparrón caído esa mañana.

—Da la impresión de que solo lleven unos días en este lugar.

—O de que estén a punto de marcharse —dijo Hiro.

—¡Chist! —Frizz señaló hacia abajo.

Una inhumana avanzaba impulsándose de viga en viga, como un pájaro brincando de rama en rama.

—Debe de ser una novata —susurró Hiro—. ¿Veis cómo tiene que impulsarse? No es una buena técnica de aeropelota. Está en gravedad cero, como vosotros dos.

—No sé qué decirte —repuso Aya. El vuelo de la mujer le parecía grácil, como una coreografía bien ensayada—. Vi a un grupo de frikis desde el aerovehículo y me pareció que todos se movían de esa manera.

Hiro soltó un bufido.

—¿Qué sentido tiene ponerse un equipo de aeropelota si no vas a utilizarlo como es debido?

—Buena pregunta —murmuró Frizz.

El elevador se alejó en dirección a una hilera de edificios bajos, todos idénticos salvo por el camuflaje que cubría los tejados.

Aya tuvo la impresión de que desprendían calor. Los tejados ondeaban, advirtió, inflándose como velas de barco.

—Son tiendas gigantes —susurró Frizz.

—Por tanto este lugar es temporal —dijo Hiro—, no una ciudad.

El elevador detuvo sus fauces sobre una enorme pila de chatarra de la que salían y entraban robots elevadores más pequeños, portando vigas sueltas y marañas de cables.

Obedeciendo a una señal inaudible, los pequeños robots se dispersaron de golpe.

—Mirad —dijo Frizz.

Las fauces del elevador se abrieron y la chatarra se precipitó sobre la pila. Se estrelló contra el metal en un coro chirriante y titiló bajo los focos mientras se combaba y asentaba. El elevador hizo un viraje y puso nuevamente rumbo a la jungla.

—Ha llegado la hora de bajar —dijo Aya—. ¿Veis a alguien?

—Algo tan peligroso tiene que estar automatizado —señaló Hiro—. Además, llevamos trajes de camuflaje. Reducid ligeramente la ingravidez de vuestros equipos de aeropelota para que podáis manteneros cerca del suelo.

Descendió y los faros iluminaron su silueta.

—¡Ten cuidado! —susurró Frizz.

Aya ajustó su equipo.

—Vamos, Moggle.

Se desgajó de la base del elevador con un empellón, bajó flotando y aterrizó suavemente junto a la pila. Permanecieron allí agazapados, con sus trajes de camuflaje confundiéndose con la chatarra, mientras el elevador pesado volaba hacia la jungla. El haz de sus faros se fue alejando hasta dejarlos a oscuras.

—¿Lo veis? —dijo Hiro—. En este lugar no hay focos. Todo es

automático.

Emprendió el vuelo hacia las fábricas.

—¡Hiro! —gritó Aya—. ¡Los robots pequeños están volviendo!

Los robots que habían visto desde arriba estaban aproximándose a la pila de chatarra desde todas las direcciones. Parecían gigantescas manos flotantes con dedos metálicos tan largos como Aya.

Uno de los robots estaba avanzando directamente hacia Hiro con los dedos extendidos...

Hiro se impulsó hacia arriba y el robot siguió su camino hacia la pila.

—¡Eh, fijaos! —dijo Hiro—. ¡No pueden verme!

Cuando otro robot pasó por debajo, realizó unas cuantas piruetas en el aire, creando un torbellino flotante con su traje de camuflaje.

Frizz rio.

—Probablemente solo puedan ver con infrarrojos. ¡Somos completamente invisibles!

Aya frunció el entrecejo. Invisible o no, Hiro estaba jugando con su traje de camuflaje más de lo aconsejable. Las tiendas no estaban lejos y ya habían visto a una inhumana en las inmediaciones.

Un robot elevador pasó junto a ella y continuó hacia la pila, ignorándola. Moggle se apartó de sus garras de un salto, pero el robot, demasiado resuelto para percatarse, se puso a hurgar en el amasijo hasta que sus enormes dedos pescaron una viga. Tiraron de ella, llevándose por detrás un embrollo de cables que estuvo a punto de derribar a Aya.

—¡Eh, cuidado! —protestó.

El robot la ignoró y se marchó con la viga hacia las tiendas.

—Salgamos de aquí —dijo Frizz, tirando de Aya con un saltito semiingrávido—. Esos robots podrían embestirnos sin darse cuenta.

Aya asintió.

—Supongo que ser invisible tiene sus riesgos.

Otro salto más prolongado los llevó hasta la tienda más próxima, donde Hiro y Moggle les esperaban mirando por el hueco entre la tierra y la lona.

La tienda se alzaba sobre un foso de unos diez metros de profundidad intensamente iluminado. Estaba lleno de vigas oxidadas que titilaban bajo la

luz de los focos. Encima del foso había un inhumano con una mascarilla de oxígeno, flotando y rociando una pila de chatarra con algo que semejaba la espuma de un extintor de incendios, pero plateada.

La espuma empezó a burbujear. El metal comenzó a retorcerse, escupiendo óxido y cascotes, y nubes de polvo inundaron el aire.

—Aya —susurró Hiro—, ¿recuerdas aquel aburrido reportaje que lanzaste el año pasado sobre el reciclaje?

—Sí. —La nariz de Aya percibió un olor a lluvia inminente—. Deben de ser nanos, como materia inteligente pero no tan inteligente. Se puede purificar acero viejo con ellos, o mezclar con aleaciones más fuertes.

—También pueden comerse edificios enteros si no vas con cuidado —añadió Hiro—. Por eso trabajan dentro de un foso, por si se les descontrolan.

—Por lo tanto, los frikis podrían utilizar nanos como armas, ¿verdad? —dijo Aya.

—Si eso te hace feliz, hermanita...

—Solo digo que ahí abajo no están haciendo sushi precisamente —farfulló—. Espero que lo estés filmando, Moggle.

El inhumano nadó por el aire en dirección a una viga oxidada que acababa de llevar un robot elevador. Le lanzó un chorro de nanos plateados y una nueva ola de calor infló la tienda.

El robot se alejó de la masa de acero retorcido y se dirigió a la pila de chatarra que ya había sido tratada. Los nanos dejaron poco a poco de borbotar y debajo asomó un trozo de acero reluciente. El robot lo atrapó con sus inmensos dedos y salió de la tienda.

—Vamos a ver qué hacen con él —dijo Hiro.

En la siguiente tienda había otro foso con trozos de acero purificado amontonados en uno de sus extremos. En el otro descansaba una docena de moldes curvos de finas líneas entrelazadas que semejaban esqueletos de alambre.

—Nano-matrices —dijo Hiro.

Aya asintió.

—Salían en tu reportaje sobre los agujeros de la pared, ¿verdad?

—Ajá, pero hace siglos que lancé esa historia.

Hiro calló y observaron cómo un robot transportaba un trozo de metal por encima del foso al tiempo que otro inhumano flotante lo dirigía haciendo gestos con los dedos.

—Parece divertido. —Aya miró por encima de su hombro para asegurarse de que Moggle lo estaba filmando—. Ese robot sigue todo lo que hace su mano.

La nano-matriz había empezado a fulgurar, adquiriendo un color blanco brillante. Medía unos quince metros de largo y sus curvas sobresalían como el casco de una nave.

—Las nano-matrices son los moldes dentro de los agujeros de la pared —explicó Hiro.

—Hum —dijo Frizz—. Siempre me tuvo intrigado eso.

El trozo de metal encerrado en la nano-matriz empezó a ponerse rojo y a derretirse como un cubito de hielo. Una ola de calor emergió de la tienda.

Aya sintió un fuerte escozor en los ojos y cerró los párpados. Era como estar demasiado cerca de un fuego.

—Uau —dijo Frizz—. ¿Por qué mi pared nunca se calienta de ese modo?

—Porque nunca has creado nada de ese tamaño —respondió Hiro.

El metal fluía ahora por la nano-matriz como un líquido viscoso, adoptando lentamente su forma y llenando los espacios entre los alambres como piel cubriendo un esqueleto. Una vez que el acero hubo colmado la matriz, procedió a enfriarse y solidificarse. El inhumano ya estaba dirigiendo el robot hacia otro trozo de metal para introducirlo en la siguiente nano-matriz.

—La pregunta es —dijo Frizz—: ¿qué forman esas piezas cuando las juntas?

Aya las contempló, pero no acertó a imaginar cómo encajaban.

—Parecen cascos de naves —dijo.

Hiro resopló.

—Ah, sí, las célebres canoas de acero macizo.

—He dicho que lo parecen —replicó Aya.

—Dejémonos de conjeturas y vayamos hasta el final —propuso Frizz.

La siguiente tienda era mucho más grande, del tamaño de un campo de fútbol.

El foso tenía, por lo menos, cuarenta metros de profundidad y estaba lleno de piezas de metal terminadas y una maraña de circuitos. Dentro flotaban varios inhumanos, manipulando cada uno un par de robots elevadores. El aire se inundaba de ruidos metálicos y sibilantes cuando el metal chocaba y se amalgamaba.

Aya avanzó a gatas por la orilla de la tienda para ver cómo funcionaba el sistema. Cada inhumano añadía una pieza nueva y la pasaba sin apenas detenerse antes de ponerse a trabajar con la siguiente.

—Una cadena de montaje —dijo Frizz—. Como las fábricas de los tiempos de los oxidados.

—Pero mucho más grande —observó Hiro—. Gracias a esos robots con forma de mano.

Aya asintió mientras recordaba el término con que los oxidados llamaban este proceso: «fabricación en serie». En lugar de fabricar cosas únicamente cuando la gente las necesitaba, como en el caso de los agujeros de la pared, las fábricas de los oxidados producían en vastas cantidades: el planeta al completo compitiendo por consumir recursos los más deprisa posible.

Los primeros cien años de fabricación en serie crearon más aparatos y juguetes que el resto de la historia junta, pero también cubrieron el planeta de basura y agotaron sus recursos. Peor aún, la fabricación en serie era una forma infalible de convertir a las personas en extras: los obreros se pasaban el día realizando la misma tarea una y otra vez, como piezas minúsculas de una gran máquina. Anónimos e invisibles.

Hacia el final de la tienda la forma de las piezas ensambladas se iba haciendo patente. Al fondo descansaba una pieza ya terminada, casi tan alta como la profundidad del foso, de paredes curvas y algo más ancha en el centro. De líneas elegantes y aerodinámica, acabada en una afilada punta. Timones de control de vuelo sobresalían de los costados como aletas de

tiburón.

Aya también recordaba esta lección de historia —nadie podía olvidarla— y comprendió que los planes de los inhumanos no precisaban ni catapultas magnéticas, ni materia inteligente, ni nada más avanzado que la clásica tecnología de los oxidados.

El terrible objeto que tenía frente a ella era ni más ni menos un misil, un Exterminador de Ciudades tradicional.

Y cada cinco minutos salía otro de la cadena de montaje.

44. Misiles

—Hum —murmuró Aya—. Por lo visto tenía razón. Hiro asintió lentamente.

—En cierto modo preferiría que no la tuvieras.

—Esto es absurdo —dijo Frizz—. ¿Qué sentido tiene construir todas esas catapultas magnéticas para luego utilizar misiles tradicionales?

—Puede que arrojar cilindros de acero no les pareciera lo suficientemente diabólico —dijo Hiro—. Piensa en todas las cosas que los misiles de los oxidados llevan dentro. Nanos, virus, incluso armas nucleares.

Aya tragó saliva.

—De modo que su intención no es agotar el metal, ni destruir algunas ciudades, sino...

—Cargarse a la humanidad entera —terminó Hiro por ella.

—O sea que saquean las ruinas de todo el planeta, envían el metal aquí y luego lo lanzan contra nosotros. —Frizz meneó la cabeza—. ¿No os parece un poco enrevesado?

—Ya has oído a Fausto —dijo Hiro—. El ecuador es el lugar idóneo para lanzar proyectiles.

Sintiendo una oleada de alivio culpabilizante, Aya asintió. Su historia era cierta, si bien había pecado de optimista. Lo que transportaban esos misiles —armas nucleares, nanos, virus— tenía que ser cien veces peor que una lluvia de cilindros metálicos.

—En los tiempos de los oxidados bastaba un misil para destruir una ciudad entera —dijo Frizz—. ¿Por qué están fabricando tantos?

—La humanidad sobrevivió a la plaga del petróleo —contestó Aya con un escalofrío—. Tal vez quieran asegurarse de que esta vez no quede nadie

vivo.

—Tenemos que avisar a Tally —dijo Hiro.

—¿Cómo? —preguntó Aya—. Probablemente esté a más de un kilómetro de aquí. Y los frikis nos descubrirán si intentamos enviarle un mensaje.

—Pues no nos queda más remedio que regresar a las ruinas y utilizar el transmisor para lanzar este lugar a todo el planeta.

—¡Tally dijo que esperáramos!

—Ella pensaba que los frikis podían estar de su lado, pero al parecer no están del lado de nadie —repuso Hiro.

Frizz meneó la cabeza.

—¿Y si nos estamos equivocando? ¿Quieres cometer el mismo error dos veces, Aya?

La estaba mirando fijamente, y también Hiro, como si ella fuera la responsable de la seguridad del mundo entero. Pero ese seguía siendo su reportaje, se dijo. Acertado o equivocado, la historia recordaría a Aya Fuse como la persona que lo lanzó.

Suspiró.

—Antes de hacer nada deberíamos cerciorarnos. Tenemos que observar un poco más la situación.

Tres robots elevadores se habían congregado en el foso, alrededor del último misil terminado. Alargando sus dedos metálicos, lo inclinaron suavemente hacia un lado y lo sacaron de la fábrica.

Aya escudriñó la oscuridad del exterior, pero solo vio las siluetas combadas de las vigas hundidas en el suelo.

—No se ve a nadie.

—Esos robots deben de ser automáticos —dijo Hiro. De su mano negra como la noche salió un dedo—. Mirad hacia dónde se dirigen.

A lo lejos, rodeado de penumbra, se adivinaba un edificio más alto y de aspecto mucho más sólido que las tiendas.

Hiro echó a volar y Aya y Frizz se agarraron a Moggle. La aerocámara sorteó las vigas, manteniéndose cerca del suelo.

—Me extraña que no haya casi gente —dijo Frizz.

—Será por los mosquitos —repuso Aya—. De no ser por estos trajes, ya

nos habrían comido.

—Puede, pero resulta curioso que alguien que planea bombardear el mundo tenga reparos en utilizar un poco de insecticida.

Aya recordó la escena que había visto desde el aerovehículo, todos aquellos inhumanos abriéndose paso entre las vigas en medio del viento y la lluvia. En cambio, esa noche era agradable y no había nadie fuera. ¿Estaban demasiado ocupados fabricando armas?

Cuando se aproximaban al edificio en penumbra los robots enderezaron nuevamente el misil. Dos puertas inmensas se abrieron de par en par, mostrando un vasto espacio interior. La luz anaranjada de unos focos barrió la tierra apisonada.

Los robots entraron con el misil.

Aya, Hiro y Frizz flotaron hasta la entrada y asomaron la cabeza.

—Tampoco se ve a nadie aquí, solo un montón de piezas —susurró Hiro.

Las puertas empezaron a cerrarse.

—¿Qué hacemos? —preguntó Frizz.

—Tenemos que inspeccionar más detenidamente esa cosa —dijo Aya. Pegada a la hoja, avanzó sigilosamente seguida de Frizz y Hiro, y entraron un segundo antes de que las puertas se cerraran con un estruendo que sacudió el edificio.

—Es genial —susurró Frizz—. Ahora estamos atrapados aquí dentro.

El misil estaba frente a ellos con los robots todavía pegados.

En el aire flotaban docenas de plataformas diminutas, como camareros robot en una fiesta pero inmóviles. Portaban instrumentos y herramientas, piezas electrónicas y objetos que constituían un completo misterio para Aya.

—Fílmalos —ordenó a Moggle.

—Debe de ser la siguiente fase de la cadena de montaje —dijo Hiro—, Donde los frikis realizan a mano el trabajo minucioso.

—¿Y dónde están? —preguntó Frizz—. No hemos visto a nadie desde la última tienda.

—Un poco inquietante, supongo —dijo Hiro.

Un ruido sibilante llenó la sala.

Frizz asintió.

—¿Solo un poco?

Aya levantó la vista. Del cielo habían empezado a caer copos, como de nieve pero ligeramente brillantes. Un enjambre de robots diminutos estaba flotando cerca del techo lanzando fulgurantes nubes blancas.

Aya atrapó un copo con la mano y vio cómo se fundía hasta reducirse a un punto blanco y brillante. El traje de camuflaje le impedía saber si estaba caliente o frío.

—Tal vez sea una espuma contra incendios —dijo Hiro.

Aya frunció el entrecejo.

—No veo ningún incendio.

—Puede que estén obsesionados con la seguridad —farfulló Hiro.

—Me temo que no tiene nada que ver con la seguridad —dijo Frizz—. ¡Miraos!

Aya se volvió hacia Frizz y los ojos se le salieron de las órbitas. Sobre su traje de camuflaje habían aparecido unos puntos brillantes. En ese momento otro copo aterrizó en su hombro y se transformó en una marca blanca. Y ella tenía los brazos cubiertos de copos luminosos.

—Se os ve perfectamente. —Hiro bajó la vista—. ¡A mí también!

Frizz meneó la cabeza.

—¡Sabían que llevábamos trajes de camuflaje!

—Eso significa que saben dónde estamos... —La voz de Aya se fue apagando.

Los tres robots se habían separado del misil. Giraron al unísono y flotaron hacia ellos.

Con sus enormes dedos extendidos...

45. Manos

—¡Moggle, te necesito! —gritó Aya.

Hiro ya había salido disparado hacia el techo. Uno de los robots giró en redondo para irle a la zaga mientras los otros dos descendían directamente hacia Aya y Frizz.

—¡Salta! —Frizz la cogió de la mano y se impulsó hacia arriba con todas sus fuerzas.

Se elevaron en el aire, girando descontroladamente el uno sobre el otro, como dos aeropelotas unidas entre sí. Una ventisca de nieve titilante se levantó a su alrededor.

—¡Suéltame... ya! —gritó Frizz.

Su mano resbaló por los dedos de Aya y sus cuerpos salieron despedidos en direcciones opuestas. Los robots pasaron volando entre los dos, separados apenas por una distancia de pocos centímetros.

Dando volteretas en el aire, Aya vio que una gran pared se le venía encima. Dobló las rodillas y la golpeó con los pies con todas sus fuerzas. El metal tronó y Aya se alejó rebotando.

—¡Moggle, aquí! —volvió a gritar.

La aerocámara estaba debajo de ella, con su pintura negra de camuflaje salpicada de motas blancas, dando vueltas y bandazos, como si los brillantes focos la hubieran dejado ciega.

—¡Por aquí! —aulló—. ¡Sigue mi voz!

Un robot elevador estaba volando hacia ella con los dedos extendidos, listos para apresarla...

Moggle embistió a Aya en el estómago, apartándola de la trayectoria del

robot.

Abrazada a la cámara. Aya se dobló con un gemido mientras sus dedos tanteaban los lisos costados, buscando algo a lo que agarrarse. La mano gigante empezó a girar, pero muy lentamente porque estaba diseñada para transportar cargas pesadas, no para perseguir a gente.

—¡Deprisa, sube! —gritó Aya.

La aerocámara salió disparada hacia arriba y los dedos del robot aplastaron el aire bajo los pies agitados de Aya.

Hiro pasó volando por su lado, en dirección descendente, con las palmas de las manos unidas y el traje de camuflaje cubierto de puntos blancos. Parecía una constelación de destellos con forma de Hiro. Uno de los robots le estaba pisando los talones, levantando remolinos de nieve a su paso.

—¿Frizz? —llamó Aya, mirando a su alrededor.

Frizz estaba realizando saltos mortales por el aire con una mano a solo unos metros de él.

—¡Moggle, allí! —aulló. La aerocámara vibró en sus brazos, apuntando en diferentes direcciones, casi desprendiéndose de su abrazo, hasta que finalmente subió—. ¡No, arriba no!

Oyó gritar a Frizz y bajó la vista. Había rebotado contra una pared y aterrizado directamente en los dedos extendidos del robot. En esos momentos estaba forcejeando con la mano mientras esta se iba cerrando a su alrededor.

—¡Hiro! —gritó Aya—. ¡Tienes que ayudar a Frizz!

—¡No puedo! —gritó Hiro a su vez, agitando descontrolada— mente los brazos y las piernas—. ¡Algo le pasa a mi equipo!

—¡Baja, Moggle! —chilló Aya, presa de la frustración—. ¡Ya!

La aerocámara obedeció al fin y descendió en picado. Los pies de Aya se movían desenfrenadamente. Uno de sus tobillos chocó contra la palma metálica del robot y unos puntos rojos le nublaron la visión. Cuando volvió a ver, advirtió que Moggle seguía bajando en picado.

—¡No tan deprisa!

Pero la aerocámara se había convertido de pronto en un trozo de metal inerte, sin energía, que como un ancla tiraba de ella hacia el duro suelo de tierra.

—¡Moggle! —gritó—. ¡Despierta!

No obtuvo respuesta y Aya la soltó. Trató de enderezar el cuerpo para impulsarse hacia arriba, pero, por la razón que fuera, ya no era ingrávida. Las almohadillas de su equipo de aeropelota estaban tan muertas como Moggle.

Su caída ganó velocidad. El suelo se elevó como un puño gigante y un ruido sordo le atravesó el cuerpo.

Y durante un largo instante nadó en un mar de oscuridad...

46. Un viejo amigo

Algo grande y duro le aplastaba los pulmones: el suelo, comprendió. Estaba tendida sobre tierra apisonada, nuevamente grávida, y cada respiración le dolía como una cuchillada entre las costillas.

—¿Aya?

Abrió los ojos y se volvió. Una cara borrosa la estaba mirando desde arriba. Salpicada de titilantes puntos blancos, no tenía ojos ni boca, solo unos contornos grises... una careta de camuflaje.

—¿Frizz? —Ahogó un gemido. Por lo visto hablar también le producía dolor—. ¿Qué ha ocurrido?

—Parece que nos han capturado.

—Ah, sí. —Aya rememoró los últimos minutos mientras inspiraba trémulamente y hacía inventario de todos los puntos que le dolían: costillas, hombros, tobillo izquierdo. Advirtió que su traje de camuflaje, dañado por la caída, parpadeada con texturas aleatorias. Así y todo, el blindaje probablemente había evitado que sufriera heridas mayores—. ¿Estáis bien?

—Sí —dijo Hiro—, pero tu caída ha sido dura.

—No me digas —gruñó Aya—. Creo que algo le ha pasado a Moggle.

Frizz asintió.

—El traje de Hiro también se ha desactivado.

—Tu aerocámara está bien —dijo una voz desconocida en inglés.

Aya se incorporó, buscando con la mirada al propietario de la voz.

Pero solo vio a Frizz y a Hiro.

El misil inacabado se alzaba como un rascacielos sobre la tierra apisonada del enorme edificio iluminado con focos anaranjados. Los tres robots

elevadores yacían desperdigados por el suelo con sus enormes dedos apuntando hacia arriba, como las patas de una araña muerta.

Aunque ya no nevaba, el suelo emitía tenues destellos, al igual que los trajes de camuflaje de Hiro y Frizz y sus propios brazos y manos. Habían pasado de ser invisibles a brillar como luciérnagas.

—Los frikis han bloqueado las fuerzas magnéticas —susurró Hiro—. Ya no somos ingrávidos.

—Me he dado cuenta —dijo Aya. Después de todo un día flotando con el equipo de aeropelota, tenía la sensación de que pesaba una tonelada.

—Os pedimos disculpas por los daños que hayáis podido sufrir —habló nuevamente la extraña voz—, pero sabemos lo peligrosos que podéis ser.

Aya parpadeó al descubrir de dónde salían las palabras: estaba ahí mismo, en el suelo, a menos de un metro de ella.

—¿Moggle? —dijo en un susurro.

—Perdónanos por haberle hecho modificaciones a tu aerocámara —dijo Moggle con su extraña e inesperada nueva voz—. La encontramos en la jungla, averiada. Al repararla le instalamos este chip de voz.

Aya gimió al recordar su reencuentro con Moggle junto a las ruinas. Por una vez no había encendido sus cegadoras luces nocturnas, alto inusitado en ella.

—Supusimos que volverías a reunirte con ella —continuó la voz— y que eso nos proporcionaría la oportunidad de hablar directamente contigo.

—¡Nos habéis estado espiando todo este tiempo! —aulló Aya.

—Os pedimos disculpas por nuestro engaño y por vuestras heridas. Hemos tenido que inutilizaros temporalmente para poder traeros a un entorno controlado.

—¿«Un entorno controlado»? —bufó Aya—. Querrás decir una cárcel.

—¡En absoluto! —dijo la nueva voz de Moggle—. Es un honor para nosotros teneros aquí. Nuestra colega os está profundamente agradecida, por cierto. Tu aerocámara le salvó la vida cuando se cayó de las ruinas.

—Extraña manera de agradecerlo. —Aya enderezó un poco más la espalda y el dolor le atravesó el cuerpo.

—Si dejáis que nos expliquemos os daréis cuenta de que vuestros

objetivos y los nuestros se complementan.

Aya rio.

—Lo siento, pero nuestros objetivos no incluyen hacer saltar el mundo por los aires.

La voz hizo una pausa antes de responder.

—Lamentablemente, unos niños estúpidos os han inducido a error. Quizá estéis dispuestos a escuchar a un viejo amigo.

Aya frunció el entrecejo. ¿Quién creían que era ella? ¿Y por qué le hablaban en inglés?

Las enormes puertas se entreabrieron con un estruendo que retumbó en todo el edificio. A través de la brecha Aya vislumbró a varios inhumanos flotando nerviosamente, con los dedos de aguja en guardia.

Delante había un hombre de aspecto extraño, desgreñado y vestido con harapos. En cuanto cruzó el umbral las puertas se cerraron a su espalda.

Aya parpadeó: en su vida había visto a un ser humano tan imperfecto. Tenía la piel tostada y las facciones torcidas, y cuando sonrió mostró unos dientes increíblemente desviados.

El hombre rio y dijo en inglés:

—¡Sabía que vendrías a por mí, Young Blood!

—Hum, me temo que tú y yo no nos conocemos —dijo Aya—. ¿Y cómo me has llamado?

—Tienes la voz... —El hombre se acercó un poco más y los escudriñó a los tres—. ¿Te importaría enseñar tu verdadera cara, Young Blood?

Aya dejó escapar una risa breve y dolorosa.

—¿Me has tomado por...?

—¡Ella no es Tally Youngblood! —explotó Frizz. Se volvió hacia Aya—. Los frikis piensan que somos cortadores.

Se quitó la capucha. Aya hizo otro tanto y, tras un instante de vacilación, Hiro soltó un suspiró y la imitó.

El hombre se quedó mirándoles con cara de pasmo.

—¿Lo ves? —dijo Aya—. Realmente creo que no nos hemos visto antes. —Hizo una inclinación hasta donde se lo permitieron sus doloridas costillas —. Me llamo Aya Fuse.

—Pero vosotros... —farfulló el hombre, señalando sus mugrientos harapos—. Vosotros vestís como los sayshal, y los flotantes dijeron que habíais venido a rescatarme. ¡Pero vuestras caras no son de sayshal!

—Me temo que hemos cometido un error —convino la nueva voz de Moggle.

Aya asintió lentamente.

—No somos cortadores, pero somos amigos de Tally.

—¡Young Blood también es una vieja amiga mía! —El hombre sonrió y le dio una palmada en el hombro—. Me llamo Andrew Simpson Smith.

47. Dos pájaros de un tiro

Las cosas empezaban a cuadrar. Más o menos.

Poco después de que el aerovehículo aterrizara en la base con el piloto automático, los frikis debieron de caer en la cuenta de que Tally Youngblood había llegado. ¿Quién, aparte de los especiales, se habría atrevido a saltar sobre la jungla? Además, Frizz había revelado el nombre de Tally a Udzir.

Eso explicaba por qué los inhumanos habían permitido que Aya, Frizz y Hiro deambularan libremente por su campamento. Tenían miedo de enfrentarse a ellos y estaban esperando a tenerlos acorralados para atacar. Con sus trajes de camuflaje parecían auténticos cortadores.

Pero había algo que Aya no alcanzaba a comprender...

—¿De qué conoces a Tally? ¿Y qué haces aquí?

Andrew Simpson Smith sonrió orgulloso.

—Young Blood cayó del cielo cerca de mi pueblo hace tres años y medio.

—¿Cayó del cielo? —repitió Aya—. ¿Cerca de tu pueblo?

Andrew asintió.

—Está muy lejos de aquí. Entre los hombrecillos.

—¿Los hombrecillos? —preguntó Aya, mirándole detenidamente. ¿Se había operado los dientes para tenerlos así de torcidos? De sus ropas colgaban trozos de pelaje desgreñado, como si hubieran sido confeccionadas con animales muertos—. ¿Perteneces a una camarilla que recrea a los preoxidados?

El desconcierto le nubló el rostro.

—No te entiendo. A lo mejor no hablas la lengua de los dioses tan bien como yo. —Andrew se inclinó un poco más hacia ella—. La mayoría de esos

flotantes tampoco.

Aya suspiró y decidió ceñirse a un inglés básico.

—¿Eres de la ciudad de Tally?

—Mi gente vive en la naturaleza —respondió firmemente Andrew—, pero ahora sabemos cómo funcionan los imanes y otras magias. Ayudamos a Young Blood a vigilar las ciudades para asegurarnos de que no dañen la Tierra. Así fue como conocí a los flotantes.

Aya asintió lentamente.

—Tally dijo que tenía un amigo al que habían secuestrado los frikis. ¿Se refería a ti?

—Sí. —Bajando la voz, Andrew añadió—: A los flotantes no les gusta que los espíen.

Moggle habló de nuevo.

—Andrew, tal vez deberías explicarles lo que has aprendido de nosotros.

Aya puso los ojos en blanco. ¿Realmente creían los inhumanos que ese tipo con pinta de preoxidado podía convencerla de algo?

Pero el hombre estaba asintiendo.

—¿Sabes lo de la forma de la Tierra, Aya?

—¿Cómo dices?

—Por lo visto la Tierra no es plana, sino redonda como una pelota.

Hiro soltó una carcajada, pero Frizz inclinó la cabeza y dijo:

—Sí, lo habíamos oído.

—Entonces podréis entenderme. —Andrew se acuclilló frente a Moggle y colocó un dedo sucio sobre su redondeada piel de camuflaje—. Todos vivimos en la superficie de esta pelota. Cada vez hay más gente, más ciudades y menos naturaleza.

—Lo sabemos. —Frizz se acuclilló a su lado—. Lo llamamos expansión.

—Expansión. —Andrew asintió—. La palabra de los dioses que significa hacerse más grande. Pero la pelota terrestre no se hace más grande.

—Ajá —convino Frizz—. Tenemos lo que tenemos y punto.

Andrew sonrió.

—Y ahí es donde entra el ingenio de los flotantes. ¿Qué os parecería la idea de construir una nueva ciudad... aquí?

Su dedo vagó por el aire y se detuvo a unos centímetros de la piel de Moggle.

Frizz se quedó mudo unos instantes y luego dijo:

—¿En el espacio?

Andrew asintió lentamente y extendió las manos como si estuviera calentándolas sobre la superficie de Moggle.

—Sobre nuestras cabezas hay un lugar estable llamado «órbita». Un anillo que rodea el mundo.

—No me lo puedo creer —murmuró Hiro.

Andrew soltó una risita.

—Al principio cuesta, lo sé, pero Young Blood me ha contado que el mundo es ilimitado e infinito. Has de aprender a ver más allá de los hombrecillos.

—¿Los hombrecillos? —preguntó Hiro.

Frizz miró la gigantesca pieza metálica que se alzaba sobre ellos.

—Al parecer tenías razón, Aya. Cuando les vimos fabricar esta cosa dijiste que parecía una nave.

Aya observó detenidamente el misil, la nave o lo que demonios fuera, y negó con la cabeza.

—¡Pero es idéntica a una de esas armas de los oxidados!

—Los oxidados tenían más de un sueño —contestó la voz inhumana.

Aya advirtió que no había salido de Moggle y se dio la vuelta. Udzir y otros dos inhumanos estaban suspendidos en el aire, frente a ella.

—Después de inventar los primeros exterminadores de ciudades —continuó—, los rediseñaron para enviar a la gente al espacio. Muerte y esperanza dentro de una misma máquina.

—¿Todo tiene que ver con eso? —preguntó quedamente Aya—. ¿Con el espacio?

—¡Por eso sois tan torpes con los equipos de aeropelota! —exclamó Hiro —. No los utilizáis para desplazaros más deprisa, sino para acostumbraros a la ingravidez.

—¡Entonces sí creéis en la órbita! —dijo entusiasmado Andrew—. ¡Es un lugar donde la gente flota!

Aya cerró los ojos y recordó su periplo por la jungla.

—Y por eso os habéis operado todos como frikis. Si no hay gravedad los pies no sirven de nada. Por eso todos tenéis cuatro manos.

Udzir frunció el entrecejo mientras nadaba en el aire.

—No somos «frikis», Aya Fuse. Cada cambio que nos hacemos nos adapta mejor a nuestro futuro hogar. Somos los primeros humanos extraterrestres. —Hizo una reverencia—. Y nos hacemos llamar extras.

Aya apenas consiguió ahogar una risa.

—Te aseguro —le dijo Udzir con firmeza— que lo de nuestro nuevo hogar va completamente en serio.

—Lo siento, es solo que en mi ciudad «extra» significa... Da igual, no tiene importancia.

—Así pues, estáis del lado de Tally —dijo Frizz—. Todo ese metal abandonará para siempre la Tierra.

Udzir asintió.

—Dos pájaros de un tiro. Podemos ralentizar la expansión urbana aquí en la Tierra y redirigirla al espacio. Ha llegado el momento de que los humanos abandonemos nuestro hogar, antes de que lo destruyamos.

—¿Os quedaréis en órbita? —preguntó Frizz—. ¿No iréis a otro planeta?

—Asentamientos orbitales permanentes —contestó Udzir—. Lo bastante próximos a la Tierra para enviar provisiones mediante catapultas magnéticas y lo bastante próximos al Sol para disponer de la energía solar que queramos. Y miniecosistemas para reciclar agua y oxígeno.

—Los oxidados nunca consiguieron salvarse de esa manera —dijo otro extra—. Estaban demasiado abrumados por la superpoblación y las guerras. Pero ahora la humanidad se ha reducido y está más unida. Tenemos otra oportunidad.

—A menos que Tally Youngblood y los cortadores nos lo impidan —añadió Udzir, volviéndose hacia Aya—. Una posibilidad que debemos agradecerte a ti.

—¿A mí? —espetó Aya—. ¿Por qué no contasteis a la gente lo que estabais haciendo? ¡Si no os hubierais escondido aquí y no hubierais secuestrado a gente, estoy segura de que Tally se habría puesto de vuestro

lado!

—Sentimos mucho respeto por Tally Youngblood —dijo Udzir—, pero no podíamos contar nuestros planes. ¿Crees que las ciudades nos permitirían llevarnos el metal de las ruinas? ¿O construir una flota de naves fácilmente convertibles en exterminadores de ciudades?

—Deberíais enviar un mensaje a Tally y explicárselo —intervino Frizz—. Es muy probable que ya se encuentre aquí, y si ve esas naves pensará lo mismo que nosotros.

—Nunca ha querido escucharnos —dijo Udzir—. Tal vez podrías intentarlo tú, Aya Fuse.

Aya asintió lentamente al tiempo que sus últimas dudas se disipaban. Los extras no estaban intentando destruir el mundo; estaban intentando salvarlo. Los equipos de aeropelota en gravedad cero, los dedos simiescos, la nave espacial que se elevaba frente a ella, finalmente toda la historia encajaba.

La historia más importante desde la lluvia mental...

—Lo intentaré —dijo—, pero con una condición. Que me devolváis mi aerocámara.

—Debí imaginarlo —suspiró Udzir.

Agitó una mano y Aya sintió que su equipo de aeropelota resucitaba y sus extremidades se volvían ligeras. Hiro empezó a flotar y Moggle se elevó del suelo con vacilación.

—¿Eres tú? —le preguntó Aya.

Sus luces nocturnas parpadearon.

Con una sonrisa, Aya pestañeó para ahuyentar los puntos y activó su pantalla ocular.

—Tally-wa, ¿estás ahí? Tengo novedades.

Nadie respondió.

Aya meneó la cabeza.

—Probablemente se halle a más de un kilómetro de aquí. ¿Podéis aumentar mi señal?

—Podemos intentarlo —dijo Udzir—, pero si tu mensaje sale por nuestra red, Tally no creerá que sea... —Su voz se apagó lentamente.

Fuera, un fragor débil estaba inundando la noche, como si se avecinara

una tormenta. Aya podía notarlo en las plantas de los pies, y las paredes del edificio estaban temblando. Oyó el aullido lejano de una alarma.

—Esto huele a Young Blood —murmuró Andrew, y Aya asintió.

Tally estaba, finalmente, haciendo saltar algo por los aires.

48. Conflagración

—¡Vamos, Aya! —dijo Hiro tendiéndole una mano—. Soy el más veloz de todos.

Aya asintió y se agarró a su mano enguantada mientras gritaba:

—¡Moggle, tráete a Frizz!

Las enormes puertas se estaban abriendo. Hiro tiró de su hermana y salió disparado hacia la brecha. Las costillas de Aya aullaban de dolor, sus pies se agitaban descontroladamente a su espalda.

—¡No tan deprisa! —jadeó.

—Lo siento, hermanita, pero no hay tiempo que perder.

Hiro salió del edificio y realizó un brusco viraje que hizo crujir las costillas de Aya, dejándola sin respiración.

—Deberías adelantarte —resopló—. Llegarás antes sin mí.

—Tu inglés es mejor que el mío. Además, Tally solamente te escuchará a ti.

—¡Si me odia! O por lo menos me tiene por una idiota.

Hiro rio.

—Lo dudo mucho, Aya. Y esta vez no tendrá más remedio que creerte. No cambiarías tu teoría sobre los frikis a menos que estuvieras completamente segura.

—¿Porque significa que mi reportaje es un completo error? —gritó Aya.

—Exacto —respondió Hiro. Luego señaló hacia delante con la mano que tenía libre—. Oh, oh.

El horizonte se cubrió de destellos y el estruendo de las detonaciones llegó unos segundos más tarde. Nubes de humo, teñidas de rojo trémulo por

el fuego que brotaba del suelo, inundaron el aire. Casi parecía una fiesta en una gran mansión si no fuera porque el fragor era mucho más atronador que la crepitación de los fuegos artificiales de seguridad.

—Sospecho que es ahí donde los extras almacenan las naves —dijo Hiro.

Aya solo alcanzó a soltar un gruñido. Hiro estaba sorteando las figuras flotantes de los extras que habían salido a la noche, zarandeándola de un lado a otro. Su muñeca se retorcía en la mano de Hiro y las costillas le aullaban de dolor con cada viraje.

El espacio a su alrededor se llenó de aerovehículos. Algunos pasaban zumbando sobre sus cabezas, removiendo el aire con las hélices, en dirección a los destellos.

—Esto podría ponerse feo —dijo Hiro—. Si no conseguimos detener a Tally, se desencadenará una auténtica batalla.

Aya asintió y dobló el dedo anular.

—¡Tally-wa, soy yo!

—¡Aún estamos demasiado lejos! —gritó Hiro mientras descendía un poco más hacia las vigas que sobresalían del suelo.

Aya podía sentirlas bajo sus pies, impulsando los imanes del equipo de Hiro, y cada aceleración amenazando con dislocarle el hombro.

Los edificios y las fábricas de lona quedaron finalmente atrás y estaban sobrevolando una vasta llanura donde no había nada salvo vigas.

—¡Mira! —La mano libre de Hiro señaló el suelo. Enormes áreas calcinadas oscurecían la tierra y un olor a chamusquina invadió las fosas nasales de Aya.

—Debieron de probar los cohetes aquí —gritó.

—¡Espero que eso signifique que nos estamos acercando!

Ahora hasta el aire temblaba. Aya sentía la vibración de las explosiones en el cuerpo. Los fogonazos alargaban las sombras de las vigas y un manto de humo cubría la mitad del cielo.

—¿Aya? —La voz de Frizz sonó en su oído—. Moggle y yo estamos justo detrás de vosotros. —Hizo una pausa—. Bueno, justo detrás, no. Hiro vuela como un demente, pero os seguimos todo lo deprisa que podemos.

—De acuerdo, Frizz. Asegúrate de que Moggle consiga buenas...

¡mierda!

Hiro estaba tirando de ella hacia arriba y desgarrando sus ya maltrechas costillas. Frente a ellos había aparecido súbitamente un muro oscuro que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Pasaron rozando el borde superior y de repente se descubrieron sobrevolando lo que parecía una extensión de jungla devorada por el fuego. Las llamas zarandeaban con violencia las copas de los árboles.

Pero eso no era jungla, advirtió Aya, sino una interminable red de camuflaje con una textura de lianas y helechos florecidos tan elaborada como un traje de camuflaje. Las llamas eran reales, sin embargo, y rugían en la oscura extensión levantando un vendaval de humo y calor que se metía en los ojos.

En los lugares donde el camuflaje ya había sido devorado por el fuego, Aya podía ver las cabezas de las naves apuntando al cielo, negras como ceniza, con las afiladas ojivas derretidas.

Se elevaron un poco más sobre las llamas más próximas, trasportados durante largos segundos por el impulso de su ascenso, pero pronto empezaron a caer.

—¡Traje de camuflaje! —gritó Aya, tirando torpemente de su capucha con la mano que tenía libre. Vio que Hiro alargaba un brazo y la imitaba.

Se sumergieron en las llamas casi rozando las naves de metal y levantando nubes de humo. El aire abrasador le achicharraba los pulmones y Aya sintió el olor del fuego en los mechones descarriados de su pelo. Pese al blindaje del traje de camuflaje, el calor le estaba abriendo ampollas en la piel.

Pero Hiro estaba sacándola nuevamente del bosque de acero y llamas. Aya miró a su alrededor. Había cientos de naves, una vasta flota que se extendía en todas direcciones.

Una docena de vehículos estaba sobrevolando la conflagración y rociándola con espuma contra incendios, pero nuevos fuegos cobraban vida, y mucho más deprisa de lo que ellos podían extinguirlos.

Una fuerte explosión tronó en la llanura, sacudiendo el cuerpo de Aya. Vio cómo se propagaba la onda expansiva, un círculo de humo y fuego. En el centro estaban los restos de una nave, una torre de acero retorcida por dentro

que se estaba inclinando lentamente...

La nave se estrelló con un grito metálico, vertiendo un río de llamas frescas por el suelo. El combustible inflamado rodeó la base de la nave contigua y trepó por ella como una mecha.

Aya se obligó a apartar la mirada y dobló el dedo anular, gritando:

—¡Tally!

El nombre salió de sus congestionados pulmones como un carraspeo apenas audible, pero un segundo después una respuesta débil sonó por encima del fragor...

—¿Aya?

—¡Tally-wa, soy yo! —exclamó Aya con la voz rasposa.

—¿Por qué no estás en las ruinas? ¡Aquí corres peligro!

Aya tosió.

—¡Ya me he dado cuenta!

Ella y Hiro volvían a caer en picado hacia el mar de humo y llamas.

—¡Tienes que detener el bombardeo! —barbotó—. Estaba equivocada con...

El fuego la envolvió de nuevo y empezó a toser. Solo alcanzaba a ver humo y las oscuras siluetas de las naves que tenían alrededor. Su traje de camuflaje había empezado a endurecerse y el calor estaba resquebrajando el blindaje.

—¿Dónde estás, Aya? —preguntó la voz de Tally.

Aya notó que Hiro la sujetaba con fuerza y tiraba de ella hacia arriba, sacándola nuevamente del humo.

—¡Volando sobre las naves!

—¿Qué naves?

Aya volvió a toser y maldijo su estado descerebrado.

—¡Los misiles! Estoy justo encima de ellos. ¡Pero en realidad no son misiles!

—¿Has perdido el juicio? —bramó Tally—. ¡Lárgate de ahí ahora mismo!

—Creo que está por allí —dijo Hiro, realizando un viraje que casi le disloca el hombro. Giraron justo por encima de las ojivas de las naves, firmes

y estables, el aerorrebote de Hiro finalmente bajo control.

Se oyó otra explosión ensordecedora, más cerca esta vez, que dejó a Aya sin aire. Resbaló por la mano de Hiro y salió despedida en una trayectoria zigzagueante, ingrávida y sin rumbo fijo, sacudida por los vientos provocados por el feroz incendio y los campos magnéticos de las naves.

—¡Tienes que detenerte, Tally! —gritó Aya, ladeando las manos como una Chica Astuta surfeando sobre un ultrarrápido para regresar junto a Hiro —. Espera a que nos reunamos contigo y te lo explicaré todo.

—¡Algunos de esos misiles ya están cargados de combustible! —dijo Tally—. Podrían empezar a lanzarlos en cuanto detuviéramos el bombardeo.

—¡No son misiles! ¡Son naves! ¡Detén las explosiones y deja que te lo explique!

—¡Ni lo sueñes! —gritó Tally—. Uno solo de esos misiles bastaría para eliminar una ciudad entera. ¡Lárgate de ahí ahora mismo!

Hiro voló hacia su hermana con los brazos extendidos, pero Aya lo rechazó y Hiro se alejó con las manos vacías.

—No me moveré de aquí hasta que detengas las explosiones —contestó con determinación—. ¡Puedes bombardearnos a nosotros también!

—No puedo sacrificar ciudades enteras por vosotros —replicó Tally—. Y te conozco, Aya-la. Salvarás el pellejo. Tienes diez segundos.

—¡No pienso moverme de aquí!

—No te creo.

Hiro había girado en redondo y se dirigía de nuevo hacia su hermana con un brazo extendido. Aya sollozó de frustración. ¿Quién iba a creer que una imperfecta tergiversadora como ella estaría dispuesta a sacrificarse?

—Estoy con ella —dijo otra voz—. Y no pienso moverme de aquí.

—¿Frizz? —dijo Tally—. ¿Habéis perdido todos el juicio?

—Los extras no tienen intención de matar a nadie —dijo con firmeza.

—¿Y si estáis equivocados? —bramó Tally.

—No lo estamos —repuso Frizz—. Y sabes muy bien que no puedo mentir, Tally.

Hiro agarró a Aya y salió disparado hacia arriba para alejarla de las llamas. Aya forcejeó, buscando a Frizz con la mirada. Allí estaba, abrazado a

Moggle en medio de la llanura, con su brillante traje de camuflaje apenas visible contra el fuego.

—Tally, por favor —sollozó Aya—. ¡Habla en serio!

Tally dejó escapar un largo suspiro.

—Venid pitando, Aya-la. Tenéis dos minutos para convencerme.

Un destello suelto brilló en el horizonte y Hiro puso rumbo hacia él.

49. Relanzamiento

Dos figuras con traje de camuflaje les esperaban en el límite de la jungla, encaramadas al alto muro que rodeaba la flota de los extras.

Cuando aterrizaron, Tally se quitó la capucha y el fuego se reflejó en sus ojos negros.

—Fausto y Shay están esperando una señal. Dentro de noventa segundos lanzarán nuevas bombas a menos que les indique lo contrario, de modo que empieza a explicarte.

—Los extras... quiero decir los frikis, no son lo que creíamos.

—¿Para qué son entonces todos esos misiles? —preguntó David, quitándose también él la capucha.

—No son misiles —dijo Aya—. Son naves.

Tally frunció el entrecejo.

—¿Naves?

—Todo encaja, Tally-wa. ¡Solo tienes que escucharme! ¡Cogen metal de todo el planeta! ¡Y flotan en el aire! ¡Tienen cuatro manos... porque allí arriba no necesitan pies!

Hiro le estrechó la mano y murmuró:

—Despacio, Aya.

—O por lo menos di algo que tenga sentido —espetó Tally—. Solo te quedan setenta segundos.

Aya cerró los ojos, intentando ordenar la historia en su cabeza. Todos los hilos que había estado siguiendo desde sus primeros pasos en la montaña excavada estaban empezando a unirse.

—Cuando puse a prueba aquel cilindro para mi reportaje, la materia

inteligente estaba programada para guiarlo hacia arriba... pero no para que regresara a la Tierra. ¿Y recuerdas lo que dijo Fausto? ¿Que las catapultas magnéticas serían perfectas para lanzar los cilindros en órbita de forma permanente? Pues eso es justamente lo que están haciendo los frikis, con la diferencia de que su intención no es agotar los recursos del mundo, sino utilizarlos allí arriba.

—¿Para qué? —preguntó Tally.

—Para vivir. ¡Ha sido tu amigo Andrew el que nos lo ha explicado! Con todo ese metal y esa materia inteligente piensan construir asentamientos orbitales. La finalidad de las catapultas magnéticas es enviar materias primas a esos asentamientos.

—Todas las montañas que encontramos estaban vacías —dijo lentamente David—. ¿Es porque el metal ya ha sido lanzado?

Aya asintió, señalando la llanura en llamas.

—Y todo eso son naves, cohetes para trasladar a la gente. Las catapultas magnéticas les matarían si intentaran lanzarse por ellas a toda velocidad. Lo dijeron las Chicas Astutas. Por eso tienen la base aquí, en el ecuador, el lugar más fácil para lanzarse en órbita.

—Y llevan equipos de aeropelota —añadió Hiro en un inglés desesperantemente lento— para practicar la ingravidez.

—En órbita, donde dos manos extras son más útiles que dos pies —dijo David. Se volvió hacia Tally—. Quedan veinticinco segundos.

Aya advirtió que el recelo se dibujaba en las facciones perfectas y crueles de Tally. Según Frizz, Tally jamás había reparado la programación de su cerebro. Había sido diseñada para sentir desprecio por todo el que no era un especial, para pensar que la humanidad siempre estaba intentando destruir el mundo. ¿Y si su cirugía cerebral no le permitía ver lo que los extras estaban planeando realmente?

Tal como había dicho Udzir, los cohetes eran muerte y esperanza en una misma máquina, todo dependía del uso que se les diera. Aya ni siquiera era especial y había vivido en el error hasta que Andrew habló, convencida por su educación y por su propia tergiversación de que los extras eran una amenaza para el mundo.

Era muy fácil creer una historia si te la repetías las veces suficientes.

Tally cerró los ojos y meneó la cabeza.

—Si detenemos el bombardeo aunque solo sea unos minutos, podrían lanzar suficientes cosas de esas para destruir el planeta.

David posó una mano en su hombro.

—¿Por qué querrían hacer tal cosa? Hasta los oxidados consiguieron evitarlo. Construyeron los misiles, los apuntaron hacia sus objetivos...

Tally abrió los ojos.

—Pero nunca apretaron el botón. ¡Shay! ¡Fausto!

—Lo hemos oído todo —dijo la voz de Shay—. No más bombas por hoy.

Aya dejó escapar un suspiro largo y trémulo.

Tally se volvió para contemplar la flota de los extras y las facciones de su rostro se suavizaron. La red de camuflaje seguía ardiendo y todas las naves estaban negras y calcinadas. Aun así, solo unas cuantas habían quedado completamente destruidas, derribadas sobre un costado y con su combustible inflamado brotando como ríos de fuego en la oscuridad.

Había cientos de naves todavía en pie, tal vez miles. Las suficientes para trasladar una ciudad entera al cielo.

—Bien, cortadores —dijo Tally con voz cansada—, creo que deberíamos echarles una mano con esos incendios.

—¿Por qué no? —respondió Shay—. ¡Apagar incendios es casi tan divertido como iniciarlos!

Tally se cubrió la cara con la capucha y subió a su tabla. Su traje de camuflaje adoptó un tono naranja fuerte, como un mono de bombero, y salió disparada hacia la llanura incendiada.

Aya vio que otras dos aerotablas se elevaban por encima del bosque de siluetas metálicas y se unían a los aerovehículos de los extras para rociar con espuma los restos incendiados de la red de camuflaje y las naves que estaban peligrosamente cerca de las fugas de combustible inflamado.

—La zona está deforestada —dijo David—. Una vez que la red de camuflaje se haya consumido, el fuego ya no tendrá de qué alimentarse. —Se echó la capucha sobre la cara—. De todos modos, no os mováis de aquí. Ya os habéis achicharrado suficiente por hoy.

Aya asintió. Las escamas solidificadas de su traje de camuflaje crujían con el más mínimo gesto y habían adoptado permanentemente un tono gris humo veteado de rojo fuego.

—Dile a Tally que la culpa no es suya. Nosotros pensamos lo mismo.

David la miró y se encogió de hombros.

—Es lógico. Todos nos hemos criado en el mundo que los oxidados estuvieron a punto de destruir. Cuesta recordar que hicieron algo más que pelear entre sí. Pero gracias.

—¿Por qué? ¿Por tergiversar la verdad y hacer que todos vinierais aquí esperando encontrar monstruos exterminadores? —preguntó Aya.

—No, por ayudar a Tally a reprogramarse un poco más.

David se elevó en el aire y su aerotabla cruzó velozmente la tormenta de fuego.

—Buen trabajo, Aya-chan —dijo Hiro.

Aya miró a su hermano.

—¿Me tomas el pelo?

Hiro negó con la cabeza.

—Lo digo en serio. Por fin has aprendido a lanzar una historia sin adelantarte a los acontecimientos.

Aya soltó una carcajada que provocó otro aullido de dolor en sus costillas. Se frotó los costados con un gemido. Tenía un esguince en el hombro derecho de haber sido remolcada a velocidades de aeropelota, y la muñeca como si se la hubieran metido en un aparato para hacer sushi.

—Mira —dijo Hiro.

Moggle y Frizz estaban sobrevolando la calcinada red de camuflaje envueltos en una nube de humo.

—¿Estás bien? —le mensajeó Aya.

—Un poco chamuscado —dijo Frizz—, pero hemos conseguido tomas increíbles.

Aya meneó la cabeza. Por una vez le traía sin cuidado tener imágenes de todo eso. Finalmente, las piezas sueltas de las últimas dos semanas encajaban como los fragmentos de chatarra que componían las naves de los extras. Era un alivio no tener que luchar más con hechos incomprensibles y con su total

falta de Sinceridad Radical.

Cuando Frizz aterrizó y la envolvió en un dulce abrazo, un zumbido tranquilizador recorrió su maltrecho cuerpo.

Finalmente había dado con la verdad de esta historia.

50. Mil caras

—Recuérdame otra vez por qué estoy haciendo esto.

—Para mostrar tu apoyo. —Aya ajustó los destellos del vestido de Tally y dio un paso atrás para admirarlos—. Eres la persona más famosa del planeta, Tally-wa. Si cuentas a todo el mundo que apoyas el proyecto de los extras, conseguirán muchos más miembros.

—Y menos problemas por todo el metal que se han llevado —añadió Fausto. Se ajustó la corbata—. Y por secuestrar a la gente que los veía.

—Además, Tally-wa —dijo Shay alisándose el pelo—, ¡hace siglos que no vamos a una fiesta!

Tally se limitó a gruñir mientras se miraba recelosamente en la enorme pantalla mural de Aya. Lucía un vestido de fiesta negro como la noche, de terciopelo y materia inteligente, que brillaba como las estrellas. Idóneo para la Fiesta de las Mil Caras.

—Alegra esa cara —dijo Shay—. Antes siempre vestías así.

—Cuando era una cabeza de burbuja.

Aya trató de imaginarse a Tally siempre contenta y en la inopia y sacudió la cabeza. Con el rostro y los brazos surcados de cicatrices y tatuajes flash, hasta embutida en un vestido de fiesta seguía pareciendo una cortadora.

—¿Sabes una cosa? —susurró Aya—. Si quisieras, podrías quitarte los tatuajes.

—Ni hablar. —Tally se pasó un dedo por el brazo—. Me recuerdan cosas que no deseo olvidar.

—Estás preciosa —dijo David. Había elegido una vieja americana de seda de Hiro tras declarar que todo lo que pudiera salir de un agujero en la

pared le inquietaba. Llevaba toda la tarde, desde su llegada de Singapur con Tally, nervioso, como si la ciudad le agobiara.

El apartamento de Aya se encontraba algo concurrido esa noche. Estaban los nueve —Aya, Frizz, Hiro y Ren, Andrew, David y los tres cortadores— todos los que aparecían en el reportaje Exodo. Lo habían lanzado dos días antes y los nueve se encontraban entre las mil caras más famosas de la ciudad. Solo Mansión Oscilante ofrecía protección suficiente para mantener las cámaras paparazzi a raya.

Por lo menos había espacio para todos. A su regreso, Aya había descubierto que su apartamento había crecido en proporción a su fama, duplicando su tamaño. Puede que el rango facial no lo fuera todo, pero ser la tercera persona más famosa de la ciudad tenía sus ventajas.

—Sigo sin entender por qué tenemos que ir a esa estúpida fiesta —dijo Tally—. ¿No podría hacer un anuncio en la fuente?

Aya arrugó la frente.

—No tendría ninguna gracia. Y no ayudaría tanto a los extras.

—Además —intervino David—, se lo debemos por la veintena de naves que nos cargamos.

—Supongo que tienes razón.

Tally echó una última ojeada triste a su vestido.

Shay soltó una risita.

—Tuvieron suerte de que no utilizáramos nanos.

A la salida les aguardaba una multitud de aerocámaras.

—Vale —dijo Tally—, decididamente odio esta ciudad.

Aya respiró hondo, pero se dio cuenta de que no podía discutírselo. Empezaba a irritarle que la siguieran a todas partes y le enviaran mensajes a todas horas, que las pequeñas imitaran su peinado y las fuentes detractoras se burlaran de su nariz. Había momentos en que se preguntaba si algún día volvería a gozar de intimidad.

Últimamente hasta su propia aerocámara le ponía nerviosa. Aunque Ren la había abierto y había retirado las modificaciones de los extras, Aya seguía

teniendo pesadillas llenas de traición y ejércitos de Moggles parlantes.

Pero era inútil tratar de fingir que no estaba disfrutando de su rango facial de un dígito. Después de todo, ahí estaba, con todos su amigos famosos, camino de la fiesta de Nana Love, con una sonrisa en el rostro y Moggle detrás para captar cada segundo.

—¿Cómo vamos a traspasar esas cosas? —preguntó Tally.

—¿Con brillobombas? —propuso Fausto.

—¡Con nanos! —exclamó Shay.

—¡Ni lo uno ni lo otro! —intervino Aya—. No siempre es necesario bombardear cosas, Tally-wa. En esta ciudad tienes una burbuja de reputación.

—¿Una qué?

—Las cámaras retrocederán en cuanto eches a andar.

Tally dio unos pasos y el muro de aerocámaras se alejó de la frontera de los cincuenta metros de Mansión Oscilante. David la tomó del brazo y tiró un poco más de ella. Pasados unos instantes les siguieron los demás, rodeados por una esfera de aerocámaras casi perfecta.

—Este lugar es muy extraño —dijo Andrew Simpson Smith—. ¿Todas las ciudades son así?

—No —respondió Tally—. Después de la lluvia mental esta quedó particularmente descerebrada.

—¡La economía de la reputación no tiene nada de descerebrada! —protestó Hiro. Durante los últimos días había estado practicando su inglés con Andrew Simpson Smith y le gustaba soltar frases largas—. El deseo de ser famoso motiva a la gente, lo cual hace que el mundo sea más interesante.

Tally soltó un bufido.

—He visto esa motivación en acción, Hiro. También puede llevarte a tergiversar la verdad.

Aya suspiró, preguntándose cuándo pensaba Tally hacer borrón y cuenta nueva. La mayoría de las fuentes ya habían olvidado los errores de su reportaje sobre el Exterminador de Ciudades. Tenían cosas mejores que lanzar ahora que Aya Fuse les había dado un nuevo futuro sobre el que especular, un concepto de extra completamente nuevo.

Y, a diferencia de ciertas personas, ella no había hecho saltar nada por los

aires.

La mansión de Nana Love era todo un espectáculo.

Había una gran presencia de neogourmets alardeando de su nuevo aerogel comestible e inteligente. La nube flotaba sobre sus cabezas cambiando de forma y sabor con el transcurso de la noche y disputándose con las aerocámaras el mejor aeroespacio.

Con los ojos muy separados y la piel pálida, los monos quirúrgicos estaban jugando a ser extras, si bien la mayoría había pasado de modificarse los pies. Los equipos de aeropelota en gravedad cero también estaban de moda, aunque Hiro no paraba de farfullar que a la gente no le iría mal un poco de práctica.

Las brillocámaras, inventadas expresamente para esa fiesta, estaban por todas partes. Flotando a la altura de los ojos cual entrometidas luciérnagas, cada una filmaba solo unos pocos píxeles y la inter— faz urbana componía a partir de ellos una imagen continua. Todo el mundo podía navegar por la fiesta como si hubiera enviado su propia aerocámara invisible.

Obviamente, las brillocámaras no tardaron en sacar de quicio a Tally. Aplastó un puñado contra el suelo y el resto retrocedió, creando una respetable burbuja de reputación. Al rato Tally desapareció en las estancias privadas de la mansión de Nana Love, seguida de los demás cortadores.

—Buenas noches, Aya —dijo una voz familiar en inglés.

Aya levantó la vista y encontró a Udzir suspendido en el aire, junto a Moggle, luciendo un elegante sari y sosteniendo una copa de champán con los dedos curvos de su pie.

Hizo una profunda inclinación para ocultar la expresión de su cara. Aunque Udzir les había explicado su cirugía con todo detalle, los extras todavía le producían escalofríos. La palidez de su piel les ayudaba a producir vitamina D a partir del más mínimo rayo de sol. También los ojos separados tenían su razón de ser: en los primeros asentamientos orbitales vivirían tan hacinados que la percepción de profundidad normal no sería necesaria.

Así y todo, el efecto conjunto ponía los pelos de punta.

—Espero que estés disfrutando de la fiesta —dijo.

—Claro. Fuiste muy amable al conseguirme una invitación.

—No fui yo —dijo Aya.

Como la nueva cara de humanidad extraterrestre, Udzir se encontraba entre las cien personas más famosas. Todo el mundo bromeaba con el hecho de que fuera el único extra que, estrictamente hablando, no tenía nada de extra.

—En cualquier caso, mi presencia aquí se la debo a tu reportaje. —Hizo una pequeña reverencia en el aire—. Has ayudado enormemente a nuestra causa, Aya.

—Me alegro de que las cosas se aclararan antes de que Tally— sama os calcinara toda la flota.

—Nosotros también. Aunque al final el drama de nuestro rescate ha demostrado ser más valioso que las naves que perdimos. Extraño fenómeno, la fama.

—Dímelo a mí. ¿Habéis reclutado a muchas personas?

—Ajá. —Udzir miró por encima del hombro de Aya—. Y algunas más esta noche.

—Eh, Fisgona.

Aya se dio la vuelta y sus ojos se abrieron como platos.

—¿Lai? ¿Cómo has...?

—¿Conseguido entrar? —le preguntó Lai con una sonrisa—. Como tú, con una invitación.

Aya pestañeó. No se le había ocurrido consultar los rangos faciales de las Chicas Astutas últimamente, pero claro, con el relanzamiento de una nueva versión de la historia...

—Novecientos cincuenta y siete —le informó Lai—, ya que pensabas preguntármelo.

—Oh, debes de estar muy disgustada.

Lai se encogió de hombros.

—No importará demasiado cuando esté en órbita. —Miró a Udzir, que se había vuelto para hablar con otro invitado—. Solo espero que Míster Célebre Cara Extraterrestre comprenda que en los nuevos territorios no habrá tiempo

para la fama.

Aya rio y se imaginó a Lai con cuatro manos y ojos de pez. Ahuyentó la imagen de su cabeza con un escalofrío.

—Todavía lamento haberos filmado a hurtadillas.

—Y yo lamento haberte lanzado por una catapulta magnética. —Lai calló un instante—. Un momento, no lo lamento en absoluto. Fue realmente divertido.

Aya volvió a reír.

—Supongo que tienes razón. ¿Y cómo están las Chicas Astutas?

—Seguramente viendo esta fiesta en sus pantallas murales.

Aya frunció el entrecejo.

—¿En serio? Jamás habría pensado que a las Chicas Astutas les fuera este rollo de las Mil Caras.

Lai se encogió de hombros, miró de soslayo a Moggle y se acercó un poco más a Aya.

—¿Quieres una primicia para una historia?

—¿Una historia? —preguntó Aya. Aún no había pensado demasiado en su siguiente lanzamiento. Después del fin del mundo y el nacimiento de los nuevos territorios, todo se le antojaba anodino. Y seguía preguntándose sobre la posibilidad de hacerse guardabosques—. Bueno.

—Pero tienes que prometerme que no se la contarás a nadie hasta que corten la tarta.

Aya enarcó una ceja. Era una tradición en la Fiesta de las Mil Caras que Nana Love sacara una tarta rosa gigante al dar la medianoche y todas las caras célebres se congregaran a su alrededor para compartir sus porciones de fama.

—Hummm... hecho.

Lay ahuyentó unas cuantas brillocámaras con la mano, pegó los labios al oído de Aya y bajó la voz hasta un levísimo susurro.

—He inyectado en la tarta una materia inteligente que inventó Edén. Se está expandiendo mientras hablamos, volviendo el azúcar digamos que... inestable.

—¿Inestable?

—Chissst. —Lai soltó una risita—. Cuando Nana la corte, explotará. Nada letal... solo una lluvia de azúcar.

Aya la miró boquiabierta mientras trataba de imaginarse las caras ilustres de la ciudad cubiertas de azúcar glaseado rosa.

—Pero eso es...

—¿Una genialidad? Estoy de acuerdo. —Lai se alejó con una sonrisa—. Recuerda tu promesa, Fisgona. Has de guardar el secreto.

Aya localizó a Frizz por medio de un mensaje y fue a su encuentro en la terraza de arriba. Estaba solo, contemplando los jardines privados en penumbra.

—Tengo un dilema ético que plantearte, Frizz.

Frizz se dio la vuelta. Sus ojos manga brillaban con los fuegos artificiales de seguridad.

—¿Un dilema ético? ¿En esta fiesta?

Aya miró a su alrededor. No había brillocámaras flotando en el aire y Moggle era la única aerocámara a la vista. Esta noche las cámaras tenían prohibido el acceso al jardín de Nana Love, de ahí, probablemente, que la terraza estuviera vacía.

—Imagina que fueras un lanzador y supieras que algo iba a suceder en, digamos, una fiesta, y que ese algo podría suponer un terrible bochorno para el anfitrión, pero has prometido no contárselo a nadie.

—Hummm. ¿Estamos hablando solo de un bochorno?

—Sí, pero grande.

Frizz se encogió de hombros.

—Probablemente mantendría mi promesa.

Aya suspiró mientras contemplaba las ventanas de la ciudad titilando con la luz de las fuentes: todo el mundo estaba viendo las Mil Caras en sus pantallas murales.

—A veces desearía poder compartir secretos contigo.

—Tal vez puedas hacerlo pronto.

Aya frunció el entrecejo.

—¿De qué estás hablando?

—He estado meditando lo que dijo Tally, lo de que soy un cobarde por no decir la verdad por mí mismo. —Se señaló la sien—. Puede que Sinceridad Radical esté quedando anticuada.

—¡Si la camarilla tiene más seguidores que nunca!

—Precisamente. Ya no me necesitan.

Aya parpadeó, tratando de imaginar a Frizz sin sus bochornosos arranques de sinceridad.

—No sé, Frizz-chan. En cierto modo te necesito a mi lado para que me ayudes a ser sincera.

Frizz le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia sí.

—No te preocupes, seguiré estando a tu lado. Y no voy a renunciar a la sinceridad, solo a la Sinceridad Radical.

Aya apoyó su peso en él.

—Pero si no te sientes obligado a decir la verdad, ¿cómo sabré que todavía te gusta mi narizota? Has de saber que no voy a cambiármela. Tally-wa me hizo prometérselo.

—Me lo contó. No tienes de qué preocuparte. Una pequeña intervención cerebral no me hará cambiar de parecer. No con respecto a ti.

Se quedaron un buen rato en la terraza, escuchando el ir y venir de las risas y la música.

Se le hacía extraño permanecer al margen de la fiesta. Aya había visto las fiestas de las Mil Caras en las fuentes desde que le alcanzaba la memoria, imaginando que era una de las elegidas. Y, ahora que finalmente se encontraba allí, solo deseaba estar a solas con Frizz contemplando la ciudad que se extendía al otro lado de los vastos jardines de Nana Love exentos de cámaras, inmensamente feliz de que nadie más deseara privacidad esa noche.

El alboroto a sus espaldas era una simple fiesta, después de todo. Generaciones de cabezas de burbuja habían residido en esa misma mansión, luciendo más o menos las mismas ropas, diciendo básicamente las mismas cosas. Las brillocámaras y los rangos faciales no cambiaban eso...

De abajo llegó un ruido sordo y Aya bajó la vista.

Era David, levantándose del suelo. Seguramente había saltado de alguna ventana.

Tally Youngblood le seguía de cerca, descendiendo con la gracilidad de una flor de cerezo, atrapando repisas y marcos con las manos y los pies para ralentizar la caída. Aterrizó suavemente, deslizó su brazo por la cintura de David y juntos echaron a andar por el jardín.

Frizz se inclinó un poco más.

—Me estaba preguntando sobre esos dos.

—Ya oíste lo que dijo Tally, por eso —susurró Aya—. Nadie desde...

Pero Tally estaba arrimándose a David, empujándolo hacia la oscuridad del jardín, uniendo su hombro al de él en el aire frío de la noche.

—Moggle, ¿lo estás grabando? —comenzó Aya. Luego meneó la cabeza —. Olvídalo.

Se volvió hacia Frizz y lo alejó de la terraza con una sonrisa.

—Es casi medianoche. Vamos a ver cómo cortan la tarta.

FIN



SCOTT WESTERFELD nació el 5 de mayo de 1963 en Texas, Estados Unidos, aunque su vida adulta transcurrió a caballo entre Nueva York y Sydney. En 2001 contrajo matrimonio con la escritora australiana Justine Larbalestier. Si bien es conocido por sus tres series de novelas de corte juvenil, Westerfeld es también un reconocido compositor de música de danza moderna. Se licenció en Filosofía en Vassar y se dedicó profesionalmente a la música y a actuar de negro literario para diversos autores y editoriales, además de crear software educativo para niños. Ha publicado asimismo un puñado de novelas de ciencia ficción para adultos.

Tiene varios premios en su haber (entre ellos una mención honorífica al Philip K. Dick de 2000 y un Victoria´s Premier). Dos de sus libros fueron incluidos en la lista de Best Books for Young Adults de 2006.

Notas

[1] En inglés, el adjetivo slimy, cuya traducción literal es «limoso», también significa «falso». (N. de la T.) <<